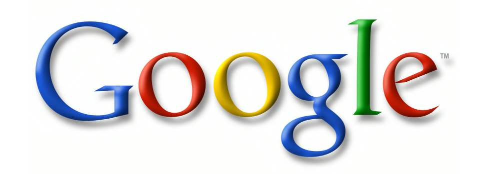
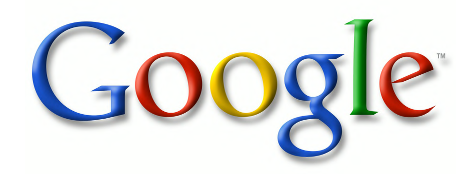
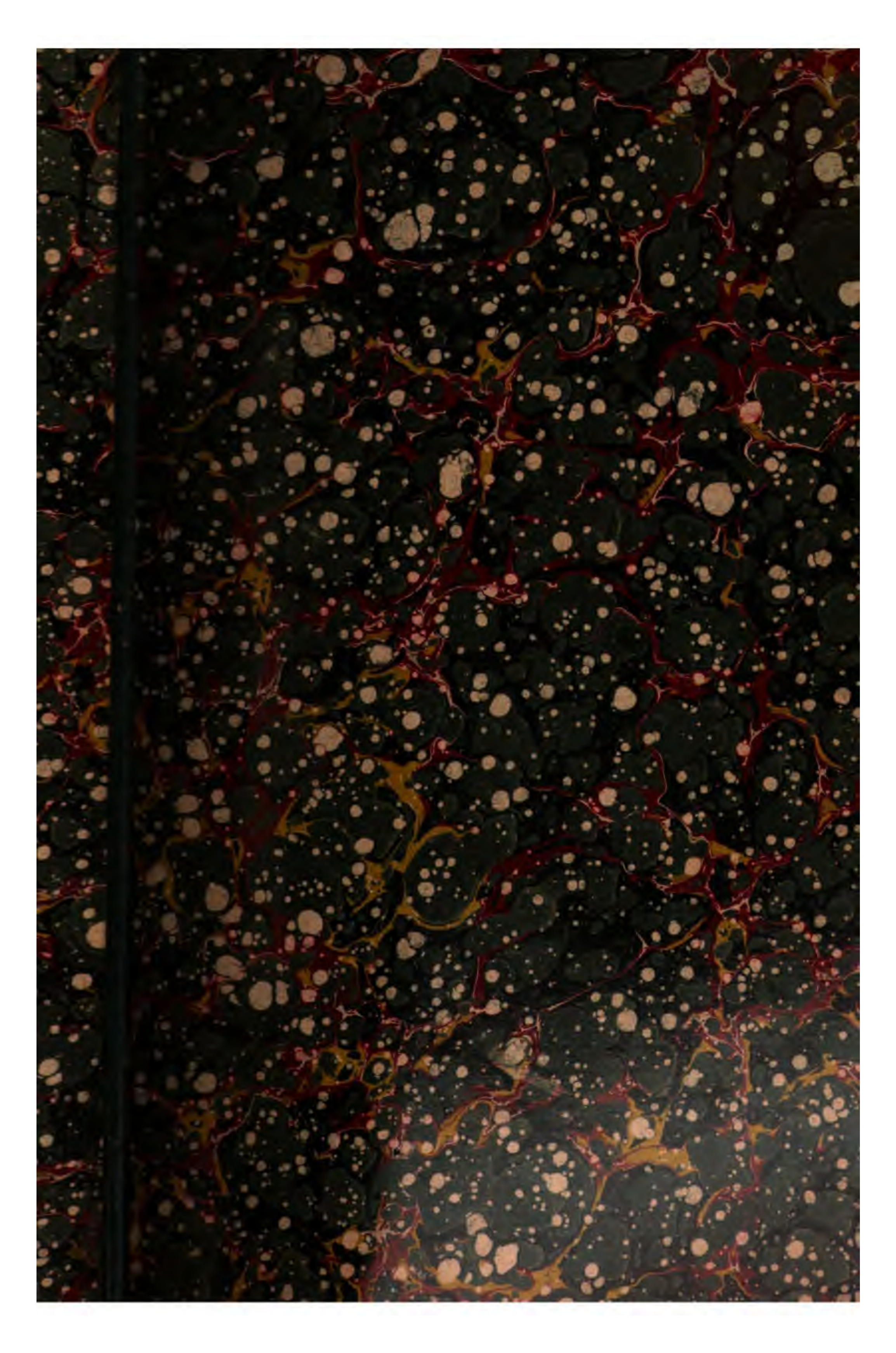






BIBLIOTECA DEL RIO DE LA PLATA.

COLECCION

DE

OBRAS DOCUMENTOS Y NOTICIAS

INEDITAS O POCO CONOCIDAS

para servir á la

HISTORIA FÍSICA POLÍTICA Y LITERARIA

DEL RIO DE LA PLATA

publicada bajo la direccion de

ANDRES LAMAS

Abogado

INDIVIDUO DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA DE ESPAÑA ETC

TOMO SEGUNDO

BUENOS AIRES
" Casa editora IMPRENTA POPULAR " Lima 41 1|2
1878

HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DEL PARAGUAY

RIO DE LA PLATA Y TUCUMAN

ESCRITA

Por el P. PEDRO LOZANO

de la Compañia de Jesus

ILUSTRADA CON NOTICIAS DEL AUTOR Y CON NOTAS
Y SUPLEMENTOS

POR

ANDRES LAMAS

TOMO SEGUNDO

CASA EDITORA "IMPRENTA POPULAR"
41 1[2]—Lima—41 1[2]
— 1873 —

LIBRO II.

Historia del Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman.

CAPITULO PRIMERO.

Descubre Juan Diaz de Solis el gran Rio de la Plata, á que entonces dió el nombre de Solis, y muerto en sus márgenes con otros españoles por los bárbaros charrúas, se vuelven sus compañeros á España, de donde, once años despues, sale Diego Garcia á proseguir el mismo descubrimiento; pero precisado á parar con su armada en el Brasil, entra en el interin en el Rio Solis la armada de Sebastian Gaboto, que iba al Maluco; y este capitan funda en sus costas dos fortalezas, y registra parte del Rio Paraguay hasta donde halló mucha plata, de que se da razon como habia llegado á aquel sitio, no habiendo este metal en todo aquel pais.

Corria el año de 1515, en que empuñaba el cayado de san Pedro el santísimo padre y pastor sagrado Leon X, y el cetro de las Españas, el tan invicto como católico rey don Fernando, cuando poniendo nuestro gran Dios los ojos de su misericordia en las innumerables almas que en estas provincias perecian tiranizadas del demonio, y compadeciéndose de tanta miseria, resolvió, segun

el decreto piadoso de su eterno consejo, se abriese una puerta que lo fuese á su remedio, para que entrando por ella repetidas veces la luz de la fé, ilustrase los entendimientos ciegos de estas gentes, y los sacase del lóbrego caos de sus errores en que tantos siglos yacian miserablemente sepultados, sin atinar entre tan espesas tinieblas con el camino seguro de su salud.

Habia ya veinte y tres años que el incomparable Colon, oscureciendo las glorias de los mayores que conocieron los pasados siglos, habia intentado, y lo que es mas, conseguido el descubrimiento de las Indias Occidentales, obra de quien dice Alano Coppo, es la mayor que ha visto el mundo despues de su creacion y redencion; y que á lo menos, si eso parece mucho, fué la novedad que mas utilizó al mundo antiguo, y principio del mayor aumento que la cristiana religion ha tenido desde sus gloriosos principios. Obra, en fin, que ennobleció á la nacion española, con el timbre glorioso de ser nuncio de la mayor felicidad á la mayor y mas remota parte del universo, segun la comision apostólica para que la destinó el Pontífice sumo, como cabeza suprema de la iglesia. Ansiosos los reyes católicos por cumplir con ese honorifico empleo que se fió de su celo, dispusieron que el mismo Colon descubriese los dilatados términos de ese nuevo Orbe, y lo conquistase, no menos para gloria del rey del cielo, que para estension de su reino terreno. Descubrió muchos y riquísimos países en repetidos

viajes, con mas felicidad de las gentes descubiertas que del héroe descubridor, pues con no sé que fatal estrella que persigue á los varones grandes, le resultaron de su misma felicidad no pequeños infortunios, cuyo golpe fué la anulacion envidiosa de sus glorias, labrando la corona de este varon grande en todas sus situaciones.

Ese ejemplo no desalentó á otros esforzados españoles, para que dejasen de arrestarse á inauditos peligros, en prosecucion de los primeros descubrimientos, para adelantarlos, sirviendo á su patria y estendiendo el imperio de Cristo. A ese fin, se engolfaron en nuevos é incógnitos mares los dos celebrados Pinzones, hasta dar vista al Brasil, en cuyo país saltaron felizmente y en un árbol desmedido de sus costas, escribieron así sus nombres como los de sus reyes, en señal de la posesion que tomaban en su nombre por los años de 1500.

Ya parece se iba acercando la luz á las puertas de nuestras provincias, y mas se aproximó por los años de 1508, en que con Vicente Yañez Pinzon vino, costeando el Brasil, Juan Diaz de Solis, piloto en aquel siglo afamado; y llegó á demarcar hasta 40 grados, que es pasado el gran Rio de la Plata; pero no sé porqué desgracia pasó por alto el largo paréntesis que dicho rio abre en aquella costa, con sus sesenta ó setenta leguas de boca. Y en piloto tan perito, se estraña mas esta inadvertencia; porque parece imposible pasase con los ojos tan cerrados, que no reparase en el opulento caudal con

que dicho rio se profesa tributario del océano.

Ello es cierto que en aquella navegacion no reconoció Solis al Rio de la Plata, y que solo sirvió aquel viaje para estimular al rey católico á que quisiese hacer corriente aquel rumbo, reconociendo por menor toda la costa, con la esperanza de hallar algun estrecho por donde se comunicasen ambos mares del norte y del sur, al cual, el año de 1513 habia descubierto felizmente la animosidad intrépida de Vasco Nuñez de Balboa, honor de su patria, Badajoz, y ya le empezaban á enseñorear nuestros bajeles.

Con este designio, daba calor con toda su real autoridad el rey al breve despacho de dos naos bien pertrechadas, para que el mismo Juan Diaz de Solis, el mas escelente en la náutica que conoció su tiempo, repitiese la misma navegacion, á que dió principio saliendo del puerto de Lepe á ocho de octubre de 1515. Pasaron no pequeños riesgos en costear todo el Brasil, hasta ponerse en altura de 32 grados y un tercio, y se hallaron, sin saber como, en un mar dulce, porque sin alcanzar con la vista á divisar margen alguna, como si se hallaran engolfados en el anchuroso océano, probaban no obstante sus aguas muy delicadas y suaves. Entraron y reconocieron ser rio, al que luego impusieron el nombre de Solis, en memoria de su descubridor; aunque como las trazas de los hombres suelen no surtir efecto, le duró tan poco ese título, que solo tardó en perderle, lo que pasó hasta venir á surcarle nueva armada española.

Con una carabela latina, subió Solis por la mayor fuerza de su rio, esplorando sus costas, y reconociendo unas veces montañas altísimas, otras campañas dilatadas por toda la margen setentriònal, donde se veian casas rústicas de los naturales, que salian de ellas atónitos de la novedad, que miraban en embarcacion y gente para ellos tan estraña. Disimularon su natural fiereza fingiéndose muy benignos con los estranjeros, á quienes convidaban con bastimentos del país que abandonaban en el suelo, como sebo con que prenderlos para escarmentar su osadía y la de otros en la crueldad del castigo, que maquinaban sus ánimos alevosos é inhumanos.

Engañado Juan Diaz de Solis con aquellas demostraciones de amístad, quiso saltar á tierra para tomar algun indio de quien informarse del país; saltó acompañado de la gente que pudo caber en el bajel; presumió hallar seguridad, y tomando tierra, cayó en el mayor infortunio; pareciera á quien lo viera desembarcar, se aseguraba de los peligros del mar, y nos desengañó la esperiencia, que mas cierto los debia temer en la tierra; porque faltando los bárbaros á las leyes del hospedaje, esperaron á que los españoles se retirasen de la ribera; y disparando sobre ellos de improviso la lluvia impentuosa de sus flechas, los mataron á todos cuando imaginaban en los bárbaros la mayor sinceridad, sin que aprovechase para la defensa la artillería que se jugó prontamente desde la carabela,

porque con casualidad dichosa para ellos, acertaron los bárbaros á ejecutar su alevosia en sitio donde no les ofendian las balas por la distancia.

Asi pereció el famoso Solis, mas diestro piloto que prudente capitan, no mereciendo el que descubrió tanta tierra siete palmos para su sepulcro; porque los enemigos, segun sus bárbaros ritos, hicieron pedazos su cadaver y los de sus compañeros y en paraje donde podian observar los del navio tan cruel carniceria se pusieron á asarlos para darles sepultura viva en sus vientres. Miserable espectáculo que dejó atónitos á los del navio, y vacilantes entre contrarios afectos de compasion y de miedo, y temiendo perecer entre gentes que tragaban á sus huespedes, se volvieron llenos de horror á encontrar el otro navio. Refirieronles la desgracia lastimosa de sus compañeros y capitan; y como la fortuna espanta mas con la vecindad de los males que con la certeza de ellos, el peligro proximo que recelaban por aquellas costas les quitó la eleccion, y volvieron á desandar los mismos rumbos que habian traido sin ninguna detencion, hasta arribar al cabo de San Agustin, donde por la utilidad de cargar palo brasil, hicieron alguna demora hasta partir á Castilla, y dar la funesta noticia del ruin suceso de su viaje.

Interrumpiose este descubrimiento, no tanto por esta desgracia cuanto porque mayores cuidados apartaron la atencion de un pais que segun las muestras no prometia relevantes utilidades; hasta

que por los años de 1526, se volvió á refrescar la memoria del rio de Solis, quizá porque se veia inclinarse hácia él la aficion de los portugueses, que iban ocupando con sus conquistas las vecindades del Brasil. Tratose, pues, en nombre de la cesarea magestad del ínclito emperador Carlos Quinto que el conde don Fernando de Andrada, Cristobal de Haro, factor de la casa de la contratacion de la especeria, que residia en la Coruña, Ruy Bastante y Alonso de Salamanca, personas hacendadas, aprestasen á su costa una armada que fuese competente para ir descubriendo por la parte del océano meridional, en la demarcacion de Castilla hácia el rio de Solis.

Capitularon con su magestad los armadores, y concertaron entre si que la empresa se encomendase á la prudente conducta de Diego Garcia capitan y piloto mayor, vecino de Moguer, acompañado de Rodrigo de Arca, piloto afortunado; quienes se obligaron, entre otras cosas, á repetir, viaje segundo á los mismos paises para instruir á otros pilotos que se hiciesen á su lado prácticos en aquella navegacion, y que harian las diligencias posibles, por buscar á Juan de Cartagena y á cierto clérigo frances, á quien el famoso Magallanes por las sediciones que fomentaron en su armada, dejó en el rio de San Julian.

Trató Diego Garcia de ganar tiempo en sus prevenciones, y como el fomento era de gente poderosa, huvo en breve dispuesta una nao de cien to-

neladas, un patacho de veinte y cinco, un bergantin, y otro deshecho para que sirviese á su tiempo, con las cuales se dió á la vela, partiendo del cabo de Finisterre el dia de la Asuncion de Nuestra Señora. Arribó á Canarias, de donde á primero de Setiembre, despues de tomar algunos bastimentos, enderezó las proas á las islas de Cabo Verde; pasó de áquí en demanda del Cabo de san Agustin, al cual para montar le costó sobrado trabajo, y fué costeando el Brasil, sin atreverse á tomar tierra, así por no faltar á la instruccion de no tocar en la demarcacion de Portugal, como principalmente porque receló que los moradores bárbaros del pais no le harian grata acojida. No pudo este año tomar la altura del rio de Solis, cogiendole los fines de Diciembre en la de los bajos de Abreojos, y falto de víveres hubo de encaminarse al puerto de san Vicente, donde entró en 15 de Enero de 1527, cinco meses despues que salió de Castilla.

La proligidad de esta navegacion dió tiempo para que Sebastian Gaboto se adelantase á apoderarse del Rio de la Plata por la ocasion que diré. Habiendo hecho Gaboto célebre su nombre en la carrera de las Indias con el descubrimiento que, émulo de las glorias de Colon, (1) hizo de la tierra de Bacallaos el año de 1496, sirviendo á Enrique septimo de Inglaterra, quien le despachó con designio de descubrir por la América setentrional camino para las islas Molucas; y aunque no salió con su inten-

(1) Ricciol. Geograph. Reform. lib. 3. cap. 22.

to llegó á ponerse en altura de 56 grados de la parte boreal, de donde la falta de viveres le obligó á retroceder á Inglaterra; pero no debiendo de corresponder el premio á las esperanzas que fundaba en sus méritos, se salió mal sastifecho de Lóndres, y vino á servir al rey de España, que segun su profesion, le hizo su piloto mayor, con renta competente.

En este empleo se hallaba ocupado, cuando puso en él los ojos el emperador don Carlos, paraque con armada de tres hasta seis naves, siguiese el rumbo de Magallanes, y embocando por su estrecho fuese en demanda de las Molucas y descubriese las tierras de Tharsis, Ophir, y el Catayo Oriental. Para fiarle esta empresa, se llegó á las capitulaciones, cuya sustancia muestra bien á donde pueden llegar las esperanzas, cuando ellas tienen por fundamento la codicia; pero ellas se firmaron en Madrid á 4 de Mayo de 1525, creyendo volveria aquella armada muy opulenta de oro, plata, pedreria, perlas, drogas, especerias, sedas, brocados y otras cosas preciosas. Púsose empeño en su apresto, y señalose al dicho Gaboto con ser estrangero, nacido en el estado de Venecia, por capitan general, y por su teniente á Martin Mendez, que habia sido contador de la prodigiosa nao Victoria, la primera que dió vuelta al universo.

Hubo pretendientes que aspiraban á la misma honra de que se les cometiese esta empresa; y para conseguir aquella confianza, procuraron impre-

sionar el ánimo del Cesar contra Gaboto; y esforzaron de tal manera sus razones, que hubieran logrado su designio, á no hallarse tan empeñado en la resolucion de despachar la armada, y estar su apresto muy adelantado. Componiase de cuatro naos. En la capitana, iba por contador Francisco de Concha, y Hernando de Calderon por tesorero. La segunda, se llamaba santa Maria del Espinar, capitan Geronimo Caro, contador Miguel Valdes y tesorero Juan de Junco. La tercera nao, era la Trinidad cuyo capitan fué Francisco de Rojas; su contador, Antonio de Montoya, su tesorero, Gonzalez Nuñez de Balboa, hermano del adelantado Vasco Nuñez, que como apunté antes, descubrió el Mar del Sur, y Gaspar de Rivas era el aguacil mayor de la armada. La cuarta nave, la armó á su costa Miguel de Rufis, confidente de Gaboto, quien le quiso nombrar su teniente general, y desistió á su pesar por hallar opuestos á esa nominacion los Diputados que le aviaban.

El equipage pasaba de seiscientas personas á quienes voluntariamente acompañaban muchos hijosdalgos y personas principales, y en especial, con recomendaciones del mismo Emperador, venian Gaspar de Celada, Rodrigo de Benavidez, Juan de Concha, Sancho de Bullon, Alvaro Nuñez y Juan Nuñez de Balboa, hermanos asi mismo del Adelantado, Martin de Rueda, Francisco de Maldonado, Martin Hernandez de Urquizu, Cristóbal de Guevara, Hernan Mendez, Ruy Mosqueira, Nuño de

Lara y Miguel de Rodas, á quien, aunque práctico de la náutica y de conocido valor, no se le señaló empleo, contento solo con la honra de dar gusto al Emperador, que le indicó que sirviese en aquella espedicion, y le honró con ponerle en la instruccion secreta por segundo sustituto de Gaboto, para en caso que pasase de esta vida, que todo iba prevenido con grande acuerdo.

Hizose á la vela esta armada, saliendo de Sevilla á primeros de abril de 1526, y siguió la misma derrota que digimos llevó Diego Garcia, pero con mayor trabajo; porque las diferencias que ocurrieron al tiempo de su despacho entre Gaboto y los Diputados, motivaron que no se le proveyese con la vitualla necesaria, y como él atropelló por tod á trueque de que no consiguiesen sus émulos removerle del cargo de capitan general, espuso la armada á muchos contratiempos, porque le faltaron los bastimentos muy presto, y tomando pié de aquí, muchos que iban poco satisfechos de su gobierno se valieron del pretesto del bien público para vomitar su pasion, malquistándole entre los camaradas como poco celoso del bien comun, nada próvido, y que por su falta de economía les habia puesto en manifiesto riesgo de perecer.

Culpan en este particular los historiadores á Gaboto, diciendo no se portó como marinero esperto, ni como buen capitan; pero no se puede negar fué desacierto embarcar en su compañia á personas que miraban mal sus cosas, y naturalmente

habian de abultar cualquier defecto del capitan para hacerle menos grato entre los que le habian de obedecer. No ignoraba Gaboto las murmuraciones que de él habia, pero pareciéndole cesarian con el disimulo, no hizo mucho caso, ni trató de grangear los animos siquiera con el agrado, ya que no podia apagar el hambre con los bastimentos.

Nacieron de aquí mayores atrevimientos, que pasaron brevemente á resoluciones de grande amenaza, repitiendo no era justo se perdiesen tantas personas de obligaciones, por la temeridad de una mala cabeza y que proseguir el viaje hasta pasar el Estrecho, era tragar de una vez el tropel de muchos males, de que no podrian desembarazarse sin pérdida de todos, y que lo mas conveniente era arribar á algun puerto, donde satisfaciesen el hambre que se iba ya insinuando en demasía y que allí se veria qué resolucion seria mas importante al servicio de su magestad y al bien comun de aquellos fieles vasallos que, por amor de su rey, se iban reduciendo á estrema miseria.

Representose todo á Gabolo, quien reconoció por esperiencia propia que no sólo reinan las tormentas en el golfo, sino que son mayores las que se levantan en lós pechos humanos; sintió el ardimiento nimio con que le hablaron los mal contentos, pero ocultó su disgusto, y trató como prudente de condescender con las repetidas protestas de la mayor parte, ó á lo menos la mas poderosa, que meláncolica con la desgraciada navegacion, daba

grandes clamores por el remedio. Salen mal las empresas que se intentan contra la inclinacion de los que las deben de ejecutar, y con gente ó arrepentida ó fatigada jamás se consiguieron grandes facciones. Con este dictámen cedió Gaboto, y no queriendo ponerse á sí y á los suyos en algun pesado lance, lleno para sí de riesgo y poco decoroso para su gente, pues es mas fácil el evitar los empeños, que salir de ellos con aire obedeció al tiempo, y se resolvió desistiendo del viaje de la especeria, á arribar á algun puerto, como lo hizo al de *Patos.*

Recibiéronles los indios con agasajo y cortesía, como si fuera gente enseñada á tratar con forasteros; y reconociendo en lo pálido de los semblantes los efectos del hambre, que ya se asomaba aun en los mas robustos, les trajeron gustosos de las vituallas del país. Humanidad por cierto digna de todo agradecimiento, pero mal correspondida de Gaboto, porque al despedirse, usó la villanía de robarles cuatro gallardos jóvenes, hijos de los mas principales caciques, con el sentimiento de sus padres, que aun en pechos menos bárbaros labrara profundamente, y pudo malquistar para adelante entre aquellas gentes la fidelidad de los europeos, al ver que pagaban en violencias los mas oportunos beneficios.

Pasó de los *Patos,* al Cabo de Santa Maria, y embocó por el gran rio de Solis, donde luego se deshizo de tres personajes que le parecian carga pesa-

da, de que era preciso, ir alijerando las naves. Estos fueron su teniente general Martin Mendez, el capitan Francisco de Rojas y Miguel de Rodas, en quienes despicó su pasion antigua arrojándolos en una isla desierta, porque con sediciosa libertad reprendian su gobierno, y debieron de sacar la cara con mayor osadía. Egecutaria esta crueldad con artificio, valiéndose de algunos confidentes, que los sacasen de las naves con algun pretesto, porque no se hubiera atrevido Gaboto á mandarlo públicamente sin arriesgar su autoridad, así porque de la mayor parte iba mal visto, como porque los tres tenian grande séquito.

Libre de los que Gaboto tenia por embarazo, subió arriba con presteza á vista de la costa de mano derecha, buscando algun puerto cómodo dondo surgiesen con alguna seguridad las naves. Dió al cabo con una isla, distante legua y media de tierra firme; llamola de San Gabriel y dió fondo en ella; pero no juzgándola conforme á su gusto, despachó los bateles que á distancia de siete leguas descubrieron un rio llamado desde entonces de San Salvador, en cuyo abrigo surgieron los navios, y en su margen fabricó una fortaleza para resguardo contra los naturales charrúas, que en el mismo recelo conque se dejaban ver á lo lejos, iban ya demostrando la poca sinceridad, con que procedian y no daban lugar al intento que se llevaba de irlos pacificando.

En la isla depositó la carga, en cuya guarda pu-

so alguna gente; no pudiendo entrar naos gruesas por un rio que allí recibe al de San Salvador, y es el Uruguay, despachó los bateles y una carabela rasa á cargo del capitan Juan Alvarez Ramon, para que registrase dicho Uruguay. Al cabo de algunas jornadas encalló la carabela en que iba, con la fuerza de una tormenta, en algunos bajíos, de donde por mas diligencia que pusieron no pudieron sacarla; con que recogida alguna gente en los bateles, el resto se vino costeando por tierra el rio, y su poca orden dió audacia á los yarós y charrúas para asaltarlos de improviso, y volver á teñir sus flechas en sangre española como egecutaron con Solis, dando ahora muerte al mismo capitan Ramon y á algunos de sus compañeros; y retirándose los que navegaban por el rio con no pequeña zozobra, hasta llegar á dar noticia á Gaboto así de las muertes desgraciadas, como del embarazo que tenia el rio para penetrar por él á su registro.

Dió providencia Gaboto en la defensa de aquella fortaleza, guarneciendola de alguna milicia, y dejando tambien allí la nao capitana partió á descubrir todo aquel rio de Solis, que los naturales llamaban *Paraná*; y para su designio arrasó un bergantin y la carabela poniéndoles remos al modo de galeras. Atravesó el golfo que forma el rio, y navegando por la costa que cae á la parte del estrecho de Magallanes, entró en el rio que llaman de las *Palmas*, pocas leguas distante del sitio donde hoy está fundada la ciudad de Buenos Aires.

Caminando rio Paraná arriba por la misma costa, llegó á otro rio que llamamos del *Carcarañal*, por un cacique de nacion timbú, que era famoso por su poder en aquella comarca.

Parecióle buen sitio para nueva fortaleza, por dejar resguardadas las espaldas, en caso de algun suceso adverso, y fundó la del Espíritu Santo, que otros intitularon de Gaboto, nombre que prevaleció y ha quedado hasta el dia presente á aquel sitio, en que se ven vestijios de aquella segunda poblacion española. Puso en ella por alcaide á don Diego de Bracamonte, caballero de notoria calidad y de acreditado valor, aunque el cronista Herrera dice que fue Gregorio Caro, sobrino del obispo de Canarias, pero en esa circunstancia va poco, y yo sigo al autor de la *Arjentina;* díjole sesenta soldados de guarnicion; entabló amistad con los timbues y caracaras, naciones circunvecinas, para tenerlos á su devocion; y ganados con la buena correspondencia para que se fuese esparciendo de una gente en otra el crédito de los estrangeros, y facilitase el principal designio, que tenia premeditado, de descubrir camino desde este rio hasta el *Peru ó tierras del Rey Blanco*, que así llamaban entonces el imperio de los Ingas, en que tuvo siempre puesta la mira, desde que desistió de su primera jornada al Maluco.

A este fin despachó cuatro soldados, de los cuales el principal era César, y con animo intrépido emprendieron una de las mayores hazañas; si ya

no fué temeridad que se admira en las conquistas de las Indias, por que se internaron en el país por medio de naciones feroces, con la seguridad que si caminaran entre los mayores y mas finos amigos, informándose de cuanto gustaron hasta llegar á juntarse con los conquistadores del Perú. Notable faccion que tiene pocas que se le igualen y ninguna que le esceda.

Dejémoslos en su viaje, para seguir á Gaboto por el rio, que dividiéndose en varios raudales, engarza en ellos muchas islas, pobladas de hermosos árboles, y entonces de mucho gentío. No son iguales todas las canales, ni dan paso con igual desembarazo á las embarcaciones; ántes algunas se reparten en tantos brazos, que dejan el tránsito ó imposible ó muy dificil. Por allí navegó Gaboto con fortuna, hasta avistar el paraje donde se juntan los dos rios Paraná y Paraguay, formando un hermoso golfo distante de la fortaleza *Sancti Spíritus* como 120 leguas. Quedó indeciso sin saber que rumbo escoger; pero pareciéndole mas acomodado para navegar como mas caudaloso el Paraná, tiró por él hasta la laguna de Santa Ana, que es pasadas algunas leguas de donde hoy está fundada la reduccion de Nuestra Señora del Itatí, á cargo de la religion seráfica.

Comerció con los laguneros, que eran de nacion guaraníes, comprándoles los bastimentos necesarios por algunas bujerías estimadas de ellos por la novedad como preciosidades esquisitas, en cuyo

trueque á ambas partes les parecia quedar gananciosas; los españoles, porque casi á ninguna costa quedaban remediados, y los indios, porque adquirian en su estimacion riqueza peregrina. Establecióse amistad con esta gente, que dió señas de su sinceridad en el aviso oportuno con que sus palabras se dieron á entender, significándole que á corta distancia atravesaba el rio tal arrecife de piedras que embarazaria el paso á sus embarcaciones, cuando apenas le permitia á sus canoas.

Dió crédito al aviso, y retrocediendo hasta la junta de los dos rios, entró por el del Paraguay, descubriendo nuevas tierras sin suceso memorable, por espacio de cuarenta leguas, hasta un punto que llaman la Angostura, donde fueron asaltados de mas de trecientas canoas, armadas y guarnecidas de indios guerreros de nacion *agases*. Canoas son unas embarcaciones que se forman de los troncos de los árboles, cavándolos con tal disposicion que cada tronco es un bajel; y los suele haber capaces de veinte hombres. En las de los agases venian seis ú ocho en cada una, que al mismo tiempo eran remeros y soldados, y tan poderosos por agua, que eran entonces los principales señores de todo el rio. Bajaban por la parte superior del rio, con que ayudados de la corriente embistieron con furia á las tres embarcaciones de Gaboto, y disparando sobre ellas la lluvia impetuosa de sus flechas, intentaron abordarlas.

Hubiéranlo conseguido, segun se ostentaban in-

trépidos, á no haber disparado los nuestros muy á tiempo unos versos que empleándose á boca de cañon en las primeras canoas, que con mayor osadía capitaneaban á las demas, las echaron á pique é hicieron refrenar su ímpetu á las que seguian. Con todo eso, no desmayaron los agases, y recobrados del primer susto volvieron á embestir con mayor denuedo, confiando en la superioridad de las fuerzas que á su parecer tenian, pero no fué sino irse acercando á su ruina, porque cargando los nuestros sobre las canoas con sus arcabuces, ballestas y versos, los rechazaron con tanto ardor, que sin reconocerse diferencia considerable entre el acometer y vencer, echaron á fondo mas de cien canoas, mataron á muchísimos enemigos, y pusieron en apresurada fuga á los que fueron mas prontos en reconocer su riesgo y evitarle.

Antonio de Herrera (Dec. 3. Libro 9. Cap. 3.) escribe que en la batalla perecieron 25 españoles; pero Ruy Diaz de Guzman, que formó su Argentina por relacion de los que fueron testigos y partes de estos sucesos, omite esta desgracia y dice, que esta victoria nò tuvo otra costa, que la pérdida de tres soldados, llamados Juan Fuster, Anton Rodriguez y Héctor de Acuña, que peleando en un batel, fueron presos de los agases, y perseveraron en su cautiverio, hasta que años adelante fueron redimidos para mucho bien de esta conquista, porque practicos ya en el idioma del país, sirvieron de intérpretes para allanar muchos pueblos, y suje-

tarlos mas facilmente á la obediencia de España; que hay acasos que saliendo de la esfera de la casualidad, se deben atribuir á Superior Providencia para fines grandes que se consiguen por ese camino poco conocido de los hombres, hasta que les dejan enseñados los sucesos.

Dejó esta victoria tan escarmentados á los agases, que no se atrevieron á hacer nueva oposicion, dejando franco aquel estrecho paso para que el vencedor prosiguiese su viaje sin susto, aunque no sin aquel prudente recelo que nace de la misma oposicion contrastada. Llegó á la frontera, que es poco mas arriba de donde hoy está fundada la ciudad de la Asuncion y era linde de la nacion guaraní y de otras parcialidades de indios, en cuyo puerto desembarcó, y fueron recibidos con igual admiracion que agasajo. Aquella, nacida de ver gentes nuevas, muy diferentes de ellos en los trajes y en las facciones; este mas por miedo que de voluntad, porque divulgada entre ellos la victoria conseguida de los agases, temian irritar con desmanes á los que sabian tan bien menear las manos para su despique, y los huespedes aunque se miraban respetados como vencedores, procuraban con la humanidad de su trato conquistar sus ánimos, que es la victoria mas dificil, pero hablando con la lengua de las dádivas, que es la mas elocuente y persuasiva, y el arma mas poderosa, los llegaron á ganar de manera que perdiendo el miedo, empezaron á tratar entre ellos los nuestros como amigos muy antiguos.

Observaron en el respeto de los demas, que Gaboto era el superior de todos, y tratáronle con particular reverencia y urbanidad á su modo bárbaro, bien que todos respectivamente lo parecian, porque como no se entendian los idiomas, todos los cumplimientos se redujeron á señas de benevolencia con algunas palabras de parte á parte que todos igualmente ignoraban. Trajeron los indios un buen refresco de los manjares del pais, que fué el agasajo mas apetecido de los españoles, porque ya les iban escaseando los bastimentos que sacaron de la laguna.

Paseándose casualmente unos soldados nuestros divisaron, sin querer, el género de que mas hambre tenia su codicia, que eran diversas piezas de plata, que juzgaron ser nativas riquezas de las entrañas de aquel país y fueronseles tras ellas sus ojos, que es difícil contener en los canceles del disimulo los afectos que predominan en el ánimo, sin que se asomen por las puertas de los sentidos. Conocieron los indios la aficion, y como aun en el modo de tener aquellas alhajas, mostraban que las apreciaban menos, vinieron fácilmente en conmutarlas por otras de los españoles. Con que abierta la feria, recibieron sartas de vidrio, peines, cuchillos, y otros instrumentos de hierro, que reputaban por joyas de gran precio, á trueque de los instrumentos de plata que se hallaron en aquel sitio, porque ninguno reservaron los indios por quedar ricos con nuestras bujerías, á que el engaño con que las codiciaban daba el va-

lor que no tenian, como que el enriquecer consiste mas en la estimacion de lo que se tiene que en el valor de lo que se posee.

Estimó Gaboto mas saber que por allí habia plata, que no la misma plata; porque fabricando torres de viento en su idea se soñaba dueño de un pais muy opulento, de que aquellos rescates eran como prendas que afianzaban sus esperanzas, y determinó despachar estas noticias á Castilla para pretender esta conquista, remitiendo juntamente varias alhajas de plata, para que fuese menos mal recibida su resolucion de no proseguir su viaje al Maluco, y madurar los ánimos adversos á sus cosas con este lenitivo tan agradable. Y de esta plata, que segun escribe Herrera, (1) fué la primera que tributaron las Indias á la corona de Castilla, le quedó al Rio de la Plata su especioso nombre, trocándole por el antiguo de Solis, que era recuerdo de su inventor y de su desgracia, y prevaleciendo el que tanto despertaba la codicia, aun despues de conocido el engaño, porque el país no produce aquel precioso metal; y es de mi asunto dar razon de como llegó á manos de los guaraníes de las fronteras, en la forma siguiente.

Poco ántes que Gaboto arribase al Paraguay, se salieron de la capitanía de San Vicente, en el Brasil, cuatro portugueses, no sé si con esperanza de mejorar fortuna ó movidos solo del deseo de ver y descubrir nuevas tierras, que es inclinacion natu-

(1) Herrera Dec. 3, lib. 1. cap. 1.

ral de los hombres. El uno de ellos, Alejo Garcia, era muy périto en la lengua de los tupíes, que en buen número se le ofrecieron por compañeros de aquella empresa, y como es la misma, con poca diferencia, que la de los guaraníes, aportando á su país estos aventureros, pudieron entre ellos adquirir noticia de los opulentos reinos del Perú, y el Garcia persuadió á muchos guaraníes pasasen en su compañia á descubrir aquel imperio, de donde podrian traer metales preciosos y las otras cosas estimables de que decian abundan.

Poco les moveria el interés á los que vivian contentos en su miseria, pero como es gente guerrera é inclinada á novedades, creo no seria necesaria mucha retórica para persuadirles fuesen á descubrir nuevos países. Obráse este ó aquel motivo, ellos en número de dos mil se dieron por compañeros de los portugueses, y caminando por aquellos llanos, poblados de diversas naciones, unas feroces, pacíficas otras, en estas no sintieron oposicion, pero aquellas les hicieron fuerte resistencia, y les fué forzoso allanarse el camino con las armas, entre las cuales el espanto de las bocas de fuego, manejadas con destreza por los lusitanos, era el que obraba con mas eficacia. Al cabo de varias jornadas y aventuras dieron vista á las altas cordilleras del Perú, y encontrando por entre Mizqui y Tomina algunas poblaciones de indios vasallos del Inga, las asolaron robando y matando á sus moradores.

Quisieron adelantar la conquista y el estrago por la comarca, pero ocurrió al reparo tan copiosa multitud de los belicosos indios charcas que se vieron forzados á retirarse. Hiciéronlo con tan buen órden, que ni recibieron daño ni perdieron la presa, y llegaron así portugueses y tupíes como guaraníes, cargados de los despojos de su latrocinio, que se reducian á ropa y vestidos finísimos, muchos vasos, manillas y coronas de plata. Cebado Alejo Garcia en la rica presa, se le aumentaron los deseos así de enriquecer como de hacerse, famoso, porque su ambicion le pintaba fácil aquella conquista, si le acudiese mayor número de portugueses, cuyo valor podria contrastar la oposicion que reconoció, auxiliándose tambien de los mismos guaraníes, que podian pasar en mayores tropas por un camino mas acomodado que trajeron á la vuelta del Perú.

Para solicitar, pues, dicho socorro, despachó con los tupíes á dos de sus compañeros, con el pretesto de dar cuenta de su jornada á su capitan Martin Alfonso de Sousa, á quien por la mejor recomendacion de su negociado remitia algunas piezas de precio que le abriesen el gusto y moviesen á acelerar el despacho. No anduvo remiso el capitan de San Vicente en acudir á una peticion de que podia resultar asi grande interés y mucha gloria á su nacion, y le envió una numerosa escuadra de lusitanos bien pertrechados y mayor número de tupíes; pero le llegó antes á Alejo Garcia, el castigo merecido

por sus robos y crueldades, siendo los instrumentos de su infelicidad los mismos que él hizo cooperar á su culpa, porque los guaraníes, entre quienes andaba con sobrada confianza, instigados de su génio voluntario, se resolvieron á quitarle la vida, como lo ejecutaron, matándole sin perdonar á ninguno de sus compañeros, sino solo un hijo suyo de poca edad que no heredó sus bienes mal adquiridos sinó su desgracia, arrastrando por algunos años la cadena de un duro cautiverio, hasta que prevaleciendo el dominio español en aquellos países, le entregaron á los castellanos, y se avecindó en la Asuncion. Así dispone el Cielo, que las riquezas mal adquiridas sean homicidas de sus injustos dueños, porque se dice que por robarlas le hicieron blanco de su crueldad aquellos bárbaros, aunque despues no las estimaron.

El socorro despachado del Brasil, venia á cargo de Jorge Sedeño y llegó felizmente al mismo paraje de la frontera, cuyos naturales atormentados con el torcedor de su propia conciencia, se sobresaltaron, y porque no tomasen por su cuenta el castigo de la alevosía cometida contra su compatriota, trataron de acabarlos á todos, para lo cual se coligaron con otros de la comarca y en ejército formado asaltaron á los portugueses, y mataron á Jorge Sedeño y á otros, por lo cual resolvieron los demas retirarse al Brasil; pero al llegar al Paraná, no hallaron sus canoas que dejaron en cierta ensenada; ofreciéronse á pasarlos en las suyas los *pa-*

vandás, quienes las traian barrenadas y lo mismo fué verlos en medio del rio, que descubrir los barrenos é irse todos á fondo con los portugueses, librándose los infieles á nado, en que son diestrísimos, y pereciendo todos los cristianos, sin haber quien llevase la noticia de tan lamentable tragedia al Brasil.

Esta, pues, fué la causa de hallarse aquella plata entre los indios de la frontera, la cual como ignorase Gaboto por carecer de intérprete, estaba muy gozoso con aquel hallazgo, prometiéndose en su ánimo, si la conquistaba, estraña opulencia. Preguntó á los indios de donde sacaban aquel metal, y como la plática era por señas, al señalar los bárbaros el rumbo de hácia el Perú, se persuadia estaban las minas allí cerca, que cuando se desea una cosa las mas leves conjeturas parecen razones eficaces que apoyan el propio sentir, y aun las circunstancias mas disonantes hacen acorde armonía con el propio deseo. Persuadido, pues Gaboto, á que habia penetrado la significacion de las señas, y por consiguiente que le habia cabido en suerte una riquísima provincia, acabó de recoger cuantas piezas de plata pudo, y trató de volver con ellas al fuerte de *Sancti Spiritus*, para dar aviso desde allí al Emperador.

CAPITULO II.

Llega Diego García al Rio de la Plata, y despues de algunas contiendas se incorpora su gente y naos con las de Sebastian Gaboto. Despacha este sus procuradores con las primeras preseas de plata que pasaron de América á Europa para el Emperador, quien habiendo solicitado sin efecto socorriesen los armadores de Sevilla á Gaboto, se vuelve este á España, y en su ausencia abandonan la fortaleza de Sancti Spiritus los castellanos por una desgracia pasándose al Brasil.

Cuando mas se regocijaba Gaboto con sus alegres ideas y vanas esperanzas, se le aguó en parte su contento con las noticias que por medio de los indios le llegaron de que habian arribado nuevas naos, y luego se persuadió serian las de Diego García, á quien tocaba en propiedad este descubrimiento y temió se le ofrecerian con él lances pesados, ó que se apoderaria de sus ricas provincias, quitándole la utilidad grande que esperaba. Como lo pensó, asi era en la realidad, porque las naos nuevas fueron las de Diego Garcia, quien habiendo arribado al puerto de San Vicente en el Brasil á 15 de enero de 1527 halló grata acojida en un bachiller portugues, su compatriota, que le dió suficiente provision de bastimentos, y lo que fué no

menos estimable, un yerno suyo, práctico en la lengua del Brasil, se ofreció á acompañarle para servirle de intérprete y faraute en el Rio de la Plata.

Partió Garcia de San Vicente aquel mismo mes, y tocando en la tierra de *Patos*, que es en 27 grados, le recibieron los carioes, señores del país, con la misma humanidad que á Gaboto, contra quien le dieron sentidas quejas de la ingratitud feísima con que correspondió sus beneficios, y es prueba de la bondad de aquella gente que continuasen el buen tratamiento con los que tenian por unos, ó muy semejantes con los que les robaron sus hijos. Entraron por el Rio de la Plata, y armaron el bergantin que llevaban deshecho, descubrieron vestigios recientes de que por allí andaban cristianos, lo que estrañaron mucho, no atinando quienes pudiesen ser, pues á Gaboto lo hacian ya en el Maluco.

Pasando adelante con esta suspension, dieron vista de repente á las dos naos de Gaboto, cuyo teniente era Anton de Grageda. Este se puso en armas al punto que vió los bergantines de Garcia, creyendo eran los desterrados en la isla desierta, que conseguido socorro en el Brasil, donde habrian aportado, irian contra él, y para esplorar sus intentos salió con algunas canoas y un batel bien equipado á recibirlos. Cesó el sobresalto cuando reconocieron eran las naos de Diego Garcia, aunque entraron en recelos del nuevo combate de sus petensiones, que habria Grageda de contrastar como

confidente de Gaboto. Refirióle á Diego Garcia, el motivo de haber desistido de la jornada de la Especeria, y los sucesos recientes que le habian ocurrido á Gaboto, de quien acababa de recibir carta con la noticia de la victoria que habia conseguido con muerte de 300 infieles.

Nada le agradó á Diego Garcia la relacion; y para discurrir con los suyos sobre la resolucion que habia de tomar, se despidió de Anton Grageda con muestras de amigable sinceridad. En primer lugar, determinó deshacerse de la nao capitana, diciendo corria mucho peligro en aquel rio, y todo era pretesto para aprovecharse del flete que concertó con el bachiller portugues, por el porte de ochocientos esclavos que habia de conducir desde San Vicente á Portugal; pero el paliaba esta codicia con decir, que habia hecho repetidas protestas en Sevilla al conde don Fernando de Andrada, sobre que no se le diese aquella nao, que por su grandeza era inútil para el descubrimiento del Rio de la Plata.

No se puede aprobar la política de Diego Garcia si se coteja con sus designios, porque desarmarse cuando pretendia introducir por fuerza la obediencia á sus órdenes, era lo mismo que pretender el fin, sin medios conducentes; pero ahí se vé lo que ciega la codicia, pues atropella por toda razon á trueque de lograr un corto interés. Subió con sus navios á donde estaban surtos las de Gaboto, porque no habia por allí otro abrigo; y aunque desea-

ba hacerles abandonar el rio, á cuya conquista no tenian derecho, no se atrevió á hacer ninguna representacion, porque temió ser desatendido y que le perdiesen el respeto, donde las fuerzas juntas con la posesion eran, sino superiores, á lo menos muy iguales. Pasó hasta la fortaleza de Sancti Spiritus, donde pareciéndole habia mas disposicion en el corto número de aquella guarnicion para que oyesen sus demandas y las atendiesen, hizo jurídico requirimiento al alcaide para que le dejase á su arbitrio aquel fuerte; pues el descubrimiento del Rio de la Plata no tocaba á Sebastian Gaboto, y no tenia título suficiente para usurpársele á quien se lo habia cometido la Majestad Imperial.

El alcaide, con una moderacion que estaba lejos de parecer humildad, respondió que á él no le tocaba decidir controversias tan vidriosas como suelen ser la de jurisdicion, sino obedecer á quien le mandaba como ministro de su rey; que en nombre de su Majestad y de Sebastian Gaboto tenia aquella fortaleza, y que como no le mandase faltar á su obligacion, en lo demas le hallaria pronto Diego Garcia para cuanto lo pudiese servir. Conoció Diego Garcia que se empeñaria en vano en su pretencion, porque la guarnicion estaba resuelta á no obedecer otras órdenes por entonces que las de Gaboto, y no se atrevió á intentar por fuerza lo que no se conseguiria sin graves inconvenientes, y aun con riesgo de quedar vencido, si para mantenerse en el que llamaban los soldados su derecho se valian de

los timbúes por auxiliares. Por lo cual, satisfecho con recibir testimonio de sus protestas, y respuesta del alcaide, se resolvió ir rio arriba en busca de Gaboto.

Mas alto hubiera hablado Diego Garcia, si se hallara con la capitana; pero ya que erró en despacharla al Brasil, anduvo cuerdo en no causar con sus porfías alguna novedad igualmente arriesgada á ambas partes. Pidió algun socorro de víveres, que le dieron los presidarios de aquel fuerte con gusto, rogándole su alcaide ejercitase la piedad en rescatar los castellanos que hubiesen cautivado los indios; porque aunque le constaba que Gaboto los habia derrotado y puesto en fuga, juzgaba moralmente imposible hubiese sido tan completa la victoria que ninguno hubiese peligrado. Y que si Gaboto acaso hubiese muerto ó perecido por hallar mayor oposicion que la pasada, le rogaban todos encarecidamente no se olvidase de ellos y los dejase en tan grande peligro, rodeados de gentes que aunque por ahora se les daban por amigos, eran muy nuevos en la alianza, y si no temiesen socorro de otra parte quebrantarian las leyes de la amistad para librarse de su vecindad.

Todo lo ofreció Diego Garcia, y puesto en camino se llegó en 27 dias á ver con Gaboto, navegando en menos de un mes lo que á aquel le costó mucho. Haria sin duda sus protestas; pero Gaboto estaba ya muy empeñado para ceder y dejar á otro la conquista de tan opulentas provincias, como á su

parecer eran las descubiertas, y así tuvo por bien de incorporarse con él, haciendo sus rescates de oro y plata entre los guaraníes de la frontera; lo cual ejecutado, dieron ambos juntos la vuelta á la fortaleza de Sancti Spiritus, con mayor conformidad de la que solian permitir en aquel tiempo, y en estos climas, la ambicion de mandar como absolutos y el deseo de enriquecer como únicos.

Desde aquí se sepultó el nombre de Diego Garcia en el olvido de los historiadores, de tal manera que no se oyó de él en adelante la mas leve memoria y solo hace papel Gaboto como principal agente en el negocio de la conquista del Rio de la Plata; como si el otro, su competidor, nunca hubiera vivido en el mundo. Así que Sebastian Gaboto, ó fuese único en el gobierno, ó mandase acompañado en tal forma que el cólega le sirviese de poco embarazo, como se iba empeñando en sus grandes pensamientos, dispuso despachar por sus procuradores á la corte, al contador Hernando de Calderon y á Jorge Barloque, ambos confidentes suyos, como se supone de quien los pudo elegir por solo su arbitrio para negocio que tanto le importaba.

Escribió con ellos á su Majestad dándole cuenta de los motivos porque desistió de su navegacion á la Especería, y del descubrimiento que habia hecho por el Rio de la Plata; refiriendo por menor los sucesos de su jornada, las provincias descubiertas, las naciones diversas que las poblaban, unas feroces, otras menos bárbaras, la riqueza, fertilidad y

abundancia del país, las fortalezas fundadas, los amigos que se habian ganado, los enemigos vencidos por el valor y constancia de aquellos sus fieles vasallos, sin omitir cosa que pudiese hacer bien vista su resolucion y estimular el ánimo del César á que condescendiese con la súplica, que le hacia, de que enviándole nombramiento de capitan general de aquellas provincias, acelerase la remision de un buen socorro de gente bien pertrechada, para contrastar el poder de las naciones que no viniesen de grado en reducirse á la obediencia de su majestad, y con que se pudiesen formar varias poblaciones que sirviesen de freno al orgullo de los bárbaros y facilitasen su reduccion.

Acompañó esta carta con un buen regalo de algunas preseas de oro y plata para el Emperador, á quien con ellas, mejor que con otras razones, queria persuadir cuan bien fundadas iban las esperanzas que habia concebido de postrar á sus reales piés un imperio opulentísimo; y dispuso que en el mismo navio se embarcasen algunos indios que fuesen á venerar á su monarca, como primicias de los nuevos vasallos que se iban conquistando. Hicieron los procuradores de Gaboto su viaje con felicidad sin tocar en el Brasil, ni en otro puerto donde quizá lo hubieran aventurado; pero en Sevilla facilmente se puede considerar con que ceño serian recibidos de los que vivian esperanzados de sus medras en el viaje de Gaboto á la Especería, para donde le aviaron con sus caudales; y con su

resolucion de entrar al Rio de la Plata, miraban burladas sus esperanzas. Hubiéranles aliviado para lo restante del camino, embargándoles cuanto lleva ban; pero no se atrevieron por el respeto debido al Emperador, á quien se dirigia la parte principal del presente; y se hubieron de partir á Toledo, donde residia la corte á la sazon, con el sobresalto de que los interesados no reclamasen contra Gaboto y embarazasen su negociacion.

No sabemos que los armadores de Sevilla hiciesen diligencia en la corte contra Gaboto, ó si la hicieron no fué parte para que el César dejase de oir con agrado á sus agentes, y las novedades que referian asi de las gentes, como de las riquezas del país; porque presentando los indios y las alhajas de oro y plata, facilitó la vista la estrañeza del oido, siendo aquellos racionales de tan raras costumbres y fisionomía que parecian hombres de segunda especie, y aquellas preseas esquisitas, testigos irrefragables que hacian creibles cuanto se pudiera dificultar en la narracion.

Dignóse el Emperador tener con los procuradores algunas conferencias, y para hacerse mas capaz de todo, no se desdeñó de hacerles varias preguntas, que no desdice de la majestad informarse del vasallo por penetrar el negocio, y bien enterado de todo, se aficionó tanto á esta conquista, que acordó en breve se poblase el Rio de la Plata, dando el gobierno á Gaboto, y despachando la gente y pertrechos que pedia; pero porque reparó su gran

piedad, que habiendo gastado los armadores de Sevilla tanta parte de sus caudales para la malograda empresa de la Especería, no era justo perdiesen tantos gastos sin ningun fruto, mandó que se sacase copia de cuanto le escribia Gaboto, y se les comunicase, para que confiriesen entre si la conveniencia que les podria tener entrar á la parte de las ganancias, si se resolvian á dar nuevos avios para continuar los descubrimientos; porque si nó se animaban á contribuir á aquella empresa, queria le diesen pronto aviso, porque en tal caso, su ánimo resuelto, era hacer por entero todo el gasto para costear aquel socorro.

Era esto por los fines de Octubre de 1527, y en todo aquel año no acabaron de resolverse los armadores á continuar el gasto, porque el ver consumidos mas de diez mil ducados en el primer armamento, que para aquel tiempo valian mas que cien mil al presente, era rémora que los detenia para no abrir la mano ni entrar en nuevos empeños, y en el año siguiente, dieron finalmente respuesta positiva al Emperador, de que no se hallaban en disposicion de aventurar nuevo caudal por manos de sujeto en que tan mal se había lucido su generosidad.

Al tiempo que esto se trataba, llegaron tambien á la corte, por la via de Portugal, las quejas de los tres que, por sediciosos, obligaron á Gaboto á descartarse de ellos, abandonándolos en una isla desierta, de donde tuvieron fortuna de salir y llegar por tierra al Brasil; y desde allí informaron á su Majestad

Césares de su infortunio, ponderando con encarecimientos de quejosos la miseria á que se veian reducidos, y suplicando se les diese licencia para presentarse en el Consejo de Indias y purgarse de los delitos porque se les impuso aquel castigo tan cruel como afrentoso. No se pudo negar la justicia del Emperador á peticion tan justificada, y ántes de dar la última respuesta á las pretensiones de Gaboto mandó se le despachase órden para que viniendo á Castilla, ó el mismo Gaboto, ó alguno de sus capitanes, los trajesen en sus naos para ser oidos conforme á derecho.

Entendiendo el ánimo de los armadores, mandó el Emperador que, á sus espensas, se despachase socorro á Gaboto, y se hubiera ejecutado con brevedad aquella órden, segun el afecto con que queria se fomentase dicha empresa, sino lo embarazaran otras gravísimas dependencias de la monarquía, que aquel año se vió combatida con la alianza de Francia é Inglaterra, que en los turbulentos reinados de Francisco Primero y Enrique Octavo, estuvieron conjurados contra la fortuna del César.

El año siguiente de 1529, sacaron de España para Italia al Emperador gravísimos cuidados, que como mas próximos distraian mas su grande ánimo de la atencion á los mas remotos de las Indias, ni le permitieron restituirse á España hasta el año de 1533, por varias ocurrencias que se fueron eslabonando unas con otras, y frustraron los deseos grandes que su majestad habia mostrado de favorecer esta causa,

por mas diligencias que interponian sin cesar, con los ministros del reino, los procuradores de Gaboto.

Este, como en tanto tiempo no habia alguna resulta, sospechó que su pretencion habia sido desatendida en España, y los que le tenian menos afecto dieron por bien fundada su sospecha, que facilmente se inclina el asenso á lo que la voluntad desea. De aquí nació que los soldados que llevó Diego Garcia se empezaron á mostrar contumaces á sus órdenes y á proceder con sobrada libertad, sin hallarse Gaboto con suficiente autoridad para contenerlos dentro de los límites de su obligacion, que no hay cosa que mas alientos dé á los súbditos para faltar en la obediencia á los ministros inmediatos, como verlos ó poco aceptos ó desatendidos del soberano.

Dieron por fin tales ocasiones los dichos soldados, con su soltura, á los indios vecinos á la frontera de San Salvador, á quienes habia Gaboto mantenido en amistad, que, convocando secretamente toda la comarca se conjuraron para destruirla, como lo consiguieron, dando al alba un asalto improviso, que puso á todos en grande consternacion; y hubieron bien menester acordarse que eran españoles, para no ser todos víctimas del bárbaro furor de los agresores, aunque no pocos castellanos quedaron muertos ántes de volver en sí. Los que quedaron vivos, se metieron en los bergantines que estaban surtos en el puerto, y desamparando la tierra se volvieron á Castilla.

La misma resolucion hubo de seguir Gaboto, para ver si acertaba á negociar por sí en la corte á favor de su causa, mejor que sus procuradores; y dejando la fortaleza de Sancti Spiritus á don Nuño de Lara, caballero igualmente noble que bien quisto de todos por su prudencia y afabilidad, dió la vuelta para España en 1530, y llegó felizmente, habiendo gastado cuatro años en este viaje.

Partido Gaboto, procuró don Nuño mantener en toda disciplina la gente de su fortaleza, y cultivar la amistad de los timbues con buena correspondencia. Consiguiólo todo con facilidad el amor que le profesaban castellanos é indios pero envidioso el demonio de que aquellas reliquias del nombre cristiano hubiesen hecho pié en el imperio que poseyó sin contradiccion tantos siglos, y recelando que aquel corto número de españoles fuese reclamo que llamase á otros para propagar el reino de Cristo, se ingenió con sus diabólicas trazas, para borrar el nombre cristiano, y estinguir todo el resto de nuestra nacion con una funesta y lamentable tragedia.

Para este fin, propio de su odio mortal al género humano, aunque aquella nacion de los timbues era de genio mas templado que las otras, levantó un fatal incendio en el pecho de su principal cacique, llamado *Mangoré*, haciendo que se aficionase torpemente de una española de las que estaban en aquel presidio, llamada Lucia de Miranda, mujer de un soldado cuyo nombre era Sebastian Hurtado, ambos naturales de la nobilísima ciudad de Ecija en Anda-

lucía. Procuró Mangoré, por los medios que le enseñó la ceguedad de su pasion, conseguir el logro de su deseo; pero le salian vanas todas sus trazas, porque la honestísima matrona, hizo siempre resistencia á su pretension, negándose constante á corresponder á sus finezas. Creció mas con la repulsa el incendio amoroso de Mangoré y como si quisiera pegar su pasion, cual contagio, á un hermano suyo llamado *Siripo*, le dió parte como estaba arrestado á destruir la fortaleza, y acabar de una vez con todos los españoles, por solo el interés de una prenda, que era Lucía de Miranda, á quien adoraba, y vendria por este camino á sus manos, obligándola á que correspondiese á su amor, ó haciéndola blanco de sus furias si proseguia sus esquiveces.

Siripo, que era mas cuerdo, procuró apartarle de una resolucion en que no podria empeñarse sin riesgo de toda su gente, y que aun saliéndole el suceso medido por su gusto, era barbaridad inhumana, agena de la templanza de los timbúes; pero Mangoré despreciando este sano consejo, impaciente y despechado con la violencia del amor, le motejó de cobarde y dijo, que sin su ayuda, sabria llevar á cabo su designio, de que por ninguna cosa del mundo desistiria, porque era gusto suyo, y eso sobraba por razon, para que sus vasallos lo ejecutasen sin réplica. Viéndose Siripo notado en el punto de la valentía, hubiera quebrado con el hermano si fuera tan loco como él, pero disimulando por la paz comun su injuria, le dijo, que, pues estaba determinado á

perderse, le haria ver, ántes de su ruina, que la pusilaminidad vivia desterrada de su pecho, y que le acompañaria hasta morir ó vencer.

Ocultaron, pues, su designio, sin fiarle aun de sus mas confidentes, hasta que el tiempo diese coyuntura oportuna de ejecutarle con el menor riesgo. No tardó mucho, porque saliendo de la fortaleza, dentro de pocos dias, el capitan Mendo Rodriguez de Mosquera á buscar vituallas por aquellas islas, en su bergantin con 40 soldados, uno de los cuales era Sebastian Hurtado, les pareció era el mejor tiempo para poner por obra la traicion premeditada. Convocaron con todo secreto mas de cuatro mil timbues, á quienes manifestaron su intento, motivándole con que peligraba la libertad de todos, si dejaban poner raíces en su tierra á aquella gente estranjera, y si cuanto ántes no se descartaban de ella.

Mostráronse todos dispuestos á la faccion, y quedándose á media legua de la fortaleza emboscados entre unos sauces, se adelantó Mangoré con treinta mancebos robustos cargados de bastimentos, con los cuales entró dentro, significando al Alcaide cuanto pesar habian tenido los suyos de saber su falta de vituallas, las que suplian con aquellas cargas, en que abultaba mas su voluntad que la misma dádiva, pues quisieran tener regalos mas de su gusto para manifestar su benevolencia y el contento con que vivian en su amistad. Tristes españoles ¡quien os pudiera hacer cautos para que temierais recibir los dones, y daros las señas de ese alevoso Sinon, para

que evitarais sus asechanzas, que van ya á acabar con vuestras vidas, por robar á la inocente Elena!

Ninguna desconfianza despertó el movimiento en los engañados castellanos, porque hicieron con tal disimulo su papel los bárbaros, que burlaron la atencion de los mas advertidos, pues en la alegria, gusto y prontitud con que hacian el fingido obsequio no dejaron resquicio por donde aun la mas leve sospecha pudiese penetrar su dañada intencion. Agradecidos los castellanos, les procuraron corresponder con todo el agasajo posible, y con sobrada confianza despues de cenar juntos, con demostraciones de regocijo recíproco, hospedaron á Mangoré y sus treinta mancebos dentro de la fortaleza, lo que fué una temeridad digna de que su castigo sirva de escarmiento, en que tomen lecciones los siglos de cuan poco se debe fiar de bárbaros recientes amigos.

Acercáronse los cuatro mil timbues capitaneados por Siripo, con tal silencio, que no fueron sentidos de la vigilancia de los centinelas, ni aun vistos porque les encubrian las tinieblas nocturnas. Llegáronse á poner en sitio desde donde pudieron observar el descuido con que se habian entregado al sueño, y haciendo la seña concertada, respondió Mangoré con la contraseña para acometer. Mataron los compañeros de Mangoré en primer lugar los centinelas, abrieron las puertas de la fortaleza, y quemaron inmediatamente el almacen de las municiones; providencia superior á la capacidad de unos

bárbaros, imposibilitar la defensa, con quitarles las principales armas.

Con el estallido ruidoso de la pólvora, desperta-ron despavoridos muchos de los españoles; pero como los bárbaros estaban apoderados de todo, eran degollados en sus propios lechos antes de tener advertencia para empuñar las armas. Otros mas ágiles pudieron salir á la plaza, y eran muertos sin poderse incorporar en un sitio, aunque algunos se defendieron con grande valor, peleando con tal esfuerzo que vendieron muy caras sus vidas, en especial el alcaide don Nuño de Lara que embrazando su rodela se entró furioso como un leon abriendo camino con la espada por los escuadrones enemigos; heria y mataba á tantos, que llegó á ponerse en balanza la victoria, porque atónitos los bárbaros de tan alentado ardimiento, se suspendieron sin osar ninguno acercársele para no ser parte de la riza que ejecutaba, pues veian ya muertos á sus piés muchos caciques y los indios mas valerosos.

No obstante, recobrándose de su primer espanto, le tiraron de lejos tantos dardos y flechas que bañaron en su propia sangre al que irritado, como leon generoso, discurria á una parte y á otra, llevando en su espada el estrago de los que se le ponian delante. El sargento mayor del presidio, Luis Perez de Vargas, hizo al mismo tiempo, con una alabarda, insignes hazañas, rompiendo por las escuadras enemigas, para ir á ganar la puerta, en que entendió podia resistir la entrada de mayor número;

pero viendo ya señoreada de los bárbaros la fortaleza, embistió con tal ardor al principal escuadron que dejó bien vengada su propia muerte, en la de muchos que fué derribando, sin desistir de pelear, hasta que apretándole la fuerza de los indios, cayó envuelto en su propia sangre.

Igualó el denuedo de su sargento mayor el alferez Oviedo que, con otros de su compañía, pasó á cuchillo multitud de bárbaros, con intrepidez tan osada, que sin reparar en su propio riesgo, pudieron alargar la disputa de la victoria, sin ceder su puesto hasta rendir en el combate los últimos alientos. El alcaide acudia á todas partes con estraña osadía, y divisando á Mangoré entre una densa multitud de enemigos, donde se guarecia cobarde, rompió por todos con su espada, y dándole una recia cuchillada, lo derribó palpitando entre ansias mortales á sus piés, y asegundando con igual brio el golpe le privó de la vida y de la gloria de habér triunfado de los españoles.

Ibale faltando á don Nuño el caudal de sus venas, que vertia por sus muchas heridas, y no obstante parecia cobrar nuevos espíritus el brazo en la sangre con que le salpicaban los enemigos; esforzaba, aun estando desangrado, á los suyos, hasta que perdida la sangre toda, le faltó con la voz la vida, de que pareció depender el aliento de todos, porque muerto él fueron vencidos los demás, y muertos cruelmente sin dar cuartel á ningun soldado para que no pudiesen ser testigos de tan lamentable su-

ceso, que despues de tanta sangre, sacó rios de llanto á las mujeres y á cuatro muchachos á quienes salvó de la muerte el sexo y la edad, bien que la hubieran escogido como alivio de sus penas, por no arrastrar la cadena pesada del cautiverio entre bárbaros que no conocian á su Creador.

En rompiendo la aurora, cuya luz escasa manifestaba la fealdad de la alevosía cometida, vieron con crecido pesar cuan costosa les habia salido su perfidia, porque ademas de la pérdida de Mangoré, reconocieron que por cáda cristiano habian perecido mas de veinte infieles, fuera de los que estaban peligrosamente heridos; pero alegres en haber quedado señores de la fortaleza, trataron de repartir los despojos, mas por mostrar que eran vencedores que por aprecio del botin. Al ver Siripo, entre las demas mujeres, la dama por quien su hermano se habia espuesto á tan funesta muerte, no pudo contener las lágrimas; y empezando á sentir en su pecho un incendio amoroso hácia la cautiva, no quiso sacar de todos los despojos, otra joya mas preciosa que tener por esclava á Lucia de Miranda, que miraba ya casi señora de su albedrío, segun le habia rendido su estremada hermosura.

Mientras cada uno de los otros caciques se adjudicaban las alhajas mas preciosas, á Siripo le parecia quedaba mas rico que todos con tal prenda; pero la infeliz Lucia puesta en su poder, pasaba la vida entre amargas lágrimas, mas de temór de que con afecto de amante quisiese violentar su pundo-

nor, qué de sentimiento de su cautiverio; ni tenia porque le pesase demasiado este, pues era tratada con humanidad por Siripo y servida de sus criados con esmero. Acusaba ella no obstante su fortuna, que la habia conducido á la desdicha de ser querida de un bárbaro, á quien no podia arredrar de su amor aun con repetidos desdenes, y lloraba de continuo su miseria, sin poder en ningun motivo hallar consuelo.

Quiso consolarla un dia Siripo, y dar un asalto terrible á su constancia, declarándole su voluntad, con las palabras mas cariñosas que supo discurrir su ardiente amor. Díjola que pusiese término á sus lágrimas, pues si la pena era por verse esclava, en adelante se podria tener por señora de todo, y aun de su propio albedrío, porque habia resuelto recibirla por su verdadera esposa, á quien como tal daria gusto en todo, y la servirian y obedecerian rendidos todos sus vasallos. Considérese á esta triste mujer en poder de un bárbaro y loco amante, viviendo con él de puertas adentro, solicitada con halagos, con lisonjas, con sobornos, que son la municion mas poderosa para rendir la mas fina constancia, principalmente de quien se miraba en tan baja fortuna, y se verá cuan facilmente hubiera llegado á los últimos términos el impuro amor de Siripo, si toda su recia bateria no se hubiera encontrado con una firmísima roca, cual era el casto pecho de aquella Lucrecia española.

Nada, pues, labraron las caricias, reforzadas con

la esperanza de conveniencias, en el ánimo de la cautiva, ni hicieron otra mella que contristar su corazon con la consideracion de su riesgo; pero siempre como cristiana y como honrada resuelta á no rendirse á la voluntad del bárbaro amante, por no manchar la pureza de su alma con una culpa y su honor con una infamia; que la esclavitud era sumamente honrosa, cuando la libertad era víctima en las aras de la honestidad; que no hay entendimiento tan bárbaro, en que no se granjeen alguna veneracion los resplandores de esta virtud, por mas que la voluntad no la abrase, arrastrada de los sobornos del apetito.

Aumentó las penas de Lucia un nuevo accidente, y fué el caso que los indios batidores del campo, presentaron preso ante Siripo, á su querido esposo Sebastian Hurtado; porque habiendo vuelto con vituallas los soldados del bergantin, y reconocido por los funestos vestijios, la fatal desgracia acaecida en la fortaleza el dia antes, segun indicaban las recientes señales, no halló entre los muertos á su mujer, y sospechando lo que era, se entró frenético en el amor de su consorte por aquellos campos, sin que lo pudiesen embarazar sus compañeros, escogiendo antes vivir en duro cautiverio como fuese en su compañía, que pasar la vida en libertad descansada con barruntos de que estaba en posecion de otro amante.

No es fácil ponderar cuanto se irritó Siripo con su vista, obrando en su ánimo, con toda su ordina-

ria furia, la pasion rabiosa de los celos, que como es verdadera locura, le sacó de juicio; y arrojando centellas por los ojos y rayos por la boca, mandó que retirandole de su presencia le quitasen al momento la vida, para que se desengañase la cautiva que no le quedaba ya en quien emplear su amor. Penetrada entonces del íntimo dolor de perder la prenda mas estimada, se arrojó bañada en lágrimas á los piés de Siripo, rogándole con toda la elocuencia que saca á los labios una crecida pena, templase aquel riguroso mandato y le concediese por merced la vida, para que no menos su marido que ella se pudiesen emplear en servirle y obsequiarle como sus fieles esclavos.

Siripo en cuyo ánimo con el crecimiento de la fiebre de los celos, se habia aumentado el deseo de complacer á Lucia, para probar si podia conquistar el firme alcazar de aquella voluntad, y vencer con agasajos la fuerza de sus desdenes, se alegró de que se le ófreciese ocasion de usar con ella esa fineza, que esperaba seria correspondida con el logro de su pretencion; escuchó sus ruegos, como quien la quería obligar con la condescendencia, y vino en concederle la vida, aunque con la pension de que no se habia de portar como esposa de Hurtado, supuesto que, con porfiada terquedad, se desdeñaba de serlo suya; que si gustaba Hurtado admitir otra consorte, le daria á su placer la que escojiese, seguro de que seria servido y amado de ella, y él le trataria con tal benignidad que en nada co-

noceria ser su esclavo, sino amigo y aliado; pero si llegaba á entender se comunicaban ambos como consortes, incurririan en su indignacion, y mandaria, inexorable á cualquier ruego, se les diese cruel muerte, en castigo de la violacion de sus órdenes que queria ver obedecidas de ellos, sin la mas leve interpretacion.

Aceptaron por fuerza la tiránica condicion con señas esteriores de gusto, y la procuraron cumplir, absteniéndose por algunos dias, pues sin hablarse por mutuo consentimiento hicieron pacto de no verse solos; haciendo aun para no verse, todas las diligencias posibles, que cabian en el estrecho y preciso comercio de una misma casa. Pero como quiera que entre los amantes no hay leyes tan estrechas, que no se dispensen facilmente por seguir la fuerza del amor, no pudo durar tanto tiempo aquel divorcio, en que no tuvo ninguna parte la voluntad, y se dieron indicios claros de que todavia se querian bien, logrando las ausencias de Siripo para verse á solas con la familiaridad y licencia de consortes.

Observólo una india, mujer antigua de Siripo, pero repudiada desde que este puso sus ojos y su aficion en Lucia, contra quien abrigaba en su bárbaro corazon por tal desaire mortal odio, mirándola como instrumento de su desgracia. Déspicóse ahora, dando parte á Siripo de lo que habia visto; pero el bárbaro, que con su natural cordura, conoció era el testigo indigno de crédito por su notoria

pasion, remitió la nueva averiguacion á nuevo examen, que no fué poco reporte, para quien estaba picado con los continuados desvios de la cautiva, y con poder absoluto para vengar aun los amagos de la contravencion á sus órdenes. Procuró tener el informe mas ageno de sospecha, que fió al registro de sus ojos, y para conseguirlo, se hizo todo de parte del disimulo, viviendo con un cuidadoso descuido, hasta que un dia los vió incautos estrecharse en recíprocos abrazos.

Con prueba tan clara, procedió al castigo, que fué mandar quemar á Lucia y asaetear á su marido. Encendiose una horrible hoguera al rededor de un palo, en que ligaron á la triste cautiva, y mientras la voracidad del incendio le permitió libre el uso de la lengua, no se le oyó sino clamar al Cielo por misericordia, y ofrecer con ánimo varonil aquel tormento por la remision de sus pecados, con lo que esperamos saldria del fuego purificada su alma de las manchas que suele contraer la fragilidad humana. Al marido, le sacaron al campo, y amarrado á un árbol esperó con la misma cristiana constancia, entre las mismas súplicas por perdon y misericordia, la lluvia de saetas que le dispararon los jóvenes mas diestros en la punteria, hasta que por las heridas voló su alma, desatada de las prisiones del cuerpo, á gozar de las moradas eternas, segun piadosamente creemos de la estraña compuncion con que recibió la muerte, semejante á la del ínclito martir cuyo nombre tenia.

Sucedió toda esta lamentable tragedia el año de 1532, y en el mismo, los que fueron con el capitan Mosquera á buscar viveres por las islas del Paraná, despues de dar sepultura con religiosa piedad á los cadáveres que hallaron en la fortaleza desierta, trataron de asegurarse del eminente riesgo. Confirieron entre si que resolucion tomarian, y como para dar la vuelta á Castilla les faltaba embarcacion segura, por haber arrasado las obras muertas del navio para poder navegar aquel gran rio á vela y remo, cual si fuera galera, determinaron irse de costa á costa hasta el Brasil; pusiéronlo por obra, y pasando de la Cananea surgieron en un puerto á distancia de 24 leguas de la villa de San Vicente, donde se poblaron, sinó con comodidad, á lo menos con el consuelo de verse libres de tantos peligros.

Allí fundaron un pueblezuelo, y trabaron amistad con los naturales, manteniéndose pacíficamente en espacio de dos años, hasta que se les agregó cierto hidalgo portugues llamado *Duarte Perez*, que con su familia y criados se vino fugitivo de San Vicente. Este habia aportado á aquella costa á cumplir el destierro, á que por ciertos delitos, ó falsos ó verdaderos, le habia condenado el rey de Portugal, de quien vivia muy quejoso, y hablaba de su justicia con mas libertad de la que se permite á un vasallo, aunque estuviese justamente ofendido.

Sabido por el gobernador de San Vicente, Mar-

tin Alfonso de Sousa, el lugar de su retirada y la libertad con que procedia en notar á su rey, y aun á su nacion, que nunca falta un Doeg que lleve chismes á los poderosos contra un desgraciado, se ofendió de que los castellanos le hubiesen acogido, y envió un mensajero que le requiriese á cumplir su destierro donde era la voluutad de su monarca, é intímase á los castellanos que si querian perseverar en aquel sitio, jurasen obediencia al rey de Portugal, en cuya demarcacion decia caer aquel territorio, y en su nombre al gobernador de San Vicente; y que de no allanarse á abrazar este partido, saliesen de la tierra en el breve término de tres dias, so pena de que dejaria escarmentada con muerte y perdimiento de bienes su protervia si se obstinaban en continuar la posesion del dominio usurpado á su corona.

Amargo bocado era este mensaje, para que le dirijiesen sin bascas los estómagos de los castellanos, nada hechos á sufrir sin razones de lusitanos, y así templando la respuesta mas con su irritacion que con sus fuerzas, le enviaron á decir que no conocian otro señor de aquella tierra que el emperador don Cárlos, cuyo derecho estaban prontos á defender, hasta verter todo el caudal de sus venas, hechos víctimas de la lealtad. No sé si lo serian de la discrecion, porque se hallaban sin municiones ó pertrechos para resistir la fuerza que contra sí provocaban, y debian temer fuese muy poderosa, como en efecto la dispuso el Goberna-

dor, juntando ochenta lucidos portugueses y una trópa numerosa de indios tupies, que por mar y tierra marchasen á desalojar los castellanos y castigar su loca temeridad.

Estos, luego que tuvieron aviso de estos marciaciales aprestos, consultaron con su valor y con la urgente necesidad los medios de su defensa, porque ni podian pensar en sujetarse á estraño dominio, del que les cupo por suerte con el nacimiento, ni era facil intentar la resistencia sino con evidente peligro de ser atropellados, sino del valor, á lo menos de la multitud de los enemigos, que venian bien municionados, cuando ellos no tenian mas pertrechos que sus espadas y la pujanza de sus brazos. No obstante, firmes en el dictamen de no rendirse ni abandonar el sitio, se resolvieron á probar fortuna; y para estar menos indefensos empezaron á abrir mas trincheras y formar sus estacadas, que podia ser todo el reparo en trance tan apretado; pero como la fortuna acostumbra ponerse del bando de los osados, no dejó de favorecer á los castellanos en esta coyuntura con una casualidad que los llenó de esperanzas de la victoria, y fué mucha parte para conseguirla.

Fué el caso, que cruzando aquellos mares un navio de corsarios franceses, arribó con no sé que ocasion á aquella costa, no muy lejos de la poblacion castellana; supiéronlo sus moradores, é intentaron apresarle logrando algun descuido de los corsarios, que se ofreció luego conforme lo desea-

ban, porque saltando en tierra á buscar víveres entre los indios, no volvieron al navio aquella noche; era muy oscura, y ocultándose entre sus tinieblas, se hicieron llevar en algunas canoas de los indios amigos, á quienes mandaron dijesen iban llevando el refresco.

Hicieron su papel los indios con mucha destreza, y aseguraron á los que guardaban el navio, los que llevados del engaño les echaron los cabos para arrimarse. Al punto los castellanos escalaron por varias partes la nave, y entrando con espada en mano, pelearon valientes, hasta rendir los franceses y apoderarse del vaso, en que hallaron muchas armas y municiones que estimaron mas en la ocasion que las otras precisas mercancias de que venia bien cargado. Encaminaronse con la presa al puerto de su poblacion, despues de echar en tierra los prisioneros que les podrian dar cuidado al ser acometidos de los lusitanos. Plantaron cuatro piezas de artilleria de la nave en la trinchera, y armaron una emboscada de veinte castellanos y ciento cincuenta flecheros que vinieron á ausiliarles contra los enemigos comunes, que eran los portugueses, la cual se ocultó en un sitio entre el puerto y la poblacion, para que saliese de traves cuando lo dictase la ocasion.

Llegó el escuadron de los portugueses por mar y tierra, y puesto en proporcionada distancia, desplegó las banderas, y empezó la marcha con mucho órden: pasando por la emboscada, se acerca-

ron á reconocer las trincheras, desde donde se les dió la noticia, que ignoraban, de haber artilleria, con los primeros tiros, cuyo estrago impensado, los sobresaltó de manera que abrieron su escuadron á la mano diestra y siniestra, y se empezaron á retirar. Salieron entonces los castellanos de las trincheras, y los siguieron hasta que ganaron el abrigo de un bosque, que les resguardaba las espaldas, donde queriendo hacer resistencia, sintieron la fusileria y flechazos de la emboscada, y se desordenaron de tal manera que quedaron enteramente derrotados, muertos muchos y otros prisioneros, y los demas en acelerada fuga.

Siguieron la victoria los castellanos, y pasaron hasta la villa de San Vicente, cuyo puerto saquearon sin perdonar á las atarazanas del rey. Allí se les incorporaron algunos portugueses, que de secreto les habian favorecido, y temian, si se quedaban, se descubriese su traicion, y se les diese el premio merecido por mano de verdugo. De allí, dieron la vuelta á su poblacion, donde envasando en el navío frances y en su bergantin cuanto tenian, se embarcaron todos los castellanos y portugueses, y para evitar nuevos debates, se pasaron á poblar en la isla de Santa Catalina que era, sin controversia, de la demarcacion de Castilla.

Allí perseveraron desde los fines del año de 1534, hasta que arribando á dicha isla el capitan Gonzalo de Mendoza, los llevó al Rio de la Plata á incorpararse con la gente del adelantado don

Pedro de Mendoza, que emprendió esta conquista como ya diremos. Escribe nuestro Techo que este combate fué el primero que hubo entre cristianos en la Indias Occidentales; pero engañole el haber seguido descuidadamente al autor de la Argentina, que hizo primero este reparo, y le hubiera omitido (1) si supiera que antes se habian visto sangrientas disenciones entre los castellanos, en la isla Española, y en Méjico, entre los de Cortes y Narvaez, que quedaron vencidos.

(1) Herrera Decad. 4 lib. 1 cap. 3. y Decad. 2. lib. 10 cap. 3.

CAPITULO III.

Pasa don Pedro de Mendoza por adelantado del Rio de la Plata, para continuar su conquista debajo de varias condiciones que se refieren. Sucesos de su lucida armada en el discurso de su prolija navegacion hasta tomar tierra y fundar la ciudad de Santa Maria en el puerto de Buenos Aires.

En este miserable estado quedaba la conquista del Rio de la Plata, porque aunque se habia esforzado Gaboto en persuadir sus utilidades, no solo con razones que serian menos eficaces, pero con los ricos frutos imaginarios propios del pais de que hacia demostracion, no habia logrado que se tomase con calor ese negocio. Lo dificultaban mucho los embarazos de las guerras de Europa, que no permitian distraer la atencion á empresa tan remota; pero al fin, la solicitud de Gaboto despertó los deseos de otros, que sin empeño de entrar á ser sus competidores, porque ya desistia de su pretension, contento, al cabo, con el empleo de piloto mayor que se le dió en Sevilla, para que instruyese con sus no-

ticias á los pilotos que navegasen á las Indias, se ofrecieron á ejecutar sus designios, dando mas seguras esperanzas de su feliz consecucion, ó hallándose con mejores medios para efectuar sus ofertas sin dispendio de la Real Hacienda, que se consideraba exhausta con los gastos precisos de un tiempo muy embarazado con las emulaciones de los enemigos de España.

Entre los que hicieron mas empeño por que se les diese cargo de esta empresa, fué preferido don Pedro de Mendoza, caballero principal, natural de Guadix, donde poseia pingüe mayorazgo, el cual habia militado en Italia con crédito y con fortuna, porque teniendo la de hallarse en el saqueo de Roma, salió tan bien aprovechado que quedó poderoso de donde otros suelen salir arruinados. Premió el César su valor haciendole su gentil hombre de cámara, y siendo por otra parte deudo muy cercano de doña Maria de Mendoza, consorte del secretario don Francisco de los Cobos, tan estimado del emperador, le sirvió el parentesco para adelantar su pretencion, y negociar la preferencia: con que resuelta ya la espedicion al Rio de la Plata por las grandes conveniencias que se esperaba prudentemente resultar de ella, se le dió nombramiento de adelantado de aquellas provincias, precediendo á él varias capitulaciones que parecieron convenientes en las circunstancias, para evitar las gastos del Erario y asegurar la real conciencia.

Ajustáronse dichas capitulaciones en 21 de Mayo de 1534, y la primera fué que supuesto se esperaba descubrir por aquella via comunicacion para el Perú, procurase, ante todas cosas, abrir paso por este camino, penetrando por tierra hasta avistarse con el mar del Sur; y para hacerlo mas cómodamente se obligase á conducir á aquellos países la jente necesaria bien municionada, y con suficientes bastimentos en una ó dos navegaciones, como mejor le estuviese, y juntamente cien caballos y yeguas, para que multiplicando con la buena disposicion del terreno, se facilitase el comercio y la conquista. La segunda, que descubriese todas las islas que poblaban aquel grande rio; pero siempre con la mira á que no traspasase los límites de su gobierno en la demarcacion de la corona de Castilla.

La tercera, que fuese obligado á llevar ocho religiosos de la órden que mas gustase, para que atendiesen á la conversion de los indios; negocio que la piedad del César le recomendaba sobre todas las cosas, como la que mas estimaba y solicitaba con mas veras en estas conquistas, y de que le cargaba la conciencia; como tambien sobre el buen tratamiento de los indios, medio conducentísimo para que no cobrasen aversion á abrazar la fé católica. La cuarta, que debiese mantener en sus provincias, médico cirujano y boticario, con las medicinas necesarias para la curacion de los enfermos, por cuya falta habian en otras partes perecido inútilmente muchos españoles, y ya la esperiencia habia enseñado la necesidad de estas prevenciones.

La quinta, que ni para costear todo lo dicho, ni la armada que se habia de aprestar, en ningun tiempo quedase obligada la majestad imperial á darle ninguna satisfaccion, ni el Adelantado ó sus sucesores tuviesen derecho para pedirla, porque en recompensa de estos gastos y en premio de este servicio, se le concedia facultad, en nombre del Rey, para entrar por el Rio de la Plata é instituir allí una nueva gobernacion, que fuera de las provincias que baña el rio, se estendiese por doscientas leguas de costa hácia el Estrecho de Magallanes, en cuyo amplísimo distrito pudiese libremente hacer conquistas y fundar nuevas poblaciones, como le placiese; con tal que precisamente hubiese luego de construir tres fortalezas, para la defensa de dicha gobernacion, por la cual se le señalaban dos mil ducados de salario cada año en toda su vida, y dos mil de ayuda de costa, pagados de las rentas que contribuyese el pais.

Diósele tambien título de adelantado mayor de dicha gobernacion, y la tenencia de alcaide perpetuo á su arbitrio de una de las tres fortalezas que erijiese, junto con la vara de aguacil mayor de la poblacion que elijiese para su residencia; las cuales mercedes pasasen por juro de heredad perpetuamente á sus descendientes, con tal que perseverase tres años en la dicha conquista, despues de los cuales, quedase libre para restituirse á Castilla, y sus herederos, ó la persona que nombrase, pudiesen finalizar la conquista y poblacion

y gozar de las mismas mercedes, alcanzando de su Majestad, dentro de los dos años, la aprobacion de su nombramiento.

Y aunque por las leyes de Castilla, que entonces únicamente se observaban en las Indias, sin tener otro derecho municipal, cuando se logra hacer prisionero á algun principal ó señor de vasallos, el valor de su recaste y sus tesoros pertenecen al rey, con todo el generoso emperador se deshacia de ese derecho á favor del Adelantado y de su milicia, con tal que fuera del quinto Real se le adjudicase la sesta parte para su Real Cámara, y en caso que el tal príncipe muriese en batalla, se reservase solo la mitad de sus tesoros para las Cajas Reales, repartiéndose la otra mitad entre los vencedores.

Esta condicion es prueba patente, ó de que se tenia corta y confusa noticia del pais, aun despues del descubrimiento de Gaboto, ó de que habia en la gobernacion del Paraguay muy claras noticias del imperio peruano, donde solo se podian encontrar esos príncipes y señores, cuando por acá no habia sino unos caciques tan desnudos de riquezas como de vestidos.

En lo que mira á los pobladores, se les otorgaron, sin dificultad, cuantas franquezas é inmunidades era estilo corriente se concediesen á los que pasaban á poblar en las Indias. Señaló su Majestad los oficiales reales que habian de tener á su cargo la Real Hacienda, que fueron, por factor don Carlos de Guevara, por contador Juan de Ca-

ceres, natural de Madrid, por veedor Garcia de Venegas, de la Ciudad de Córdoba, y por tesorero Gutierres Laso de la Vega, segun Herrera (1), pero segun el autor de la Argentina manuscrita, ocupaba este empleo Francisco de Alvarado, sobr no del obispo de Plascencia don Gutierre de Cara bajal, natural de la misma ciudad.

Para alcaide de la primera fortaleza, venia nombrado D. Nuño de Silva, caballero nobilísimo, y para regidores de las tres poblaciones que segun lo pactado se debian fundar, fueron provistos Luis de Valenzuela, Bernabé de Segovia, Luis Gallego, Juan de Santa Cruz, Francisco Lopez de Rincon, Luis de Hoses, Juan de Oviedo, Hernando de Molina, Gaspar de Quevedo, Martin Ruiz, Hernando, de Castro, Juan de Cienfuegos, vecino de Cuellar, Antonio de Monte Herrera, Alvaro de Almeda, Luis Martinez, Diego de Aramayo, Alonso Hurtado, Rodrigo de Villalobos, Antonio de Ayala, Juan de Junco, Antonio del Castillo, Pedro Ventura, Thomas de Castro, Thomas de Armenteros, Martin de Heredia, Juan de Segovia, Luis de Asturias, Juan de Orne y Juan de Orduña, con las condiciones que comunmente se solian estilar de que no fuesen de corona, y se presentasen en el rejimiento que se les señalase en el término de quince meses, y no pudiesen ausentarse sin licencia de su majestad.

(1) Herr. Dec. 5. lib. 9 Cap. 10. Ruiz Dias de Guzman en la Argentina m. 5. lib. 1. cap. 10.

Ajustado el despacho en la forma referida, dió orden estrecha el Emperador al conde don Fernando de Andrada, asistente de Sevilla, al conde de Gelves, alcaide de las atarazanas, y á los oficiales de la Casa de la Contratacion, de que diesen el favor y fomento posible para que se aprontase esta armada á salir con la mayor brevedad, porque se miraba ya interesada la monarquía en sus resultas, y cuando reinan estos motivos no hay dificultad que no se atropelle. Asi pasó en la realidad, porque en breve se aprestó todo el armamento, despues de publicada la jornada en Sevilla, á son de cajas militares que hicieron eco en mucha nobleza de España y aun de paises mas distantes, donde la calidad sobresaliente de la persona del adelantado don Pedro de Mendoza, el hermoso nombre del Rio de la Plata, y la fama que volaba por todo el orbe de la opulencia de las indias, movieron á muchas personas de calidad á ofrecerse para esta ruidosa empresa, en que á vueltas de acreditar su valor y fidelidad en servicio de su monarca, esperaban lograr crecidas conveniencias.

Concurrieron tantos, que asi por evitar gastos, como porque no todos podian hallar puesto competente á su estado, fué forzoso abreviar el embarque. El cronista Herrera, dice que se componia la armada de once bajeles y 800 hombres, toda gente muy buena y muy lucida. El autor de la Argentina escribe fueron dos mil doscientos hombres entre oficiales y soldados los que halló don Pedro de

Mendoza en la primera reseña, que hizo en Canarias, y que iban embarcados en catorce naos. Sin espresar el número de estas, refiere el licenciado Barco Centenera (1) que salieron en esta ocasion de Castilla, dos mil soldados, fuera de los marineros y gente de mar.

Pero Ulrico Fabro, de nacion bávaro, natural de Straubing, que navegó en esta ocasion al Rio de la Plata, y escribió la historia de los sucesos mas principales, con notable diligencia, hasta dar la vuelta á su pátria, donde se imprimió en latin el año de 1625 en la séptima parte de la América, que costeó Juan Teodoro de Bry en Francfort, individúa que la gente eran dos mil y quinientos españoles y ciento cincuenta alemanes, parte naturales de Alemania la alta, (2) parte del pais bajo, y parte de Sajonia, y que los navios eran catorce, el uno de ellos aleman cuyos dueños Sebastian Nidhard y Jacome Welcer despachaban por su factor á Enrique Pacime, que llevaba muchas mercaderias, para espender en la nueva conquista; y á este seguimos porque dice lo que vió con tanta individualidad que no deja lugar á la duda, ni la hay en que fué este el mas numeroso y florido escuadron que ha pasado á la conquista de las Indias, de suerte que se tenia por fabor el ser admitidos á componer su número, de que era parte mucha nobleza que le ilustraba.

Venia de almirante de la armada, don Diego de

(1) Centenera en su Argent. canto. 4. octav. 4.

(2) Ulric. Fabr. cap. 1.

Mendoza, hermano del Adelantado, y por aguacil mayor Juan de Oyolas, que fuera de la mucha mano que en todas sus cosas tenia, era su mayordomo. El empleo militar de maese de campo, se confirió á un caballero de Avila llamado Juan de Osorio, que habia sido capitan de infanteria española en Italia, y era las delicias de toda la milicia, porque haciendo grande estimacion de los soldados, se portaba al mismo tiempo muy afable y valeroso, bien que algo sacudido con los nobles sus iguales. Por sargento mayor, venia don Luis de Rojas y Sandoval, caballero de la nobilísima prosapia que significaban bien sus apellidos.

Entre los capitanes, eran los de mas cuenta y satisfaccion Domingo Martinez de Irala, de la villa de Vergara, en la provincia de Guispuzcoa; Francisco Ruiz Galan, de la ciudad de Leon; Juan de Salazar Espinosa, de la villa de Pomar; Gonzalo de Mendoza, hijo del conde de Castro Jerez y gentil hombre de su majestad, habiendo sido antes mayordomo de Maximiliano, rey de romanos, quien se embarcaba en la ocasion á las Indias, por cierta desgracia que le habia sucedido en España, de que se hará mencion á su tiempo. Don Diego de Barba, caballero del orden de San Juan, natural de Leon, hijo de Luis Barba, señor de Castro Fuerte y Castro Falle, de que sus descendientes consiguieron en el año de 1627 título de vizcondes y marqueses, Fernando de los Rios, y Andrés Hernandez el Romo, de la ciudad de Córdoba; Pa-

raban de Rivera; Hernando de Rivera; don Juan Manrique; el capitan Diego de Abreu; Pedro Ramirez de Guzman, naturales de Sevilla; Felipe de Cáceres, natural de Madrid, hermano del contador del Rio de la Plata, don Juan de Carbajal, sobrino del obispo de Plasencia, natural de la misma ciudad; el capitan Juan de Ortega, y Luis Hernandez de Zuñiga, montañeses; Francisco de Avalos Pisina, navarro de Plamplona, don Fernando Arias de Mansilla; don Gonzalo de Aguilar y el capitan Medrano, naturales de Granada; Fernando Ruiz de la Cerda; don Sancho del Campo, pariente cercano del Adelantado, y el capitan Agustin del Campo, nacidos en la villa de Almodovar; el capitan Diego Lujan, y don Juan Ponce de Leon, originarios de Osuna; el capitan Juan Romero y Francisco Fernandez de Córdoba, ambos del marquesado de Priego; Antonio de Mendoza y don Bartolomé de Bracamonte, naturales de Salamanca; Pedro y Diego de Estopiñan, hermanos; el capitan Figueroa, y Alonso, Suarez de Ayala y Juan de Vera, de Jerez de la Frontera; Jayme Resquin, valenciano; don Carlos Dubrin, hermano de leche del emperador Carlos Quinto, y el capitan Simon Yaques de Ramoa, natural de Flandes; Bernardo Centurion, genoves, Cuatralvo de las galeras del príncipe, Andrea Doria; Luis Perez de Cepeda, hermano de santaTeresa de Jesus; Pedro de Benavidez, sobrino del Adelantado, y otros muchos caballeros, de los cuales no pocos trajeron sus nobles consortes, ma-

tronas honestísimas, y entre todos, se contaban á lo menos treinta y dos mayorazgos, como espresa Techo, (1) y algunos comendadores de las esclarecidas ordenes de san Juan y de Santiago como escribe el licenciado Barco Centenera (2).

El mismo autor supone que en esta armada pasaron tambien religiosos franciscanos, y refiere el martirio glorioso de uno de ellos que, postrado de rodillas é inclinada la cerviz, con grande ánimo recibió la muerte á manos de los *agazes* que le flecharon; pero al punto en que aquella bendita alma se desprendió de las prisiones del cuerpo, despidió á vista de los mismos agresores un luminoso globo, que le sirvió de trono en que volar al cielo en figura de una hermosísima doncella, causando esta vision tan asombroso respeto en los bárbaros que contra su estilo dieron sepultura al cadaver, y se resolvieron en lágrimas, llorando la crueldad ejercitada y temiendo ser castigados del Cielo.

Llegó por fin, el tiempo de la partida, y se ordenó á la gente, por bando público, lo que se ejecutó concurriendo toda Sevilla, á ver salir tan lucida flota que apenas se habia visto otra semejante. Las lágrimas eran comunes, en unos de alegria, por imaginarse felices en su eleccion de aquella empresa; en otros de tristeza por temor de los infortunios en el gobierno de don Pedro de Mendoza á que iban espuestos los nuevos navegantes, y al

(1) Techo, lib. 1 cap. 6.
(2) Centenera en su Argent. cant. 4.° oct. 5.°

fin, dándose los brazos los que iban con los que quedaban, se despedian con la ternura de quienes recelaban no volver á verse. Ultimamente, el dia de san Bartolomé del año de 1534, partió la armada de Sevilla, y encaminándose á San Lucar, no pudieron salir de aquel puerto, por estar los mares muy alterados, hasta primero de Setiembre que se dieron á la vela.

Sobrevino en breve tan furiosa tempestad en el golfo de las Yeguas, que se daban todos por perdidos, sin atinar ya con sus oficios, marineros y pilotos, y la fuerza de los vientos los dividió de tal manera que aunque todas las naos arribaron á Canarias, fué á diversas islas y puertos; porque unas, surgieron en la Gomera, tres en la Palma, y las demas con la capitana en Tenerife. Para repararse, gastaron veinte y ocho dias, en que el Adelantado hizo reseña de toda su gente, y se compraron nuevos bastimentos. En diez dias, dieron vista á las islas de Cabo Verde, pobladas entonces por la mayor parte de negros salvajes, y tomaron puerto en la principal, que es la de Santiago, donde solamente se detuvieron cinco para refrescarse (1).

De aqui navegaron dos meses sin ver tierra, con varia fortuna, y se empezó á sentir el hambre, la que les forzó á tomar tierra en cierta isla que avistaron, la cual, al paso que desierta de hombres, estaba poblada de variedad copiosa de aves, tan

(1) Centenera, cant. 15. oct. 37 et 38.

mansas, que casi se venian á las manos, y á poca diligencia las mataban con palos. Asi socorre la Divina Providencia á los mortales en los mayores desamparos, disponiendo que las aves de quien cuida con tanto esmero como nos enseña el Salvador, pueblen en medio de los mas dilatados piélagos para beneficio del hombre. No hallando aqui otra provision, fué forzoso pasar en breve adelante, y acometidos de tempestad deshecha se desparcieron los bajeles, siguiendo la almiranta con otros dos la derrota en derechura al Rio de la Plata, y la capitana con los diez restantes se encaminó al Rio Janeiro, cuya playa besaron con grande regocijo, por mirarse libres de los grandes peligros de naufragar, ó perecer de sed, á que se hallaron próximos.

Llegó muy doliente el Adelantado, y dió órden obedeciesen todos al maese de campo, á quien dañó sin duda la mucha aceptacion que tenia entre la milicia, porque sabia granjear los ánimos de los soldados con el agrado y con los beneficios, y ser superior sin dejar de ser compañero; pero como al mismo tiempo, el Adelantado era menos bien visto, por atribuirse á falta de su providencia las miserias padecidas, entró en sospechas contra Osorio y no faltando quien le rifiriese cierto chisme, fundado en ciertas palabras ambiguas suyas, se impresionó tanto, que tomó la bárbara resolucion de mandarlo matar, sin oir sus descargos ni darle tiempo para prevenirse como cristiano al último trance.

Llamó pues el Adelantado, mas doliente en el ánimo que en el cuerpo, á cuatro de sus mas confidentes que fueron Juan de Oyolas, Juan de Salazar, Jorge Lujan y Lázaro Salvaisco, y significándoles muy misterioso cuán graves motivos le asistian para darles una órden, que ellos mismos estrañarian, conociendo la confianza y amor que debia al personaje contra quien se veia forzado á usar el último rigor, les conjuró á que le guardasen secreto, y reconvino con la obediencia que le debian, como á su jefe principal. Prometieron ellos el secreto y la prontitud en ejecutar sus órdenes, en cuya confianza les mandó que luego diesen muerte á puñaladas al maese de campo Juan de Osorio, lo que quizá no les desagradaria mucho, porque serian por ventura de los pocos que se hallaban sentidos de Osorio, por su genio sacudido con los nobles sus iguales, y por que no es creible se llegase á descubrir el Adelantado con personas de quienes no tuviese total satisfaccion de que no hallaria algun embarazo la ejecucion de sus designios.

Salieron, pues, de la casa del Adelantado resueltos á dar gusto á su jefe superior, y encaminándose á la playa, hácia donde supieron habia tirado, encontraron á Osorio paseándose en buena conversacion con don Cárlos Guevara. Llegándose á él Juan de Oyolas, le dijo, "Vmd. sea preso". Creyó Osorio que chanceaba, y con el mismo donaire se retiró, sin otro ademan que el de empuñar la espada, tan ageno estaba su corazon de imaginar en sí

culpa porque mereciese ser preso. Replicóle entonces el aguacil mayor Oyolas: "Téngase Vmd. Sr. Maese de campo, que el señor Adelantado manda que V. sea preso." Conociendo por el modo de hablarle que el negocio iba de veras, respondió prontamente el Maese de Campo: "Hágase lo que su señoria ordena, que le obedezco con todo el rendimiento que como á mi superior le profeso, y entregando las armas, se fué con los cuatro hácia la tienda del Adelantado, que estaba á la sazon rodeado de la gente de su guardia.

Adelantóse Oyolas á dar al Adelantado noticia de la prision y preguntóle qué se habia de hacer del preso? á qué respondió: "ejecútese sin replicar lo que tenia comunicado;" con lo que saliendo Oyolas y haciendo señas á sus compañeros, cosieron á puñaladas al Maese de Campo, hasta quitarle la vida, sin darle lugar para que cumpliese con las obligaciones de cristiano. Cególe tanto su pasion al Adelantado, que pasó su venganza los términos de la vida del que llegó á imaginar émulo, porque mandando esponer en público el cadaver en un repostero á vista de todo el campo le hizo poner este rotulo "*Por traidor alevoso*" y echó bando, con pena de muerte, contra quien osase reprobar aquella muerte, ó sacar la cara por el difunto.

Con esto, parece quiso el Adelantado, cohonestar ó á lo menos, escusar su accion; pero en vano, por que si la accion fué mala, fué mucho peor para la

escusa, pues no contento con haber apagado las luces de tan noble y apreciable vida, quiso oscurecer el terso resplandor de su honra, echando un borron infame en su fidelidad, en lo que le hizo mayor injuria, cual la llora, con ser estraño, Ulrico Fabro (1) diciendo "pone á Dios por testigo de que se le hizo insigne agravio, porque era tan señalado en la bondad, lealtad y honestidad de costumbres, como esclarecido en el arte militar y siempre benemérito de toda la milicia." Si esto sentia un estranjero, ¿cuál seria el dolor de sus amigos y deudos? Pero hubieron de disimular y acomodarse con el tiempo, considerando mas poderoso el partido del Adelantado que estaba tan lejos de arrepentirse que se dejó decir al ver el cadaver: "*Este hombre tiene su merecido, que su soberbia y arrogancia le han traído á este estado.*

Súpose despues de cierto que todo el cuerpo del delito que se le acumuló, para tan cruel muerte, fué el haberle sugerido algunos envidiosos al Adelantado, que su maese de campo, se habia dejado caer estas palabras: "*Que en llegando al Rio de la Plata haria corriesen las cosas por diferente orden,*" á las cuales aunque se pudiesen entender en tan sano sentido que nada perjudicasen á la autoridad del Adelantado, les dieron tan siniestra interpretacion los malsines, que abultaron mucho en su imajinacion aprensiva, y lo precipitaron en tamaño desacierto.

(1) Ulric. Fab. in sua descrip, cap. 2.

Al cabo, como el maese de campo, era persona tan principal, y especialmente porque era muy amado, se fué haciendo poco á poco sensible su pérdida y obrando el dolor con actividad, no se pudo contener en el recinto de los corazones, sin prorumpir en muchas señales de sentimiento, quedando no pocos tan disgustados que estuvo para suceder un motin, en que todos se perdiesen, y á lo menos muchos, se resolvieron á abandonar el peligroso imperio del Adelantado, y quedarse en el Brasil, lo que algunos mas resueltos lo ejecutaron.

Porque (decian) en caso tan atroz ha violado feamente don Pedro de Mendoza los fueros de gobernador justo, é igualmente los de caballero; lo primero porque si procediera como buen gobernador, debiera ántes fulminar causa contra el difunto, hacerle cargo de los delitos, y oirle sus descargos, y si convencido, pareciese digno de muerte, aunque se estrechasen los términos segun el estilo militar, darle siquiera plazo competente en que ajustase las cosas de su conciencia, para que perdiendo la vida corporal, no corriese riesgo la del alma. Y si procediera como caballero, era cosa fea abusar de la potencia de juez para vengar el agravio particular de su persona, y mucho mas, complicarle sin razon en un delito, que no solo era perjudicial al reo, sino que oscurecia el esplendor de su noble parentela, siendo propio de villanos pechos, no teniendo valor para satisfacerse en el campo, hacer parcial de su venganza el brazo de la justicia esgrimiendo

la espada contra quien á fuer de súbdito rendido se halla desarmado.

Animos generosos, no saben hacer duelo de palabras, que dichas en ausencia son antes parto de algun súbito sentimiento que de ánimo dañado, y son mas dignas de compasion que de castigo. Cosa indubitable es, que quien gobierna no lo acierta todo, y que los que obedecen tienen harto que hacer en tolerarlo todo, asi los aciertos como los desaciertos; con que si en estos casos, tiene por la boca algun desahogo el dolor, ha de dictar la prudencia al que gobierna que se sepa entender con el desimulo, como que no hubiese llegado á su noticia, sin torcer aun el semblante á los que se desmandaron; pero querer dorar el yerro de la venganza, con el honesto nombre de merecido castigo, es atropellar todos los fueros y respetos.

Si hubo alguna culpa en el maese de campo, fué tan leve, que por esa razon misma se hacía invisible para señalarle pena; pero castigarla con atrocidad, es llegar á estar totalmente ciego, pues siendo su pasion de tal tamaño, que se viene luego á los ojos, solo el Adelantado no tiene ojos para verla. Y vivir con tal hombre, es temeridad de quien quiera esponerse á los últimos rigores, y andar vendidas nuestras vidas, en manos de quien sin causa las supo ensangrentar en sujeto que no lo merecia. Fuera de que esa sangre inocente vertida injustamente, dará, sin duda, tales clamores al Cielo, que no se acalle sino con la sangre de muchos; con

que nuestro remedio consiste en huir de tal caudillo, para no ser participantes del celestial castigo, que le amenaza, siéndolo de su compañia, y no tener á la vista quien continuamente renueve las heridas de tan funesto agravio, que no podrán hacer cicatriz sino en su ausencia.

Estas y semejantes pláticas, movian los que resolvieron á abandonar al Adelantado, á cuyos oidos llegaron los rumores con la noticia de su fuga, y temiendo que si se divulgasen obrasen con mas actividad y desertase la mayor parte, quedándose en el Brasil, partió á los catorce dias con toda celeridad en demanda del Rio de la Plata; pero antes, tomó puerto en el de Vera, ó laguna de los Patos, donde pone Centenera la muerte desgraciada de Juan de Osorio. Pero no sucedió sino en el Rio Janeiro como hemos escrito, siguiendo á Ulrico Fabro, testigo de vista, con quien concuerdan el autor de la Argentina y nuestro Techo.

Llegó finalmente el Adelantado al Rio de la Plata, y entrando por él, halló en la costa septentrional, junto á la isla de San Gabriel, á su hermano, el almirante Diego de Mendoza, que estaba haciendo tablazon para bateles y barcos, en que pasar por el rio á la costa contraria. Supo entonces el almirante la muerte lastimosa de Juan de Osorio, y esclamó públicamente: "*Quiera Dios que la falta y muerte de este caballero, no sea causa de la perdicion de todos.*" No se engañó en su pronóstico, por que desde aquella desgracia, se le fueron

eslabonando unas con otras, sin interrupcion, hasta morir los mas culpados envueltos en miserias, como iremos viendo.

Agradó poco al Adelantado la dicha costa septentrional, donde habia arribado su hermano Diego de Mendoza, y este fué el único motivo de trasladar la gente á la costa austral, no el que imagina voluntariamente el autor del manifiesto por el derecho de la corona de Portugal á la isla de San Gabriel, perteneciente é incluida en la demarcacion de Portugal, pensamiento de que vivia tan ajeno, que antes bien, en el Rio Janeiro, puso las armas del emperador Carlos Quinto, é hizo actos jurídicos de posesion por la corona de Castilla, como escribe el citado Centenera, (1) en su Argentina, impresa en Lisboa, con licencia del Consejo Real de Portugal, y del Santo Oficio del mismo reino.

Pero no me espantaria si fingiese dicho autor á su antojo ese motivo, cuando en cosas bien claras da de ojos contra la misma evidencia, como es (por dejar otros casos) en la navegacion que supone hizo al Rio de la Plata el conde don Fernando de Andrade, cuando no hay autor que escriba tal jornada, que en la realidad no hubo, y solo se finge para alegar mas número de actos, en que se mandó por los reyes de Castilla no tocar los límites lusitanos, y en el descubrimiento y primer entrada del mismo Rio de la Plata que atribuye, sin razon, á Américo Vespucio por órden del rey don Ma-

(1) Centenera, ubi supra, 15. oct. 26.

nuel, contra las palabras formales del mismo Américo, el cual dice en su carta á Pedro Soderini: "*anduvimos tanto hácia el Sud, que ya estabamos fuera del trópico de Capricornio, donde el polo Artico, se alzaba sobre el horizonte treinta y dos grados.*" Infiere de aquí, dicho autor, que entró al Rio de la Plata, y fué su primer descubridor.

Pero aunque la autoridad de Américo fuera irrefragable, y no se le notaran los muchos fraudes que cometió en sus relaciones, como notan varios autores, de sus mismas palabras se debiera inferir la conclusion contraria, pues si no pasó de 32 grados, es cosa constante que no llegó á nuestro celebrado rio, cuando nadie ignora que su boca está situada en mas de 34 grados, empezando desde el cabo de Santa Maria, al cual dan comunmente los geografos antiguos y modernos esa graduacion, como se puede ver, por no alegar autor castellano, en el derrotero de Luis Serrano Pimentel, cosmógrafo mayor de Portugal (1).

Verdad es, que Claudio Bartolomé (2) en su Orbe Marítimo, citado por el autor del Manifiesto, refiriendo los descubrimientos y armadas que hubo en el mundo, desde su principio hasta el año de 1643, y escribiendo lo que sucedió en el de 1501, afirma absolutamente que Américo Vespucio entró

(1) Luis Serrano, Roteyro do Rio da Prata. pág. 230 n.-1. f. 4.
(2) Claudio Bartholo in Orbis Maritimi: Hunc (Argentinum fluvium) primus Américus Vespucius intravit, anno 1501.

ese año al Rio de la Plata, ignorado hasta allí de las naciones de Europa; pero convéncese de falsa su relacion, así por ser contra las palabras espresas de Américo ya citadas, como por las señas que dá del dicho descubrimiento, pues se atreve á decir, que halló en él islas que producian piedras preciosas é innumerables minas de plata, (1) cuando es constante que jamás ha producido el pais, ni las islas de su rio, tales piedras ó metales.

Pero volviendo al adelantado don Pedro de Mendoza, decimos que asi por haberle agradado poco el sitio que escogió su hermano, como por la mala voluntad que descubrió en los indios de aquella costa, pues un pueblo numeroso de dos mil charruas, luego que descubrieron los nuevos huéspedes se retiraron á parajes incógnitos, y principalmente por que no se daba por seguro de que mucha jente ya descontenta, no se volviese desde allí al Brasil, trató de mudarse á la banda opuesta del sud, la que envió á esplorar por personas de su confianza. El primero que saltó en tierra, fué Sancho del Campo, cuñado del Adelantado, quien pagándose de la pureza del temple, de su bella calidad y mucha frescura, dijo *¡Qué buenos aires son los de este suelo!* y esta casualidad dió nombre á la poblacion que allí se fundó.

Informado pues don Pedro de Mendoza, de que aquel sitio era el mas cómodo que se hallaba en

(1) Id. Ib. Invenit insulas que in eo gemmiferas et innumerabiles argenti fodinas.

la comarca, pudiendo tambien servir de escala para penetrar al Perú, dio órden de que quedando las embarcaciones mayores ancoradas en el puerto de San Gabriel con poca guarda, se pasase toda la gente en las menores al sitio señalado, entrando por un riachuelo poco distante del paraje donde se poblaron. Allí dió luego principio á una ciudad que puso debajo del patrocinio de la Emperatriz de los cielos, intitulándola Santa María de Buenos Aires, la cual, aunque corrió la misma fortuna de sus pobladores, se restauró despues, para ser uno de los célebres puertos de la América, y llave del imperio peruano, como lo es al presente.

CAPITULO IV.

Trabajos escesivos de los españoles en Buenos Aires y otras partes del Rio de la Plata, y los demas sucesos del Adelantado don Pedro de Mendoza, hasta su muerte.

El país donde se fundó la nueva colonia de españoles, era suelo nativo de la bárbara nacion de los querandies que por la costa se estendia hasta el cabo Blanco y por tierra adentro llegaba hasta las famosas cordilleras del reino de Chile, discurriendo vagos, al modo de los tártaros, por aquellos anchurosos campos, sin tener morada fija, por que sus casas portátiles reducidas á cuatro cueros de fieras ó de ciertas esteras, se mudaban segun la comodidad que hallaban para la caza, durmiendo donde les cogia la noche, siempre peregrinos y siempre en su patria. No estrañaron mucho á los nuevos huéspedes, ántes el interés de los res-

cates los convidaba á que, depuesto todo el recelo que les inspiraba su genio bien uraño, frecuentasen la nueva poblacion acudiendo con bastimentos.

El Adelantado que los consideraba al fin bárbaros, vivia poco satisfecho de su humanidad y daba calor á la construccion de una fortaleza que asegurase en su recinto la vida de todos, en caso que se cansasen de ser constantes los nuevos amigos: parece que les habia leido el genio, por que en la realidad es gente novelera y muy belicosa, de estraño aliento y grandes corredores, cuyo empleo único es la caza y pesca de que se sustentan, y el ejercicio de sus armas. Era fuera de eso, nacion muy numerosa, pues en solo aquel sitio donde se fundó la ciudad estaban actualmente poblados como 3000 hombres de pelea, con la chusma de sus hijos y mujeres: con que fué consejo muy acertado dar calor á la fortaleza donde era tan evidente el peligro.

Hubiéronla presto menester, por que á los 14 dias desistieron los bárbaros del teson con que habian conducido bastimentos, los que echando menos el Adelantado despachó al Alcalde de la nueva ciudad, Juan Pabon, con dos ministros de justicia para que hablando pacíficamente á los querandies, que estaban á la sazon distante cuatro leguas, les persuadiesen á continuar el comercio: pero los mensajeros en vez de portarse con la afabilidad de huéspedes, quisieron, desde luego, hacer muy de los señores, mandándolos con tan des-

pótico imperio que los bárbaros mal sufridos se irritaron con su demasía y los depacharon bien escarmentados. No contentos de esto se acercaron á la ciudad en gran número y dieron varios asaltos para impedir los progresos de la poblacion; pero en vano, por que los rechazaron valerosamente los castellanos y ellos se retiraron al riachuelo distante media legua, de donde acometieron á unos soldados que salian á hacer leña y carbon y fueron muertos 10 de los nuestros en la refriega.

Estas insolencias, movieron al Adelantado, á procurarles poner freno con ejemplar castigo; para cuya ejecucion nombró á su hermano Diego de Mendoza, que saliese con trescientos soldados de infantería, y doce de á caballo, montados en los que se hallasen mejor parados entre 72 caballos y yeguas que en su armada trajo á la tierra. Los capitanes para esta faccion fueron Perafan de Ribera, Francisco Ruiz Galan y D. Bartolomé de Bracamonte, con quienes se juntaron á caballo Pedro Ramirez de Guzman, D. Juan Manrique, Pedro de Benavidez, Sancho del Campo y Diego Lujan. Fueron marchando todos á son de cajas con grande órden, hasta una laguna que distaba como tres leguas de la ciudad, y llegando al puesto por donde se desaguaba, que era un ancho y difícil arroyo, descubrieron en la otra banda un cuerpo de cuatro mil infieles porque los querandies habian convocado para su defensa á muchos aliados de otras naciones.

Enviòseles á convidar con la paz, pero ellos se

pusieron á punto de guerra, prevenidos de antemano para el conflicto, con mucha flechería, dardos, macanas y bolas de piedra, que eslabonadas por las puntas de una cuerda, las jugaban para enredar á sus enemigos por los piés, y ahora les pareció podrian hacer lo mismo con los caballos, que aunque los tuvieron por brutos monstruosos, no los imajinaron invencibles como en otras partes de las Indias.

Tocaban pues los instrumentos bélicos de bocinas flautas y cornetas con ademanes de acometer, á tiempo que los castellanos discordaban entre sí sobre el modo de ofenderles, porque Diego de Mendoza decia, escuazasen el arroyo para que avanzando la infantería, y rompiendo con los arcabuces y ballestas el ejército bárbaro, pudiesen despues los de á caballo, salir á escaramuzas y acabar de desbaratarles. Otros capitanes juzgaban que por hallarse los nuestros en puesto ventajoso, seria mejor esperar inmóviles á que el enemigo le escuazase, de que ya daba muestras, y este hubiera sido el mas acertado consejo; pero no se siguió, porque parece empezaba ya á influir la injusticia de la muerte desastrada del maese de campo Juan de Osorio, pues se escojió lo peor que fué pasar el desaguadero. Los hierros de la culpa, son como los de la cadena que tienen otros eslabonados: quien eche mano á los primeros, no estrañe que los demas le sigan, porque permite Dios con alta y sabia providencia los yerros segundos, para castigo de los primeros.

Llevado pues don Diego de Mendoza, de su ardimiento, y quizá reputando desaires de la autoridad superior, con que mandaba la funcion el ceder á dictámen ageno, dijo en voz alta: "Pasemos amigos á la otra banda y rompamos á esos bárbaros." No hubo bien pronunciado, cuando se vió obedecido arrojándose con grande denuedo al arroyo, y los bárbaros se los estaban mirando con un género de sosiego, que imitaba el descuido, como si no fuera contra ellos el acometimiento, por dejar empeñar á todos los españoles en el vado difícil. Salian ya muchos de nuestra infantería á la otra banda, y antes de dejarlos ordenar, cerraron con ellos en forma de media luna, con estraña furia y velocidad, hiriendo con tanta destreza, que les dieron poco lugar para disparar las ballestas y arcabuces.

Con todo eso los capitanes que llevaron la vanguardia, no perdieron tierra hasta dar tiempo á que llegasen los de á caballo, aunque estaba ya derrotada la infantería y muerto don Bartolomé de Bracamonte, á que siguió en la desgracia el valeroso Perafan Ribera, porque aunque armado de espada y rodela, se arrojó intrépido al globo de los enemigos con su alferez Marmolejo, é hicieron notable estrago: pero cargados de la multitud, recibieron tantas heridas, que faltándoles con el caudal de la sangre el aliento, cayeron finalmente muertos.

En este tiempo, ya no era combate sino carnicería cierta, la que recíprocamente hacian los españoles en los indios y los indios en los españoles;

pero Diego de Mendoza, pudo con los de á caballo, salir á lo raso, donde divirtió á los enemigos, que acudieron á él prontos: intentó romper por su escuadron para desordenarle, mas no lo pudo conseguir, porque como los caballos, salieron flacos de la navegacion, no tenian brios para arrojarse á la batalla, y revolvieron cada uno por su parte, con que, cogiéndolos divididos, pudieron los bárbaros derribar con las bolas algunos caballos.

Entonces don Juan Manrique no teniendo otra esperanza de escapar que su misma desesperacion, formó de esta el último furor, y arrojándose á lo mas cerrado del escuadron enemigo, hirió á muchos hasta que se cayó del caballo. Acudió á socorrerle Diego de Mendoza; pero fué mas pronto un bárbaro en segar aquella noble cabeza, bien que pagó al punto su crueldad recibiendo un terrible bote de lanza que le dió don Diego, abriéndole puerta por la herida para que despidiese el alma: ni el mismo don Diego pudo blasonar mucho tiempo de esta proeza, pues herido con una bola de piedra en el pecho, cayó desatinado, vomitando sangre en gran cópia.

Corrió Pedro Ramirez de Guzman, y penetró por el escuadron de los indios, para sacar á su jefe de este aprieto, y le hizo tanto lugar su esfuerzo que tuvo tiempo para procurar subiese en su mismo caballo; pero aunque se esforzó á montar dió consigo en tierra, por estar totalmente falto de fuerzas como de sangre. Cargaron tantos bárbaros, que

despojaron á ambos de la vida y tambien á Pedro de Benavidez que se habia incorporado con ellos, dejando muy mal herido á Diego Lujan, á quien desbocándosele el caballo, sin poderle sujetar, le llevó arrastrando por algunas leguas, hasta caer muerto en la orilla de un rio á que dió el nombre de *Lujan* que hoy conserva con la memoria de esta desgracia.

Duró la batalla hasta puesto el sol, y solas las tinieblas de la noche, pudieron apagar el incendio de furor que en todos ardia. A esa sombra, se pusieron en precipitada fuga los bárbaros, quienes con cautela superior á su poca política, tenian puesto en cobro á sus hijos y mujeres en parajes remotos, donde fueron á llorar sus muertos á su usanza. Por qué parte, se cantó la victoria, no consta entre los autores; bien que segun la relacion uniforme de todos, ella fué como la de Cadmo, y de aquellas que rogaba á Dios el invicto Carlos Quinto, diese la Divina Majestad, muchas á sus enemigos.

El autor de la "Argentina" manuscrita (1) dá á entender, quedaron victoriosos los bárbaros, y que á haber sabido usar de la victoria, hubieran acabado á todos los españoles, de los cuales dice el padre Techo, (2) fenecieron en la batalla y en la fuga 225 soldados, los 7 de á caballo, y el resto de infantería, número grande, y aun escesivo, para el corto número, porque aunque salieron vivos 140 de á pié y

(1) Rui Diaz en la Argent. m. s. lib 1, cap. 2.
(2) Techo, lib. 1, cap. 7.

5 de á caballo, segun escribe el padre Pedro Cano (1) en sus fragmentos y los recojieron Sancho del Campo y Francisco Ruiz Galan para restituirse con ellos á Buenos Aires; pero como muchos de ellos venian mal heridos, se fueron quedando por aquellos campos donde murieron, sin poderlos remediar, y llegaron al pueblo 80 personas con vida.

Ulrico Fabro, (2) que se halló en la batalla, habla muy diferentemente, porque atribuye absolutamente la victoria á los españoles, aunque no niega á los bárbaros la alabanza de haber combatido valerosamente. De los nuestros dice, murieron 7 personas de distincion y 20 soldados; pero de los querandies y sus amigos, fué tal el estrago, que pasaron de 1.000 muertos, confesando con su fuga, que iban vencidos, como tambien con abandonar sus tolderías de que se apoderaron los españoles, bien que no hallaron otro botin, que pieles de nutrias cantidad de pescado y de harina y grosura sacada del mismo, que son todas sus provisiones, y en la ocasion mas estimadas que el oro, por los españoles, que se detuvieron allí para refrescarse tres dias dejando al cabo un presidio de 100 soldados que escoltando á los pescadores, diesen abasto á la ciudad con la pesca que habian de hacer con las redes cogidas á los infieles.

La circunstancia de ser testigo de vista, y el no hallar motivo para créer quisiese lisonjear á los

(1) Cano, in fragmentis m. s. lib. 1, cap. 4.
(2) Ulrico Fabro in sua descrip. cap. 8.

españoles, mintiendo tan descaradamente y escribiendo fuera de los dominios de España, vuelto ya á Alemania; son de gran peso, para inclinar el crédito á su relacion, con la cual, concuerda mas el cronista general de las Indias, que con los autores antecedentes, pues pone solo seis muertos de á caballo, y que los demas hubieran perecido á no huir, y socorrerse de la infanteria. Lo que no admite duda es, que muchos de los muertos, fueron cómplices en la muerte del maese de campo Juan de Osorio, para que se vea, que los autores de tales violencias, pagan por justo juicio del Altísimo su culpa con suplicio semejante.

Despues de estos sucesos, mandó don Pedro de Mendoza, retirar el presidio que se dejó en la laguna, porque no quedase espuesto al furor de los bárbaros, si juntándose en mayor número acometian; y se dedicó ante todas cosas á dar buen órden en los de la ciudad, señalando á cada uno el empleo que habia de ejercer, segun la calidad y aptitud, y disponiendo se ciñese toda con muros que no podian ser de otra materia que de tierra; pero era reparo suficiente contra el poder de los enemigos.

Traia el ánimo afligido con la desgracia de su hermano y de los otros nobles caballeros, cuando le sobrevino nuevo motivo, tanto á su dolor como á su cuidado, con el funesto suceso del capitan Medrano, uno de sus confidentes, que amaneció muerto á puñaladas en su própio lecho, sin poderse averiguar el agresor por esquisitas dilijencias que

se hicieron. Sospechóse era venganza por la tragedia de Osorio, en que hizo Medrano papel muy principal, y fueron presos algunos parientes y amigos del primero; pero no resultó nada contra ellos, y solo sirvió la sospecha de aumentar en el ánimo del Adelantado, los recelos de que hubiese quien todavía, sintiese aquella desgracia y quisiese obrar en su despique otro estrago que le tocase mas de cerca.

Revolviendo dentro de sí, estos tristes pensamientos, se apoderó de su ánimo una funesta melancolia de que se le originó tan grave enfermedad que le puso á las puertas de la muerte, y fué milagro no rindiese los últimos alientos por las nuevas causas que cada dia redoblaban su pena, porque el hambre crecia por estremo, siendo poco menos que total la falta de bastimentos, de que la gente estaba sumamente desconsolada. Llegóse á estrechar tanto la racion, que solo daban á cada persona seis onzas de harina, y esa podrida y mal pesada. No se perdonaba á cosa por sustentar la vida: dieron primero tras los caballos y yeguas que pudieron hallar á mano, despues buscaban ratones, sapos y culebras y aun faltando estas sabandijas, cocian el cuero y suelas de los zapatos; que á tan abominables alimentos hace arrastrar la necesidad estrema. Encendióse por esta causa una terrible pestilencia que consumió á muchos que tuvieran por felicidad la muerte, si previeran los infortunios que esperaban á sus compañeros.

Para remediar estos males, determinó el Adelantado despachar en una nao á Gonzalo de Mendoza á la costa del Brasil en busca de vituallas: por otra parte, salió con cuatro barcas, y tres botes con suficiente equipaje á rejistrar las islas del Paraná, y hacer las mismas diligencias para hallar comida. Al mismo efecto, se encaminó Juan de Oyolas á quien nombró por su teniente general en aquel gobierno, y entregándole doscientos soldados, dos bergatines y una barca, le dió órden que en compañia de Francisco Alvarado y otros caballeros, fuese á descubrir rio arriba, con la presicion de que á los cuarenta dias estuviese de vuelta en Buenos Aires, para que con su informe, tomase las resoluciones mas convenientes. Pasaron dos meses y medio mas del plazo señalado, sin parecer Oyolas, y la pestilencia se enfurecia con nuevos estragos, por lo cual se resolvió el Adelantado á partir al Brasil con la mitad de la gente que en Buenos Aires le habia quedado, echando voz de que aquella jornada, era para buscar socorro con que volver á proseguir la conquista; pero en la realidad, con ánimo resuelto de abandonar la infeliz tierra y restituirse á Castilla.

Aprestadas las naos y embarcada la comitiva con la priesa posible porque en ella se miraba interesada la salud del comun, la noche antecedente á la partida, apareció de improviso Juan de Oyolas, muy regocijado, haciendo salvas de artillería, en señal de las alegres nuevas que traia. Fué dis-

posicion del cielo su venida en tal coyuntura, porque á haber puesto en ejecucion su partida el Adelantado, corria mucho riesgo esta conquista, pues su designio en desampararla, hubiera impedido el socorro del Brasil que trajo Gonzalo de Mendoza, como diremos, el cual fué de grande importancia, y los demás hubieran seguido la misma derrota y vuéltose á Castilla. Pero Dios, que consigue ejecucion de sus eternos consejos, obrando ya fuerte ya suavemente sin violentar la voluntad humana, y era ya llegado el tiempo de que alumbrase la luz evangélica en estas naciones que yacian sepultadas en el caos de la infidelidad, ordenó las cosas de manera, que la conquista se llevase adelante con gusto del mismo que era entonces el primer móvil de ella, y que mas resuelto estaba á abandonarla.

Fué el caso, que Juan de Oyolas trajo noticias que, despues de varias aventuras, habia hallado cantidad de vituallas y muchos indios que dejaba pacíficos y amigos, llamados Timbues y Caracaras, situados en un paraje á que puso por nombre *Corpus Christi*, por haberle descubierto en dia consagrado á la solemnidad de este misterio. Con esta relacion, mudó de parecer el Adelantado, y suspendiendo su jornada al Brasil, irse al dicho puerto de Corpus Christi, donde habia quedado Francisco de Alvarado, con un presidio de cien hombres, llevándose consigo algunos caballeros y oficiales, y dejando por su teniente en Buenos Aires al capitan Francisco Ruiz Galan, por alcaide de la fortaleza

á don Nuño de Silva, y por capitan de los navios á Simon Jaques de Ramoa.

Estando próximo á partirse, llegó Jorge Lujan que no habia sido tan feliz como Oyolas en su descubrimiento, porque aunque descubrió muchos indios, pero todos huian de él, como de peste, abrasaban sus pueblecillos, talaban las mieses, y se escondian donde no pudiesen ser hallados, con lo cual, llegó á tanta miseria, que no se daba á la gente de su comitiva mas que seis onzas de bizcocho, de modo que murió casi la mitad de los que sacó para la jornada. Fué muy oportuna su venida, para resistir al poder de los bárbaros, que echaron el resto de sus fuerzas, para vengarse de la rota referida, y asolar la ciudad de Buenos Aires: coligáronse los querandies con las naciones vecinas, como eran, charruas, chanás y parte de los timbues que no habian hecho alianza con los españoles de Corpus Christi. Llegóse á juntar un ejército de veinte y tres mil bárbaros, bien pertrechados de todas armas, que ellos usaban, y acercándose á la ciudad, la sitiaron por todas partes.

Algunos mas osados, intentaron asaltar la muralla, pero fueron rebatidos de los sitiados con valor, y sus muertes hicieron mas cautos á los demás, por lo cual empezaron á tirar cantidad innumerable de flechas cuyas puntas encendidas, pegaban fuego en los techos de las casas, que eran de paja y las redujeron á ceniza, escepto la del Adelantado que estaba cubierta con teja. Destacaron los bárbaros un

buen trozo que fuese á abrasar las embarcaciones, y lo consiguieron en cuatro, que estaban desarmadas; pero la gente de otras tres naos que se hallaban bien pertrechadas, dispararon con tanto acierto la artillería, que pusieron en fuga á los agresores, y causaron tan súbito pavor en los sitiadores, que alzaron luego el sitio huyendo desaforadamente, y dejando muertos algunos millares de los suyos en que se empleó la artillería, las ballestas y arcabuces, sin costar esta victoria, que se consiguió dia de san Juan de 1535, mas que treinta españoles. Celebróse con accion de gracias, y despues de reparadas las casas, se hizo reseña de la gente, y se embarcó la que habia de acompañar al Adelantado dejando ciento sesenta soldados con el capitan Juan Romero en guarda de las naves que quedaban surtas en Buenos Aires.

Esto dispuesto, se dió á la vela el Adelantado, y tardó mucho en este viaje, porque la flaqueza de su gente era tal, que muchos perecieron antes de llegar á Corpus Christi, donde estaba Francisco Alvarado, á quien tambien se le habia muerto la mitad del presidio. Agasajó mucho el Adelantado al cacique principal de los timbues, presentándole algunas bujerías muy estimadas, con lo que le granjeó tanto la voluntad, que el bárbaro mandó traer muchas vituallas para reparo de la necesidad de los españoles. Con la presencia de don Pedro de Mendoza, desistieron los de aquel presidio, del intento á que se inclinaban de penetrar á lo interior

del país, porque llegó á encontrarse con ellos un español llamado Gonzalo Romero, de los que vinieron en la armada de Gaboto, el cual habia discurrido entre los bárbaros tres ó cuatro años, les dió noticia de que en la tierra á dentro habia grandes poblaciones y provincias muy ricas, cuya relacion, les movió á seguir aquel rumbo para salir de laceria. Suspendióse esta resolucion con la vista del Adelantado, que determinó hacer asiento fijo en el puerto de Corpus Christi que distaba poco de la poblacion de los timbues, y por esta razon era socorrido con puntualidad, y la gente se iba reforzando y acostumbrando á los mantenimientos del país.

Pero pareciendo á algunos capitanes, que no era bien poblarse tan cercanos á los indios, que si ahora eran amigos, podian presto, llevados de su natural inconstancia, convertirse en enemigos, aconsejaron al Adelantado mudase la poblacion á otro sitio distante cuatro leguas, llamado *Buena Esperanza*, como se ejecutó, levantando casas pajizas para su habitacion, y una mas acomodada para el Adelantado. Conocieron presto el yerro de esta resolucion, porque con la mayor distancia, era menor la puntualidad de los socorros, y volvióse á sentir la necesidad, que abrió puerta á la discordia entre los capitanes, de los cuales, unos querian se siguiese el consejo de Gonzalo Romero de entrar á descubrir por el rumbo que señalaba; otros, que se rejistrase el rio Paraná y el Paraguay, hasta dar con las riquezas que ponderaba Sebastian Gaboto.

En esta confusion, procuró el Adelantado, informarse de los timbues qué tierras eran aquellas que nombraba Gonzalo Romero, cuál su calidad, y abundancia, y los genios de sus naturales; y vino á sacar en limpio, que á la parte de sudoeste vivian ciertos indios vestidos, que poseian muchas ovejas de la tierra y contrataban con otras naciones, muy ricas de plata y oro, y que era paso forzoso para aquellas provincias una nacion no muy distante, cuya habitacion era muy diferente de las que usan otras gentes, pues vivian debajo de tierra como fieras, y esta fué la de los comechingones, en cuyo distrito se fundó despues esta ciudad de Córdova, y los llamaron por esta razon los *indios de las cuevas.*

Para concordar pues ambas partes discordes, despachó el Adelantado dos soldados animosos, que se ofrecieron para ir á rejistrar y traer noticias individuales de aquellas provincias, aunque nunca se supo cosa alguna de ellos, si bien no falta quien asegure, que despues de varias aventuras, salieron finalmente al Perú de donde se volvieron á Castilla. Para descubrir por el rio, destinó á su teniente general Juan de Oyolas con orden precisa de que dentro de cuatro meses volviese á darle razon de su descubrimiento, y padeciendo en esta jornada lo que diremos, no pudo venir al tiempo señalado, con grande pesar del Adelantado, que librando en su vuelta su remedio, le esperó algunos meses mas, hasta que adolesciendo de gravísima enfermedad, que le baldó piés y manos, se hizo llevar á la ciudad

de Buenos Aires, con determinacion, si lo permitiese su dolencia de volverse á Castilla, pues allí no esperimentaba sino nuevas desgracias que se atropellaban unas á otras.

Halló en Buenos Aires, que habia perecido la mitad de la gente á los rigurosos filos del hambre, y la restante estaba tan mal parada, que temió prudentemente no quedase persona con vida. Porque habiendo faltado la racion ordinaria, comieron no solamente sapos, culebras y otras sabandijas, sino los escrementos humanos; y llegó á tanto la necesidad, que como en tiempo en que Mario tuvo sitiada á Roma, se hallaron forzados los romanos á comer carne humana, así sucedia á estos miserables, que los vivos se cebaban en la carne de los difuntos, de manera que á los que murieron por justicia los quitaron de la horca para satisfacer la propia necesidad. ¡Triste y lamentable espectáculo! Pero aun fué mas terrible, ver que hubo hombre, que á su propio hermano difunto, le sacó las entrañas para mantener su vida, para que se disminuya el asombro que causa el inhumano hecho de aquella infeliz mujer, que dió sepulcro vivo en sus propias entrañas al hijo nacido de ellas, como sucedió en el sitio de Jerusalem por Tito y Vespaciano.

Aumentaba la afliccion de aquella miserabilísima gente, el rigor inhumano con que el teniente Francisco Ruiz Galan los trataba, pues cuando la necesidad que carece de ley era tan estrema, observaba los ápices de las leyes, como pudiera en el

tiempo mas próspero, ejecutando castigos no merecidos, como fué en tres españoles, á quienes porque cogiendo un caballo le mataron, mandó ajusticiar sin remedio, y fueron colgados de la horca, no tanto para escarmiento, pues no le podia haber, cuanto para pasto de otros que robaron sus cuerpos. Y aun pasaba de celador de la justicia, á resoluciones que ofendian claramente á la misma justicia, como sucedió á una matrona noble, de quien vivia aficionado un marinero, y porque se rindiese á su gusto, pactaron le daria este un pescado. Recibido por la dama, se resistia ella constante á cumplir el infame pacto; y poniendo el marinero ante el teniente, una querella indigna de cristiano, dió el juez inícuo una sentencia, que ni en Turquía se pronunciaria sin horror, pues condenó á la matrona, ó á cumplir el pacto escandaloso ó á restituir el pescado. (1)

No quiso llegar á estas angustias otra mujer española que temiendo mas peligro en el rigor del hambre que en las lanzas de los bárbaros, se salió de la fortaleza con intento de ir á buscar entre ellos el remedio de su vida. Caminó el dia de su fuga por la costa del rio arriba, y sobreviniendo la noche, buscó donde albergarse, halló sola una cueva formada naturalmente en la barranca de la playa, y allá determinó guarecerse; pero al poner el pié en ella se encontró impensadamente con una leona, que estaba casualmente en penoso parto. Fué estraño el pavor que su vista causó á la afli-

(1) Centenera, en la Argentina, Cant. 4.° Oct. 31, f. 29.

gida mujer, y del susto cayó en tierra desmayada: volvió en su acuerdo al cabo de un rato, y no pudiendo evadir el manifiesto peligro, tomó el consejo de postrarse á sus piés de la manera que pudo, como quien imploraba su piedad con aquel humilde rendimiento.

Amansa este, aun la mas brutal fiera, como se vió en esta ocasion pues como si aquella fiera tuviera por indigno de su generosidad, ensangrentar las garras en la que se humillaba en ademan de rendida, se llegó á ella halagüeña y usando de su noble condicion, la trató de manera que, la mujer antes mas muerta que viva, cobró aliento y confianza para ayudarla en el parto en que dió á luz dos gemelos. Mantúvose despues algunos dias en su compañía, sustentando la vida con la caza; que la leona repartia con ella, como agradecida al buen oficio que le debió en el terrible aprieto de su parto, hasta que una mañana discurriendo los indios por la costa, se encontraron con ella, casualmente al tiempo que se acercaba á la márgen del rio á satisfacer la sed con sus aguas, y la condujeron á su pueblo, donde uno de ellos que se le aficionó la recibió por mujer.

Vuelto ya á Castilla el Adelantado, salió un dia á correr la tierra un cabo militar con número suficiente de soldados; y hallando á esta mujer en uno de los pueblos comarcanos, la trajo consigo á Buenos Aires y la presentó al teniente del gobernador que era siempre el mismo Francisco Ruiz Galan.

Este, llevado de su genio, en vez de compadecerse de sus miserias y alegrarse de su hallazgo, la condenó luego á ser arrojada á las fieras del campo para que empleasen en ella su saña, y hecha pedazos la comiesen en castigo de su fuga á los enemigos. Ejecutóse sin réplica su mandato, y fué llevada como una milla del pueblo, donde la dejaron atada á un árbol. Acudieron aquella noche muchas fieras á hacer presa, y cebarse en las carnes de la triste española; y entre las demás, vino tambien la leona á que ayudó en su parto, para dar lecciones de piedad al juez inhumano, porque conociendo á su benefactora, se puso en defensa contra los otros brutos, que la querian asaltar para despedazarla, y quedándose en su compañía la guardó fielmente el dia y noche siguiente, hasta que el dia tercero saliendo algunos soldados por orden del teniente á ver los efectos de su rigurosa sentencia, la hallaron viva y á sus piés la leona con sus dos cachorros.

Apartóse á un lado la fiera, sin acometer á los españoles, antes bien como quien daba lugar para que llegasen á desatarla, lo que hicieron poseidos de estraño asombro, del noble instinto y agradecimiento de aquella reina de los brutos, y consolando á la noble paciente la restituyeron á la ciudad, y la leona se quedó dando bramidos, como que hacia demostracion de su sentimiento por la ausencia de su bienhechora. Parece quiso el Cielo mostrar con este suceso, que puede hacer número entre los prodijios, cómo aquella mujer, estaba en

lo principal que se le imputaba, inocente, y era indigna de tan atroz castigo; si asi no lo entendió el Juez, á lo menos se dió por satisfecha su justicia y la dejó con vida.

Pero lo que no admite duda es, que este caso nos representa vivamente un muy propio y elegante hieroglífico de la gratitud; pues aquella fiera á los piés de la mujer ¿no vé qué está enseñando á los mortales á ser agradecidos con los que hacen bien? ¿Y que, con sus tristes bramidos, como con otros tantas voces, está reprendiendo á los que fácilmente olvidan los favores recibidos, ó á veces, que es cosa mas fea, retornan los beneficios en agravios? Sobrevivió esta mujer muchos años á su infortunio, y el autor de la Argentina, manuscrita, dice la conoció, que la llamaban la Maldonada (1).

La noticia de estos rigores que usaba Francisco Ruiz, la vista de la gente miserable que parecian esqueletos, la consideracion de ver su caudal perdido sin fruto y otras imaginaciones tristes que sobre estas cosas formaba, aumentaban cada dia la congoja del Adelantado, y estimulaban á acelerar su partida para Castilla. Estando en este terrible aprieto, fué Dios servido de darle algun consuelo con la vista del capitan Gonzalo de Mendoza, que despues de algunos meses, llegó del Brasil con la nave cargada de bastimentos. Acompañábanle en otras dos naos, la gente de Gaboto que quedó en la costa misma del Brasil, con el Capitan Mendo

(1) Rui Diaz de Guzman en su Arg. m. s. lib. 1. cap. 13.

Rodriguez de Mosquera, á los cuales halló Gonzalo de Mendoza retirados en la isla de Santa Catalina, y á persuaciones suyas se vinieron al Rio de la Plata, que fué socorro de suma importancia, y en la ocasion gran parte para seguir la conquista, porque fuera de ser prácticos en el país y en la inteligencia del comun idioma, traian tambien consigo algunos portugueses del Brasil, que con sus mujeres é hijos se les habian agregado, como eran Hernando de Rivera, Pedro Moran, Hernando Diaz, el Capitan Garcia, Francisco deRivera, y otros así castellanos como portugueses, que venian bien pertrechados de armas, municiones, y muchos bastimentos.

Es imponderable la alegria, que con este socorro recibió toda la gente de Buenos Aires, especialmente el Adelantado, cuyos ojos, hechos dos fuentes, derramaban copiosas lágrimas de gozo, no cesando de dar gracias á Nuestro Señor, por tan señalada merced. Despues de algunos dias, deseando tener noticia de su teníente general Juan de Oyolas, dió órden que el capitan Juan de Salazar, y el mismo Gonzalo de Mendoza particsen á buscarle en dos navíos, con ciento cuarenta soldados; pero como luego se le agravasen sus males, puso en ejecucion su designio de volverse á Castilla dejando en su lugar en Buenos Aires á Francisco Ruiz Galan, con órden de que, en volviendo Juan de Oyolas, fuese Gobernador de aquellas Provincias; y si no volviese, entrase á gobernar en su lugar el capitan Juan Salazar de

Espinosa, para lo cual dió jurídicamente sus poderes, en virtud de la capitulacion que tenia celebrada con Su Majestad.

En particular instruccion, mandaba á Francisco Ruiz, que despachase prontamente dichos poderes á cualquiera de los dos provistos en el gobierno, y en el interin que alguno parecia, reconociese los bastimentos, con que la misericordia del Señor les había oportuna y amorosamente socorrido y no los gastase inútilmente con los que tuviesen que comer ni aun con las mujeres, si no se aplicaban al trabajo compatible con la debilidad de su sexo; aunque mas necesitaba el ánimo áspero de Francisco Ruiz que se le recomendase la piedad y compasion con los miserables y desvalidos.

A Juan de Oyolas, le dejaba otra instruccion mas prolija y con diferentes capítulos. Mandábale en primer lugar, que juntase toda su jente, y dejando los navíos, ó barrenándolos si le pareciese, procurase pasar por tierra hasta la costa del mar del Sur, en cuya jornada podia descubrir las ricas provincias de que tenian noticia; pero que siempre dejase casa en el Paraguay, ó en otra parte con suficiente guarnicion, para que le pudiese hallar la gente, conque tenia ánimo de socorrerle desde Castilla. Lo 2.° que aunque le daba autoridad, para remover capitanes, y sustituir otros en su lugar, le ordenaba no usase de ella, sino en caso muy forzoso, que diesen causas suficientes para su remocion, yendo advertido en valerse de cautela con

aquellos de quien sabia que él no se fiaba, y haciendo confianza de los que con su persona se habian portado fielmente.

Lo 3.° Que en caso de valerse del rigor de la justicia justificase antes bien la causa, y si fuese disimulable, la pasase sin castigo, porque en ello haria á Dios obsequio, y no se granjearia el ódio comun, de donde podrian resultar graves inconvenientes y muy perjudiciales al buen éxito de aquella empresa; porque si el caso tocase en traicion, y le constase claramente la verdad del delito, sin poder hallar suficientes testigos para la probanza, castigase secretamente al reo, atajando con prudencia el escándalo; y para proceder en caso semejante sin pasion, se acordase en primer lugar de Dios, y tuviese delante la estrecha cuenta que habia de dar de todas sus acciones al Supremo Juez

Lo 4.° Que llevándose él mismo á Castilla al contador Juan de Cáceres, por juzgar conveniente no dejar en tierra tan nueva aquel hombre de jénio bullicioso que la podia alterar, tratase á su hermano Felipe de Cáceres, que sustituiria su empleo, con toda benignidad, y procurase granjearse con la moderacion de su proceder la benevolencia de todos los hombres honrados de quienes pudiese fiarse.

Lo 5.° Que si se internase tanto por el rumbo que le dejaba señalado, que se encontrase con los dos conquistadores del Perú don Francisco Pizarro ó don Diego de Almagro, solicitase su amistad; pero si se hallase con poder para resistir, no consintie-

se que alguno de ellos usurpase la jurisdiccion que por órden de S. M. le pertenecia, y si era imposible la defensa contra cualquiera violenta usurpacion, no omitiese género de protestas ó requirimientos que pudiesen en todo tiempo apoyar su derecho, conservándose en tal caso amigo de ellos; pero no de manera que la gente del Rio de la Plata se pasase al partido de los conquistadores peruanos.

Lo 6.° Que en caso de tal encuentro, negociase con Diego de Almagro, le diese ciento cincuenta mil ducados, como habia dado á don Pedro de Alvarado, y le cediese por ellos toda su gobernacion del Rio de la Plata; y aunque no pudiese sacarle mas de cien mil, ajustase siempre esa transacion; y que si apresase alguna presea de valor, en las ricas provincias de aquel descubrimiento, le rogaba aliviase con ella sus trabajos, y tuviese presente sus grandes necesidades y miserias á que se habia reducido, teniendo exhausto su mayorazgo con los gastos y empeños que contrajo á fin de enriquecer á todos sus compañeros, en aquella, hasta entonces desgraciada empresa, y en recompensa de los buenos oficios que pasase con Almagro á su favor, le ofrecia la décima parte del precio en que se ajustase y las costas para conseguir confirmacion real de todos los conciertos.

Lo 7.° Le encomendaba, se portase de manera, que si no se ajustase con Almagro, mereciese por toda su vida conservarse en aquel gobierno, para

que le ayudaria, tener muy presente á Dios en todas sus resoluciones, sin olvidarse del mismo Adelantado, á quien debia verse colocado en tan honorífico empleo, lo que no dudaba de su nobleza y obligaciones, á que si no correspondiese, se veria forzado contra su propio gusto, y amor, que siempre le habia profesado á despachar otro gobernador en su lugar.

Lo 8.° Le suplicaba encarecidamente, que luego que volviese de la jornada en que se hallaba, despachase al capitan Francisco Ruiz á Castilla, en seguimiento suyo, para tomar las medidas convenientes, segun la relacion que trajese; y que si Dios hubiese sido servido de darle algun oro ó plata, sacase primero las costas que habia hecho en la espedicion; pues él mismo las tenia por escrito, y del resto, reservase diez y seis partes, que le pertenecian como Adelantado otras ocho para el mismo Oyolas, como á su teniente general, cuatro repartiese á los capitanes, y á los demas, segun cada uno hubiese servido: y lo que le perteneciese, le enviase con el mismo Francisco Ruiz, porque le prometia se le volveria á enviar desde Castilla, con nueva gente y pertrechos, para que pudiese efectuar alguna entrada ó por el rio ó por tierra como le pareciese mas conveniente. Por último le advertia que le dejaba dos testamentos, los cuales abriria, si Dios dispusiese de su persona, y obrase como de su fidelidad y buena ley lo esperaba.

Estas instrucciones que igualmente respiraban piedad, que atencion á las propias conveniencias,

sirvieron de poco, porque el Teniente General no volvió de su jornada como luego diremos y el Adelantado sobrevivió poco, porque embarcándose luego para Castilla, tuvo una penosa y dilatada navegacion, por causa de los vientos contrarios: faltóles la comida y se vieron en peligro de perecer cerca de las islas Terceras. Para remediar el hambre mataron una perra, que andaba en celos, y comiendo de ella el Adelantado comenzó luego á desosegarse como si rabiase, y dentro de dos dias murió miserablemente, y fué sepultado en el oceano. El mismo género de muerte padecieron los que por su desgracia, participaron de la misma vianda.

De esta manera acabó el primer Adelantado don Pedro de Mendoza, enseñando con su muerte de cuán incierta providencia son las resoluciones humanas, pues esta conquista que imaginó le habia de coronar de felicidades, le acarreó un fin tan lastimoso, despues de dos años de continuados trabajos. Los dos navios llegaron á Castilla al fin de aquel año de 1537, y por la relacion del contador Juan de Cáceres, tuvo la Majestad Cesarea, noticia cierta del estado de las conquistas del Rio de la Plata, y tomó las providencias que referiremos, despues de escribir el funesto suceso de la espedicion de Juan de Oyolas.

CAPITULO V

Parte Juan de Oyolas á descubrir por el Rio Paraguay. Sucesos de su viaje hasta arribar al puerto de la Candelaria desde donde entra por tierra en demanda del Perú. Puebla Gonzalo de Mendoza en la Asuncion, y corre grande riesgo la fortaleza de Corpus Christi, donde consiguen las armas españolas ausiliadas del Cielo una insigne victoria; pero se despuebla por los nuestros dicha fortaleza.

Habiendo de salir Juan de Oyolas de la fortaleza de Corpus Christi, dispuso el Adelantado que le acompañasen algunas personas principales, como fueron el capitan Domingo Martinez de Irala, el factor don Carlos de Guevara, don Juan Ponce de Leon, Luiz Perez de Cepeda, don Cárlos Dubrin y otros caballeros; y dióle tres navíos con trescientos soldados. Empezaron á navegar felizmente, y á pocos dias, dieron vista al pueblo de Corunda, donde vivian juntos 12 mil indios, de quienes fueron recibidos y agasajados con grande humanidad, y entre otras cosas les dieron dos indios de nacion caribes,

ó guaraníes, que aquí estaban cautivos, y les podrian servir de intérpretes con sus paisanos. Pasaron adelante á la nacion de los calchines, gente robusta y numerosa, pues se decia escedian el número de cuarenta mil.

Cuatro dias trataron con ellos y encaminándose á la banda opuesta del rio, dieron con los mocoretás que eran diez y ocho mil, de lengua bien diferente pero muy humanos. En los cuatro dias que aqui se detuvieron, mataron una disforme serpiente, que tenia veinte y cinco piés de largo, y el cuerpo tan grueso como cualquier hombre, de que se asombraron los naturales, porque no habian visto monstruo semejante; pero partiéndola en trozos se la comieron sin horror. Los hohomas con no pasar de dos mil, traian guerra con sus vecinos los mocoretás, y como vieron tratar con ellos pacíficamente á los españoles, los recibieron con poco agasajo, ni en cualquier tiempo pudiera ser mucho, porque era gente muy pobre que vivia tierra adentro, distante de la costa como siete leguas, y fué casualidad hallarlos entonces, porque hacia cinco dias que se habian acercado, por hacer provisiones de pescado, para salir á la guerra contra dichos enemigos.

Seguíanse mas adelante los mepenes que llegarian á diez mil, y vivian dispersos sin estancia fija, igualmente en el agua que en la tierra. Con la noticia de la venida de los nuestros, se convocaron para salirles al opósito, como lo hicieron con quinientas canoas. Los castellanos, sin turbarse por

tan escesivo número, se pusieron á punto de pelear, y disparándoles los arcabuces, hicieron grande estrago en los agresores, y los demás huyeron asombrados, dejando libre el paso. Hubieran los castellanos asaltado sus rancherias, á donde llegaron; pero lo dejaron de hacer, por no irritar contra sí otras naciones comarcanas. Además que fuera preciso divertirse á diferentes partes, por ocupar ellos un país dilatado de cuarenta leguas, y no era bien dividir las fuerzas que unidas se harian respetar y divididas quizás serian despreciadas.

Llegaron finalmente á la junta de los dos rios Paraná y Paraguay, y Oyolas subió por aquel, como Gaboto; pero hallando el mismo impedimento de los arrecifes, retrocedió para navegar por el rio Paraguay, por cuya boca entraron muy faltos ya de bastimentos. Sobrevínosles un temporal tan desecho que se fué á pique una de las tres naves, y hubieran corrido las demás la misma fortuna, á no haberse abrigado en una laguna, hasta que abonanzó el tiempo, y entonces recogieron los miserables náufragos en las dos naves.

Empezaron los marineros á recelar que si esa gente iba en ellas se esponian á riesgo manifiesto de perecer todos segun soplaban recios los vientos, y poniendo allí su gente, despachó por los que dejaba en la isla. Estando en estrema miseria llegaron los ameguaes que habitaban la costa occidental del rio Paraguay, gente muy afable y cariñosa, que trajeron en abundancia provision para todos, y lo que

no fué menos apreciable, cantidad de canoas para conducir la gente que escapó del naufrajio.

No esperimentaron semejante humanidad en los agases, que eran los mas valientes soldados de aquel rio, y vivian hácia el Ypití. Recibieron á los huéspedes con las armas en la mano, con que fué forzoso pelear, hallando los castellanos tan porfiada resistencia en los bárbaros que estuvieron á veces por abordar nuestras naos; pero al fin, acometiendo los nuestros con mayor esfuerzo cuanto mas crecia su peligro, tardaron poco en declarar por suya la victoria, echando á pique muchas canoas de los agases con la artillería, y matando gran número de ellos, cuyas muertes desalentaron á los demas, y se declaró por todas partes la fuga, solicitada por su cacique principal, con el toque de una corneta á retirada, porque no pareciese era desórden de vencidos; con que teniendo ya los castellanos el paso á su disposicion, á costa de solos quince de los suyos, llegaron victoriosos á los caribes ó guaraníes, que era la nacion mas poderosa pues se estendia mas de cien leguas por la costa oriental del Paraguay, y tierra adentro partian términos con el Brasil, habiéndose adquirido tan dilatado territorio con el poder de sus armas, en cuyo ejercicio eran tan diestros, como frecuentemente versados por las contínuas guerras que traian con los comarcanos para sojuzgarlos á su dominio.

Los caciques mas famosos por su esfuerzo y valor en toda esta costa, eran dos primos llamados

Lambaré y Yanduazubí Rubichá, los cuales vivian en dos numerosos pueblos, y de estos, uno habia tomado el nombre del primer cacique, y distaba poco de donde hoy está fundada la ciudad de la Asuncion. Parecióles á ambos que agraviaban su valor con nota de cobardía, si dejaban pasar por su distrito á la nueva gente sin hacerles oposicion, especialmente cuando habian tomado puerto en su tierra los castellanos para refrescarse. Vinieron los guaraníes en buen número á inquietarlos, y el estrépito de su marcha fué aviso para que los castellanos se anticipasen á prevenirse con las armas.

Al avistarse en competente distancia, se oyeron grandes voces, y por medio de los intérpretes se llegó á entender eran denunciando á los forasteros que abandonasen la tierra y se volviesen por el camino que habian traido, porque si lo ejecutasen prontamente, les franquearian el socorro de vituallas necesarias para la vuelta, mas si porfiaban obstinados en hacer asiento en aquel sitio ó en pasar por adelante por el rio, se mostrarian enemigos implacables y esperimentarian por las obras, cuán de temer eran sus amenazas. Hablaban con esta confianza por parecerles que el corto número de los castellanos, no podria resistir á su poder formidable, pues viniendo en solo aquel trozo cuatro mil esforzados combatientes, les era fácil aprontar un cuerpo de cuarenta mil hombres, invencibles á su juicio, como que aún no tenian conocidas las armas de fuego que manejaban los forasteros.

Fuera de eso, tenian estrañamente fortificados sus dos pueblos, con aquel género de murallas que eran comunes en casi todas las Indias, formadas de troncos robustos de árboles, fijos en la tierra, al modo de nuestras estacadas, pero trabados fuertemente con tal disposicion que las mismas junturas franqueasen lugar para disparar las flechas; su altura era tal, que apenas podria un hombre alcanzar á su fin con la espada, y las puntas de los troncos tan agudas, que imposibilitaban la escalada, las puertas se formaban cruzando por algun espacio las dos líneas y dejando compuesta una calle estrecha en forma de caracol, donde solian mantenerse los centinelas, y todo el ámbito de estas palizadas, ceñian con profundos fosos ante los cuales á quince pasos de distancia habian abierto hoyos, en cuya profundidad, tenian clavadas estacas, cuyas muy agudas puntas no sobresalian al haz de la tierra, para que cubiertas con fagina y céspedes, imaginando los cristianos era tierra sólida, cayesen en estas que podemos llamar trampas y pereciesen miserablemente.

Esta fortaleza, parecia insuperable á las armas de aquella gente, que no entendia la fuerza de nuestras armas, ni tenia noticia de aquellas ofensas y reparos que enseñó la esperiencia, y aprendió la necesidad de los hombres, y de esa errada imaginacion, les nació la insolencia con que vinieron á acometer á los castellanos, y el negar los oidos á todas las representaciones que procuraba hacerles Juan de Oyolas, ofreciéndoles repetidas veces la

paz y amistad, porque deseaba no embarazar el curso de su navegacion y descubrimiento. Persistian los bárbaros en que desamparasen el terreno y retrocediesen; pero considerando Oyolas que metido ya en el empeño, era descrédito de su valor volver atrás, y que seria perniciosa consecuencia para delante dejar, constreñido de amenazas, el país que una vez ocupó, se negó constante á ejecutar lo que pretendian, y se resolvió á defender con valor aquel puesto. Pero por no dejar quejosa á la justicia, les volvió á requerir con la paz otra vez, diciéndoles que venían como amigos, y que si despreciando la amistad que no podria dejar de serles importante, se querian valer de la fuerza, ellos, provocados, se defenderian con sus armas, quedando por cuenta de ellos el daño que recibiesen.

La respuesta fué acercarse de tropel y disparar á un tiempo tanta multitud de flechas, que tuvieron necesidad los españoles de cubrirse y repararse con las rodelas; pero sin darles lugar a la segunda descarga, usaron prontamente de sus armas y de su esfuerzo, con tanta diligencia, que asombraron á sus enemigos, y viendo caer á muchos de los suyos se perdieron de ánimo, y puestos en confusion se retiraron desordenadamente á ganar la fortaleza de Lambaré, á que corrian tan desatinados por el espanto concebido de su propio daño, que casi doscientos cayeron en las hoyas, que habian abierto para ruina de los españoles, quienes siguiendo el alcance evitaron aquel peligro con el estrago que

veian padecer á los mismos inventores de aquella estratagema.

Pusieron sitio á la fortaleza, y registrando los pasos mas seguros, y libres del peligro de las hoyas, íbase disponiendo el avance, porque ya se habian resistido los bárbaros tres dias, sin dar muestras de rendirse; pero al cabo desesperando los sitiados de poder sufrir mas tiempo el sitio, porque el hambre apretaba los cordeles, y temiendo que igualmente ellos y sus mujeres é hijos, serian víctimas del valor español, despacharon mensajeros á tratar de concierto. Oyolas, que conocia bien cuánto importaba acreditar con aquella gente, la piedad de los cristianos para inclinarlos á la fé, cuando ya estaba con aquella victoria en gran reputacion su valor, los admitió benignamente, y oyendo de ellos que se ofrecian, no solo á celebrar la paz deseada, sino á hacer alianza ofensiva y defensiva, condescendió gustoso con su deseo, con solas condiciones de que á su costa, construyesen una fortaleza á los castellanos, en el mismo puerto donde habian desembarcado, con designio de que sirviese de freno á su mismo orgullo, si alguna vez se acordasen de su inconstancia, que contribuyesen con los bastimentos necesarios, asi para manutencion de aquel presidio, y que diesen soldados ausiliares para salir al castigo que tenia premeditado de los agases, enemigos comunes de ambas naciones española y guaraní.

Todo lo concedieron gustosos y aun escedieron,

porque ademas de señalar gente que trabajase la fortaleza, traer todo género de vituallas con abundancia, y ofrecer un cuerpo de 8,000 guaranies para castigar á los agases destinaron competente número de indias, para que á cada soldado le sirviesen dos, y seis al capitan Oyolas, en los oficios domésticos, propios de su sexo. Y por que este ajuste se celebró en el año de 1536, dia 15 de Agosto, consagrado á la Asuncion triunfante de la emperatriz de los cielos, fué ocasion para que debajo del feliz auspicio de este glorioso misterio, se fundase y nombrase con este título la ciudad á que presto se dió principio.

Llegando el caso de castigar á los agases, halló prontos el capitan Oyolas los 8,000 ausiliares guaranies, quienes pasaron en canoas á la costa occidental del rio con la mitad de los españoles, los demas fueron en sus naves por el mismo rio: por tierra padecia mucho nuestra gente pasando los pantanos con increible trabajo; pero los guaranies, ó mas diestros, ó menos embarazados, para semejantes caminos, como gente totalmente desnuda, se adelantaban con un género de ímpetu que parecia valor, siendo deseo de venganza. Por esto era preciso que á cada paso les mandase hacer alto el cabo de los españoles, hasta que acercándose al pais de les agases, pareció á Oyolas valerse de aquel ardimiento de los guaranies y de su destreza en observar con exactísima cautela los movimientos de sus enemigos, despachó algunos, que al alba, esplorasen

el estado del pueblo principal, quedándose emboscado el ejército en paraje próximo, pero bien oculto.

Trajeron noticia de que todo estaba en silencio, y la gente tan dormida como descuidada; por lo cual marchando en buen órden, acometió de improviso á los agases, que se cortaron con el susto, y sin poder empuñar sus armas, fueron todos los varones muertos, sin escapar ninguno, porque aunque Oyolas, quiso templar la saña de los auxiliares guaranies, no pudo, porque podia mas en ellos la costumbre de encruelecerse con sus enemigos, que la sujecion á órdenes á que no estaban acostumbrados, y era estraño el deseo de tratar aquellos bárbaros con el modo inhumano que ellos solian usar con sus enemigos, no dando cuartel á ningun soldado. El botin fué todo de los guaranies, porque no tenian alhajas que pudiesen escitar la codicia de los españoles, y era bien con aquella generosidad poco costosa, tener gratos los ánimos de los aliados. Corrieron despues la tierra y dejaron tan llenos de terror á los agases distantes, que vinieron despues á la Asuncion, á pedir la paz, y ofrecerse por confederados de los españoles que los admitieron á su amistad, y ellos la cultivaron constantes con mucha fidelidad.

Vueltos los españoles al sitio donde tenian fabricada la fortaleza, no juzgó Oyolas conveniente dividir sus fuerzas, dejando alli algun presidio sino que, encomendándoles su guarda á los mismos vasa-

llos del cacique Lambaré, se determinó pasar adelante, informándose primero con la mayor esaccion posible de las naciones siguientes, de su calidad, génios y costumbres. La nacion que alli tenia mas fama era la de los payaguas, como la mas poderosa en todo el rio arriba, donde eran y son continuos y sangrientos piratas; y juntamente tuvo noticia que hácia el poniente, habia cierta gente poderosa, que poseia riquísimos metales, que fué la noticia que mejor sonó á la codicia. Alentáronse todos con ella y reparadas las naves, prosiguieron la navegacion con mayor empeño, como quienes iban ya muy llenos de esperanzas de llegar á gozar de pais tan opulento.

Llegaron al puerto que llamaron de la *Candelaria* situado en la costa occidental de aquel rio; y le dieron ese nombre, á lo que podemos conjeturar por haber sido en el dia de la purificacion de 1537 su descubrimiento. Mandó Oyolas que en aquel puerto desembarcase su gente, y luego se dejaron ver muchas canoas payaguas, que aunque al parecer venian desunidas y sin aparato de guerra, no obstante su multitud, despertó la vigilancia para prevenirse con las armas, hasta ver si se acercaban y con qué determinacion. Paráronse á larga distancia como quien observaba el movimiento y se animaba con la quietud de nuestra gente.

Fuéronse acercando los mas osados, y como estos fueron tratados sin esquivez, se atrevieron tambien los mas cobardes, y todos hallaron favorable aco-

jida, de que sus ánimos fementidos conocian ser indignos, y que no les hubieran hecho los españoles á tener bien penetrados sus génios alevosos é inconstantes. Porque á la verdad, es la nacion mas traidora, que creo hay no solo en todo aquel rio sino aun en todo el universo. No parece creible, como siendo tan bárbaros, son tan diestros en urdir engaños y tramar alevosias. Cuando hacen el mayor bien, intentan obrar el mayor mal: cuando mas suavidad ostentan con las palabras, abrigan mas crueldad en el corazon. Creerá facilmente quien no los conoce, que se portan mas fieles cuando estan maquinando la mas sangrienta traicion. En fin, es gente de quien menos se debe fiar, cuando proceden con la mayor fineza, porque nunca son lo que parecen, sino una verdadera quimera.

Que no les faltaria en la ocasion ánimo de usar sus artes ordinarias, lo discurrirá quien supiere lo que despues ejecutaron; pero qué motivo les embarazase la ejecucion de sus designios, no lo puedo con certidumbre afirmar, si no es que fuese estudiosa cautela, para dejarlos mas descuidar con su aparente sinceridad, porque soportaban sin señal de recelo y muy obsequiosos, sirviéndoles con gusto en cuanto ocurria, y franqueándoles los bastimentos que producia el pais, que era pescado, caza, arroz, lo que se les recompensaba con algunas bujerias de que hacian grande estimacion, y les parecia quedar ventajosamente gananciosos, de que se holgaba el capitan Oyolas, porque por estas

demostraciones, creia dejarles granjeadas las voluntades, y podria hacer su jornada por tierra, con la seguridad de dejar á los suyos con tan buenos amigos.

Al cabo de algunos dias, que dedicó al refuerzo de su gente, declaró su voluntad, que era emprender una jornada la tierra adentro hácia el poniente, para descubrir aquellas ricas provincias de que ya todos estaban noticiosos por el informe de los guaranies, para lo cual tenia resuelto dejar en guarda de los navíos al capitan Domingo Martinez de Irala con cien soldados, aunque Herrera diga que con solos cuarenta, y que el resto con los caballeros de su comitiva, queria le hiciesen compañia. A Irala le dejó órden que con los navios, le esperase en aquel puerto por espacio de seis meses, y si pasando este plazo no volviese, le daba licencia para volverse á Buenos Aires, porque seria señal que le habia sobrevenido algun contratiempo é imposibilitado la vuelta.

Ulrico Fabro que era uno de los soldados que quedaron con Irala, escribe que solo les mandó esperar cinco meses (1); pero el cronista Herrera insinua, que no le prescribió mas término que el de la necesidad propia; desobligándole de esperar, solo en caso de que se le acabasen los bastimentos, por razon de que los payaguas se cansasen de acudirle con ellos; porque entonces podria bajarse á la frontera de los guaranies amigos, al parecer mas

(1) Ulrico Fabro, in sua descrip. cap. 12.

sinceros, que los payaguas, y hecha la provision de que fuesen capaces los bajeles, subiesen al mismo puerto de la Candelaria, donde él acudiria (1).

Dada esta disposicion, emprendió Oyolas el viaje por tierra, para el cual, el cacique de los payaguas, le dió trescientos de los suyos, que le ayudase en cargar las vituallas y todo su tren. Tardó mucho en esta jornada con varias aventuras, y como al plazo señalado, y aun meses despues, no volvia á Corpus-Christi, como habia dispuesto el Adelantado, se determinó este á enviar en su seguimiento á los dos capitanes Juan de Salazar Espinosa y Gonzalo de Mendoza, con dos navios y ochenta soldados, segun la relacion de Herrera, ó ciento cuarenta, si hemos de dar crédito á Rui Diaz de Guzman en su Argentina manuscrita (2). Alegróse sumamente esta gente de salir á esta jornada, porque aunque la necesidad no era tan estrema en Buenos Aires, por el socorro que condujo del Brasil Gonzalo de Mendoza y por haberse hecho á sustentarse con la caza y con algunas raices, cuyo uso les habia enseñado la esperiencia; pero esperaban mejorar de partido y volver acomodados.

Con todo eso, fueron no pequeños los trabajos que pasaron hasta llegar á Buena Esperanza donde imaginaban hallar alivio; pero tuvieron el desconsuelo de ver despoblado aquel sitio, lo que les puso en bastante confusion por ignorar la causa, y temer

(1) Herrera, dec. 5, lib. 10, cap. 15.
(2) Rui Diaz, in Arg. m. s. lib. 1.°, cap. 10.

les hubiese sucedido alguna fatalidad, que solian ser frecuentes, como hemos visto desde el principio de esta conquista. Procuraron tomar lengua, cogiendo algun indio para informarse, pero fué en vano su diligencia, y trataron de proseguir su viaje no poco recelosos, hasta que avistando á la fortaleza de Corpus-Christi, salieron descuidados, reconociendo estaban alli los españoles; y era la causa de esta novedad, que como pasándose á Buena Esperanza se habian retirado de los timbues, no acudian estos como solian á llevarles la comida. De esto, se originó tal necesidad, que obligó al tesorero Francisco de Alvarado, que alli gobernaba, á mudar la poblacion al sitio primero de Corpus-Christi, donde eran mas puntuales los socorros de los timbues, quienes cada dia se les iban aficionando mas, por el modo y buen término con que eran tratados de los españoles.

Aqui, parece se volvió á renovar entre los capitanes, la plática de seguir por tierra el rumbo que aconsejaba Gonzalo Romero, hácia aquellas ricas provincias de que tenian noticia, y eran las del Perú; pero con conocer que el partido era mas ventajoso, no quisieron incurrir en la nota de desobedientes á su gefe, y se sacrificaron á los penosos trabajos de la navegacion, en prueba de que estimaban mas guardar la disciplina militar que sus propias conveniencias. Partiéronse, pues, el capitan Salazar y Gonzalo de Mendoza en seguimiento de Oyolas, y hallaron en el puerto de la Candelaria

á Domingo Martinez de Irala, resuelto á esperarle con sus bergantines, aunque habia empezado ya á esperimentar el doblado trato de los bárbaros payaguas, que disimulando el pesar que les causaba la determinacion de los estranjeros en su pais, aun que les proveian de comida, no dejaban pasar ocasion de hacerles daño á que cooperaban los guacharapos infieles, de las mismas calidades que los payaguas, con quienes mezclados, acudian á aquel forzado obsequio.

Confiriose entre los tres capitanes Salazar, Irala y Mendoza, qué resolucion abrazarian, y determinaron de comun acuerdo, hacer tierra adentro una correria, para ver si podian conseguir algunas noticias de Oyolas y sus compañeros. Hecha sin ningun fruto, escribieron en una tabla que pusieron en aquel puerto, lo cual, les pareció prevenir á los de la entrada por si acaso en su ausencia, acertasen á aportar por alli, certificándoles que en todo caso volvieran por ellos, pero que en el interin se cautelasen de los payaguas, porque fuera de estar poco menos que declarados por enemigos, habian tocado por esperiencia ser muy disimulados y sumamente crueles. ¡Ojalá, hubieran para sí tomado este consejo los mismos que ahora lo dieron; que no se hubieran visto despues en el riesgo que diremos; pero es siempre mas facil aconsejar á otros, que saberse gobernar á sí mismo.

Pareció á Salazar seria conveniente que Irala se quedase en aquel puerto por entonces, para lo cual

le trocó uno de sus navios nuevos por otro viejo que prometia ser de poco provecho é incapaz de reparo en aquel paraje, y él y Gonzalo de Mendoza, se volvieron con ánimo de dejar poblada la casa fuerte que habian levantado para uso de los españoles, los guaranies en su frontera; porque sin deseo de diferenciarse de sus antecesores, como muchos y es cosa bien ordinaria le agradó el mismo sitio que ellos habian escogido, juzgándole por cómoda escala para continuar aquella navegacion: por tanto se determinó á dejar alli por capitan á Gonzalo de Mendoza con sesenta soldados.

Apenas aportaron alli, cuando vino á visitarlos el cacique principal de los guaranies Yanduazubí, con grande aunque deslucido acompañamiento, y le recibieron con agasajo y cortesia. Aseguráronle de nuevo que estaban prontos á continuar la amistad y alianza pactada con los castellanos y guaranies, y digeronle que ya era tiempo de poblar en aquel sitio, y de que él cumpliese sus promesas de darle todo fomento por medio de sus vasallos. El bárbaro holgó mucho de esta noticia, y ofreció por su parte estar á lo prometido, dando por fiador suyo al tiempo, que le enseñaria era hombre que sabia mantener constante su palabra. Quedóse aqui en esta ocasion el capitan Gonzalo de Mendoza con sus 60 soldados, y este fué el principio, y como un bosquejo de la ciudad de la Asuncion, que fué siempre la mas ilustre poblacion, de todo el dilatado gobierno del Rio de la Plata, y es capital de las provincias y gobernacion del Paraguay.

El capitan Salazar pasó adelante en busca de don Pedro de Mendoza imaginando estaba todavia en Buenos Aires; pero llegando con deseo de darle cuenta de su jornada, halló que ya habia dado la vuelta á Castilla, y que el teniente Francisco Ruiz, estaba sumamente aborrecido de la gente por su rigurosa condicion que se rozaba mucho en cruel; pues despues de muy prudentemente amonestado por don Pedro de Mendoza al partirse, habia usado los antigüos rigores, como fué cortar á uno las orejas, por cojer una lechuga, afrentar á otro por haber tomado un rábano, y tratar á todos con rigores parecidos á estos, que los tenian en sumo desconsuelo, y era milagro de su obediencia no haber tomado contra él alguna resolucion temeraria para librarse de yugo tan pesado y aun casi intolerable.

Añadíase á esta penalidad, la furiosa plaga que habia sobrevenido de tigres y leones, que discurriendo continuamente por todo el contorno de la ciudad, se cebaban con lastimoso estrago en cuantos tenian osadía para salir de ella á sus menesteres, perseverando en frecuentar la vecindad con tan porfiado teson, que era forzoso saliese una compañia de soldados, bien armados, para escoltar y defender á los que debian salir á buscar leña ú otra cosa necesaria. Fuéles de consuelo á los afligidos castellanos de Buenos Aires la llegada de Salazar, y no menos su relacion de que en la frontera de los guaranies, habia abundancia de bastimentos, de que se gozaba alli sin zozobra por la buena corresponden-

cia y síncera amistad de los guaranies; y aunque les pesó que no pareciese Oyolas, creo que no disgustaria mucho de esta noticia el teniente Francisco Ruiz, porque con la falta de aquel capitan, entraba en esperanzas de quedar con el mando absoluto de toda la conquista, que era la máquina que siempre revolvia en su idea, y de que se mostró mas solícito de lo que convenia al crédito de su fidelidad.

Con pretesto, pues, de adquirir noticias de Oyolas, persuadió á Salazar era conveniente volverse ambos á la Asuncion, con toda la gente que se pudiese sacar de Buenos Aires, como se ejecutó de comun acuerdo, llevando en su compañia al contador Felipe de Cáceres, al tesorero Garcia de Venegas y á otros caballeros y capitanes, y dejando por teniente en Buenos Aires al capitan Juan de Ortega, quien aunque bien opinado entre todos, por su apacible condicion y grande urbanidad, se necesitó de alguna severidad para reducir á los que se quedaron con él, por que todos quisieran ir de una vez á tierra donde se podria gozar de menos estrechura y mas abundancia.

Al pasar por Corpus-Christi, sacó Francisco Ruiz la mitad del presidio que estaba de guarnicion en aquella fortaleza, pareciéndole bastaba menor defensa, cuando los timbues se portaban fidelísimos; y pasando grandes trabajos en la navegacion, aportó finalmente al puerto deseado de la Asuncion, donde hallaron burladas las esperanzas con que iban de trocar su miseria por la abundancia y libertad de

aquel pais, porque aunque reconocieron muy bien hallados á los naturales con los españoles, pero eran menores sus asistencias, por la imposibilidad á que los redujo, una plaga copiosa de langostas, que habia talado todas las mieses, de que concibieron grande tristeza los compañeros de Francisco Ruiz, considerándose en todas partes acosados de su mala ventura.

A este tiempo arribó al mismo puerto el capitan Domingo Martinez de Irala, quien pasado el plazo que señaló Oyolas para esperarle, habia juzgado seria mas conforme á ley de buen súbdito, no ser tan puntual en obedecer á su gefe, y por eso detenidose mucho mas del término emplazado, padeciendo notable necesidad, y viéndose precisado á calafatear las naves con las camisas suyas y de toda la gente por faltarles la estopa, y serle necesario á los vasos aquel reparo. El cortejo que le hizo Francisco Ruiz, fué mandar prenderle por algunas razones que pasaron entre ambos, sobre no sé qué competencias, aunque mediando con su autoridad algunos castellanos, le puso luego en libertad, y él asi por evitar encuentros con el jénio poco moderado del Teniente, como por no faltar á Oyolas, trató de volverse luego al puerto de la Candelaria, despues de haber buscado bastimentos con las armas, entre algunos enemigos de los guaranies, que se habian librado de la plaga de langosta y repartídolos generosamente con Francisco Ruiz, como si no tuviera memoria del reciente agravio,

que ánimos verdaderamente nobles, nada olvidan mas presto que las propias injurias, y libran su despique en los beneficios.

Con este socorro, pudo Francisco Ruiz aviarse para volver á Buenos Aires, y en esta jornada descuidó tanto de acreditar su rectitud, prenda la mas apreciable en un juez, que antes echó un feo borron á su fama, con una enorme injusticia en que Ulrico Fabro quiere complicar á un sacerdote llamado Juan Pabon y al secretario Juan Hernandez, haciéndolos autores de esa grande maldad; y yo, antes que manchar el crédito de aquel sacerdote, creeré se engañó Ulrico, dando lijeramente aserto al rumor de los soldados que desaprobaban la accion, y quizá por verle muy atendido de Francisco Ruiz, pasaria la sospecha de alguno á hacerle autor, si no de la accion á lo menos del consejo, y divulgándose entre los soldados, cuya república tiene tanto vulgo como las demas, hallaria acreditada por verdad, la que en su orígen fué mera sospecha; y sin dicernir Ulrico, refirió como cosa infalible, lo que él no puede saber, sino por conjeturas maliciosas.

La accion fué tan fea que no se puede hacer complice en ella á un sacerdote, sino suponiéndole muy ignorante de sus obligaciones, y nada temeroso de Dios, lo que no se debe admitir sin manifiesta prueba, por solo la autoridad de este escritor, que ni se halló presente al suceso ni á su resolucion, y merece menos crédito en lo que toca á eclesiasticos, de quienes habla con desprecio propio de

herejes, llamándolos sacrificulos(1), ó sea por ser de la religion protestante, ó lo mas cierto porque sus traductores, siendo de esa profesion, le hicieron hablar en latin, con frase indigna de un síncero católico.

Esto supuesto, la accion de Francisco Ruiz fué, que llegando á Corpus-Christi, dijo le constaba que los caracarás se habian coligado contra los españoles, con otra nacion enemiga nuestra, lo que era mentira manifiesta en sentir de todos los autores que hablan del caso, y sin entrar en acuerdo con los capitanes ni pedirles su parecer, los aseguró con buenas palabras, y cuando estaban mas descuidados, dió en ellos una mañana al alba, quemó sus casas, mató cuanta gente de tomar armas pudo haber á las manos, apresó copioso número de mujeres y niños, y los repartió por esclavos entre sus soldados, con escándalo grande de todo aquel presidio y de las naciones amigas de la comarca.

O fuese porque Francisco de Alvarado reprobó esta alevosía como era justo, ó por otro motivo que no hallo espresado, se lo llevó en la ocasion Francisco Ruiz á Buenos Aires, dejando por castellano de aquella fortaleza al capitan Antonio de Mendoza que fué tan desdichado en ocupar aquel puesto, como dichoso Alvarado en dejarle en aquellas circunstancias. Porque disimulando altamente los otros pueblos de los caracarás aquel enorme agravio de sus compatriotas, no dieron por algun tiempo

(1) Ulrico in sua descript. cap. 16.

indicio del rencor que abrigaban con cautela en sus pechos, para que solo saliese á luz su resolucion de la venganza, cuando tuviesen asegurado el estrago y ruina total de los españoles que maquinaban; antes se portaban mas obsequiosos, para tenerlos deslumbrados.

Gastaron ese tiempo, en prevenirse de todas armas y convocar á todos los suyos y tambien á los timbues que estaban irritados de aquella inhumanidad y temerosos de semejante infortunio, y para apartar de sus cabezas aquel peligro, les pareció buen consejo descartarse de una vez de aquella vecindad nociva, para lo cual facilmente vinieron en juntar sus fuerzas con los caracarás ofendidos. Trataban el negocio con sumo secreto; pero como es imposible guardarle tanto tiempo, cuando anda en manos de muchos, no dejaron algunos que menos suponian entre ellos, de dar algunos indicios por donde se pudiese penetrar su dañada intencion, por que como daban por cierto el rompimiento de su nacion con los castellanos, les pareció iba poco en adelantarle, ó diferirle, cuando es constante que en la dilacion consistia todo su acierto: por lo cual, encontrando en el campo á un mayordomo de Francisco Alvarado y á otros tres españoles descuidados, les dieron la muerte.

Sintiéronla vivamente los mismos caracarás, por que no fuese ocasion de que se les desvaneciese su designio; y asi, acudieron los principales á dar satisfaccion en la fortaleza, significandoque se habian

hecho sin su consentimiento, ni sabiduria, y que á saberse los autores, harian con ellos ejemplar castigo. Supieron pintar con tales colores el caso, que los españoles quedaron sin la menor desconfianza, y ellos se esforzaron á borrar cualquier sombra de sospecha, con doblar el cuidado en los aparentes obsequios de acudirles puntuales con bastimentos y con todo lo demas que necesitaban.

Pasados algunos dias, entró en la fortaleza el cacique principal y encaminándose á la casa del castellano le dijo con ponderacion de lo que importaba el secreto, que necesitaba de hablarle reservadamente, y conseguida la audiencia como la deseaba, le descubrió el aprieto grande en que se hallaban todos los suyos, puestos en necesidad, ó de perecer ó de ser infieles á los españoles; porque una nacion vecina mas poderosa, les habia enviado á solicitar para que se confederasen con ella contra los españoles, pero que si nó vendrían armados á destruirlos: que pues eran amigos de los españoles, y deseaban serlo, bien veian correrles obligacion de favorecerlos porque de otra manera se verian forzados, aunque contra su inclinacion á seguir el partido de sus enemigos contra los mismos españoles, porque ellos solos no se hallaban en estado de poder resistirles; y en tal caso, habiéndose él declarado con tanta fidelidad para procurar el remedio, no se les podria imputar á deslealtad aquella alianza, sinó á la fuerza maligna de la necesidad de mirar por su conservacion.

"Yo, (dijo el bárbaro) dejo satisfecha mi obliga-
" cion y mi fé con este aviso anticipado: ahora
" vos, valeroso capitan, mirad por vuestro crédito,
" y corresponded esta fineza; pero os encargo en
" primer lugar el secreto, porque de barruntar
" nuestros enemigos por algun indicio, que os he
" descubierto sus designios y pedido ausilio, ace-
" lerareis mi ruina y la de los mios, que sere-
" mos de ellos oprimidos, por esta, que siendo para
" con vosotros loable lealtad, será reputada de los
" enemigos por fea alevosía. Por tanto, lo que
" importa es que secreta y prontamente dispongais
" el socorro, para que se halle incorporado con mi
" gente antes que puedan presumir el trato doble".

Supo el cacique encarecer tanto su aprieto, y dar tales colores á su malicia, que no sospechó engaño el castellano, ni alguno de los presidarios con quienes confirió el negocio, y de comun acuerdo se resolvió saliese luego al socorro el alferez Alonso Suarez de Figueroa con cincuenta soldados, quedando otros tantos en defensa de la fortaleza. No faltará quien culpe á esta gente su nímia credulidad juzgando no faltaban razones, asi en el estrago padecido por los bárbaros, como en las cuatro muertes por ellos ejecutadas para sospechar engaño; pero esto creo será tomar la medida á los yerros ó aciertos por los sucesos, sin atencion á las causas, pues no es de creer que quienes eran los interesados, no mirasen bien todas las circunstancias para no fiarse temerarios de quienes no tuviesen bien

comprobada su sinceridad: que son tan recónditos á la mas despierta perspicacia los ánimos de algunos hombres, que no dejan resquicio por donde penetrar la malicia ó la cautela de sus designios fementidos.

Marchó pues Figueroa con buen órden hasta dar vista al pueblo de los caracarás, distante mas de 2 leguas de la fortaleza, y atravesando un bosquecillo que era paso forzoso para entrar en el pueblo, conocieron aunque tarde su engaño, porque dieron de improviso en una emboscada en que habia número considerable de indios, que les acometieron por amboscostados, y sobreviniendo otros por las espaldas, los pusieron en grande aprieto, asi por su multitud como por la estrechura del sítio. Fueron los españoles deteniendo el furor de los bárbaros sin desordenarse, y como era incomparablemente mayor el número de ellos que el de los nuestros, hacian sobrado en resistir; pero cargando escesivo número, se fué reconociendo la desigualdad de las fuerzas, en retirarse los castellanos, hasta salír del bosque, donde doblando el esfuerzo, detuvieron el ímpetu de los indios con tanta resolucion, que les obligaron á ceder algun trecho, haciendo en ellos considerable matanza, no obstante que algunos españoles estaban ya peligrosamente heridos.

Iban ganando los nuestros el terreno que perdian los bárbaros, llevando ya en sus espaldas el terror y estrago de los que cedian, y aunque no dejaban de apurarse las fuerzas en aquel género de continua

operacion, les suministraban alientos todavia su manifiesto peligro, hasta que llegando otros por la parte del pueblo, cerraron con los nuestros tan de tropel que no les dieron lugar á repararse, y animados los que casi iban de vencida con el nuevo socorro, hicieron desconfiar á los españoles de la victoria: procuraron en la última desesperacion romper y atropellar por medio de los indios; pero no les permitió la muchedumbre de estos lograr su designio, antes los cargaron con tanta resolucion que al fin los desordenaron y habiendo veinte indios para cada español, á todos los mataron sin escapar con vida sinó solo un muchacho llamado Calderon quien pudo llegar hasta la fortaleza á noticiar este funesto suceso.

Ufanos los bárbaros con la victoria, quisieron ensangrentarla mas acabando de una vez con todos los españoles de la fortaleza, á la cual pasaron á poner sitio mas de dos mil, aunque Ulrico Fabro los sube hasta diez mil: siempre habla por mayor en estas cuentas; pero esta es notabilísima discrepancia: yo sigo el primer número, porque no creo andarian tan poco cuidadosos de su gloria los mismos defensores, por cuyas relaciones se guió el autor de la Argentina manuscrita, para señalar aquella cantidad, que supusiesen menor número de sitiadores, para dejar menos encarecido su peligro, y consiguientemente menos admirable su valor.

Empeñados pues los bárbaros en su resolucion, batieron la fortaleza por todas partes sin intermision,

porque ejecutaban cada dia las operaciones de su bárbara milicia con gente de refresco, y los españoles cercados se defendian con tanto ardor y desembarazo como si cada dia se renovara el número de los defensores, hasta que al décimo quinto dieron un asalto general, con tal vigor, que si Dios no asistiera á los sitiados con su poder, hubieran todos perecido y héchose dueño el enemigo de la fortaleza, aunque no fué poco considerable ventaja la que al principio del asalto consiguieron hiriendo peligrosamente con un dardo al castellano Antonio de Mendoza, que se señalaba como pedia su empleo en la valerosa resistencia, infundiendo en los presidiarios con el ejemplo, el valor con que deseaba se portasen todos; pero desde este punto quedó inútil para la milicia, luchando con las ansias de la muerte.

En lo mas vivo del asalto, acertaron á oir el estruendo de los arcabuces los capitanes Diego de Abreu y Simon Jacques de Ramoa que venian ignorantes del peligro, desde Buenos Aires á Corpus-Christi, y aunque al parecer de los hombres, pudo pasar por casualidad tal venida, es de aquellas por donde Dios iba imperceptiblemente disponiendo la conservacion de los españoles para el fin de la conversion de estas gentes, porque estas naves, fueron la mayor parte de la victoria, pues imaginando ambos capitanes lo que podria ser aquel estruendo y confirmándose mas su recelo cuando de mas cerca oyeron la armonia discorde de las flautas y bocinas con que se avivaba de parte de los indios el ardor

militar para mantener el combate, echaron todo trapo y con la prisa posible se acercaron á Corpus Christi, desde cuya playa á que se acostaron lo que permitió el fondo, empezaran á jugar la artellería, que sin mucha destreza derribaba á muchos de cada tiro, por estar muy cerrados; pero peleaban con tal obstinacion que no por eso desistieron tan presto del asalto, hasta que como atónitos del grande daño que reconocieron en los suyos, empezaron á aflojar y á resfriarse en ellos el primer ardor.

Respiraron algun tanto los sitiados cuando vieron saltar á tierra la gente de las naves con determinacion intrépida: encamináronse hácia los sitiadores que divertidos con este nuevo cuidado, dieron lugar á que pudiesen salir los de la fortaleza, quienes incorporados con los del socorro obraban con maravilloso ardimiento, aunque los bárbaros se unieron todos para hacer el último esfuerzo. No pudieron al fin atener con el valor español, y aunque muchos hacian todavia resistencia cara á cara, se iba retirando el cuerpo de su ejército con diligencia: algunos volvian ya las espaldas y corrian atropelladamente á huir del peligro, hasta que estrechando mas el alcance los nuestros, los obligaron á desordenarse y se declaró en fuga universal la retirada, quedando en breve rato por nuestra la campaña y la victoria.

Todos los españoles obraron, cuanto apenas cabia en la esfera dilatada de la esperanza, pero escedieron tanto á todos sus compañeros Juan de Paredes,

natural de Estremadura, Adame de Alaberriaga, vizcaino y el capitan Campuzano, que hicieron su nombre digno de inmortal memoria. A costa de pocos heridos de nuestra parte, se hizo sangriento destrozo en los enemigos, pues quedaron muertos en el campo mas de cuatrocientos, suponiéndose fué igual ó mayor el número de sus heridos, aunque no se pudo averiguar porque cuidaban mucho de retirarse teniendo á primor de su milicia, que el enemigo no pudiese cobrar aliento con ver el daño que recibian; pero hubiera sin duda sido universal el estrago, si se hubiera seguido la victoria con todo el rigor de la guerra, porque los indios corrian tan despavoridos, que arrojaban las armas como embarazos de la fuga, y se dejaban matar sin resistencia.

Aunque importaba deshacerlos para que no asegundasen semejante insolencia, que tenia justísimamente irritados á los españoles, templó á la irritacion la propia conveniencia, y esta obligó á no entrar en nuevo empeño, siguiendo el alcance, por dar tiempo á que descansase nuestra gente ya muy fatigada, y porque instaba la necesidad de que curasen los que salieron heridos, como de acudir al capitan Antonio de Mendoza, que se miraba en los últimos términos de la vida, aunque el Señor se la alargó misericordioso, para que cerrase sus clausulas con las disposiciones de cristiano, haciendo confesion con el P. Aguilar sacerdote que acertó á venir en los dos navios, como destinado del cielo para asegurar la salvacion de aquel noble y cristia-

sido vencidos los presidiarios de dicha fortaleza, y para recojer si hubiesen quedado algunas reliquias de aquel destrozo, despachó Francisco Ruiz los dichos dos bergantines, con setenta soldados que con su oportuna llegada, forzaron á alzar el sitio á los bárbaros y ayudaron á derrotarlos.

Hallóse despues de la derrota desierta la campaña de vivientes, y solo poblada de cadáveres: en todo lo que alcanzaba la vista y el oido, ni habia señal ni se percibia rumor del enemigo; y esta que parecia seguridad, hizo entrar en mayor cuidado, no fuese estratagema de los bárbaros, que yendo á engrosar sus fuerzas, buscando nuevos aliados, tirasen á descuidar á los españoles con aquella sospechosa quietud, por lo cual entrando en acuerdo, y reconociendo hallarse muchos bastantemente debilitados con las heridas y todos faltos de bastimentos, se resolvieron á abandonar por entonces aquella fortaleza, y embarcarse en los bergantines pasándose á Buenos Aires, donde hallarian alguna mayor comodidad para curarse, y desde donde facilmente podrian ya reforzados, volver á restablecerse en aquel puerto, si se juzgase necesario mantenerle por conveniencias de la navegacion del Paraguay. Como lo resolvieron lo ejecutaron trasladándose á Buenos Aires, cuya ciudad presto veremos tambien despoblada.

CAPITULO VI

Trae socorro al Rio de la Plata el Veedor Alonso de Cabrera. Intentan los Payaguas una traicion contra los españoles despues de haber muerto sobre seguro al general Juan de Oyolas y á sus compañeros; pero son vencidos valerosamente por el capitan Domingo Martinez de Irala quien es elegido Gobernador del Rio de la Plata por acuerdo de los conquistadores.

CUANDO mas empeñados estaban los bárbaros en desarraigar la potencia española de esta provincia, le llegó nuevo refuerzo de Castilla en la gente que trajo el veedor Alonso de Cabrera, natural de Loja en el reino de Granada, quien vino por capitan y comandante de dos naves, un galeon y una carabela, que Martin de Orduña y Domingo de Zornosa, despachaban de socorro al Rio de la Plata, segun el asiento que tenian celebrado con don Pedro deMendoza. El autor de la Argentina(1) manuscrita, dice que solo trajo Alonso de Cabrera una nave que llamaron la Marañona; pero Ulrico Fabro (2) insinua bien claro, que vinieron á lo menos

(1) Rui Diaz en su Arg. lib. 1, cap. 14.
(2) Ulrico Fabro in sua descrip. cap. 7.

tres, y es mas conforme al tenor de la cédula que despues referiré del señor emperador Cárlos Quinto, en que llama al dicho Veedor, capitan de cierta armada que venia al Rio de la Plata; palabras que se hubieran escrito con sobrada impropiedad, si viniese con un solo navio.

Traia muchas armas y municiones, bastimentos para un año, ropas y mercaderias, de los dichos armadores sevillanos, y doscientos soldados de recluta y con ellos algunos caballeros é hijosdalgos, en especial Antonio Lopez de Aguilar, Antonio ó Alvaro de Cabrera, sobrino del Veedor, y Guillen de Barrasa capitan de las otras tres embarcaciones. Sabida la muerte de don Pedro de Mendoza, se dieron por desobligados los dichos Orduña y Zornosa, de estar al asiento celebrado con él; pero como se supo, habia nombrado en su testamento por heredero á su teniente Juan de Oyolas, se les obligó á que le cumpliesen, y ellos enviaron las dos naves, y por parte del Rey se añadió el galeon y la carabela, dando licencia á todos para que no hallando gente en el Rio de la Plata, pudiesen entrar por el Estrecho de Magallanes, á contratar en las costas del mar del Sur pobladas por los castellanos.

Despacháronse juntamente seis religiosos de la Orden seráfica, para que empleasen su fervor apostólico en la conversion de los naturales, con el fruto admirable con que habian los hijos prodigiosos del Serafin humano ejecutoriado su celo en

otras partes de las Indias; y aun en esta conquista, vinieron tambien en ocasion, á lo que he podido averiguar, dos religiosos mercenarios, uno de los cuales fué el venerable padre frai Juan de Salazar, cuyo celo, no pudiendo años adelante tolerar los bárbaros, á quienes anunciaba el Evangelio, le dieron sepultura en sus vientres; pero todos los que probaron sus carnes pagaron luego su crueldad, porque reventaron arrojando las entrañas: item, algunos religiosos gerónimos, cuyo superior era el reverendo padre frai Luis Berrezuelo, que venian á propagar en la América su observante instituto; pero no hallando disposicion para ello en esta provincia se volvieron á España al cabo de algunos años por órden de su General.

Envióse título de Gobernador del Rio de Plata al teniente Juan de Oyolas; y caso que este hubiese fallecido, se daba providencia para que se elijiese otro en su lugar por pluralidad de votos. Finalmente, porque se entendió que algunos castellanos acusados de su propia conciencia, por el crímen de haber comido carne humana, andaban entre los infieles, temerosos del castigo, viviendo como alarbes, se les dió indulto y se mandó al gobernador que los recojiese, sin castigarles, en consideracion de que fué estrema la miseria que los forzó á aquel esceso, y de que era menor inconveniente pasar por alto esa culpa, que dejarles perecer temporal y eternamente entre gentiles.

La nao Marañona, de Alonso de Cabrera, y el

galeon de Antonio Lopez de Aguilar, aportaron felizmente en derechura á Buenos Aires; pero el navio de Alvaro de Cabrera y la carabela de Guillen de Barrasa, no pudieron seguirles y arribaron á la isla de Santa Catalina, y en ellas, debieron de pasar embarcados los seis religiosos franciscanos, que eran frai Alonso Lebron, natural de la Gran Canaria, otros cuatro que no se nombran, y el comisario de todos frai Bernardo de Armenta, natural de Córdoba, porque escribe el cronista frai Antonio Daza, que al venir, estuvieron en el puerto de los Patos, lo que no pudo suceder viniendo en la capitana ó en el galeon.

La carabela de Barrasa, pudo al fin concluir su viaje y llegar á Buenos Aires donde avisó cómo Antonio de Cabrera, quedaba mal parado en Santa Catalina con parte de los doscientos soldados, y que seria imposible moverse de allí sin sumo peligro, si no se le despachaba algun navio de socorro. Determinóse que fuese el galeon, á que se pasó la mayor parte de la carga del navio, y lo demás se llenó de vituallas, con que ambos barcos pudieron navegar comodamente. Tocaron en el puerto de los Patos, donde hallaron tres españoles que perdidos con no sé que ocasion, aportaron á aquel paraje, y sabian maravillosamente el idioma general del país que es el mismo de los guaranies, y estos sirvieron despues de intérpretes al comisario Armenta y á sus compañeros para evangelizar entre estas gentes.

Saliendo de aquel puerto, llegaron sin desgracia

hasta cerca del Rio de la Plata; pero como la grandeza de su boca es tan desmedida, que no permite á la vista registrar algunas de sus márgenes, hubo grande diferencia entre los pilotos de ambas naves; porque el del galeon, afirmaba resueltamente estaban ya dentro del rio y el del navio de Cabrera que se hallaban distantes algunas leguas. Este por esa razon echó el áncora, por estar cerca la noche, y no esponerse á algun fracaso, á que es muy espuesta aquella costa marítima; pero el del galeon aferrado á su dictámen, se atrevió á continuar el viaje, que era acercarse al naufragio, porque á la verdad, faltaban siete leguas para tomar la boca del rio.

Levantóse á media noche un huracan furioso que arrojándolos sobre la costa les manifestó su peligro con la vista de la tierra, cuando ya era imposible evitarlo, porque estrellando el galeon en una roca le partio por medio, salvándose solas seis personas que se escaparon sobre el mastil del navio: los demás que eran quince españoles y seis indios, perecieron miserablemente con cuanto tenia embarcado.

Los seis segun Ulrico Fabro, el capitan y el piloto, sustentándose con solo raices, caminaron por tierra con sumo trabajo é igual peligro hasta San Gabriel donde hallaron sobre el ferro el navio de Alvaro de Cabrera, que un mes antes habia dado allí fondo, porque el prudente recelo de su piloto, le aseguró del peligro en que incurrió la temeraria confianza del otro, enseñando que nunca es sobrada cualquiera prevencion en el elemento mas incons-

tante, donde suelen nacer de la seguridad los mayores peligros, y sirve igualmente el recelo que la sabia destreza de los pilotos.

Hubiérale costado la vida su temeridad al piloto, á quien luego mandó prender el Veedor; pero se dejaron entender fácilmente las poderosas intercesiones que muchos interpusieron á su favor, porque donde montaba tanto un español, no pareció conveniente acrecentar la pérdida de los quince náufragos con la muerte de otro, cuya vida podia ser muy útil con su arte, aconsejado ya de su propio escarmiento; con que se le conmutó la pena, en que sirviese cuatro años con su oficio en los bergantines de la carrera de aquel rio.

Con el arribo de estas naves, se determinó despachar en una á Castilla, dos procuradores que diesen fiel relacion á S. M. del estado en que se iban poniendo las cosas de esta conquista, para cuyo empleo fueron señalados el contador Felipe de Cáceres, y el capitan Francisco de Alvarado que luego partieron á Castilla en la nave Marañona, y ejecutaron puntualmente su legacia, entre tanto que en Buenos Aires, se combatia, entre el veedor Alonso de Cabrera y el teniente Francisco Ruiz Galan, sobre puntos de jurisdiccion. Ambos tenian destemplados los humores con el achaque de la ambicion, y es imposible halle lugar la concordia donde esta pasion predomina. Pretendia cada uno, arrogarse el mando, suponiendo que la razon le fortalecia, y vistiendo sus intentos con el traje de justificacion,

se granjeaba el séquito de cada uno, segun las aficiones: con que, el derecho controvertido que se debiera adjudicar á quien litigando por los términos regulares, pareciese tener de su parte la justicia, pasaba ya á discordia civil con peligro de toda la República.

Parecióles á los oficiales reales debian meter la mano porque no cobrase mucho cuerpo la division é interponiendo su autoridad, le representaron cuánto se deserviria al rey, en querer ambos obstinados, adelantar su pasion con perjuicio comun, y movidos de esa razon, empezaron á dar oidos al tratado de composicion, porque en medio de su empeño, las obligaciones de sangre dejaban siempre lugar á atender al servicio del rey, y despues de varios debates, se ajustaron por fin en que ambos gobernasen con igual superioridad; resolucion en que parece quedó victorioso Cabrera, pues nunca aspiró á mas su designio, cuando Francisco Ruiz, llevó siempre puesta la mira á ser el único en el imperio.

Hízose presto este, poco apetecido porque se debieron de corromper los bastimentos que llevó Cabrera, y sobrevino mucha hambre, que ese es el achaque familiar á los bienes por que mas anhela la ambicion humana, que poseidos se suelen hallar poco gustosos, ó por sí mismos ó por los accidentes que les acompañan y causan fastidio. Así se vió que ambos gobernadores trataron de comun acuerdo salirse de Buenos Aires, por cuyo gobierno habia sido la pasada disension y pasarse al Paraguay, con el mayor número de gente que fuese po-

sible, antes que, ó pereciesen al rigor del hambre, pues ya morian muchos cada dia, ó se retirasen al Brasil, como lo habian intentado no pocos, y conseguido algunos.

Sin embargo, los mas fueron desgraciados en su fuga, porque atravesando en bajeles el golfo de nueve leguas que forma el gran rio de la Plata entre San Gabriel y Buenos Aires, tomaron la costa septentrional de dicho Rio para emprender su retirada por tierra firme, y pagaron presto su temeridad, los unos porque dieron en manos de los crueles charruas, que vengaron en aquellos miserables su odio contra la nacion española, dándoles muerte violenta; los otros á quienes su fortuna libró de aquellas bárbaras manos, los arrojó su suerte en las del hambre, para morir con mas pausa, y tal hubo, que por conservar la vida, no dudó quitársela á su compañero, repitiendo la tragedia, que sucedió en tiempo de Cambyses (como refiere Séneca) para cebarse en sus carnes, como se refiere haberlo hecho un cierto Baytos, indigno á la verdad aun de la memoria que hacemos de su apellido; pues sin atencion á los fueros de la piedad y projimidad, no reparó en manchar su fama con aquella infame alevosia por el amor de una vida, que le fuera mas gloriosa perdida que conservada con tan sangrienta inhumanidad.

Abreviaron pues el teniente Francisco Ruiz y el veedor Cabrera su partida de Buenos Aires, y dejando segunda vez por cabo de los precisos solda-

dos que allí quedaban, al capitan Juan de Ortega, que habia acreditado la prudencia de su conducta, la vez primera que ejerció aquel empleo, dieron comodidad para que pasasen tambien al Paraguay los religiosos franciscanos, el capitan Juan de Salazar Espinosa, el tesorero Garcia de Venegas, y otros caballeros que emprendieron su jornada y la condujeron con variedad de sucesos hasta llegar á la Asuncion donde ya hallaron al capitan Domingo Martinez de Irala, de cuyos sucesos entre los payaguas daré aquí noticia, por no dilatar mas la del fin que tuvo la jornada desgraciada de Juan de Oyolas, con lo cual están encadenados los siguientes.

Vuelto pues Irala al puerto de la Candelaria, hizo cuantas diligencias cupieron, para conseguir noticias de Oyolas, en que obraba como agradecido y como interesado. Saltó en tierra y registró todo el contorno por hallar algun vestigio de gente española; no descubrió cosa, antes echaron menos la tabla en que dejaron él y Salazar sus advertencias, para la cautela con los payaguas, lo que no dejó de hacerle entrar en cuidado. Sobreviniendo la noche que en tierra no conocida trae nueva oscuridad, la pasaron con la vigilancia que enseñan los peligros, esperando el dia. Luego que llegó la mañana, mandó pegar fuego á aquellos campos, para ver si le acudian algunos indios, pues hasta entonces no habian descubierto alguno.

No pareciendo ninguno, entró en mayor recelo, y

sinesperar se cerrase la noche, dió vuelta á los navios, con los cuales se resolvió ir mas arriba á reconocer aquella costa hasta el puerto de San Fernando. Corrió por allí la tierra sin hallar otra cosa que algunas rancherias, cuyas señas indicaban ser alojamiento de gente de guerra, que poco antes las habia despoblado. Resolvióse á ocupar una isla grande que formaba el rio enfrente de aquel puerto, porque allí se daba por mas seguro, y no perdia la comodidad de esplorar, si se descubrian algunos indios de quienes tomase informe.

No tardaron muchos dias en dejarse ver cuatro canoas de indios *guacharapos*, parecidos en todas las cualidades á los payaguas. Acercáronse llenos de confianza, y preguntados por la gente de Oyolas disimularon saber de ellos alguna nueva. Habíanse apartado la tarde antes dos soldados y el padre Aguilar, capellan de los bergantines, á pescar en un batel, y no habiendo vuelto, tenian á Irala con bastante pena: envió otro batel á buscarlos, y aun que no los pudieron hallar, hicieron en la costa dos prisioneros, un indio y una india de nacion payagua, que siendo desgraciados en huir, se entregaron sin resistencia. Preguntados por los españoles que se buscaban, no supieron ó no quisieron dar razon de ellos, por lo cual los trajeron á la isla, donde el indio dijo á Irala que su cacique estaba poco distante, poblado con su gente sobre una laguna, y se ofreció á darle aviso para que viniese, si usaba con él la confianza de soltarle.

Fué pues, y al dia siguiente, á horas de vísperas, aparecieron dos canoas de payaguas, despachadas por su cacique con vituallas. Dando estaban el mensaje, cuando se vieron atravesar, desde la costa de tierra firme, cuarenta cánoas de la misma nacion, equipadas con mas de trescientos indios, que en apariencia de remeros, venian resueltos á ejecutar en Irala y los suyos el mismo estrago que lograron con sus trazas en Oyolas y su gente. Saltaron en la isla cien payaguas, algo distantes de los bergantines, y encaminándose á nuestro Real sin arcos ni flechas, fingieron mucho miedo de llegarse viendo muy armados á los españoles. Dijeron desde lejos, se recelaban mucho de los arcabuces y ballestas que tenian en las manos, y que pues ellos venian publicando la paz, con la misma desprevencion de sus armas, no era justo recibirlos con aparatos de guerra, ni se atreverian á llegar, si en la disposicion de las armas no reconocian la confianza que se hacia de su sinceridad.

Mandó Irala arrimasen á un lado nuestros españoles las armas, de tal manera, que se estuviese con vigilancia, cuando se mostraba mas seguridad, pero cuidando de que en esa misma no se conociese afectacion para que á vista de señales todas de paz, perdiesen el miedo que habian concebido Llegaron entonces los payaguas tan alegres y regocijados, que no dejaron que recelar al cuidado con que se observaban sus acciones movimientos. Despues de algunas pláticas preguntóles Irala qué noticias te-

nian de Oyolas y su gente, á que respondieron con sobrada discrepancia, porque aunque es gente de naturaleza astuta, pero no tan avisada que en el trato familiar y advertencia de los españoles se sepan entender su habilidad y su malicia.

La diversidad en sus respuestas, volvió á despertar el recelo en los españoles, para no dejar dormir su vigilancia, que ya se iba adormeciendo, pero no hicieron demostracion alguna para no desconfiarlos. Los bárbaros que tenian bien reparado el lugar de las armas, dieron á entender querian contratar con los españoles, y cuando les pareció tenerlos ya asegurados, se fueron acercando hácia las armas con cuidadoso descuido: hizieron señas entonces con una corneta á cuyas destempladas voces hizo eco el tumultuoso ímpetu, con que en un punto se abalanzaron á los españoles. Doce payaguas que procuraban aumentar el terror con los alaridos, acometieron á Irala en quien reconocieron mas valor, y otros se tomaron con el resto de los españoles á brazo partido.

Acreditó Irala la opinion que de él concibieron los bárbaros, porque dándole lugar su advertencia á embrazar su espada y rodela, se desenvolvió intrépido de los que le acometieron, derribando á sus piés á siete de los que mas denodados se le acercaron. Pudo con estas muertes hacerse plaza para acudir al socorro de los suyos, que asidos con los bárbaros, se hallaban casi oprimidos del número mas que del valor. Arrojóse con noble ardimiento

entre la muchedumbre y llevando en su espada el estrago, dió con muerte de los agresores lugar á algunos soldados á empuñar sus armas, y viendo ya derribado á su alferez Vergara, embistió con tanto denuedo, á los que mas inmediatamente le afligian, que logró la fortuna de sacarle del peligro y sin detencion pasó á desasir á Juan de Vera á quien puso en libertad.

Asistido de ambos, dió sobre otros que bregaban ciegos de su furor con los nuestros á tiempo que ya don Juan de Carbajal y Pedro Sanchez Maduro se habian por sí mismos mejorado con los indios, de suerte que ya casi todos se miraban libres y armados. Fué bien menester para resistir á la mayor fuerza que sobrevino por tierra disparando sus flechas acompañadas de tal voceria que turbaran á los que no se hallaran en cierto modo victoriosos. Hicieron frente los nuestros con tan denodada resistencia que no le permitieron entrar al Real como pretendian.

Duró largo tiempo el combate sangriento, de parte de los barbaros, y con poco daño de los españoles, porque militaba en su favor la diferencia de las armas, y al mismo tiempo intentaban veinte canoas bien equipadas apoderarse de los bergantines, en cuyo asunto se portaron con tal valor que con ánimo de abordar llegaron ya á echar mano de las amarras; pero Cespedes y Almarraz, dos soldados valerosos, acompañados de otros asistieron con admirable constancia, hiriendo y matando á los mas

intrépidos, con que obligaron á los demas á retirarse. Viéndolos algo distantes, se jugaron dos ó tres piezas de artilleria, con tanta destreza, que echaron á pique algunas canoas con muerte del equipaje, y sobre las otras, se descargó una espesa lluvia de balas que los puso en mucha turbacion y pasando esta á desaliento, volvieron las espaldas con señas de grande asombro.

Lo mismo se vió en tierra, donde reconociendo los indios, la mucha sangre que perdian se pusieron en fuga deshecha; siguiendo el alcance los españoles con grande empeño, para que no pudiesen volver á formarse, como lo consiguieron á viva fuerza, con muerte de los mas perezosos en la retirada, uno de los cuales fué el Cacique principal que hizo mover las armas contra los nuestros, cuya muerte parece quiso vengar á costa de su sangre propia un bárbaro, que sin espantarlo el terror de los arcabuces, ni el rigor de las ballestas, ni los filos de las espadas, se revolvió en medio de la fuga, y disparó su flecha con tanta celeridad, que no tuvo lugar de repararse don Juan de Carbajal, que inmediato le seguia, y quedó herido en la garganta de que murió al tercer dia. Los demas se arrojaron tumultuosamente al agua, y ganando sus canoas se huyeron sin ningun orden por diferentes partes, hasta que se fueron á incorporar con otras canoas que estaban en la costa del rio al parecer de reten, pero no se habian atrevido á empeñarse en el socorro por ver á los nuestros muy sobre sí.

Vueltos los españoles al Real, reconocieron les habia costado la victoria dos soldados, y que cincuenta quedaban heridos, entre los cuales corria mayor peligro el capitan Domingo Martinez de Irala, que como quien á cuenta de su mayor valor estuvo en mayor conflito, salió traspasado de tres flechazos, cuyas cicatrices decoraron despues la memoria de sus hazañas y eran recuerdo del generoso divertimiento con que peleo mucho tiempo sin advertir en la sangre que derramaba por atender á la defensa de los suyos. Curaronle con cuidado y dieron rendidas gracias al Señor de los ejércitos que se dignó favorecerlos con su mano poderosa, para salir no solo libres, pero victoriosos de tan infame traicion contra las superiores fuerzas de los bárbaros, fortuna que no lograron el padre Aguilar y sus dos compañeros porque segun se supo de algunos prisioneros, habian sido alevosamente muertos de estos traidores.

Procuróse saber alguna noticia de Oyolas por estos mismos, pero se negaron obstinados á descubrir su fin trájico, despreciando los tormentos con que se les apremió á la confesion, por lo cual embarcándolos bien asegurados, subió mas arriba á otro puerto de la tierra firme, en que saltó á rejistrar si habia por alli rastro de gente española. Fué sin efecto esta diligencia, y se volvio á embarcar, y alargó rio adentro pasando la noche con mucha vigilancia, sin sentir el menor rumor, hasta que poco antes de amanecer, se dejaron percibir por

la parte del poniente unas voces como de quien llamaba con algun sobresalto.

Mandó Irala que cuatro soldados de mayor aliento, se acercasen en un batel á la costa, á reconocer el autor de aquellas voces: llegando con el recato posible, descubrieron un indio que en lenguaje español les suplicaba, le embarcasen en su batel y llevasen á la presencia del capitan Irala. Recelaron hubiese en aquel paraje oculto alguna celada, y mandaronle salir á sitio mas patente, de donde le recibieron en su compañia. Puesto en presencia de Irala, quiso empezar á hablar, pero le atajó el sentimiento, é hizo su primer relacion el llanto, llevándose tras sí las clausulas de la voz. Enternecido Irala, dió algun tiempo, al desahogo de su afliccion que mostraba, y empleó despues algunas razones en aleutarle á esplicarse.

Pasada la primer avenida de lagrimas, empezó á dar razon de quién era, y por qué aventuras habia venido á aquel estado, haciendo su relacion interrumpida con algunos suspiros, en esta forma. "Yo " señor Capitan, dijo, soy un indio natural de los " Llanos, que tuve la suerte de conocer á Cristo " y abrazar la Fé, recibiendo el baustismo, en " que me pusieron por nombre Gonzalo: soy de na" cion chanés, gente que habita en las faldas de " una alta cordillera, á cuyos pueblos, aportando " el desgraciado Juan de Oyolas, mi amo, me reci" bió por criado, pero me trató como á hijo. Seguile fielmente en toda su jornada, arrastrado

" de su benignidad, y no me aparté de su lado, " hasta que viniendo á buscar en este rio sus naves " le mataron á traicion estos fementidos payaguas " con toda la gente española que trajo en su com- " pañia." Aqui se le anudó la lengua y el llanto vino á vencer la resistencia de los ojos.

Procuró Irala consolarle y darle aliento para que refiriese por estenso todo el suceso. Sosegóse al cabo de rato, que gastó en lamentos de su infelicidad en la espedicion hasta los últimos términos de los Samocosis y Sivicosis que es la nacion mas politica de aquel distrito, poblada á la falda de la gran Cordillera del Perú, dió vuelta cargado de ricos metales que adquirió en aquellos pueblos, en todos los cuales fué admitido con señales de paz y dejó entablada amistad, por que su benignidad cautivava los ánimos de aquellas gentes, de manera que á porfia le ofrecian sus hijos, teniéndose por dichosos de que se dignase admitirlos en su servicio; de esos fuí yo uno, que no quisiera haber conocido tan buen caballero y tan valeroso capitan, por traer ahora lastimado el corazon con la memoria de su pérdida.

"Concluyó con toda prosperidad su jornada, sin faltarle alguno de sus compañeros, sinó unos pocos que oprimidos de las molestias de tan prolijo camino, adolecieron gravemente y fué forzoso dejarlos muy recomendados á los samocosis: dichosos ellos mil veces, que en una dolencia aseguraron su suerte, y se libraron del infortunio en que

fenecieron sus desgraciados compañeros. Llegó finalmente á este puerto, á que ojalá nunca hubiera dado vista, para que no viese la gente fementida que se atrevió á darle muerte contra las leyes del hospedaje, sagradas entre todas las gentes, escepto entre los bárbaros payaguas, mas dignos de adocenarse entre sangrientos tigres que de hacer número entre los demas hombres.

" No halló aqui los navios, porque segun barrunto, hacia tiempo que se habian ausentado no sé donde, y quedó sobre manera triste, como que la fidelidad de su noble corazon le pronosticase la cercania de su funesto fin. Las naciones de este gran rio, acudieron prontas á socorrerle con vituallas, pero escedieron á todas en los obsequios aparentes, los payaguas hasta ofrecerle, con demostraciones singulares de benevolencia, sus propios pueblos para aliviar las fatigas de la jornada, con el descanso merecido. Fióse de ellos, que quien tiene corazon tan noble como el General, no presume malicia en los agenos ánimos.

"Admitió el hospedaje con toda estimacion, fuése con ellos, con toda su comitiva, y asistieron los traidores con diligente servidumbre al obsequio de todos. Acudian con toda puntualidad, hasta los mismos cáciques al cortejo: corrian las vituallas con abundancia, y todas las señales eran favorables, y convidaban á la seguridad; de que se originó en los españoles tal confianza que llegó á ser descuido. Logróle el cuidado de los payaguas

que vivieron en sumo desvelo para ejecutar su traicion premeditada.

"Espiaron cierta noche tenebrosa, que sin duda temieron tener por testigo de su atroz maldad aun la escasa luz de las estrellas, cercaron cautelosamente el Real de los españoles, al tiempo que observaron, estaban sepultados en el mas profundo sueño, destinando contra cada uno tantos indios, que ninguno dejase de ser víctima sangrienta de su furor: dieron la seña para acometer, y obraron con tanta celeridad, que muchos sin dispertar se trasformaron en cadáveres; otros volvieron sobresaltados en su acuerdo, para tener la muerte mas penosa; pero todos fueron aquella noche despojados de la vida, escepto el general Juan de Oyolas que pudo escaparse de sus manos.

"Halláronle á la mañana oculto entre las matas, de donde llevado á la plaza, le hicieron blanco de sus flechas, hasta rendir los últimos alientos; con que ricos de los despojos de aquellos infelices españoles, celebraron festivos con demostraciones de estraordinario regocijo la victoria. Yo tuve la dicha de evadir tamaño riesgo, sin saber á qué atribuir la piedad conmigo usada por aquella gente inhumana, sino á la diversidad de mi nacion; porque su furia solo pareció estar irritada contra la española, pero se me hacian siglos los dias que viví entre ellos, porque sus costumbres brutales no eran para tolerarlas de quien tuvo la suerte de esperimentar la benignidad de los españoles, y pro-

curé dejar tan perversa compañía cuando hallé ocasion de emprender la fuga.

"Por todo lo cual, y por el amor que profeso á los españoles, os suplico señor capitan, abandoneis estas riberas traidoras y huyais de estas tierras crueles, indignas de que el cielo las fertilice con sus lluvias, y de que el sol las alumbre con sus rayos, de que los astros las asistan con sus benignas influencias, pues producen gente tan inhumana que ni las víboras que alimentan estos campos, ni los tigres que esconden aquellas selvas tienen mas feroces y crueles entrañas."

Hasta aquí, el indio Chané, de cuyo dicho dió fé el escribano Juan de Valenzuela, concordando con él otros payaguas, á quienes se apremió con tormentos. Trató Irala de dar la vuelta á la Asuncion, por hallarse entonces imposibilitados á castigar como era justo á aquellos bárbaros y recobrar el tesoro. Con alguna diversidad refiere Herrera esta muerte de Oyolas; pero no me pareció debia su autoridad preponderar á instrumento tan jurídico, cual es el testimonio del escribano de Irala, que asistió presente á las deposiciones del indio testigo ocular y los payaguas ejecutores de la traicion por la cual fueron condenados al brasero para que purgase el fuego tan sangrienta alcvosía.

Entrando Irala en la Asuncion, causaron estas noticias el sentimiento que se deja entender, y llegando la gente de Buenos Aires que dijimos

con el veedor Alonso de Cabrera y Francisco Ruiz, se les exhibió la informacion que en bastante forma habia hecho Irala, sobre la muerte del general Juan de Oyolas, á quien ya habia S. M. conferido el gobierno del Rio de la Plata. De aquí resultó la dificultad grande, acerca de quién habia de ser admitido al gobierno de los demas, porque los capitanes se hallaban discordes, no queriendo reconocer ninguno al otro por superior; antes juzgaba cada uno le asistian méritos para ser preferido á todos: que la ambicion siendo entre todos el afecto mas poderoso, raras veces se sabe contener en los términos de la moderacion, especialmente entre gente militar, y asi se seguian divisiones que amenazaban ruina, sino se aplicaba remedio á la causa de los males.

Esta ofreció, en la mayor confusion, al veedor Alonso de Cabrera, motivo para que manifestando una Real cédula despachada en Valladolid en 12 de Setiembre de 1537, diese su prudente disposicion serenidad á aquella turbulencia, y por parecerme necesaria de esta historia, pondré aqui una fiel cópia del real rescripto, cuyo tenor es el siguiente:

" Don Carlos, por la divina clemencia, Empe-
" rador siempre Augusto de Alemania, y Doña
" Juana su Madre, y el mismo Don Carlos por la
" gracia de Dios Rey de Castilla de Leon etc. Por
" cuanto vos Alonso de Cabrera nuestro Veedor
" de fundaciones de la provincia del Rio de la
" Plata, vais por nuestro capitan en cierta arma-

« da á la dicha provincia, en socorro de la gente
« que allá quedó; que proveen Martin de Orduña y
« Domingo de Zornosa; y porque podria ser, que al
« tiempo que allá llegasedes, fuese muerta la per-
« sona que allá dejó por su teniente general Don
« Pedro de Mendoza Gobernador de las dichas
« Provincias, ya difunto, y este al tiempo de su
« fallecimiento, ó antes no hubiese nombrado Go-
« bernador, ó los Conquistadores ó Pobladores no
« lo hubiesen elegido, os mandamos que en tal
« caso, y no en otro alguno, hagais juntar los pobla-
« dores, y los que de nuevo fueron con vos, para
« que habiendo primeramente jurado de elejir per-
« sona cual convenga á nuestro servicio y bien de
« la tierra, elijan por Gobernador en nuestro nom-
« bre y Capitan General de aquellas provincias,
« la persona que segun Dios y sus conciencias pa-
« reciere mas suficiente para el dicho cargo; y el
« que asi elejireis todos en conformidad, ó la ma-
« yor parte, usé y tenga el dicho cargo, al cual por
« la presente, damos poder cumplido para que lo
« ejecute cuanto nuestra merced y voluntad fuere,
« y si aquel falleciese, se torne á proveer en otro
« por la orden susodicha. Lo cual os mandamos
« que asi se haga con toda paz y sin bullicio, ni
« escándalo alguno, apercibiéndoos que de lo con-
« trario nos tendremos por deservidos y lo hare-
« mos castigar con todo rigor. Y mandamos
« que en cualquiera de los dichos casos, hallando
« en la dicha tierra persona nombrada por Go-

" bernador de ella le obedezcais y cumplais sus " dichos mandamientos y le deis todo favor y ayu- " da. Y mandamos á los nuestros oficiales de la ciu- " dad de Sevilla, que asienten esta nuestra carta " en nuestros libros que ellos tienen, y que den " orden como se publique á las personas que lleva- " redes con vos en la dicha armada. Dada en la " Villa de Valladolid á doce del mes de Setiembre " de mil y quinientos y treinta y siete años. Por la " Reina. El Doctor Sebastian Beltran. Licenciado " Joanes de Carbajal. El Doctor Vernal. Licen- " ciado Gutierrez Velasquez. Yo Juan Vasquez " de Molina, Secretario de su Cesarea y católica " Magestad, la fize escribir por su mandato con " acuerdo de los de su consejo."

Convocáronse todos los capitanes, y oficiales reales de su Magestad, ante quienes se intimó esta Real Cédula: manifestó cada uno los títulos, conductas y comisiones de sus oficios, en cuya virtud los usaban, y reconocidos, con maduro acuerdo, convinieron unanimemente en que el derecho mas firme era el del capitan Domingo Martinez de Irala, por ser la persona á quien el general Juan de Oyolas, cometió en caso de su muerte el Gobierno de aquellas Provincias, con que pareció á todos que la Real Cédula corroboraba el título que le favorecia para gobernar la Provincia, y por consentimiento de todos, fué publicado por Capitan General con grandes aclamaciones y regocijo de todo el pueblo.

Cesaron con esta eleccion los temores que se habian concebido de la ambicion de Francisco Ruíz y del veedor Cabrera, que eran los mas empeñados en que se les confiriese aquel honorífico empleo, pues quedaron sin séquito, por que los mas de sus parciales supieron ceder á la corriente, cuando no la podian contrastar, y algunos pocos, que quisieron perturbar la quietud pública, se hallaron tan desvalidos que hubieron por fuerza de disimular su pasion.

Aplicóse el nuevo gobernador Irala á dar asiento á las cosas de la nueva República, que hasta alli se movia con los mismos conquistadores: trató de fundar ciudad en aquel mismo sitio, que convidaba con su fertilidad y con las otras conveniencias que se deben escoger para el perpetuo establecimiento de un pueblo. Convocó la jente, para nombrar los ministros del gobierno, y no fué larga la conferencia, porque prevaleció facilmente como mas poderosa, la parte que habia seguido al gobernador, saliendo por alcaldes ordinarios Juan Salazar de Espinosa y Gonzalo de Mendoza; por regidores, seis de los que venian señalados en el asiento de don Pedro de Mendoza, y ultimamente otros ministros inferiores, que hicieron el juramento ordinario de guardar razon y justicia segun su obligacion al mayor servicio de Dios y del Rei, y entraron en la posesion y ejercicio de sus cargos, dando el general á la nueva ciudad, el nombre de la Asuncion de Nuestra Señora, en me-

moria de la victoria, con que el dia de ese misterio se estrenaron las armas españolas en aquel mismo sitio.

Dióse orden, que todos se aplicasen á labrar casas en los solares que se señalaron, para lo cual se repartieron los oficiales carpinteros y albañiles que venian con plaza de soldados, dedicando la piedad los primeros labores al edificio del templo y la circunspeccion los segundos á la construccion de una muralla que siendo de tapia, era bastante seguridad contra las armas de los bárbaros circunsvecinos, cuyo amor siempre se debia tratar como sospechoso, aunque procuraban con sus obras desmentir cualquier lijera sombra de sospecha, porque ayudaban con igual maña que actividad á los edificios, que siendo de humilde arquitectura, se pudieron concluir con bastante brevedad.

Continuaban tambien en señalar mujeres que sirviesen á los españoles siendo la calidad de ellas correspondiente á la graduacion de los sujetos, con que no tuvieron tanto reparo en estrecharlas consigo, tomándolas ó por mujeres ó por mancebas muchos, que ó se hallaban sueltos del vínculo matrimonial, ó no tenian sus propias consortes, en que dió perverso ejemplo el gobernador Irala, digno de alabanza en otras prendas que ennoblecian su ánimo, pero muy vituperable en la facilidad con que se dejaba avasallar de la pasion sensual, muchos años mal correjida, y muy perniciosa, porque siendo el Gobernador en una República, como el pri-

mer movil en los orbes celestes, arrastró su ejemplo, muchos á su imitacion como lo llora el licenciado Centenera en estas dos octavas, diciendo:

No habia en este caso alguna enmienda
Por ser en general costumbre mala,
Que aquel que convenia poner rienda
Sin guarda de escepcion todo lo tala:
Aprenden de la escuela y de la tienda
En esto los demas todos de Irala,
Que aunque trae muchas cosas concertado
En esto de la carne desfrenado.
Y el mal era mayor y mas crecia
Que los gobernadores se han jactado
De tener *maracaras* y ha venido
A terminos la cosa, que tratado
Con ellas han, é hijos han tenido
En público y por suyos los han criado.
Ved los pequeños tal que documentos
Habian de tomar de tal descuento!

Este desorden licencioso, no falta quien presuma se tomó por medio de asegurar aquella gente en la fidelidad y amor, porque se conoció al principio con cuantas ansias solicitaban los guaranies emparentar con los españoles gloriándose de contraer con ellos deudo; pero no se puede dejar de condenar este género de política, como opuesta á la razon natural, y poco decorosa á la antigua nobleza que muchos alentaban en sus venas, sin que les sirva

de escusa el especioso título de razon de estado, porque cuando prefiere los medios ilícitos á lo honesto, solo se puede llamar falta de razon. Otros, no obstante, no se dejaron arrastrar de la corriente del vicio, y mantuvieron constantes el esplendor de su sangre, sin rendirse á la pasion, por no mancillar con tan feo borron lo esclarecido de su calidad.

En este tiempo los relijiosos franciscanos, andaban por aquella comarca evangelizando el reino de Dios, siendo los primeros operarios apostólicos que cultivaron el terreno de estas provincias, atrayendo poco á poco estas gentes al conocimiento de la verdad, con predicarles los misterios principales de la religion cristiana, al principio con el rodeo de intérpretes prácticos en su idioma, despues por sí mismos, cuando alcanzaron su inteligencia en que se señaló el fervoroso Comisario, que no acertando á poner términos á su abrasado celo discurrió como rayo por toda la provincia del Paraguay y costa del Rio de la Plata, en donde alumbró felizmente á muchos que abrazaron gustosos la ley evangélica, y los demas quedaron con suficiente noticia para reconocer las ventajas que hácia la pureza de nuestra religion á la torpeza de sus errores, y entrar algun dia por el camino de la verdad, despues que la voluntad, sobornada entonces del apetito, se resolviese á seguir lo que aprobaban sin dificultad sus entendimientos.

CAPITULO VII

Despueblase la ciudad de Buenos Aires retirándose á la Asuncion todos los españoles de esta conquista, contra quienes maquinan una sublevacion general los guaranies, pero descubierto su designio se castigan las cabezas principales con muerte; y los demas se reconcilian con los españoles.

Luego que el general Domingo Martinez de Irala se recibió en el gobierno de la provincia, trató de consultar con los conquistadores, qué orden se podría dar en cuanto á la conservacion de los castellanos que estaban poblados en Buenos Aires. Hizo varias conferencias sobre el asunto en que fué grande la diversidad de pareceres y de arbitrios, como sucede en tales ocasiones, pero los que mejor tenian tomado el pulso al estado de aquella poblacion, convinieron uniformes, en que era imposible en aquellas circunstancias conservar aquel presidio.

De aquí resultó la deliberacion de abandonarle,

sacando de allí la gente, que venia á ser inútil por la distancia para emprender faccion de importancia, cuando solamente parecia estar allí para blanco de la desdicha, que rara vez dejaron de padecer miseria, y las mas llegaba esta, ó á ser extrema ó casi extrema por la falta de víveres; pero junta en un cuerpo con la de la Asuncion, podria acudir á conseguir los efectos mas convenientes al bien y conservacion de la provincia, y adelantamiento de la conquista, reservando para ocasion mas cómoda el poblar otra vez aquel puerto, que siempre se juzgó oportuno para la comunicacion con Castilla, aunque se tardó la sazon cuarenta años, como veremos.

Púsose luego por obra el referido acuerdo, despachando prontamente al capitan Diego de Abreu, con tres bergantines y otras embarcaciones, capaces de conducir toda la gente que se mantenia en Buenos Aires. Recibióse allí la deliberacion del gobernador, con aplauso comun, no solo de los antiguos moradores de aquel puerto, sino de otros nuevos que con sobrada fortuna habian aportado en una nave genovesa, llamada la Pachalda, por su capitan N. Pachaldo, la cual habiéndose hecho á la vela en el puerto de Barase, situado entre Génova y Saona, navegó prosperamente con designio á penetrar por el Estrecho de Magallanes á la mar del Sud, hasta arribar al Callao, para poder espender mas de cincuenta mil ducados de varias mercaderias en que venia interesada; pero al pasar el Estre-

cho, la fuerza de las corrientes la hizo retroceder hasta el mar del Norte, y costeando la tierra, entró en el Rio de la Plata donde ya tenian noticia que estaban poblados los españoles.

Al embocar por el riachuelo, que está á la vista de la ciudad, corrieron peligro de naufragar, porque navegando sin cautela, como que no imaginaba su seguridad, escollos en el puerto, tocó la nave en un banco de arena, que solo franquea entrada por paraje conocido de los prácticos; se estrelló é hizo pedazos, sin poderse salvar la hacienda, aunque se libraron las personas, saltando á tierra para acompañar á los que allí vivian, en sus trabajos y miserias. Venian entre los demás, algunos italianos, como fueron Pedro Antonio de Aquino, Tomás Riso y Bautista Troche, cuyas familias se dilataron despues por toda la provincia del Paraguay, y por ahora, servian para aumentar el número de los miserables y la afliccion de los españoles.

Con el socorro, pues, de víveres que los bergantines trajeron de la Asuncion, se animó sobremanera la gente, y se resolvieron todos á embarcarse como lo ejecutaron. Encontraron en el camino nuevo refresco con que les acudió la providencia del gobernador Irala, y por eso la navegacion fué próspera hasta llegar al puerto de la Asuncion en donde todos se incorporaron. Señaláronseles solares convenientes en que fabricando sus casas aumentasen considerablemente la poblacion, y dando órden en los demás, hizo el gobernador Irala nuevo padron

de la gente de guerra, por tener pronta defensa en cualquier peligro que ocurriese por parte de los indios.

Halláronse solamente seiscientos soldados, que á tan corto número se habia reducido aquel lucido escuadron, aun habiéndose reclutado con los que quedaron de Sebastian Gaboto, con los de la armada del veedor Cabrera y con los de la nave genovesa. ¿Quién dijera, cuando el adelantado don Pedro de Mendoza hizo reseña en las islas Canarias de su numerosa y noble comitiva, que aquellas esperanzas grandes de restituirse á sus pátrias, prósperos y ricos, se habian de quedar solo en flor? Mejor diré, habian de salir tan fallidas que no solamente no adquirieron las riquezas por que anhelaban, sino que feneciendo los mas, cruel y miserablemente, no lograron la corta dicha de volver pobres al nativo suelo.

No obstante, á los que quedaban se les mostró de aquí adelante mas risueña la fortuna; y aunque ahora estaban faltos de vestidos, municiones y otros pertrechos de guerra, se mantenian sin tanta incomodidad como antes, por la providencia que usaba el gobernador Irala, quien remediaba con su propia hacienda las necesidades de los particulares, y ponia gran cuidado en que ayudasen para las fábricas, así los oficiales españoles, como, en lo que podian, los indios comarcanos.

A estos convocó, y deseoso de atender al bien de sus almas, procuró disponerlos para reducirlos al

gremio de la Iglesia, haciendo que algunos religiosos les diesen á entender por medio de intérpretes, los principales misterios de nuestra santa fé, esplicándoselos con razones fáciles de comprender, que escuchaban generalmente con atencion de quien sentia la fuerza de la verdad; pero faltando á los mas el vigor para sujetar las pasiones mal domadas, por que tenian dominada su voluntad con la costumbre de obedecerles, y no ayudaba mucho el ejemplo de algunos españoles, no correspondia el fruto á las diligencias, y se iban deteniendo los mas en reducirse al camino de la verdad, bien hallados en su ceguedad, á vista de la hermosura de la luz.

No se descuidaba al mismo tiempo Irala con recordarles las nuevas obligaciones (que habian contraido con el nuevo vasallaje) de servir al rey de Castilla, y la obediencia y lealtad que le debian profesar como á su monarca soberano. Fué mas feliz en este asunto, porque se ofrecieron gustosos á obedecer prontamente, como fieles vasallos, cuando se les mandase en su real nombre. Así lo cumplieron en las ocasiones ocurrentes, especialmente en la guerra que el Gobernador movió contra los yapirus, antiguos enemigos de los guaranies y españoles, los cuales conspiraron con los payaguas en la muerte de Oyolas y los suyos, y por esa traicion fueron ejemplarmente castigados, siendo nuestros fieles ausiliares los guaranies.

Con igual felicidad se portaron en la jornada

que el gobernador deseó hacer para reducir los pueblos de Ibitiruzú, Tebicuari y Monday, y otros del rio Paraguay arriba, á los cuales pacificó y dejó amigos, y lo fueron todos, hasta fines del año de 1539 que se conjuraron en gran secreto con designio de acabar con la nacion española, parte movidos de su natural inconstancia, parte irritados con las demasías y agravios que algunos poco considerados obraban contra su libertad.

Con estos motivos empezaron á mover plática algunos caciques con grande disimulo, por tentar qué semblante ponian los suyos á esta propuesta, y saber lo que podrian esperar de su indignacion. Proponian los agravios, ó imaginados ó verdaderos, como quienes aun estaban sentidos, no sabian buscarles el remedio, sino en una temeridad por verse faltos de poder aun para quejarse. Halláronlos de su mismo dictámen, llorando su infelicidad con el tiento de quienes temian ser oidos; y conociendo por su sentimiento que no dejarian de abrazar cualquier resolucion si descubriesen caminos para salir de opresion, se atrevieron á hablar mas claro é irlos empeñando mas en sus deseos con la ponderacion de los motivos.

Discurrian sobre el proceder de los españoles que llamaban violento y aun tiránico, culpando á toda la nacion por los escesos de pocos individuos; ponderaban la sujecion con que ellos se portaban, sin otra correspondencia que el desprecio, y que cuando nunca les habia faltado el sufrimiento para

tolerar la desigualdad de estos estremos, crecia de aquí la insolencia en los que se debieran por esa razon moderar; pero cuando llegaban á acordarse de los medios necesarios, para poner término á este trabajo, acababa en desmayos la plática, porque confesaban los ventajas de las armas españolas, y el esceso de su fortuna, por que aquellos inferiores en número, les eran superiores en la fuerza.

Artificio era este con que encendian en todos el deseo del remedio para que fuese el imposible vencido con la misma dificultad de superarlo, porque los precipitaban en la desesperacion, maestra de los consejos osados, por donde abrian algun resquicio á la esperanza, aunque remota, de conseguir su libertad. No les salió vano su intento, porque muchos se declararon arrestados á esponerse al último trance, escogiendo antes una muerte gloriosa que una vida arrastrada en vergonzosa esclavitud. Algunos, ó mas mirados ó mas tímidos, repararon en los pactos celebrados con la nacion española; pero les quitaron facilmente este escrúpulo de su pundonor ó de su miedo, resolviendo se hallaban desobligados á observarlos, por el desafuero con que los violaban no solo en parte, pero en el todo los españoles. Con que, la que empezó por propuesta recelosa, en que apenas sacaba la cara la queja, acabó en resolucion firme que á todos se espuso en despique de las propias injurias.

Estimulados pues, del deseo de vengarlas, que ardia muy vivo en sus pechos, decretaron que en

la brevedad consistia la mejor direccion de la empresa y aunque recelaron que en la falta de socorro, corriese peligro el logro de su designio, pues era muy contingente, se trasluciese su intencion, donde tantos eran sabedores; pero les pareció se atajaba todo, aprovechándose del tiempo y procurando adelantarse á la perfidia con la presteza de la ejecucion.

Previniéronse de armas en toda la comarca con toda diligencia, y estando próximo el jueves Santo del año de 1540, se dió orden de que aquellos dias antecedentes, fuesen entrando en la ciudad con pretesto y color de venir á tener aquel dia tan célebre en compañia de los españoles, por que se escojió aquella noche para ejecutar á la hora de la procesion de sangre, la sangrienta faccion, porque andando mas divertida de los cuidados militares la piedad, esperaban hallar mas desprevenidas para la defensa, las manos empleadas en el devoto ejercicio; pero por que no diese motivos á discursos curiosos, ni ocasion á sospechas cautas, el verlos venir en conserva, se advirtió que entrasen separados, todo lo cual se ejecutó puntualmente de parte de los bárbaros, sin que cayese en la imaginacion de los españoles pensamiento de tal perfidia, y se pudieron hallar juntos mas de ocho mil indios, sin ofrecerse recelo de su multitud, por la sobrada confianza de los nuestros y por el concurso de circunstancias.

La singular providencia del cielo, que tantas

veces se manifèstó parcial á los españoles en los sucesos de esta conquista, dispuso se descubriese casualmente la verdad por camino impensado para salud comun de todos, cuando mas adormecido estaba nuestro cuidado. El instrumento inmediato fué una india principal, hija de un cacique muy autorizado en el pais, la cual supo la traicion que se maquinaba entre los suyos contra los cristianos por medio de un indio que por razon del deudo quiso prevenirla del peligro que corria, por haberse familiarizado mucho con los españoles hasta tener de ella un hijo el capitan Salazar.

Persuadióla que se apartase con tiempo de aquella mala gente, aborrecida de toda su nacion, y destinada por consejo comun para victima de su furor, en pago de la esclavitud á que los pretendian reducir, que no tardase en poner en salvo su vida, si no queria esperimentar sin remedio su ruina, por que en breve se cumpliria el plazo señalado entre los suyos, para la sangrienta ejecucion, pues con este designio habian ya entrado á la deshilada en la ciudad ocho mil soldados escojidos, todos resueltos á no dejar reliquia del nombre español que no estinguiesen, y seria factible le cupiese parte del estrago, por la prenda que tenia de ellos en aquel hijo, si no se aseguraba con la fuga, que entonces le era facil, retirándose con disimulo á la casa de su padre ó á la suya que le servirian de refugio contra la tempestad que amenazaba.

Estimulóla, condolida de su riesgo á obedecer su

consejo, y ella, finjiendo que no le pesaba el intento de sus paisanos, le agradeció el aviso dando á entender que aceleraria su retirada; y como quien celebraba lo que inquiria, le hizo al descuido algunas preguntas, para saber el punto fijo en que habian de ejecutar la faccion. Presumió por ellas el indio, que se podia dar por seguro, y le descubrió toda la trama y las mas menudas circunstancias, especialmente la hora y tiempo que era aquella misma noche al hacerse la procesion Sintiólo vivamente la india, movida de la compasion tan propia de su sexo, pero disimulando con sagacidad superior á su propia bárbarie, finjió que se queria ir luego en su compañia y con pretesto de ir á sacar su hijo de la casa de su amo, hizo lugar para apartarse de él sin desconfiarle, con prevencion de que la esperase alli donde le habia dado la noticia.

Entró á la casa de su amo, al parecer asustada ó cuidadosa, y llamándolo aparte le refirió lastimada la novedad que acababa de saber, y le descubrió todas las circunstancias que hacian cierta la conjuracion, por no dejar lugar á las dudas que retardasen ó imposibilitasen el remedio; pues en la celeridad dependia el buen éxito para asegurar la vida de todos, cuando estaba ya amenazando sobre sus cervices el cuchillo. Pintóle el caso la india con tal viveza, que no le pareció á Salazar sobrada alguna diligencia, y partió al punto á dar aviso al gobernador, saliendo la india con su hijo en busca de su pariente, para deslumbrarle con su fuga aparente.

Casos semejantes no admiten muchas consultas, porque la cercania del riesgo, dispensa á la justicia esas formalidades, y como conoció era próximo el de su ruina, se valió para ocurrir á tanto daño de un medio, cuyo acierto comprobó el suceso. Hace al momento tocar alarma, pretestando la novedad con echar voz, que un grueso trozo de yaperús venian marchando á invadir la ciudad de que solo distaban ya dos leguas; manda con este motivo que los soldados desnudando el traje de penitentes, se vistan de los escaupiles en lugar de las túnicas, y que en vez de las disciplinas empuñen las espadas y dispongan los arcabuces.

Obedecieron con la prontitud propia de soldados, acudieron en un momento á casa del gobernador, que les manifestó su riesgo para alentarlos mas á la defensa, encendiendo el coraje con la breve ponderacion del agravio. Declárales su designio sin muchos rodeos, y dá órden que se convoquen los caciques y otros indios de su posicion, so pretesto de querer conferir la resolucion que se debia tomar para oponerse á la invasion del comun enemigo, para que se ejecute con mayor acierto lo que se resolviese de comun acuerdo.

Los caciques aunque sintieron se les despintase la ocasion, de ejecutar cuanto antes la premeditada alevosía, como imaginaban estar oculta, acudieron presto al llamamiento del Gobernador para tener mas asegurados á los cristianos en la prontitud de su obediencia, y en el deseo de deshacer al enemi-

go que pretendian mostrar en la conferencia para descuidarlos de manera que en otra ocasion lograsen sus designios. Ardides encontrados, que valieron á los cristianos su salud, y solo facilitaron contra los bárbaros el castigo merecido. Ambos partidos, tiraban á engañarse reciprocamente. El del Gobernador los juntaba para asegurar en su poder la mas principal fuerza de los traidores, en que deseaba escarmentar á todos los cómplices, con quistarles los cabezas que los hacian delinquir: los caciques é indios de autoridad, concurrieron prontos para asegurar la faccion, en que habian de delinquir con impunidad segun se prometian.

Fuéronse pues juntando en casa del gobernador cuyas puertas ocupaban españoles con armas, que estando ya prevenidos de la faccion, en que habian de emplearlas, echaban en prisiones á los caciques como iban llegando y los tenian con guardias suficientes en partes distintas, donde los unos no pudiesen comunicarse con los otros. Cuando ya á todos los tuvo presos, cerró su casa con el resguardo militar á que obligaba la ocurrencia presente, y como que se detenia en la conferencia, los fué examinando separadamente, no como quien dudaba en su intencion, sinó como quien se lastimaba de su perfidia. Algunos mas cobardes, á pocas amenazas confesaron la verdad, entre turbados y convencidos; otros mas animosós, no se descubrieron hasta esperimentar la fuerza de los tormentos, á que no pudiendo resistir cantaron de plano, cuan-

to se necesitaba, para verificar su depravado intento, declarándole con todas sus circunstancias.

Consultóse el caso con los capitanes, y se resolvió que en la prontitud del castigo consistia el remedio de todos, sobre que discurrió Irala, con mucho acierto é igual valor, facilitando, la faccion y ponderando las consecuencias con toda la actividad, que bastó á hacer á todos de su dictámen, poniendo en manos de su prudencia la ejecucion sin riesgo. Repartiéronse los soldados por los puestos principales de la ciudad, para que reprimiesen el grueso de los enemigos, que estaba prevenido para ejecutar la faccion, en caso de intentar algun tumulto, y sustanciado el proceso segun el estilo militar, se les intimó la sentencia de muerte siendo ahorcados todos los que fueron cabezas de la rebelion, en la misma hora con poca diferencia que ellos tenian dispuesta la muerte de los españoles.

Espusiéronse los cadáveres en público cadalso, y á vista de todo el pueblo y como los rebeldes se hallaban sin cabezas, no tuvieron consejo ni valor para salir al despique; antes, los puso esta inopinada justicia, en tanto favor que apenas sabian huir, para escapar de semejante rigor, que sabian por el testimonio de sus propias conciencias, tener bien merecido. Salian desatinados de la ciudad sin tratar de unirse para defenderse ú ofender, y eran no pocos los que se arrojaban por las paredes, sirviéndose de su ligereza y de sus dardos para saltar de la otra parte.

Cojiéronse muchos, no para continuar en ellos el castigo, sino para que puestos en libertad al dia siguiente, volviesen á los suyos y les certificasen que los españoles, no trataban de tomar mayor venganza, satisfechos con haber muerto y hecho cuartos á los mas culpados y resueltos á perdonar á la multitud por creer, habian pecado mas de ignorancia que de malicia, añadiendo que harian buen pasaje á cuantos se allanasen á ratificar el vasallaje que habian prometido al grande monarca de las Españas, su soberano.

Esta demostracion de poner en libertad á los prisioneros, con tanta brevedad, y las ponderaciones que los mismos hicieron de esta clemencia de los españoles, sobre tan justa provocacion bastó á sosegar á los fujitivos, y poco á poco se fueron asegurando los mas temorosos, hasta restablecerse el comercio pasado, para que ayudó tambien el perdon general que mandó pregonar el gobernador, sin escepcion á alguna persona. Conque los indios que reconocieron justificaba á la razon el castigo, quedaron escarmentados, igualmente que agradecidos de los españoles, en reputacion, no menos de justos, que de valientes; y el gobernador estimado por hombre de prudencia y de valor y por juez recto, cuya equidad, al paso que sabia castigar los delitos, aseguraba el amparo á los que desmintiesen con la verdadera enmienda los primeros desaciertos; é importó este caso mucho, para que en adelante le cobrase toda aquella nacion grande

respeto. Tan hermoso semblante tiene la virtud de la justicia, aun cuando se ostenta terrible con los ceños del enojo, que parece bien, no solo á los que la estiman, sino tambien á los que nunca la conocieron.

Vivió despues mas recelosa la confianza de los españoles, pero con tal recato que no se traslucia á los guaranies; para que la falta de satisfacion de su sinceridad no les hiciesen entrar en desconfianza, que entibiase, cuando no apagase del todo, el amor que se querian granjear para asegurarse mas en el dominio, y defenderse de otras naciones comarcanas, de quienes esperimentaron siempre, ó mas aversion ó menos fidelidad. En todo iba por delante con el ejemplo, como en la dignidad el gobernador Irala, valiéndose de su apacible condicion y trato generoso para hacerse universalmente amado de indios y españoles; y gobernar en esta ocasion con tal agrado, que fué despues llamado mas de una vez por voto comun á empuñar el baston de la provincia.

Pero es mas facil hallar el misterioso Phenis que hallar gobernador al gusto de todos, especialmente en las Indias, donde rara vez deja de destemplarse la armonia del gobierno, ya por parte de la cabeza, ya por parte de los miembros de la república, porque aquella no se contiene en sus operaciones propias, ó estos quieren usurpar los ejércicios reservados á aquella; de donde nacen comunmente las disenciones, y perturban con graves

perjuicios la paz y cuando menos las desazones, que llegan á traer arrastrados á los menos poderosos como sucedió en la Asuncion, pues cuando todos celebraban el gobierno de Irala, no faltaron nueve soldados que se mostraron descontentos, y protestando hallarse menos atendidos de sus capitanes, quizá porque lo merecia su proceder se singularizaron tanto en desaprobar la conducta observada, que les fué forzoso poner tierra en medio, para no esperimentar alguna condigna demostracion, y emprendieron la temeridad de arrojarse en un batel al prolijo y peligroso camino de aquel rio, con ánimo de conducirse por agua á partes desde donde pudiesen pasar con mas seguridad á representar sus quejas ante la Majestad Cesarea, que solo podia poner freno á lo que llamaban tirania de los que gobernaban en el Rio de la Plata.

Ejecutaron su fuga, y siguieron su viaje, con mas felicidad de las que prometian todas las circunstancias, porque pasaron sin daño entre tantas naciones enemigas que poblaban las márgenes de este gran rio. Hallaron bastimentos para una jornada de quinientas leguas, y pudieron arribar por fin yendo en demanda del Brasil á la isla de Santa Catalina, donde hallaron casualmente con grande fortuna suya, la armada del adelantado Alvar Nuñez Cabeza de Vaca que venia provisto por S. M. en el Gobierno del Rio de la Plata de la manera que dirá el capitulo siguiente.

CAPITULO VIII

Viene el adelantado Alvar Nuñez Cabeza de Vaca al Rio de la Plata por Gobernador, camina felizmente entre bárbaras naciones desde la isla de Santa Catalina hasta la Asuncion.

Habia llegado á Castilla la nao Marañona, en que trajo el socorro al Rio de la Plata el veedor Alonso Cabrera, al mismo tiempo que acababa de volver de la Nueva España, Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, y andaba en la corte solicitando algun premio de sus grandes servicios. Era este caballero de Jerez de la Frontera, y vecino de la de Sevilla, nieto del adelantado Pedro de Vera, que conquistó en tiempo de los Reyes Católicos para Dios y para Castilla la Gran Canaria, despues de muchos encuentros y trabajos, padecidos por amor de la religion para propagar el imperio de Cristo. Estimulado de ejémplo tan doméstico para Alvar Nuñez á continuar los servicios de su familia en la conquista de la América, y en la desgraciada espedicion de Panfilo de Narvaez, que pasaba á con-

quistar la Florida, se le fió el empleo de tesorero.

Padeció con grande constancia los trabajos increibles que persiguieron obstinadamente á la jente de aquella armada, que feneció en la presecucion de la funesta empresa, sin que de cuatrocientos hombres que la dieron principio, entre grandes esperanzas de hacer fortuna, dejasen de perecer, ó en guerras ó de hambre ó de enfermedad, sino solas cuatro personas, que fueron Andres Dorantes, Alonso del Castillo, un negro llamado Estebanico y el tesorero Alvar Nuñez Cabeza de Vaca; dieron en manos de indios tan bestiales, que los compelian á que los sanasen de sus dolencias, porque si no los amenazaban crueles, les despojarian de la vida. Ignoraban totalmente los principios de la medicina, como soldados cuya profesion es dar ejercicio á esa facultad agenos de ejercerla; pero la necesidad les hizo médicos evangélicos, porque implorando el ausilio divino, hacian la señal de la cruz sobre los dolientes y resaban algunas oraciones de la iglesia, á que correspondian tan maravillosos efectos, que manifestaban bien la viveza de su fé, pues cobraban milagrosa salud los enfermos, y alguna vez, un difunto se restituyó de la cárcel de la muerte á la libertad de la vida (1).

Pareciόles antes á los cuatro cautivos imposible salvar las vidas; pero estos prodijios les granjearon tanto amor y autoridad entre los bárbaros, que se les abrió camino para volver á tierra de cristia-

(1) Cabeza de Vaca. Relacion de su jornada á la Florida.

nos. Determinaron ejecutarlo con sobrado sentimiento de los primeros que esperimentaron la virtud milagrosa de sus bienhechores; pero como ya estaban asombrados de su poder, y era comun la veneracion, no hubo quien se atreviese á irritar contra sí álos cristianos con la oposicion de su partida; y entre lágrimas y sollozos, les dieron licencia de proseguir su viaje.

El tránsito forzoso por diversas naciones, les ofreció continuas ocasiones de ejercitar su virtud gratis data, y Dios nuestro Señor les favoreció siempre con su gracia, para que en todas se acreditasen, cobrándoles todos los infieles tal amor y reverencia que lejos de intentar hacerles el daño que se pudiera recelar de sus inhumanas costumbres, les rogaban con estraña porfia no los desamparasen, aunque ellos, con el anhelo de verse entre cristianos, los sosegaban, sacando por recompensa de sus beneficios el buen pasaje á otra nacion, hasta donde les iban acompañando los de la antecedente, sin acertar á desprenderse de los peregrinos: tanto les cautivaba su afabilidad, y trató apacible pero mucho mas las maravillas que obraba por sus manos la Omnipotencia.

Anduvieron pues, siempre acompañados y defendidos de tropas de indios, que les conducian de su nacion á la confinante, hasta que escoltados de los nebomes, salieron al rio de Petatlan, donde está la villa de Santiago capital de la provincia de Cinaloa, de donde se encaminaron á Méjico á dar

noticia al virey don Antonio de Mendoza, de tan rara fortuna y de peregrinacion tan estraña, en que gastaron casi diez años, sin que en tanto tiempo perdiese Alvar Nuñez la letra dominical ni el órden del calendario, prueba de su grande cristiandad y de su feliz memoria.

De Méjico se embarcó para España, y teniendo noticia en la corte del estado del Rio de la Plata, se ofreció á servir en esta empresa, y gastar en ella ocho mil ducados, en llevar vestidos, municiones bastimentos, caballos, y lo demas necesario para dar fomento á aquella conquista y poblacion del pais. Aceptóse luego su oferta por el Emperador porque sin dispendio del erario, quedaba premiado el vasallo benemérito con el honorífico título de Adelantado que se le concedió, en caso que el gobernador Juan de Oyolas, no hubiese vuelto de su jormada, ó hubiese perecido; que de esto no se tenia aun en la Corte puntual noticia: y si viviese en su gobierno.Oyolas, se le hacia á Alvar Nuñez, su teniente general; sobre todo lo cual, hizo capitulacion con su Majestad que se firmó en 18 de Marzo de 1540.

Diéronsele diferentes órdenes para utilidad de la nueva República, entre las cuales, eran las principales, que no se permitiese letrados, ni procuradores porque habia enseñado la esperiencia, que en las tierras nuevamente pobladas ocasionaban esos oficios, muchas diferencias y pleitos, de donde se originaban discordias mortales, y odios implaca-

bles con grave perjuicio del público. Que los repartimientos de tierras, quedasen perpétuos á los dueños, que los hubiesen poseido cinco años enteros; que los castellanos pudiesen tratar y contratar libremente con los indios; que los vecinos de las provincias del Rio de la Plata, pudiesen volver á Castilla cuando gustasen, ni se impidiese que escribiese alguno al Rey, ó enviase la persona en su nombre que le agradase.

Que en los pueblos se eligiesen alcaldes ordinarios, los cuales pudiesen conocer los casos de hermandad; que de los tenientes se pudiese apelar al gobernador de la provincia, y las operaciones de estos fuesen remitidas al consejo. Que en las causas criminales de que se apelase para el consejo, se observase el derecho y las leyes de Castilla, pero en las causas civiles de dos mil pesos ó mayor cantidad se otorgasen las apelaciones. Y que en cualquiera causa que los jueces fuesen recusados, debiesen acompañarse conforme á la ley. Que se señalasen éjidos á todos los vecinos, y los usos de los rios fuesen comunes. Que por espacio de cuatro años no se ejecutase á nadie por deudas reales, y los vecinos no debiesen pagar por diez años el derecho del almojarifazgo, ni otro derecho en cinco años por las crianzas sino medio castellano, ni quinto real por otra cosa que por el oro y plata. Finalmente, que se tuviese particular cuenta con los bienes de los difuntos, sobre que se les dió instruccion separada de lo que se debia practicar.

Estas órdenes, que para el estado presente de las cosas se reputaron por muy conducentes, y algunas necesarias, se le entregaron al adelantado Alvar Nuñez, que ya tenia aprestados cinco navios, y fuera de la gente de mar setecientos soldados; entre los cuales habia personas de calidad, como eran Pedro de Estopiñan, primo del Adelantado; Alonso Riquelme de Guzman, su sobrino; Alonso Fuentes, hijo de un Veinte y cuatro de Jerez de la Frontera; Antonio de Navarrete, don Martin de Villavicencio y Francisco de Peralta, naturales de la misma ciudad. Venian de Sevilla, Rui Diaz Melgarejo; Francisco de Vergara, su hermano; Martin Suarez de Toledo; Pedro de Ezquivel; Luis de Cabrera, y Fernando de Saavedra, hijo del Correo mayor de dicha ciudad.

De la de Córdoba, Alonso de Valenzuela, Lope de los Rios, Pedro de Peralta, Alonso de Angulo y don Luis de Rivera; de Ontiveros en la Castilla la Vieja, el capitan Garcia Rodriguez de Vergara, hermano del sapientísimo fray Domingo de Soto, del Orden de Santo Domingo, confesor del César; de Béjar, Pedro Dorantes, que venia por factor; de Madrid, el contador Felipe de Cáceres, que volvia segunda vez á esta provincia, Juan Delgado y el capitan Camargo; de Almodobar, el capitan Agustin de Campos; de Valencia, Jaime Resquin; de Trujillo, Nuflo ú Onofre de Chaves, hermano del reverendísimo padre misionero fray Diego de Chaves, confesor del señor Felipe Segundo; Luis Pe-

rez de Vargas, y el capitan Herrera de San Lucar de Barrameda; Francisco de Espinosa, hijo del alcaide de aquel castillo; y del señorío de Vizcaya y provincia de Guipúzcoa, Martin de Orue, Ochoa de Izaguirre, Miguel de Rutia y el capitan Estigarribia.

Nombró capitanes á las personas mas acreditadas en valor, y por alcaide mayor á Juan Pabon, natural de Badajoz, y por su teniente general á Francisco Lopez el Indiano, natural de Cadiz. Salió por fin del puerto de San Lucar á 2 de Noviembre del año de 1540; y tocando en Canarias é islas de Cabo-Verde, arribó despues de varias fortunas á 29 de Marzo del año siguiente á la isla de Santa Catalina, donde echó en tierra 26 caballos que llegaron vivos de 46 que habia embarcado, é hizo saliese la gente para repararse de los trabajos de la prolija y penosa navegacion.

Avistóse aquí casualmente con los padres Armenta y Lebron, que andaban por aquella costa, atendiendo á la conversion de los guaranies, y tambien se encontró con los nueve soldados que se huyeron del Paraguay ó Asuncion, no de Buenos Aires, como escribe inconsiguientemente el cronista Herrera, pues mal podian huirse de Buenos Aires, por mal tratamiento de los oficiales reales y capitanes, como escribe en la decada 7.ª, cuando en dicho puerto no habia ya español alguno, por haberse despoblado dos años antes, el de 1539, como deja escrito en la decada 6.ª

En consecuencia de este yerro, comete el segundo de suponer envió Alvar Nuñez á saber lo qué habia en Buenos Aires, y vá hablando como quien supone poblada todavia aquella ciudad, en cuya relacion se echa menos su diligencia y se reconoce falta de memoria; pero es accidente casi inevitable en quien habia de acudir con la pluma á tanta muchedumbre de acaecimientos muy diversos, segun el grande empeño en que se puso de escribir la historia general. Mas verosimil discurre el autor de la Argentina, diciendo: que consultando con los capitanes de la armada, se tomó resolucion de que la gente de tomar armas marchasen por tierra á la Asuncion, y los impedidos y mujeres se despachasen por agua al Rio de la Plata, dejasen las dos naves gruesas en San Gabriel y con las otras tres pasasen al Paraguay.

Tomado este acuerdo, se desembarazó el Adelantado de la gente inútil metiéndola en las embarcaciones, y para hacer su jornada por tierra, despachó con suficiente escolta de castellanos é indios á descubrir el camino al factor Pedro Dorantes, hombre de valor, muy diligente, y de toda su confianza. Ordenóle que, marchando por el rumbo que habian traido los religiosos franciscanos, reconociese cuál camino seria mas cómodo, y estaba mas poblado, y volviese tan pronto cuanto fuese posible para emprender la jornada. No pudo efectuarse esta diligencia con tanta presteza que no gastase en ida y vuelta tres meses, al cabo de los cuales vino tra-

yendo noticia que despues de bien reconocido el terreno habia hallado la mayor parte despoblado, pasando muy altas sierras y montañas empinadas, cuya fragosidad era horrorosa aun á la vista, pero que despues habia llegado á campos muy espaciosos y amenos donde tenian principio grandes poblaciones de guaranies.

Por evitar esta distancia, le pareció al adelantado valerse del aviso que le habian dado los naturales de que por el rio Itabucú, veinte leguas de aquella isla de Santa Catalina, se llegaba con mayor brevedad á la tierra poblada, y por esa razon envió gente á descubrirle. Por el mismo entró el Adelantado con toda su gente, conducido en canoas hasta tomar puerto, no el de Buenos Aires como escribe Herrera, (1) mostrándose muy ignorante de la geografia de este país, pues dista este rio de aquel puerto mas de doscientas cincuenta leguas, sino otro, á que no se dió nombre, por donde salió á unos bosques asperísimos y muy cerrados de altísimas arboledas, llevando en su compañía doscientos cincuenta arcabuceros y ballesteros; poder suficiente para contrastar cualquier resistencia que intentasen hacer los guaranies ó cualquiera otra nacion bárbara.

En diez y nueve dias, otros señalan cuarenta, padecieron increibles trabajos, por ir atravesando ó fragosísimas sierras ó selvas impenetrables que era forzoso talar á brazo para abrir camino; pero

(1) Herr. dec. 7, lib. 2, cap. 8.

fueron tan dichosos que al faltarles los víveres dieron con las hermosas y dilatadas campiñas de Tatuá, á que puso el Adelantado por nombre la provincia de Vera. Aquí descubrieron las poblaciones de Añariry, Cipoyas y Tocanguasú, caciques poderosos de la nacion guarani, que contra su costumbre se portaron muy humanos y benignos con los castellanos, proveyéndolos de bastimentos en abundancia, para facilitar el pasaje, y recibiendo en pago algunas bujerias de Castilla, que las repartia con liberalidad Alvar Nuñez como quien sabia por su larga esperiencia cuánto cautivaban los ánimos de los bárbaros semejantes dádivas, mas estimadas de su ignorancia que el oro y la plata.

Tratólos con estraña benignidad, de que los bárbaros se prendaron tanto que no quisieron los abandonase; y para consuelo de su ausencia, quisieron que los reconociese por fieles amigos, y aliados, en lo que vino gustoso el Adelantado, por lo que podria servir para adelante; esta que entonces,no pasó de pura, ceremonia. Prosiguieron con mas comodidad la marcha, por aquellos campos, y al cabo de quince dias, dieron vista al rio Iguazú, que en su mismo nombre, lleva la recomendacion de su grandeza pues quiere decir Rio Grande.

Serian, sin duda, poco prácticos de este paraje los indios que le guiaban, pues se hallaron tan desatinados, que obligaron á los castellanos á pasarle tres veces, hasta descubrir senda, por donde se encaminaron á la Tibajiba, rio menos caudaloso, pero

de mayor peligro, por estar lastrado su suelo de losas muy lisas, en que no podian fijar el pié los caballos. Sus márjenes, poblaban innumerables indios, pero la principal poblacion era la de Abaporé, cacique guarani, famoso en toda la comarca por su valor y gran poder. Fuéle preciso al Adelantado detenerse aqui, asi por reforzar su gente fatigada, como por complacer á Abaporé, que lo pretendió con empeño; porque habiendo corrido la fama de la benignidad de los huéspedes halló por esperiencia, eran las acciones superiores á la fama, y quisiera dilatar el plazo de su partida, para lo que los entretuvo con varios festejos y regocijos públicos á su usanza.

Ni se perdieron estos dias, porque haciendo armar una fragua, dispuso se labrasen muchos rescates, que repartidos entre muchas gentes, que ocurrieron á visitar á los castellanos, fueron granjeando las voluntades de todos, á que cooperaba no poco la disciplina con que traia el Adelantado impuesta su gente, no permitiendo que soldado alguno contratase con los indios, sino algunos pocos prácticos en el idioma del pais y circunspectos en su proceder, para no dar lugar á que alguna estorcion, impesada de la codicia, deshiciese lo que el buen modo (mas fácil de hallar en pocos que en la muchedumbre) fuese ganando. Ayudaba tambien no poco, otra diligencia, que era no consentir se alojase ningun castellano dentro de las poblaciones, en que miraba á un tiempo por la se-

guridad de los suyos, y por el alivio de los naturales, con quienes valió tanto esta moderacion, que cobraron grande confianza sin recelarse de salir á agasajarlos las mismas mujeres con sus hijos, trayéndoles los frutos del pais, señal evidente de que procedian con los españoles, sencilla y amistosamente; pues lo primero que retiran son los hijos y mujeres de la vista de los estraños, cuando tienen la mas leve sombra de sospecha.

Pasaron los castellanos al rio Ubay, igualmente poblado que la Tibajiba, y desde allí, enderezó al rio Piqueri, por tierra muy montuosa, y pudo despedir á los indios que traia de Santa Catalina, muy alegres por las dádivas que recibieron; y el motivo, fué hallar por aqui un indio cristiano llamado Miguel que se volvia al Brasil, de donde era natural, y este informó del estado de los castellanos en la Asuncion, y se ofreció por guia de la jornada hasta encaminarlos á aquella ciudad. Los caciques mas poderosos, se esmeraban en agasajar á los castellanos, y estos caminaban sin parar, por haberles enseñado la esperiencia, que con el ejercicio mejoraban las dolencias que contraian si tomaban reposo en algun lugar, pues luego se encendian algunas fiebres, que daban sobrada materia al sufrimiento cuando esos mismos dolientes solian recobrar la salud á los dos dias de marcha.

Llegaron por Diciembre á ponerse en 24 grados y medio, en tierra muy alegre y fértil, de grandes campañas, rios y arboledas, pero en cinco dias fué

muy considerable el trabajo, por no hallar alguna poblacion, y encontrar tanta cópia de aguas que en algun dia se echaron diez y ocho puentes para atravesar rios caudalosos y cienagas profundas: otras veces daban con bosques impenetrables, donde se ocupaban veinte hombres robustos en ir abriendo camino por entre espesura tal, que negaba aun la vista del cielo para recreo de los fatigados peregrinos. Salieron por fin á los Pinares y dieron segunda vez en el Iguazú, que pasaron á los principios de la jornada, y labrando algunas canoas, se fué por él el Adelantado con ochenta castellanos, dando órden que el resto marchase por tierra, hasta el gran rio Paraná y llevasen los caballos.

Los navegantes, se hallaron embarazados en el salto que da el Iguazú desde tal eminencia, que al pricipitarse el torrente de sus aguas, levanta la espuma dos picas en alto con estruendo espantoso: fué forzoso cargar á hombros las canoas con el trabajo que se deja considerar, hasta pasar el Salto, y vueltos á embarcar llegaron al Paraná al tiempo aplazado, pero sobresaltó á todos la novedad de hallar aquella gente con señas de guerra, afeados los cuerpos con varios colores, que siendo para ellos gala militar era indicio manifiesto de su intencion, como tambien los penachos con que en forma de coronas ceñian las cabezas y los arcos que embrazaban varios escuadrones de indios, que se dejaron ver con demostraciones de querer impedir el paso

á los forasteros, ó hacerlos retirar para que no transitasen por su pais.

Sintió Alvar Nuñez que este accidente impensado, hubiese de retirar el curso de su jornada, y obligarle á usar de las armas, que quisiera tener ociosas por conservar la fama de benigno con que se habia acreditado entre aquellas gentes hasta aquel paraje; pero atento á conservar su reputacion, si no valiese la industria, y á las consecuencias que podrian resultar de dejar consentido aquel atrevimiento, ordenó su pequeño ejercito, de manera que se hiciese respetar, pero con órden que ninguno disparase ni diese á entender se trataba de ofender.

En esta forma se fué acercando á los bárbaros con tal sosiego, que parecia irles convidando con la paz; envióles mensajeros que les certificasen no era el ánimo de los castellanos cometer hostilidad si no les provocase su insolencia y que si desistian del empeño temerario de resistirles, esperimentarian en ellos tratamientos de verdaderos amigos. Parece concibieron miedo de nuestro denuedo, pues luego se ofrecieron á dejar las armas, y viniendo á ver á el Adelantado los principales, los agasajó tan humano, que admitieron nuestra amistad gustosos y agradecidos, y asistieron todos con diligente servidumbre á que pasasen los españoles aquel gran rio, ayudándoles con tal destreza, que pudieron todos verse en la margen opuesta sin perderse sino un castellano, cuya canoa se trastornó y no pudo ser socorrido.

Aqui se informó de los naturales, acerca del estado de los castellanos en la Asuncion, y dispuso que Nuflo de Chaves, navegase por el mismo rio hasta entrar por el del Paraguay á la dicha ciudad, conduciendo en canoas y balsas á 30 enfermos que estaban imposibilitados á hacer la jornada por tierra, con escolta de 50 arcabuceros, y valiéndose de los mismos indios, despachó cartas al gobernador Domingo Martinez de Irala, dándole noticia de su venida y de los despachos que traia de S. M. tocantes al gobierno de aquella provincia.

Fuése el Adelantado con su gente hácia el Rio Monday, de donde atravesó á la sierra del Ibitiruzú, en cuya falda está hoy poblada la Villarica del Espiritu Santo, y en todas partes era recibido de los indios con demostraciones de alegria, y cada dia, daban á conocer mas su buena voluntad, siendo muchos los regalos con que le cortejaban segun lo que producia el pais, variedad de pescado, caza de todos géneros, y frutas estraordinarias con bastante abundancia. Estrañaba Alvar Nuñez, que pues habrian recibido ya sus cartas los castellanos de la Asuncion, no hubiesen despachado alguna persona que le diese la bienvenida, y no sabia á qué atribuirlo: proseguia la marcha acercándose mas á la ciudad, cuando encontró un castellano que salia á hacerle cierta representacion en nombre del gobernador Irala.

Este le significaba cómo estaba pronto á cederle luego el baston de la Provincia; pero que se habia

de servir enviarle antes los despachos de S. M. en cuya virtud pretendia entrar al gobierno: que tan antiguo es en aquella provincia andar tan escrupulosos con los ministros reales, que no son de la aprobacion de los que obtienen antecedentemente el mando, como se ha visto nuevamente, repetido por dos veces en estos últimos años, con grande escándalo de todo el reino.

Recelóse Alvar Nuñez de esta prevencion que facilmente sospechó ser maliciosa, y ofrecióse á exhibir sus despachos originales en el Cabildo; con lo cual despachado el castellano, le fueron saliendo al camino, indios cargados de vituallas, que le daban la enhorabuena en lengua castellana, no sin admiracion del Adelantado y su comitiva, porque algunos la hablaban con tal propiedad que parecian nacidos en Castilla. Al fin, el dia 11 de Marzo de 1542, entró en la ciudad de la Asuncion, acompañado de sus principales vecinos, y del gobernador Irala que le habia salido á recibir con demostraciones de singular regocijo, y todos justamente se admiraban, cómo tan pacificamente hubiese podido penetrar por tantas poblaciones de infieles gobernándose con tal prudencia, que en aquella trabajosa jornada no hubiese perdido sino solo un castellano.

Ganóle esta accion créditos de prudente y acertado gobernador, y su apacible condicion, las voluntades de todos, que entraban en esperanzas de mejorar de fortuna debajo de su gobierno. Presentó sus despachos delante de Irala, su antecesor y

de los oficiales reales, quienes los obedecieron prontos y entregaron el baston, sucediéndole todo en estos principios, con tanta felicidad cuanta fué la desgracia de sus fines. Dispuso luego se despachase socorro á la jente que desde la isla de Santa Catalina, venia por agua con el contador Felipe de Cáceres; diligencia que se encomendó á la buena suerte del capitan Diego de Abreu, quien encontró las naves poco antes de las Siete corrientes, á tiempo tan oportuno, que ya se alimentaban con solas yerbas y raices y algun marisco que recojian en las márgenes del rio.

Reparados con las vituallas que llevó Abreu, pudieron llegar felizmente á la Asuncion, donde tambien entraron un mes despues que el Adelantado, las balsas que con los enfermos habia desde el rio Paraná despachado, á las cuales, por espacio de catorce dias contínuos, habian dado caza con el mas porfiado teson, doscientas canoas paranás que alternándose para pelear con grandísimo órden, embestian con igual ardimiento que alaridos, para amedrentar á los españoles, no menos con las voces que con las flechas.

Era grande innundacion la de doscientas canoas para sumerjir las pocas balsas y canoas de los castellanos, sino escediera el valor de estos al número de los bárbaros; pero se resistian con tal denuedo, que detuvieron su furioso ímpetu, para que los ayudó la rápida corriente del rio por la cual eran pocos los que se ocupaban en gobernar las

embarcaciones, pues bastaban los que las apartaban para no estrellarse en tierra, y quedaba mayor el número de los defensores, que jugaban con bastante estrago, asi las flechas como los arcabuces y ballestas; pero eran tantos los enemigos, y con la ventaja de alternarse, no se hacia poco en resistir y prohibir el abordo; y ya se empezaba á conocer la desigualdad de las fuerzas, cuando salió de improviso con buen número de canoas bien equipadas, un cacique principal llamado Francisco, que se habia criado con los castellanos con quienes, rompiendo por las canoas enemigas, se incorporó, y engrosado nuestro partido con este socorro se portaron con tal ardor que los enemigos heridos y atropellados solo cuidaban de apartarse del combate, y al fin, fueron cargados con tal resolucion que se vieron obligados á huir con gran velocidad.

Algunos menos cobardes se pudieron reunir á alguna distancia, mas por encubrir su derrota que por que pudiesen ofender; y afectando que todavia hacian cara, no dejaban de disparar sus armas arrojadizas: pero siendo otra vez seguidos de los catellanos é indios amigos, escusaron el combate y volvieron las espaldas con toda la celeridad que imperaba su temor, sin atreverse á inquietar en adelante á los castellanos, en quienes solo hubo veinte heridos, sin contarse muerto alguno; que fué estraña ventura, habiéndose estrechado tanto, con tanta muchedumbre de enemigos. De estos muchos quedaron muertos, muchos heridos y todos escarmentados, celebrándo-

se la victoria con festivas demostraciones, en el pueblo del cacique don Francisco, que estaba situado en una grande isla que forma el Paraná á corta distancia de la boca del rio Atingui.

Allí los llevó y repartió alojamientos con toda comodidad, para que se curasen los heridos y reforzasen los enfermos y todos se recreasen de los trabajos pasados con la abundancia de bastimentos, de que ya padecian necesidad casi estrema. Algunos dias se detuvieron los castellanos en dicha isla; parte para gozar del descanso necesario á su fatiga, parte por el consuelo del cacique don Francico y sus vasallos, tan bien hallados con los huéspedes estranjeros, que quisieran dilatar su partida, y les procuraban aliviar con varios festejos y regocijos, bailes á su modo y ejercicios de sus agilidades.

Llegándose el dia señalado para partirse, no permitió el amor del fidelísimo cacique, esponer los castellanos á las asechanzas de los enemigos vencidos; y para precaver todo riesgo, les dió suficiente escolta para su seguridad, hasta ponerlos en la Asuncion, donde fueron recibidos, asi del Adelantado como de todos los vecinos con grande alegria; y á los vasallos del cacique don Francico, se les premió su fidelidad y asistencia constante en aquel viaje, con algunas bujerias de Castilla, que aunque de corto valor en nuestra estimacion, eran para los indios preseas de mucho precio, siendo el engaño con que la codiciaban verdad en lo que valian y premio tan competente, que se volvieron á su isla muy contentos y á su parecer gananciosos.

En este tiempo escribe el cronista Herrera, (1) que reconociendo el Adelantado cuánto importaba el asiento de Buenos Aires para la conservacion de estas provincias, despachó gente á mediados de abril á poblar aquel puerto para que hallasen en él provision las naves que viniesen de Castilla; pero no sé de dónde pudo beber esta noticia, de que no hallo indicio en autor ninguno que habla de esta conquista; y es cierto que no se volvió á poblar hasta el año de 1580, como consta del licenciado Centenera, que fué uno de los pobladores, y de otros instrumentos auténticos.

(1) Herr. dec. 7, lib. 4, cap. 13.

CAPITULO IX

Solicita el adelantado Alvar Nuñez la conversion de los naturales por medio de los predicadores evangélicos. Pretende descubrir camino para el comercio de la provincia del Rio de la Plata con los reinos del Perú. Asienta la paz con la orgullosa nacion de los agaces. Castiga la rebelion de la provincia del Ipané y vence á los indómitos guaycurues.

La consideracion con que se miraron las cosas del Rio de la Plata obligó al señor emperador don Carlos á tomar varias resoluciones para ocurrir á los males que se debian ó precaver ó remediar; y fué la primera atencion del prudente Adelantado dar puntual cumplimiento á las órdenes acertadas de S. M. Mandó primeramente juntar á todos los sacerdotes, asi clérigos como religiosos é hízoles leer una carta acordada del César en que les encargaba la conciencia sobre el buen tratamiento de los indios, que les mandaba celar con particular atencion, como cosa de que dependia principalmente el negocio de su conversion á la fé, fin primario que tuvieron siempre nuestros católicos monarcas en esta conquista, por

mas que publique otros menos decorosos á su piedad y religion la envidia de los escritores estranjeros.

Repartióles al mismo tiempo el vino y harina, con que mandaba el Rey se les asistiese, y los ornamentos sagrados para celebrar el santo sacrificio del altar, que todo se llevaba de Castilla con ese fin. Convocó otro dia á los indios vasallos de S. M. y delante de los mismos clérigos les hizo un razonamiento breve pero sustancial, ganándoles primero la benevolencia y atencion con ponerles delante cuánto les amaba el monarca de las Españas á quien ya profesaban obediencia y vasallaje; y de aqui, pasó á hacerles demonstracion de cuánta felicidad interesaban en esta sujecion pues para este camino se les habia abierto puerta para conocer las principales obligaciones de los racionales cuyo cumplimiento les hace dichosos sin fin; como su ignorancia y transgresion infelices para siempre.

« Lo principal, pues, (dijo) que desea de vosotros « nuestro Rey católico, no son tanto las riquezas « temporales, que sabe bien no las hallará en vues- « tro país, inútil para la produccion del oro y la « plata, cuanto que conozcais al Dios verdadero, « que es uno solo, principio eterno, sin principio ni « fin de todas las cosas, cuya omnipotencia infinita « crió de nada la fábrica maravillosa de los cielos, « el sol que nos alumbra, la tierra que nos susten- « ta, y á los hombres con la forzosa natural obliga- « cion de reconocer y adorar nuestra primera cau-

" sa. Esta obligacion es igual en todos los hombres " del universo, sean de esta ó de aquella nacion, " porque todos la contrajimos con nuestra misma " creacion que obra su mano poderosa sin otro mo- " tivo que el de su infinita bondad; pero la envidia " del demonio, criatura tambien del mismo Dios, ha " procurado por tantos siglos teneros distantes de " vuestro mismo bien, empeñándose á ofuscar en " vuestros entendimientos, ya que no pudo apagar " del todo, como quisiera, el conocimiento de vues- " tro Criador.

" Por este camino, como enemigo mortal del gé- " nero humano, solicita vuestra perdicion, introdu- " ciendo con sus ilusiones errores perniciosos en " vuestros ánimos, para desterrar de ellos aun " aquella imperfecta noticia que teneis de la Divi- " nidad, y por conseguir que antes de lograr su di- " cha, vayan muchos de vosotros á hacerle eterna " compañia en las penas que padece por la rebeldia " á su Hacedor; os enciende en ódios recíprocos, " y deseos de venganza, cuya fuerza os despeña en " la bestialidad tan introducida en vuestra nacion " de comerse unos á otros, por el que llamais dere- " cho de la guerra, siendo en la realidad abomina- " cion aborrecible á la misma naturaleza, y conde- " nada aun de las fieras que rehusan alimentarse " con las carnes de su propia especie.

" De todos estos males, lastimado el ánimo piado- " so de nuestro ínclito monarca el señor emperador " don Cárlos, desea ardientemente salgais de vuestra

" perniciosa ignorancia; detesteis vuestras abomi-
" nables costumbres; dejeis ya de resistir á la ra-
" zon natural, que os dá luz suficiente para conocer
" vuestra ceguedad; abrais los ojos á la luz de la
" verdad, y deis gustosos las manos para abrazar
" de corazon la religion que os estrechará en el
" amor de los españoles, que tanto deseais conse-
" guir, porque este no puede ser durable si faltan
" á su firmeza los fundamentos de la fé, que sin de-
" jar discordia en los dictámenes introducirá en el
" ánimo los vínculos de la voluntad, y (lo que mas
" os importa) os franqueará puerta para entrar á la
" posesion de la felicidad eterna, que tiene Dios
" prometida á los que apartados de los vicios si-
" guen el camino que les enseña la razon, que es la
" observancia perfecta de la ley de los cristianos.

" Para facilitaros todo lo dicho, os envia á estos
" sacerdotes, que son ministros del altísimo Dios, á
" quien debeis adorar y servir, y como otros tantos
" visibles oráculos, en cuyas voces escucharéis la
" doctrina que os desengañe de vuestros errores, y
" os haga capaces de la verdad que vienen á anun-
" ciaros. Lo que solo resta es que les deis gratos
" oidos, como encarecidamente os ruego de parte
" de nuestro Monarca, cuya autoridad interpongo,
" para que les creais en lo mismo que sobre todas
" las cosas os conviene." Así les habló el Adelantado, á quien respondieron los caciques principales con alegre gratitud, estimando el cuidado con que se desvelaba el Emperador por su bien, y ofreciéndose

á abstenerse en adelante de gustar los platos de carne humana, como de acudir con frecuencia á oir la doctrina del Cielo, y admitir con pronta docilidad la religion cristiana, venerando á sus predicadores como á embajadores del Señor del universo.

Concluidas estas diligencias esenciales, hizo reseña de la gente, y se halló con mas de mil y trescientos españoles, inclusos los oficiales y soldados, aunque mejor diré que todos lo eran, pues ninguno se estrañaba de manejar las armas en las ocasiones. Nombró por maese de campo á su antecesor Domingo Martinez de Irala, cuya eleccion, aprobada con aplauso comun del pueblo, no acredita mucho la prudencia de Alvar Nuñez, porque no fué buena política poner las armas en manos de este hombre sagaz y ambicioso del mando, que las podia jugar en algun tiempo contra quien hizo ahora de él la mayor confianza, como lo efectuó á su tiempo; si no es que escuse al Adelantado, ó el no tenerle bien conocido, ó la traza de tenerle satisfecho y seguro en su devocion por este camino.

Empezando á dar providencia en las cosas del gobierno, oyó grandes y generales quejas de los pobladores contra los Oficiales reales, hombres perniciosos en todas las Indias, donde con pretesto de mirar por los haberes reales, se portaron siempre con grande insolencia queriendo avasallar á todos, y atropellando á veces con desenfrenada ambicion, á los mismos que gobernaban en nombre del Rey. Resolvió el Adelantado, celosísimo de la

justicia, reducir á los términos de la razon su demasiada licencia, y le costó esta plausible entereza hallarlos adversos á sus cosas, y que conspirasen con la gente inquieta contra su persona hasta deponerle del gobierno, como veremos á su tiempo.

Dispuso que el maese de campo Irala subiese con trescientos hombres por el rio Paraguay para que pasando del puerto de Juan de Oyolas descubriese otro mas cómodo, por donde se hiciese una entrada hácia el Poniente, para abrir camino y entablar comercio con los reinos del Perú, como se habia concertado en España entre él y el licenciado Cristobal Vaca de Castro. Creo que le encomendaria esta empresa para desviarle de sí y tenerle ocupado; porque segun infiero de las relaciones ya parece se iba descubriendo cuán mal hallado estaba sin el gobierno absoluto de la provincia, aun viéndose tan honrado, y que era la persona de quien el Adelantado mostraba mayor confianza.

Subió pues Irala 250 leguas por dicho rio, adelantándose mas de cien leguas sobre las lagunas de Oyolas hasta descubrir el puerto de los orejones que llamaron de los Reyes, donde hizo amistad con aquella jente que era muy pacífica, y adquirió noticias de la muchedumbre de gentes que poblaban el pais interior, por el cual se habia de penetrar al Perú, y con esta relacion se volvió brevemente á dar razon al Adelantado con buenas esperanzas de poderse efectuar facilmente su designio y asentar comunicacion en aquellos reinos. En tiempo de es-

ta ausencia de Irala habia Alvar Nuñez ajustado paces con la valiente nacion de los agases, piratas contínuos de todo el rio, quienes aunque se dieron por amigos del español, habian despues sin razon violado la amistad: que gentes acostumbradas á la libertad de hacer mal por su antojo, dificilmente se acomodan á la razon y con mayor dificultad se contienen en la fé prometida; sino es que les sirva de freno el temor como sucedió ahora.

Porque conociendo cuánto se habian aumentado las fuerzas de los españoles con la llegada de Alvar Nuñez, recelaron con fundamento se empleasen en sujetarlos y aun destruirlos. Vinieron pues á la Asuncion tres principales caciques de esta gente pidiendo paces con el español; y el Adelantado cuyo genio era particularmente inclinado á la clemencia, los admitió con benignidad, afectando ó ignorancia ú olvido de su pasada inconstancia. Ellos agradecidos abrazaron las ventajosas condiciones con que se les propuso la paz, y fué la principal, que no pudiesen estorbar á ninguno de los suyos alistarse en las banderas de Cristo, si quisiesen admitir el baustismo, movidos de las razones de los predicadores, á quienes habian de permitir anunciasen libremente el Evangelio en su pais. Ni se reparó mucho en concederles á ellos una, en que se empeñaron, de que pudiesen quedar entre los guaranies amigos del español los agases que gustasen, por que en esta condicion andaban encontrados los designios; pero mas asequible el de los espa-

ñoles, pues si ellos con simulacion pretendian por este camino, introducir en nuestro territorio aquellos enemigos encubiertos para valerse de ellos, cuando fuese tiempo de descubrir su traicion, los españoles condescendieron porque no eran tantos que diesen considerable recelo, y eran bastantes para que en nuestro poder sirviesen como de rehenes, para contener á toda la nacion, por estar algunos emparentados con sus principales caciques.

Concluidas las capitulaciones á satisfaccion de ambas partes, se volvieron los embajadores alegres con algunas dádivas con que los agasajó el Adelantado, quien al mismo tiempo tuvo bien en que emplear la atencion y las armas; por que lo primero, fué forzoso castigar la rebelion de la provincia del Ipané, cuyos naturales habian tomado las armas contra los españoles, amotinados por el cacique Taberé en cuyo pueblo se supo paraba prisionero aquel hijo de Alejo Garcia, á quien dijimos perdonaron la vida cuando mataron á su padre, al cual quiso el Adelantado poner en libertad y traerle á su compañia para informarse de él en muchas cosas que podrian conducir para facilitar la abertura del camino para el Perú, de que tendria noticia, como quien hizo aquella jornada que tuvo fin tan desgraciado.

No quiso intentar por fuerza sacarle de la esclavitud, porque aunque lo podria conseguir, seria alterando el sosiego que era necesario y divirtiendo el poder á partes remotas sin necesidad, fue-

ra de que se espondria á quedar desairado en su empeño, pues aunque alcanzase victoria de los dueños, otros podrian matar antes al esclavo que era ocasion de su inquietud, con que se alborotaria en vano aquella gente y no se conseguiria el fin pretendido. Parecióle, pues, mas seguro camino, tratar de rescatarle á trueque de algunas dádivas, y para esta diligencia envió algunos indios guaranies amigos que rogasen á Taberé, le hiciese placer de despacharle aquel cautivo, porque se ofrecia á satisfacer el precio que por su rescate quisiese.

Portose el bárbaro Taberé tan descortés é inhumano, que no solamente no quiso condescender con la voluntad del Adelantado, sino se pasó contra el derecho de las gentes, á ensangrentar en los mensageros á quienes hizo prender y al otro dia los mató á todos escepto uno, con toda la solemnidad que acostumbraba esta nacion en la muerte de sus enemigos, diciendo con estupenda arrogancia. "Asi " cumplimos el gusto de ese capitan, y si se sintie- " ren de este agravio los españoles decidles (habla- " ba con el mensagero vivo) que salgan á su des- " pique y que todo este pueblo les espera puesto " en armas, resuelto á dejar escarmentado su or- " gullo, y á quedar antes cadáveres troncos en este " campo, que mostrarles las espaldas en la fuga."

Irritado Alvar Nuñez con tan inhumano desacato, convocó á consejo de guerra los principales capitanes, á quienes refirió todo el caso, y ponderando cuánto convenia no dejar sin castigo aquel enor-

me delito, de cuya impunidad se seguirian fatales consecuencias, se resolvió de comun acuerdo separase prontamente á tomar venganza, á que todos se ofrecieron gustosos sin temer los riesgos de la faccion, que no dejaban de representarse grandes, porque Taberé era muy poderoso y habia convocado á todos sus vasallos y aliados, y hecho todos los aprestos que le enseñaba su bárbara milicia; pero la costumbre de vencer hácia á nuestra gente, despreciar animosa y osada la multitud y sus fuerzas.

Encargose la empresa al capitan Alonso Riquelme, sobrino del Adelantado, dándole trescientos soldados españoles y mas de mil indios amigos bien pertrechados de armas, que se ofrecieron con alegre prontitud á acompañarles, y Ulrico Fabro los sube hasta el número de dos mil, como el de los españoles á cuatrocientos, haciendo cabo de la faccion á Domingo Martinez de Irala. Sigo en lo dicho al autor de la Argentina manuscrita por que Irala, ó andaba en el descubrimiento del puerto de los Reyes ó estaba tan recien llegado de aquel viaje que no queria Alvar Nuñez añadirle fatiga con la nueva arriesgada comision. Puesto en marcha nuestro ejército, se encaminó á cortas jornadas al pueblo de Taberé, que esperaba con ocho mil bárbaros, en un grande fuerte de madera, que reparó con tres estacadas al parecer inexpugnables, y el mismo género de defensa tenia en cada uno de sus pueblos. Acercóse nuestra gente al pueblo llamado propiamente Taberé, del nombre de su cacique y mandó

Alonso de Riquelme dos guaranies amigos que ofreciesen á los rebeldes buen pasaje, y perdon de su crueldad, si voluntariamente se rendian.

Rechazaron soberbios el partido, y con todo se repitió la misma dilijencia con segundo y tercero requirimiento, á que respondieron en el mismo tono que la vez primera, atreviéndose al dia siguiente al amanecer, á hacer una surtida contra los españoles; pero estos que se hallaban con la vijilancia própia de quien tenia á la vista el enemigo, usaron de sus armas y de su valor con tanta dilijencia, que aunque resistieron los bárbaros porfiadamente por algun tiempo, al fin se desordenaron y retiraron con apresuracion, dejando la campaña poblada de muchos cadáveres, muertes que no costaron daño considerable de nuestra parte.

Con todo, no pareció darles luego asalto, y se contentaron con tenerlos sitiados, para probar si la dilacion les enseñaba mejor consejo. En este tiempo salió el capitan Camargo á buscar vituallas con una compañia de españoles y trescientos guaranies amigos. Volvian bien cargados cuando al llegar á un paso muy estrecho, fueron acometidos por los costados de copioso número de enemigos, que viniendo de socorro, se emboscaron en aquel sitio: desembarazóse prontamente nuestra gente, y cerró luego con la multitud enemiga, y la fué haciendo retirar con igual ardimiento que dificultad, por que les desayudaba la estrechez del sitio: con todo consiguieron llevarlos hasta lugar mas abierto,

donde por no sé qué accidente se mejoraron los bárbaros, é hicieron cara por mas de una hora valerosamente, hasta que un soldado llamado Martin Benson disparó una bala con tan buen pulso, que derribó muerto al capitan que infundia aliento á los rebeldes, y su muerte arrojó tal pavor sobre todos sus soldados, que pasando subitamente del valor al desaliento, huyeron con grande confusion, y siguiendo el alcance, fueron muertos muchos, y otros se rindieron á prision con poca ó ninguna resistencia. Tanto puede en la milicia el valor de la cabeza, que si se conserva, afianza las victorias, y su falta ocasiona la ruina del mas poderoso ejército.

No salió tan barato este suceso á nuestros españoles, que no se comprase con la vida de muchos que murieron peleando gloriosamente, y conociéndose aunque tarde que se aventuraban mucho en prolongar el sitio, porque se daria lugar á juntar mayores fuerzas para obligar á levantarle, se resolvieron dar al dia siguiente el asalto á la fortaleza. Previnose lo necesario para esta funcion, y principalmente se hicieron, de ciertos higuerones, unas grandes rodelas y adargas, á cuya sombra pudiesen acercarse sin daño á las trincheras y torreones del enemigo, para romper la mas fuerte estacada; pero no dieron lugar los sitiados á acabar estas prevenciones, porque impensadamente salieron por dos puertas con grande ímpetu, penetrando por nuestro real, hasta apoderarse de la plaza de armas.

Los españoles avergonzados de que hubiesen ganado aquella ventaja revolvieron sobre ellos con tanto ardimiento, que sin detenerse al estrago que hacian las balas á lo distante, se acercaron á pelear espada en mano, hasta arrojarlos del real en que se señaló sobre todos Alonso de Riquelme, que resuelto á vengar á todo riesgo aquel atrevimiento, salió con dos mangas de españoles y amigos al oposito de los que huian, tomándoles el paso de la retirada, donde se renovó la fuerza del combate, y fué sangriento el estrago que ejecutó matando á mas de seis cientos indios hasta que la fuerza del calor escesivo, por ser aquel dia el sol muy ardiente, obligó á tocar á recoger, y se dió lugar á que los restantes se refujiasen en la fortaleza.

Entraron tan atemorizados, que enviaron á pedir al dia siguiente se les concediese el plazo de tres dias, con pretesto de consultar entre sí y ajustar las capitulaciones con que admitirian la paz, á que se les habia convidado. Condescendióse con su ruego, por comun acuerdo de nuestros capitanes, para justificar mas de nuestra parte aquella guerra, y repitiéronse los requirimientos; protestándoles que si se rendian á dar la obediencia al Rey, no solo cesaria la guerra y se pondria en olvido las hostilidades pasadas, pero se usaria con ellos toda la benignidad que pudiera con los mas fieles amigos. Vivian ellos muy léjos de abrazar este partido, y daban largas en la respuesta positiva siendo su intento verdadero entretener con varios pretes-

tos aquellas pláticas para dar lugar á que les llegase socorro, que pudieron introducir á vueltas de nuestro descuido, asi por tierra como por el rio, con muchas municiones y bastimentos.

Conocióse entonces, aunque mas tarde que debiera, el engaño, y corridos de haber mantenido su buena fé, se resolvieron á despicar su desaire en un récio asalto que les dejase escarmentados. Fabricáronse á este fin aquella noche con toda diligencia, dos castilletes de madera que se moviesen sobre ruedas, dándoseles tal altura que quedando superiores á la fortaleza, sirviesen para disparar desde ellos los arcabuces y ballestas con tanta seguridad de los que los ocupasen, como cierto daño en los sitiados, pues solo descubrian el lugar preciso para apuntar las armas, y como eran máquinas movibles llevaban el estrago á todas partes.

Trabajaron todos en esta fábrica aquella noche, y la luz del dia la descubrió perfecta. Señaláronse tres sitios para el asalto, para que se divirtiesen á muchas partes las fuerzas enemigas, y fuese mas débil la resistencia: uno de los trabajos se destinó para el capitan Rui Diaz Melgarejo, otro para el capitan Camargo, cada uno con sus compañias, y la frente escogió para sí Alonso de Riquelme, dejando libre la parte del rio, porque su cercanía á una alta barranca que alli forma, no daba lugar á embestir por aquel lado. Dióse la señal de acometer alentando la voz sonora de un clarin los ánimos de los españoles y amigos para cerrar á un mismo

tiempo con gran denuedo; y acercándose á pelear con los enemigos en sus mismos cubos, se defendian con igual ardor y hacian considerable daño, hasta que arrimando los dos castilletes portátiles por donde peleaba Riquelme, dispararon tan espesa lluvia de balas y saetas desde su eminencia, que se apartaron los enemigos y tuvieron lugar los nuestros que no peleaban de llegarse cubiertos de sus adargas, y echar en tierra con hachas y machetes parte de la estacada, por donde introdujeron sin mucha dificultad gran número de soldados.

Por la parte que combatia el capitan Camargo se reconocia en los bárbaros alguna ventaja, pues herido de un flechazo y muertos algunos de sus soldados empezaba ya á aflojar en el asalto á tiempo que incorporándose con su compañia el alferes Juan Delgado, que fué á socorrerle, rompieron tambien por aquella parte la estacada y entraron algunos soldados que se apoderaron de un cubo en que los sitiados conservaban su mayor fuerza. Por la banda opuesta, corria manifiesto riesgo el capitan Melgarejo, por que se defendia con un ancho y profundo foso, que era imposible pasar sin echarle puente, y cuando andaban en esta diligencia, salieron por la parte de la barranca dos tropas numerosas de bárbaros, que revolviendo una sobre la gente de Camargo y otra sobre la de Melgarejo, les embistieron por las espaldas, cargándoles con densas nubes de flechas.

Fueles preciso para hacer rostro, volver las es-

paldas á la estacada, desde donde los bárbaros dieron sus cargas con tan buen efecto que dejaron heridos de cuidado á muchos, pero no obstante respondieron con sus arcabuces y ballestas tan prontamente que los desbarataron y obligaron á retirarse con algun desorden para acudir al reparo de la mayor necesidad que reconocieron en la parte donde combatia Alonso Riquelme, quien infundiendo en todos los suyos aliento con su ejemplo, entraba por la fortaleza dando muerte á cuantos se les ponian por delante, y la gente de Camargo, que en seguimiento de los que apresuradamente huian se halló al pié de la fortificacion, pegó fuego á algunas casas cercanas.

Las llamas que miraban los españoles como anticipadas luminarias para celebrar su victoria, hallando grande disposicion en lo combustible de la materia de los edificios, corrieron con sobrada celeridad hasta la plaza, cuyo ámbito ocupaba la mayor fuerza y mas principales soldados, en cuya valerosísima resistencia se conoció la calidad de la gente que alli combatia, para defender las entradas de las calles, que tenian atajadas con otras estacadas del mismo género. Rompiéronlas por fin con grande estrago de los bárbaros, que en número de cuatro mil, se unieron estrechísimamente, con la noble resolucion de defender á costa de su sangre la casa del cacique Taberé que era espaciosísima.

Acercándose á ellos los españoles, en distancia proporcionada al alcance de sus flechas, dispararon

á un tiempo tanta multitud de estas, que anduvo algo apresurada la necesidad de cubrirse con sus grandes adargas; pero recibida esta carga, les acometieron con tanto denuedo así los de Riquelme como los de Melgarejo que le siguieron, que al cabo de porfiada resistencia se consiguió desunirlos; mas ellos haciendo el último esfuerzo de la desesperacion aunque desampararon el puesto, pudieron volverse á unir y peleaban furiosamente, matando á dos de nuestros soldados é hiriendo á muchos cuya sangre encendió mas el coraje para cargarles.

Hiciéronlo con tanta resolucion que les obligaron á retirarse con diligencia, bien que siempre caminaban haciendo cara, ni dejaban de pelear hasta que saliendo por la parte del rio donde tiraban á fortificarse, se vieron tan oprimidos de Riquelme, que se declaró en fuga la retirada, arrojándose unos al rio, y otros saltando en las canoas en que vino el socorro: estos ganaron facilmente, dando todo el impulso á los remos, la margen opuesta; pero de aquellos que eran los mas, pereció gran número, impidiéndose unos á otros con la turbacion la destreza en el nadar, ó siendo blanco de nuestros arcabuces y ballestas, los que eran mas tardios en huir.

Concluida esta faccion, revolvió Requilme con el mismo ardimiento sobre la casa de Taberé, donde todavia duraba el combate, manteniéndole desde adentro algunos mas obtinados; pero tomando todas las puertas se entró á un mismo tiempo por to-

das sin dejar persona con vida. Así se declaró por nuestra la victoria que fué muy sangrienta porque los indios amigos, que codiciosos del pillaje no dejaban casa por saquear, tampoco perdonaban á edad ni sexo, quitando las vidas igualmente á niños y á mujeres, que á los capaces de tomar armas, que anduvieron tan encarnizados, que costó trabajo el recojerlos. Corrióse de esta manera todo el pueblo que enteramente quedó despoblado, y cesó la batalla por falta de enemigos.

Alojóse nuestro ejército en la espaciosa plaza donde se trajeron todos los prisioneros que entre mujeres y niños subian al número de tres mil; los cuales se repartieron entre los soldados por premio de su trabajo: los muertos pasaron de cuatro mil, no siendo de nuestra parte, sino solo cuatro, aunque mas de ciento cincuenta heridos, que se congratulaban de la sangre vertida, por haber sido parte para tan insigne victoria que se consiguió año de 1542 víspera del apóstol Santiago, cuyas circuntancias no se duda que daria mayores alientos á la esperanza de estos valerosos españoles, por mirar á este título como empeñado en su defensa al heroico patron de nuestras armas. Dióse sepultura á los cuerpos de nuestros cuatro soldados con las honras fúnebres al uso militar, como permitian el tiempo y el lugar, y aunque no les faltó con las lágrimas la última piedad, se escondieron sus nombres bajo de la tierra que cubrió sus cuerpos.

Los que salieron sanos se emplearon con mucha diligencia en la cura de los heridos, sirviéndoles con los remedios que ofrecia la disposicion del lugar hasta la perfecta convalecencia; y en todo el tiempo que allí se detuvieron fueron viniendo los pueblos de la comarca llenos de asombro, á rendir obediencia á los vencedores, porque á todos alcanzó el espanto de nuestras armas y el sentimiento del estrago, no habiendo apenas persona en todos ellos á quien no tocase la lástima por este ó por otro título: conque desengañados de lo poco que podian obrar contra nuestras armas, y lo mucho que se esponian á padecer en la resistencia, abrazaron el partido de profesar vasallaje á nuestro monarca, siendo entre todos el que mas se señaló en las sumisiones el orgulloso Taberé,que temiendo la vecindad de su ruina, si no la prevenia con diligencia, vino entre los primeros humilde como vasallo, triste como desgraciado, vistiéndose su semblante de los colores de su fortuna, á rogar se le concediese la gracia de admitir su forzado rendimiento con sola la condicion de que se le perdonase la vida.

Los españoles generosos por naturaleza, le concedieron mas de lo que pedia, atendiendo no á lo que merecia su protervia, sino á lo que le dictaba su piedad: dejáronle con sus vasallos; pero escarmentado con su infortunio, y él supo dar á entender con su constante fidelidad en adelante, que vivia agradecido á este beneficio, acudiendo pronto

con sus armas á donde llamó la necesidad. Por fin quebrantado el orgullo de los bárbaros, admitido entre ellos el dominio español, y refrescada nuestra gente, se puso en marcha para la Asuncion, donde los aplausos comunes correspondieron á la felicidad de la empresa; porque al entrar, se llenaban los aires de vivas, las calles de fiestas, y encaminados al templo, tributaron gozosos á Dios las gracias por tan esclarecida como completa victoria.

Empezó presto el cacique Taberé, á hacer demostraciones de la sinceridad con que se habia sujetado á los españoles, juntando prontamente el socorro que se le mandó aprestar, para castigar á los bárbaros guaycurues, que fueron dos mil guaranies sus vasallos, bien pertrechados de armas y de víveres. Era entonces la nacion guaycurú muy numerosa, y su muchedumbre les daba alientos para avasallar á sus vecinos; porque es gente naturalmente orgullosa, inclinada á la guerra y muy inquieta. Infestaban el pais de los guaranies, y les usurpaban sus tierras y pesquerias, de que presentaron formal querella ante el Adelantado, y este mandó tomar informacion del caso, de que resultó culpa contra ellos; por lo cual se determinó á despachar á los padres, comisario fray Bernardo de Armenta y fray Alonso Lebron, con el licenciado Francisco de Andrada, clérigo presbítero, para que les requiriesen en nombre de S. M. que restituyesen llanamente cuanto tenian usurpado, diesen la obediencia al Rey

desistiesen de la guerra, y admitiesen en su territorio á los predicadores evangélicos, porque de repugnar á cualquiera de estos capítulos, seria forzoso publicar contra ellos la guerra como desde entonces, para aquel caso les declaraba.

No estaba acostumbrada la barbaridad indómita de los guaycurues á semejantes proposiciones, como criada en toda licencia, sin admitir freno á los desvaríos de su antojo, y no sobró la escolta de 50 soldados, conque mandó el Adelantado acompañar á los embajadores para su seguridad; porque hecha su representacion fué mal recibida de los principales, mostrando su disgusto no solo en los semblantes, sino en las manos; y diciendo que no pensaban obedécer á los estranjeros, empuñaron sus armas y acometieron á nuestra gente que tuvo á bien poder escapar con vida aunque con algunas heridas.

A vista de este enorme insulto que dejaba vulnerado atrozmente el derecho de las gentes, y ponia toda la justificacion de parte de las armas españolas, pareció al Adelantado no diferir el castigo de tamaña insolencia: mandó aprestar quinientos soldados de infanteria y diez y ocho caballos y por cabos subalternos, nombró á Domingo Martinez de Irala y á Juan de Salazar, de cuyo valor fiaba mucho, determinando mandar personalmente la faccion, por lo cual dejó en la Asuncion con el gobierno á Gonzalo de Mendoza. Por el rio, fueron nueve bergantines y doscientas canoas que sirvieron para

el transporte de los víveres y municiones, y para el pasaje del ejército español desde la costa oriental á la de los guaycurues que se efectuó felizmente en el pueblo de Zaguay, de que era cacique un indio cristiano llamado Lorenzo Mormocen, donde se hallaban juntos algunos millares de guaranies que acudieron gustosísimos y bien armados á esta guerra que miraba principalmente á su defensa.

Desde aqui, se avanzaron algunos espias, á esplorar con diligencia la disposicion de los enemigos, á quienes tenia tan descuidados su propia confianza, que léjos de imaginar la venida del español se ocupaban en la caza discurriendo vagos, segun su costumbre, con sus hijos y mujeres por aquellas selvas. Por esta relacion se determinó irlos siguiendo á lo largo para darles lugar á que asentasen su portatil poblacion, donde se sorprendiese junto algun buen número en cuyo castigo escarmentasen los demas y quedasen debilitadas sus fuerzas; que acometerlos divididos, era solo espantar la caza, y no lograr el fruto de la jornada. Dióse orden, que las marchas fuesen de noche con la luz de la luna, que hacia muy clara, para ser menos sentidos, y en una de ellas, sobrevino impensadamente un accidente, que puso á todos en peligro de acabarse entre sí mismos sin llegar á las manos con el enemigo.

Caminaban los indios auxiliares, cuando se atravesó un tigre cuya vista les causó alguna turbacion, que ocasionó un confuso murmullo, el cual interpretando algunos castellanos inconsiderados

á alteracion sediciosa contra ellos, se alborotaron de manera que jugaron luego las armas, y dos balas dieron en la ropa de Alvar Nuñez, yerro que dió motivo á la sospecha de que habia sido traza de Domingo de Irala aquel repentino sobresalto, para quitarle la vida y restablecerse en el Gobierno: pero si fué así, que no hallo todo el fundamento necesario para dar crédito á esta sospecha, se frustró su designio, porque ni el Adelantado recibió lesion, ni el alboroto pasó adelante por la industriosa diligencia con que desvaneció todos los rumores.

A este tiempo dió una espía aviso á nuestro campo, de que los guaycurues habian asentado su pueblo á tres leguas de distancia á donde se fueron acercando los castellanos con mucho silencio y órden, hasta que antes de amanecer se pusieron en sitio desde donde se dejaban oir algunas injurias y amenazas, con que al son de sus tambores provocaban á los nuestros con la confianza de quien los tenia muyléjos.

"Vengan (decian) á nosotros las naciones todas del Orbe, que aunque el número de la nuestra es inferior, vale cada uno de nosotros por mil. Vengan los estranjeros cobardes, que nosotros, como señores del pais, dejaremos escarmentada su osadía, y conocerán que cuanto han obrado hasta aquí en nuestros confinantes, ha sido efecto mas de la cobardía de estos, que de su propio valor. Vengan á probar sus armas con las nuestras, que si ellos

despiden rayos, á nuestro favor pelearán todos los elementos; nosotros somos señores de todos los animales y fieras de estos campos; juntemos nuestras fuerzas y acabemos de una vez con estos advenedizos que quieren tiranizar nuestra patria y nuestra libertad: los rios que nos miran como dueños, se confederarán con nosotros para innundarlos; la tierra no les dará sitio cómodo para ofendernos; el aire se enfurecerá para su ruina; el fuego ejercerá su ardor en su castigo; las fieras harán tales estragos con ellos, que si alguno escapare, quedará desengañado de que es cosa muy diversa ...berlas con otras naciones que con los guaycu... ...vo valor sabrá mostrar que no son ellos in-

...aban á sí mismos en sus cantares, ... le artificio, cuando al ... uerpo de nuestra gente ... rogancia con bastante ... ros causó la vista re- ... como quien fiaba de su valor ... editar los accidentes de la contraria ...

¿Quién sois voso... ...pezaron á gritar desde sus pueblos) que osais venir á nuestras casas? Respondió pronto Héctor de Acuña, que en su cautiverio aprendió su idioma y marchaba en la vanguardia: "Yosoy Héctor, que vengo á tomar venganza de los estragos que habeis ejecutado en nuestros amigos." "En mala hora, replicaron los bárbaros, ven-

gais tú y los tuyos, quienes participareis del mismo rigor, y arrojando á los nuestros los tizones de fuego, echaron prontamente mano de sus armas y se pusieron en defensa.

Fuéronse acercando mas presurosos que ordenados, hácia nuestro campo con grande orgullo y algazara, y esperábanles sin demostracion de resistencia los guaranies auxiliares, sobre quienes cayó tal miedo, que solo detuvo su fuga el rubor de tener por testigos de su fealdad á los castellanos. Habia encomendado Alvar Nuñez la artilleria á Diego de Barba, y la infanteria al capitan Juan de Salazar, y él gobernaba la poca caballeria á que mandó poner pretales de casc[illegible]
á poco mas que tiro [illegible]
bestir. Los guayc[illegible]
do la carga de su [illegible]
al sentir el ruido [illegible]
de manera, que aun[illegible]
y se herian unos á otr[illegible]no
que recelaban.

Atropelláronlos enton[illegible] los rompieron, sin darles lugar á [illegible]ertos que es el primor de su milicia, [illegible] se conoció mas claramente que se hallaba[illegible]idos: cesaron los gritos del enemigo, y se oye[illegible]n solamente en el repentino silencio las voces de los *pingollos* con que tocaban á recojer, como se conoció brevemente en su precipitada fuga, dejando por despojos de la victoria, cuatrocientos prisioneros y el campo poblado

de muertos que mató principalmente la artilleria, porque logró al principio muy bien todos sus tiros, derribando el asombro á los que perdonaban las balas.

Esta victoria granjeó tanta mayor reputacion á nuestras armas, cuanto no habia memoria que otra nacion hubiese jamás vencido á los guaycurúes, contra quienes no se siguió alcance, porque dió cuidado el desaliento observado en los guaraníes, y tambien se temió nos desamparasen en tierra capaz de ocultar algunas emboscadas, porque era costumbre suya retirarse en logrando la menor presa del enemigo; por lo cual se volvió todo el ejército con grande órden para evitar los lances que pudiera lograr el guaycurú en nuestro descuido, porque sin desistir de sus dañados intentos de acabar á los castellanos, daban repentinos asaltos como prácticos del terreno, en parajes poco á propósito para la defensa, y sola la vigilancia pudo servir de seguridad á los vencedores, para que sin nuevo daño pudiesen entrar triunfantes en la Asuncion, y celebrar el feliz suceso, mas alegres con la reflexion de cuán poco les habia costado aquella faccion gloriosa.

CAPÍTULO X

Ajusta paces el adelantado Alvar Nuñez con los guaycurues y otras naciones, é intenta poblar de nuevo la ciudad de Buenos Aires, pero sin efecto. Vuelve Domingo Martinez de Irala á descubrir por el Paraguay, y despues repite la misma diligencia el Adelantado personalmente, venciendo las contradicciones de los oficiales reales, que tiraban á desvanecer esta empresa, y en el camino castiga á los pérfidos payaguás.

Fueron comunmente entre las naciones bárbaras de estas Indias, las rebeliones y alevosías como las cabezas de la Hydra que cortada una brotaban otras en mayor número, porque eran gentes brutales, que ni de nombre conocieron á la fidelidad, ni observaron otra ley que la de su antojo. Asi se vió ahora en la Asuncion, en la ausencia de Alvar Nuñez, porque aunque los agases, habian ajustado paces con los españoles, solamente las guardaron el tiempo que les sirvió de freno el temor de nuestrapotencia; pero partiendo el Adelantado á la guerra contra el guaycurú, les pareció serian suficientes á vencer la guarnicion que gobernaba Gonzalo de Mendoza y determinaron entrar por fuerza á la ciudad y destruirla.

Con este designio se acercaron en buen número; pero siendo sentidos de nuestra vigilancia, no se atrevieron intentar la faccion, y se contentaron con revolver las armas contra las caserías de la comarca, que en confianza de la paz se hallaban indefensas; cautivaron muchas mujeres, y dando por rota la paz, continuaban las hostilidades con contínuo sobresalto de todos nuestros amigos que no se atrevian á cultivar la tierra por no esperimentar la saña de los enemigos. Entró en cuidado Gonzalo de Mendoza, pero no se atrevió á divertir sus fuerzas para intentar el castigo; y solo pudo hacer la diligencia de doblar la vigilancia y aumentar el recelo que nunca sobra en tiempos de guerra, y suelen suplir la falta del poder.

Por eso viniendo en ese tiempo á hacer alianza seis indios yaperues, entre su nacion y la española, dando por motivo de su deseo, el haber sabido los suyos que iban los nuestros á debelar los guaycurúes, sospechó facilmente que era trato doble; y los tuvo presos hasta que volvió el Adelantado, quien los puso en libertad y agasajó con algunas bujerias, dándoles á entender lo que sentia el mal pasaje que se les habia hecho, y que los reconoceria siempre por amigos, si se abstenian de hostilizar á los guaraníes, vasallos del Rey: con que los despachó alegres y contentos, perdiendo á vista de estas señales de amistad el miedo que por su prision habian concebido.

En lo que miraba á los agases, puso el punto en

consejo, pidiendo el parecer de los religiosos, de los capitanes y de los oficiales reales, quienes de comun acuerdo resolvieron era lícito hacerles guerra sangrienta, pues sin causa habian roto las paces, y cometido bárbaras hostilidades que justificaban de nuestra parte la venganza con fuerza de armas. Pero antes de efectuar este acuerdo quiso probar si podia ganar los ánimos de los guaycurúes, para dejar por ese lado seguras las espaldas en su amistad. A este fin, hizo publicar que ninguno de los que se habian aprisionado fuese tenido por esclavo por no haber precedido las diligencias que mandaba S. M. y haciendo comparecer en su presencia á todos los prisioneros les hizo un breve razonamiento, lastimándose de que su bárbaro proceder le hubiese forzado á la severa demostracion de aquella guerra, donde ponderó con enerjía su delito, que justamente habia provocado nuestras armas; pero les aseguró despues mas benigno, que ya estaba satisfecho, y les admitiria gustoso á nuestra amistad, si la admitiesen con sinceridad; sobre que significó mañosamente su deseo de conferir con los principales á quienes por medio de uno de ellos mandó á llamar para entender su voluntad.

A los cuatro dias vinieron con el mensagero veinte guaycurúes principales que solicitaron audiencia del Adelantado. Introducidos en su presencia se asentaron sobre un pié, bárbara cortesía con que significaban venir de paz, y empezando con bastante desenfado su arenga, se jactaron de las

muchas guerras que habian mantenido gloriosamente contra los guaraníes, tapernes, agases, guatataes, naperues, mbayas y otras diversas naciones, de las cuales siempre habia triunfado su valor, sin haber visto jamás el rostro de la contraria fortuna, ni esperimentado sus reveses, lo que les habia persuadido ser invencibles, pero que pues el suceso pasado les desengañó de su error, quedando vencidos de los castellanos, no podian dejar de reconocerlos por mas valientes, y como á tales, se les sujetarian de grado.

Respondióles el Adelantado, que el motivo para enviarle á él y á los suyos á aquel país su soberano el gran Rey de Castilla, era principalmente para enseñarles el camino del cielo y mantenerlos en paz; por lo cual, si ellos desistian de la guerra contra los guaraníes sus amigos, los recibiria por tales, y en señal de la amistad, les restituiria luego libres todos los prisioneros.

Abrazaron gustosos este partido, y protestaron representando la voz de toda su nacion, que daban desde entónces la obediencia al rey de Castilla; que recibian por amigos á todos los guaraníes que lo eran nuestros, y se obligaron á proveer de bastimentos á toda la ciudad, y acudir á ella en cuanto se les mandase.

Aceptados estos capítulos, se pusieron en libertad todos los prisioneros que no acababan de creer lo mismo que esperimentaban, enseñados al rigor con que solian tratar á los cautivos que caian en sus

manos; y haciendo algunas demostraciones á su usanza en señal de su agradecimiento, se ofrecieron de nuevo con humilde solicitud al cumplimiento de cuanto habian prometido, y lo observaron fieles por muchos años, acudiendo á la ciudad cada cuno dias, á conducir bastimentos á trueque de rescates, portándose como fieles amigos. Tanto puede el buen término y un beneficio hecho á tiempo, para domesticar los ánimos mas feroces.

Fué tan poderoso el ejemplo de los guaycurúes rendidos, que desconfiaron otras naciones poder resistir al valor español, cuando habia podido quebrantar y aun sojuzgar el orgullo de la gente guaycurú temida y respetada de todos los vecinos; por tanto, vinieron de parte de algunas naciones, mensajeros á rendir la obediencia, trayendo por rehenes que asegurasen su fidelidad, algunas doncellas nobles, que se quedaron en la Asuncion, porque no era justo hacer confianza de su inconstancia, cuando esta sugecion era imperada únicamente del miedo.

Con todo eso, aunque les admitió las prendas el Adelantado, despidió gustoso á los mensajeros, asegurándoles, esperimentarian toda benignidad en el nuevo dominio, porque el ánimo de nuestro monarca, tenia por principal blanco de aquella conquista el darles á conocer el Dios verdadero, y asentar entre ellos la vida política que les traeria imponderables bienes: que diesen entrada en sus tierras á los predicadores del Evangelio, y en sus

corazones á la doctrina del cielo; y fuesen amigos de la nacion guaraní: todo lo cual, cumpliendo, tendrian en su amparo y defensa nuestras armas y nuestro valor, y esos mismos hallarian contrarios suyos si faltaban á lo prometido, lo que no podia creer de su noble generosidad.

Y porque las dádivas, son la retórica mas poderosa para hacer creer quien pretende persuadir especialmente á bárbaros que suelen dar mas crédito á las manos liberales que á la lengua locuaz, les cargó de los dones que sabia tener entre ellos mas estimacion; con que se partieron contentos, y se consiguió el fin de tener aquellas gentes aseguradas en nuestra devocion; sino con todas las formalidades de vasallos, á lo menos con la realidad de sinceros auxiliares para las urgencias que ocurriesen.

Echáronse menos en estas demostraciones, los obstinados agazes, en cuyos protervos ánimos no pudo labrar la benignidad del Adelantado, para reducirlos á tomar el cuerdo consejo de las otras naciones, y en virtud del decreto de hacerles guerra, se dió principio á la ejecucion por la muerte de doce individuos de esta nacion que se prendieron por salteadores, y se les ahorcó en varios árboles fuera de la ciudad, de donde se dejaron pendientes para que el temor de semejante castigo causase en los demás aborrecimiento á la culpa, y á los agases, fuese señal del rompimiento. Con todo eso la faccion contra dicha gente, no pasó por entónces

de estos principios, porque ellos, recelosos de su eminente ruina, parece se retiraron á parajes remotísimos, abadonaudo su país, y no pudo penetrar nuestro ejército por los pantanos insuperables que defendian su guarida; pero se consiguió el mismo efecto que si hubiesen sido debelados, porque conteniéndoles asi el muro, que nos servia de embarazo, como su propio temor, cesaron sus hostilidades y dejaron gozar el sosiego de que necesitaba la República española y nuestros aliados.

Valióse de esta quietud el Adelantado, para disponer un buen socorro que en dos bergantines cargados de víveres y gente, despachó con Gonzalo de Mendoza á los que antes por su órden bajaron á poblar de nuevo el sitio de Buenos Aires; pero no pudiendo sacar de su corazon la espina que traia trabada por la poca sinceridad de Domingo de Irala, le pareció continuar la diligencia de traerle apartado de sí con algun pretexto honroso para no desconfiarle, que seria lo mismo que perderle á él, ó perderse á sí, contingencia á que no queria aventurarse, cuando todo á su parecer lo precavia, empleando su ardimiento militar y su sagacidad en alguna faccion distante.

Estimulóle á resolverse la prevencion que le hicieron sus confidentes de que no acababa de sosegar Irala con la vida privada, y con parecer de los religiosos y de los capitanes, le nombró para repetir la jornada por el rio Paraguay arriba, ofreciéndole en remuneracion que representaria este

servicio con los demás al Rey, para que recibiese con digno prémio; y dióle noventa castellanos en tres bergantines pertrechados de bastimentos para tres meses y medio, con promesa de que le socorreria á tiempo, y órden de que registrase las poblaciones de ambas márgenes; pero principalmente la occidental, para inquirir las noticias que pudiese de lo interior de la tierra, y desde el parage que le pareciese, despachar por tierra algunos guaraníes escogidos, con los castellanos á descubrir aquellas provincias.

Partidos los bergantines en 20 de Noviembre de 1542, llegaron al puerto de las Piedras, setenta leguas de la Asuncion, desde donde los tres castellanos con ochocientos indios, cojieron su derrota hácia el poniente; pero el fuego que los guaraníes pegaban á los campos, servia de aviso á los infieles para que no se dejasen ver, y fuera de eso el cacique principal, llamado Aracaré ó por alguna desazon tenida con los castellanos, ó porque echaba menos su natural altivez, la autoridad de disponer á su arbitrio la jornada, determinó desamparrarlos, é indujo á los demás á seguirle, lo que pusieron por obra; valiéndose de las sombras de la noche para ejecutar con menos verguenza su retirada. Sintiéronlos marchar los tres castellanos, y se vieron forzados á retroceder con ellos, por no quedar espuestos á perecer sin fruto.

No era aquella coyuntura para perder aquella gente de que tanto necesitaba Irala, y disimuló

por eso aquella desobediencia, no atreviéndose á castigar aun al autor, por no aventurar la empresa; porque si intentaba su castigo, dado caso que lo consiguiese, era factible que los cómplices como incursos en la misma culpa, ó se huyesen ó prorumpiesen en algun motin que envolviese á otros, lo que seria mayor embarazo; con que entendiéndose á solas con su irritacion, la ocultó sin torcer aun el semblante á los culpados, y admitió sus frívolas escusas con la serenidad que si le dejaran satisfecho.

Pero no bastó todo este disimulo para que Aracaré se diese por seguro, que la conciencia del delito, es fuerte torcedor que atormenta al delincuente sin permitirle sosiego, é infundiendo su recelo, en los que por seguirle incurrian en su mismo delito, les supo decir tanto, que les obligó á que se ausentasen de nuestro campo, lo que puso en grande irritacion á Irala, pesaroso ya de haber procedido con tanta cautela; pero este mismo suceso hizo osados á cuatro indios ya cristianos, que para desmentir cualquier sospecha que pudiese admitir contra su fidelidad el génio mas supicaz, se ofrecieron intrépidos á proseguir el descubrimiento que malogró la perfidia de Aracaré.

Admitió Irala con agradecimiento la oferta; dióles cuatro castellanos que quisieron llevar por testigos de su valor, y ellos en número de mil quinientos caminaron treinta dias por tierras despobladas, padeciendo excesivos trabajos, sin que su valor bien aleccionado en la escuela de la toleran-

cia, diese el menor indicio de flaqueza, aunque les tenia reducidos la necesidad á sustentar la vida con raices, y apagar la sed con solo su zumo. Al fin perdieron el tino, y los castellanos mas cuerdos, conociendo era temeridad la prosecucion, les obligaron á retroceder, recreciéndoseles el trabajo por no hallar á Irala que habia subido rio arriba en su descubrimiento, y ellos encaminaron allá por tierra sus marchas, y llegaron muy consumidos del cansancio y del hambre; y no menos fatigados de los contínuos asaltos de Aracaré, que los molestó con ánimo de acabarlos, si hubiera correspondido su valor á sus deseos.

Defendiéronse los guaraníes fieles, gobernados de los castellanos, con aliento superior á sus pocas fuerzas, las que se debilitaron mas en una travesía que ocurrió de tierra esteril y seca, donde les llegó casi á postrar la sed fomentada con el ejercicio y con el calor del sol; pero llegando á terreno mas apacible, se alojaron algunos dias logrando en ellos alguna caza, y principalmente el refrigerio de que necesitaban. En la Asuncion se hizo proceso contra Aracaré, y constando por él los desafueros cometidos, se fulminó sentencia de muerte, cuya ejecucion se encomendó al valor y sagacidad de Domingo Martinez de Irala, á quien se despachó órden sobre esto, y él logró todo el desempeño que podia lograr de aquella comision, porque aunque halló en Aracaré, porfiada resistencia, pero muchos de los suyos se portaron con flojedad en su defensa, porque ya le se-

guian contra su dictámen: con que al fin le hubo á las manos, y no queriendo abrazar la fé, para que le dió tiempo, le ahorcó de un árbol, de que dejó pendiente el cadáver para el escarmiento; y á la muchedumbre concedió el perdon por menos culpada, como que procedió engañada de aquel perverso cacique.

Al mismo tiempo llegaron á la Asuncion los bergantines que fueron á fundar de nuevo á Buenos Aires, y se supo habia sido tal la miseria que estuvo á riesgo de perecer toda la gente; y aun veinte y cinco soldados tomaron la resolucion de retirarse al Brasil, fiándose á la inconstancia de las aguas en una lancha por no padecer el peligro cierto del hambre, que hubiera consumido ciertamente á los restantes, á no haber llegado Gonzalo de Mendoza con el oportuno socorro que despachó el Adelantado. Los bárbaros querandiès, no faltaron en nada al despique de su ódio contra los españoles, fatigándoles con asaltos contínuos, para que no lograsen fundar el pueblo que miraron siempre con horror, como á padron de su libertad: la misma tierra parecia conjurada contra aquellos pobladores, porque con las aguas del invierno, no fraguaban los edificios, no subsistian las tapias que levantaban, y todo junto les obligó á desistir del intento de fundar alli el pueblo, á abandonar el pais que se les mostraba adverso, y á recojerse á la Asuncion.

Aqui les sobrevino presto nuevo trabajo á todos

los castellanos, porque á 4 de Febrero del año siguiente de 1543, tres horas antes de amanecer, se prendió casualmente fuego en una casa pajiza, de donde impelido por el viento que soplaba muy vigoroso, se fué comunicando á las otras contiguas tan voraz que en breve redujo á cenizas la mayor parte de la ciudad. El Adelantado, luego que tuvo la primera noticia, hizo tocar alarma tan vivamente que obligó á que todos apresurasen la diligencia en acudir, porque se llegó á presumir era artificio de los indios, que tiraban por este medio á consumir á los que no pudieron vencer en la guerra; pero aunque se averiguó presto habia sido casualidad, y mostraron en abono de su inocencia la misma prontitud, conque todos ellos acudieron á apagar el incendio, con todo eso, sirvió aquella prevencion para atajar que no fuése mayor el estrago, asi en las casas como en la gente y para que se pudiesen preservar las armas.

Los sucesos que á la primera vista parecen infaustos, suelen muchas veces ceder en mayor provecho, como se vió en este, porque las llamas de aquel incendio, dieron luz á los españoles para conocer el peligro que hasta entonces no imajinaron y se publicó luego bando, para que todos labrasen la casas de tapias, señalándose á cada vecino número competente de indios para la fábrica, en que se miraba á su propia seguridad, y á la fortaleza que serviria para mejor defensa y mayor duracion. De esta manera quedaron remediados los que parecia saldrian perdidos.

En este tiempo dió la vuelta de su espedicion Domingo Martinez de Irala, y refirió como arribó á la nacion de los indios cacovés, gente aplicada á la labranza, y que haciendo tres jornadas por lo interior del pais, el cual le pareció abundante, descubrió algunos indicios de que tenian oro y plata, y puso por nombre á aquella tierra el *Puerto de los Reyes*, por haber aportado á ella el dia de los Santos Magos á su parecer con buena estrella, pues habia tenido la suerte de descubrir los metales que podrian hacerles echar en olvido los trabajos antecedentes.

Con esta relacion, sobre cuyo contenido confirió el Adelantado con los relijiosos, capitanes y oficiales reales, se resolvió á hacer entrada personalmente por el dicho puerto de los Reyes. Aplicóse á disponer todas las prevenciones que parecian necesarias para aquella jornada; hízose abundante provision de armas para los indios que habian de servir en ella; dióse aviso á los caciques amigos, señalándoles el dia en que se habian de hallar prontos á la partida y se puso particular cuidado en juntar copiosa cantidad de víveres; pero se reconoció no ser suficientes para el tiempo que se presumia ser forzoso, por lo cual despachó á Gonzalo de Mendoza con tres bergantines á buscar bastimentos entre los guaranies con órden precisa de que los pagase por su justo precio, y no les diese la mas leve ocasion de queja.

Llegado al puerto de Jejuy, recojia las vituallas

pacificamente, cuando se ofreció una novedad impensada que le puso en mucho cuidado, porque supo por medio de los intérpretes, que dos caciques poderosos de la comarca, habian juntado buen número de sus vasallos, y andaban alborotando la tierra para impedir que se vendiesen los víveres á los castellanos, castigando algunos lugares que mas se habian señalado en la prontitud de acudirles, y cometiendo grandes extorsiones y violencias para conseguir su depravado intento. Tuvo forma de dar este aviso al Adelantado por medio de algunos naturales, que desmintiendo su designio con otro pretesto, llegaron abreviando jornadas por caminos desusados á la Asuncion, de donde prontamente partió con socorro Domingo Martinez de Irala en cuatro bergantines con 150 soldados, para reprimir aquellos rebeldes y amparar á los amigos que padecian por nuestra causa.

Antes de llegar á los términos de la fuerza les envió mensajeros que les requiriesen amigablemente, sobre que suspendiesen aquellas hostilidades, por que si no se veria forzado á contener con las armas su orgullo, y á procurar defender á costa de sus vidas aquella gente que estaba asegurada debajo de nuestra proteccion. La respuesta de los dos caciques fué atrevida, diciéndo no estaban de parecer de alzar mano de lo comenzado, ni habian de permitir se sacase alguna comida de aquel pais, y que si los castellanos lo intentasen por fuerza, tu-

viesen entendido estaban en ánimo de defender en campaña su resolucion.

Irritó á Irala este desafio á que salió pronto su gente, y se le agregaron gustosos muchos indios de aquellos pueblos, que estaban hostigados de la licencia que permitian los dos caciques á los suyos, para hacerles todo género de vejaciones. Caminó con buen órden en busca de los rebeldes, que teniendo noticia de su marcha, salieron á recibirle con toda su gente puesta en órden de pelea. Diéronse vista castellanos y rebeldes en un campo despejado y se acometieron con igual resolucion; pero les cargaron tanto los castellanos, que en breve los pusieron en el último aprieto, con que se cayeron de ánimo y empezaron á rogar por la paz.

No la merecian sus procedimientos; pero se la otorgó Irala, haciendo cesar el combate, por el órden estrecho que le dió el Adelantado de que se obedeciesen las órdenes de S. M. sobre escusar la guerra y muertes de los indios, si no fuesen necesarias para nuestra seguridad; y se debe sin duda contar por mayor hazaña de nuestros soldados, el haberse sabido contener cuando se hallaban irritados de aquellos villanos, que si los hubieran destruido, como les era muy fácil en las circunstancias. Con esta paz se pudieron cargar los bergantines de bastimentos, en que hubo para proveer abundantemente á la gente de la jornada. Pero al mismo tiempo que daba mas calor á ella el Adelantado con su diligencia se le ofreció nuevo accidente de mayor cui-

dado, que puso en ejercicio su sufrimiento y dejó desagraviada su prudencia.

Fué el caso, que el Adelantado se hallaba mal visto de los oficiales reales porque como esta gente fué siempre en las Indias de insaciable codicia, que trataban el robo como negocio del rey, y para tener mas en que cebarse habian impuesto nuevas contribuciones de que lograban muchos intereses con agravio conocido de los vecinos, oyó Alvar Nuñez, sus justas quejas, y les dió el consuelo deseado, moderando los abusos introducidos. Fuera de eso, estaban mal acostumbrados á ser como absolutos, y á querer meter mano en todas las cosas del gobierno, pretendiendo no podian hacer nada los gobernadores sin su parecer. Alvar Nuñez, defendió constante la autoridad de su cargo haciéndoles contener dentro de los límites de sus oficios, que era precisamente recaudar los haberes reales y ser sus consultores en las cosas de mayor momento, por que tener igual mano que él en todas, les decia, era ser sus pedagogos y quedar totalmente estinguido su oficio.

De aquí se orijinó tal emulacion en los que les quisieran menos celoso de su autoridad que en todas sus acciones ponian dolo: eran contínuas las competencias, repetidas las protestas, y ordinarios los requirimientos sobre cosas de poco momento; y el Adelantado con el predominio grande que tenia sobre sus afectos, disimulaba prudente, sufriendo estos escesos con mas tolerancia de la que á su pre-

suncion convenia, por no causar escándalo y poner embarazo á la conquista. De este disimulo nacia mayor atrevimiento en los oficiales reales, que se declaró en pública murmuracion de sus operaciones y pasó brevemente á resoluciones de grande amenaza.

Porque con haber aprobado la resolucion de esta jornada, pareciéndoles se les seguiria igual crédito que provecho de hacerla con felicidad, determinaron no dejar piedra por mover para desautorizarle; y haciendo siniestras informaciones, fundadas sobre las mismas calúmnias que ellos divulgaban, indujeron secretamente al comisario fray Bernardo de Armenta y á su compañero fray Alonso Lebron, á que encaminándose hácia la costa del mar, con pretesto de continuar sus misiones, llevasen á S. M. los informes que forjaron para desacreditar el gobierno del Adelantado. El mismo secreto con que partieron los relijiosos, hizo entrar en sospechas á Alvar Nuñez, y le dispuso á dar mas facilmente crédito al aviso que tuvo por medio de algunos confidentes de su designio; que rara vez se manejan negocios de esta calidad con tanta destreza, que no se trasluzcan algunos indicios á los interesados.

Faltóle ya el sufrimiento á Alvar Nuñez, viendo el cuerpo que iba tomando la aversion de aquellos hombres, é irritado de su atrevimiento, dió primero órden para que se alcanzase á los dos religiosos y les obligasen á volver con la comitiva de muchos

indios é indias, de diferentes personas que les quisieron seguir. Con su vuelta, hizo informacion de cuanto habia pasado y para que no cundiese la maliciosa contajion de los ánimos, viendo que los medios suaves habian producido hasta alli contrarios efectos, y puesto las cosas de peor calidad, determinó valerse del rigor, que suele ser mas poderoso con los atrevidos, y mandó prender á los oficiales reales, con tan grande recato, que se logró la prision sin estrépito ni escándalo.

Aseguradas sus personas con guardias de satisfaccion, se apartó de aquella causa en que era la parte mas principal, dándo órden á los ministros de justicia para que hiciesen el proceso con toda la brevedad que fuese posible, porque queria ir á la jornada sin este cuidado; pero debieron de proceder los jueces con tal pausa, que acercándose el término de partir, se halló por concluir la causa, y se vió obligado á dar el espediente de llevar en su compañia al factor Pedro Dorantes, y al contador Felipe de Cáceres; dejando en la Asuncion al veedor Alonso de Cabrera y al tesorero Garcia de Venegas; aunque el autor de la Argentina manuscrita dice que tambien fué á la jornada Alonso de Cabrera; todos sobre fianzas, pero suspensos de sus oficios hasta que finalizada su causa, diese S. M. á quien pensaba remitirla, la última sentencia.

Desembarazado así de este accidente, nombró los capitanes que le habian de seguir, que fueron los principales, Francisco Ruiz Galan, Juan de Or-

tega, Hernando de Saavedra, Nuflo de Chaves, Garcia Rodriguez, Juan de Valenzuela, Francisco de Rivera, Gonzalo de Mendoza, Juan Romero, Hernando de Rivera y el maese de campo Domingo Martinez de Irala; porque aunque escribe el autor de la Argentina, quedó con el gobierno de la Asuncion, parece su relacion menos semejante á la verdad, y no tan conforme á la cordura de Alvar Nuñez, pues no es creible se fiase en tal tiempo de hombre para sí tan sospechoso que pudiera con aquel esceso de confianza aumentar su peligro, y hacer en su ausencia que tomase cuerpo de mal irremediable la aversion que contra su persona habian inspirado en los ánimos los oficiales reales, con quienes no parece dejaba de entenderse, aunque con todo aquel disimulo que le enseñaba su grande sagacidad, por lo cual me parece mas verosímil la relacion de Antonio de Herrera de que encargó el gobierno de la Asuncion al capitan Juan de Salazar Espinosa, á quien su eleccion habia hallado siempre á propósito para todo, siendo por otra parte, sujeto de mucha autoridad, y en que, no habia descubierto los motivos de poca seguridad que en Irala, el cual habia dado indicios de su ánimo ambicioso.

Dejó pues, para la defensa de la ciudad, mas de 200 arcabuceros y ballesteros, y seis buenos caballos, con órden precisa, de que no se valiesen de las armas sin necesidad en que les pusiesen el derecho de su defensa ó la provocacion, evitando cuanto fuese posible el verse estrechados á estos términos,

con el buen tratamiento que diesen á los indios, que es el camino mas seguro para mantenerlos en paz. Los soldados que alistó para la jornada, fueron 400: los 200 con 12 caballos, habian de marchar por tierra, y con ellos los oficiales reales. Alvar Nuñez se embarcó con el resto en diez bergantines, y en 120 canoas, 1.200 indios de guerra de varias naciones confederadas, muy galanes, con penachos de varios colores, y planchas de metal muy terso, cuyo resplandor creian deslumbraba á sus enemigos al tiempo de la batalla, como que el penacho daba mayor bulto á sus cuerpos, para hacerlos mas formidables, sirviéndose de la gala para aumentar en sus contrarios el miedo.

Diéronse á la vela, el dia de la Natividad de Nuestra Sra. en cuyo patrocinio, esperaban el mejor norte para la felicidad del viaje y navegaron prosperamente hasta el puerto de Guabianó, que eran los términos de la nacion guaraní. Pasaron á otro dia al puerto de Itapitan, donde se embarcaron tambien los que marcharon por tierra y los caballos, y costeando la banda del oriente, registraron los pueblos de Hieruquizaba, hasta arribar en la banda del poniente, al puerto de la Candelaria, que hallaron estar en 21 grados menos un tércio de latitud austral.

Aquí se dejaron ver seis indios payaguas, que en la confianza de acercarse sin recelo mostraron su ánimo pacífico, y al parecer ageno de dobleces: preguntaron con alguna curiosidad, si eran de aquellos

cristianos que pocos años antes discurrieron por aquel rio. Y satisfechos de que eran otros, pidieron audiencia al general de la flota, que era como dijimos el Adelantado, y puestos en su presencia le dijeron que deseaban su amistad, y en prueba de la sinceridad de su deseo, ofrecieron de parte del cacique principal de su nacion, cuyos mensajeros se finjian, que trairian cuanto perdió Juan de Oyolas, que serian hasta sesenta y seis cargas en que habia diversidad de preseas, como braseletes, coronas, hachetas, planchas y vasijas pequeñas de oro y plata, que conducian á hombros los indios chaneses, las cuales habia rescatado con violencia dicho cacique de mano de los cómplices, y guardádolas con cuidado para restituirlas á sus dueños los españoles.

No hay empresa mas facil que engañar á un hombre honrado, y lo consiguieron facilmente los payaguas con Alvar Nuñez, porque supieron hacer su papel y pintarlo todo con tales apariencias que les vino á dar crédito como si fuera la nacion mas sincera del orbe. Alvar Nuñez los agasajó, y como era breve el término aplazado para recibir la restitucion del tesoro imajinario, pues era de un solo dia, se determinó á esperarlos; pero no pareciendo aun al cuarto dia, se conoció mas tarde que debiera el engaño, y cuando supo que estos dieron asalto á algunas canoas, que por mas cargadas, no pudiendo seguir el cuerpo de la armada, se quedaron atrás, y que no perdian ocasion de hostilizarlos,

quedó interiormente mas avergonzado de haber mantenido su buena fé á aquella gente, sobre tantas esperiencias de su perfidia, y sirviéndose de la cólera para ocultar su desaire, prorumpió en algunas amenazas que pasaron presto á ejecuciones.

Por que echando de ver, cuán poco le serviria la fuerza descubierta contra los que huian el cuerpo al combate, se valió de una estratajema en que libró su despique. Dispuso pues que buen número de canoas bien pertrechadas, con armas de fuego, ocupasen un bosque de cañas que se habian criado en un anegadizo, tan densas y elevadas que venian á formar una maleza impenetrable á la vista; que desde alli observasen cuando pasaba la escuadra de canoas payaguas, que iba dando caza de contínuo é inquietando la retaguardia de nuestra armada, y acometiéndola de improviso, tomasen satisfaccion cumplida de sus hostilidades, haciéndoles todo el daño posible. Logróse esta estratagema como se podia desear, porque quedándose hácia aquel paraje, á la deshilada algunas canoas, que finjian no poder seguir á las demas, porque sirviesen de cebo á la emboscada, luego que los payaguas, las reconocieron en distancia que imposibilitaba el socorro, se arrojaron á la presa con todo el ímpetu de los remos, en cuyo manejo son diestrísimos.

Nuestras canoas apretaron algun tanto, como que pretendian la fuga de su peligro, con que los payaguas se empeñaron mas en el alcance, sin ningun recelo de ser acometidos por las espaldas, bo-

gando con grandes alaridos á su usanza y con mayor velocidad. Salieron á tiempo oportuno nuestras canoas emboscadas, y las cargaron con ardientísima resolucion tan impensadamente, que el susto les quitó toda la advertencia, y la presteza nuestra no les dió lugar para revolver con sus canoas, con que unas, se trabucaron y otras fueron apresadas.

Muchos se arrojaron al agua, para evadir su peligro con la destreza de nadar, en que son incomparables, pero siguiendo las balas y las flechas su alcance, teñian las aguas con su sangre, y quedaban en breve cadáveres; otros finalmente recobrados, llamando en aquel aprieto al corazon los últimos esfuerzos, mantuvieron el combate por algun tiempo con desesperada resolucion; pero siendo blanco sus pechos de nuestras balas, ó murieron en la batalla á la repeticion de los tiros, ó con repentino desaliento se entregaron rendidos, sin escaparse ninguno de caer en nuestras manos; conque para dejarlos escarmentados se condenó á muerte de horca á los caciques y principales cabezas, y á los demas se remitió presos con buena escolta á la Asuncion en un bergantin.

Desde aquí le pareció á Alvar Nuñez adelantarse; para lo cual, dividió la flota, dando cargo de la una parte á Gonzalo de Mendoza, á quien dió órden le fuese siguiendo despacio porque deseaba no se alborotasen los indios, como era factible, si veian en un cuerpo todas nuestras fuerzas. Partió pues á las tierras de los indios guajarapos que halló en

19 1|3 grados; y en la margen opuesta vivian los guatos, y con ambas naciones celebró paces, dejándolas con rescates que les repartió liberalmente, muy contentas.

A poca distancia dieron en una rápida corriente que forma el rio, al estrecharse en tiempo de la baja mar, entre unas peñas tajadas, y costó considerable trabajo vencer la furia de las aguas. A 25 de Octubre descubrieron la division de este gran rio que partido en tres brazos, con el uno se forma una dilatada laguna y con los otros hace la grande isla de los Orejones, que por su amenidad y frescura llamaron la isla del Paraiso. Recibiéronles los naturales con demostraciones de regocijo, y esperimentaron en ellos tan grata acojida, que se prendaron sobre manera del pais, y desearon hacer allí una poblacion, que pudiese servir de escala para facilitar este descubrimiento.

Hicieron sobre el caso, diferentes representaciones al Adelantado, y con mayor empeño los conquistadores antiguos, que ya tenian algunas raices en la provincia; pero á todas sus razones, procuró satisfacer el Adelantado diciéndoles que corriesen la tierra y descubriesen los otros paises sin prendarse facilmente de ninguno hasta rejistrarlos todos; que entonces, instruidos de las noticias que les ministraria la vista de ojos, podrian con mayor luz, escojer el sitio que mejor les pareciese para hacer asiento. No les agradó la respuesta, y como no faltaba quien avivase el fuego del ódio contra el

pobre Adelantado, cobró mayor cuerpo con esta repulsa que oyeron con mucho disgusto, porque hombres de empeño tocados de alguna pasion, se niegan obstinados á la razon, y reputan desaire propio todo lo que no es seguir su antojo.

CAPITULO XI

Dase noticias de los otros sucesos de este descubrimiento, hásta volverse los castellanos á la Asuncion.

Resuelto pues el Adelantado á proseguir el descubrimiento sin fundar ninguna poblacion hasta concluirle, se halló en alguna confusion, porque la multitud de rios que por ambas costas descargan en aquel lago, donde se hallaba, que es el de los xarayes, el mayor sin duda de todo el orbe, pues tiene mas de 100 leguas de largo, no sabia qué rumbo escojer; ni es de admirar, cuando aun los mismos naturales que le trafican con sus embarcaciones, con dificultad llegan á conocer aquellos rios y se pierden frecuentemente. Entró por la boca de uno, llamado Ycatú, que quiere decir *agua buena* y corre hácia el poniente; y para que Gonzalo de Mendoza acertase con el rumbo que llevaba, dispuso se fija-

sen á la entrada gruesos troncos de árboles, y se erijiesen tres grandes cruces que mostrasen el camino.

A los ocho dias encontraron unas altas sierras redondas y estrechas, que estendiendo su jurisdiccion dentro del rio, le estrechan de manera que niega paso á las embarcaciones livianas, aunque le permite á las canoas. Este embarazo insuperable les obligó á retroceder y á entrarse por otra laguna, cuya boca se estiende por legua y media, y su ámbito se dilata por muchas leguas, al fin de las cuales abre otra boca menor por donde tambien se comunica por el lago de los xarayes. Por esta salieron y navegando algunas jornadas sin suceso particular, encontraron la boca de otra laguna muy dilatada en la cual tienen principio las poblaciones de la nacion xacosi. Seguíanse los xaqueses, y luego los chaneses, naciones todas pacificas que recibieron al Adelantado con demostraciones de benevolencia, de que gustaba poco su gente, porque sus espíritus marciales, no se entendian bien con el sosiego de la paz en que cesan los intereses del soldado que se vinculan al pillaje.

El Adelantado cuya moderacion de ánimo, campeó singularmente siempre entre las otras sus grandes prendas, contenia con vigilancia la licencia militar de los suyos, atento á no permitirles esceso que irritase á los bárbaros y trocase sus ánimos, porque fuera de ejecutar en eso las apretadas órdenes de S. M., era dictámen suyo repetido con

frecuencia, que con la benignidad y buen trato usado con la gente pacífica, se granjeaba el respeto de los enemigos, y se hacia mas formidable nuestro poder, porque si todos fueran tratados con aspereza, todos se recataran igualmente de nuestra amistad lo que produjera el infeliz efecto de que se confederasen para nuestra ruina.

De aqui, inferia que se frustraria el designio de penetrar aquellos paises, siendo imposible contrastar la fuerza unida de todas aquellas gentes, por mas ventajas que les llevásemos en las armas, pues al fin nuestro número se desminuiría aun con las mismas victorias, que nunca se consiguen con tanta felicidad que no cuesten alguna pérdida al vencedor, y prevaleciendo su muchedumbre nos obligarian á volver las espaldas desaírados, si no nos valiámos de la industria de enflaquecer su poder con la misma beneficencia, porque tratando con agrado á los que no le desmerecian, les quitábamos la ocasion de buscar nuevas alianzas, y habia esos enemigos menos que vencer, no quedando temor de que estos engrosasen el cuerpo de los que se quisiesen resistir, antes bien, la buena fama que con los pacíficos ganaria, desarmaria á los de guerra, para facilitar sus intentos.

Con estas razones, contenia la licencia militar, y traia tan arreglada su gente, que conociendo el buen proceder de los forasteros, muchos que al primer rumor de su venida se retiraron con precipitada fuga, volvian á poblar sus casas y á ofrecer-

se por amigos, y aún por vasallos, significando tendrian á mucha felicidad el servirlos y obedecerlos. Ni paraban en palabras estas ofertas, trayendo muchos bastimentos para socorro de la armada, los que ofrecian graciosamente, pero se los pagaba el Adelantado con algunas bujerías, que era la moneda mas èstimada de ellos, y aunque por sus efectos lo era tambien entre los mismos que la conocian.

Despidiéronse de estas gentes, y enderezaron las proas en demanda del puerto de los Reyes, en cuya entrada se juzgaba forzoso alijar los bergantines para la disminucion de las aguas del rio que en aquel paraje se hacia mas sensible por estar ocupado de un arrecife ó bajio que embarazaba el paso; con todo eso aplicando el hombro castellanos é indios en buen número, pasaron los bergantines sin descargar, por el largo espacio de casi dos tiros de arcabuz que se estendia el escollo, y arribando al puerto de los Reyes, hallaron poblada la playa de muchedumbre de indios que esperaban muy festivos á nuestra gente, porque habiendo pasado la palabra de unas en otras naciones de aquella costa, adquirió fuerza la fama de la apacibilidad de los huéspedes, y tenia á todos contentos por su llegada.

Recibieron al Adelantado con todas las demostraciones de regocijo que usaban en sus mayores festines, y él les correspondió con todo el agasajo posible. Dió luego órden que se fabricase una buena ramada, que sirviese de iglesia á que acudieron con

igual presteza, asi los españoles é indios amigos como los del pais, que fijando en tierra grandes maderos, los entretejieron con ramas y hojas de palma formando las paredes y el techo con presteza y facilidad y dejando el templo con toda la decencia que permitia el pais y la brevedad de su fábrica. Adornóse lo interior con algunas colchas muy finas de algodon, sobre que se colocó una imájen de Nuestra Señora que era la patrona de aquella empresa, y enarbolando á la entrada una alta cruz, tomó posesion de aquella tierra en nombre del Crucificado.

Al dia siguiente hizo que se celebrase por uno de los religiosos, el santo sacrificio de la misa con la mayor solemnidad que fué posible, á vista de muchos de los naturales que asistian admirados de la majestad de las nunca vistas ceremonias, y observando la misma compostura que los españoles procuraban remedar su devocion. En el interin que se concluia la fábrica del templo, quiso que se reconociese el pais, á que salió en persona con su gente puesta en grande órden, no tanto porque á vista de tanta benevolencia le pareciese necesario, cuanto porque no se desmandasen los soldados y recibiesen algun daño los naturales.

Descubrieron en dos jornadas que hicieron, que la tierra era deliciosa igualmente que fértil, porque por una parte la ocupaba la poblacion natural de grandes arboledas, regadas de frescos arroyos, cubierto el suelo de frondoso y apacible verdor; y por otra, era fertilidad con el beneficio de las semillas

que rendian copiosos frutos: discurrian por todas partes multitud de animales que sirviéndoles de entretenimiento en la caza, ofrecian diferencia de carnes al gusto; algunos rios de mas caudal que cortaban la campaña, daban abundancia de pescado; y en fin el pais se reconoció con todas las comodidades para una buena poblacion; la jente afable, y al parecer síncera; su traje, el del estado de la inocencia, sin otro adorno en tanta desnudez, que unas piedrezuelas azules ó verdes de ninguna estimacion, con que traian empedradas las orejas y los lábios que para este fin tenian taladrados.

Una cosa descubrieron aqui, que les causó novedad como no vista hasta allí, en cuantas naciones habian conquistado, y fueron unos ídolos de madera de horrible aspecto y espantosa fiereza, para cuyo culto, aunque no tenian destinados sacerdotes, pero lo eran todos en la puntualidad de ofrecerles sacrificios y tributarles adoraciones; y en lo interior del pais, se entendió que formando mas alta estimacion de los bultos que labraban para deidades, ó sobrándoles la cópia de los preciosos metales, los fundian de oro y plata.

Tuvo por conveniente el Adelantado, pagarles la benevolencia del hospedaje, con darles un desengaño de sus errores, y convocándolos á todos les dijo cómo uno de los principales motivos que tenia el Rey de Castilla en enviar sus vasallos á paises tan remotos, espuestos á imponderables riesgos, y con crecidas espensas de su erario, era para oponerse

á los errores de la idolatría, é instruirles á ellos en el conocimiento de la verdad, sacándolos de la esclavitud del demonio, que abusando de su sencillez é ignorancia, les tenia sujetos y avasallados en una invisible tiranía, que aunque en la apariencia les dejase libres, les forzaba á rendir cultos á unos troncos insencibles, que solo tenian de divinidad la que les queria atribuir el errado capricho de quien los labraba ó adoraba.

Y que si querian mantener firme la amistad y alianza, que con los españoles querian profesar, era forzoso detestasen la vana supersticion con que adoraban la imájen del demonio en cuyo horrible aspecto manifestaban bien eran cópias parecidas á su original. Pero que por cuanto no queria violentar su voluntad, sin convencer primero sus entendimientos, les rogaba prestasen gratos oidos á los maestros de la ley que profesaba, quienes venian destinados al fin de instruirles y darles la luz necesaria para abominar la idolatria, y abrazar la relijion santa que contradice en sus dogmas la pluralidad de los dioses, y enseña á adorar un solo Criador del cielo y tierra, á quien solo deben todas las criaturas reconocer y adorar por su supremo Señor.

Rogó entonces al padre comisario fray Bernardo de Armenta hablase algo sobre este punto, y tomando la mano, apoyó lo mismo que habia propuesto el Adelantado, con varias razones fáciles de comprender de su rudeza, que escucharon los bárbaros con un género de atencion que daban á entender se

hacian capaces de la verdad. Pasó de aqui, como quien ya los suponia convencidos, á persuadirles que hiciesen pedazos los ídolos; pero se contristaron de manera con esta proposicion, que empezaron á levantar el llanto, y clamaban que si osasen poner las manos en sus dioses, se veria el espantoso castigo del cielo, al mismo punto que se intentase el atrevimiento: tan temerosos y alucinados los traia el demonio, como quien todavia se hallaba con permiso de ejercer su tiranía.

Esforzó su elocuencia el padre comisario, y les apretó con tantas razones, que al fin los redujo, á que trajesen los ídolos, y mandándoles poner fuego en presencia de todo el concurso, quedaron atónitos de ver posible aquel ultraje, y que la serenidad del cielo, no se alteraba para llover llamas que vengasen con su voracidad las que se aplicaban á los mentidos dioses. Fueron perdiendo poco á poco el miedo á vista de su sufrimiento, pero no acabaron de deponerle del todo, hasta que se celebró el sacrosanto sacrificio del altar, cuya presencia les aseguró y libró de todo recelo, despreciando con gusto lo que antes adoraron con reverencia. Efecto admirable, que se esperimentó en estas Indias repetidas veces, que la celebracion de este inefable misterio, echó prisiones al príncipe de las tinieblas para que no abusase de su poder en daño de los mortales.

Asi ocuparon el tiempo que se detuvieron en este puerto Alvar Nuñez y sus soldados, hasta que

por informes que consiguió de cuánto distaba la nacion llamada propiamente xarayé, que dá nombre á todo aquel célebre lago, se resolvió á enviar gente á descubrirla, no obstante que supo era áspero el camino por tierra que duraria cinco dias y ocho por agua. Fueron á esta dilijencia con diez ó doce paisanos, Hector de Acuña y Antonio Correa, con mensaje para el Señor de los xarayés, convidándole con la paz y amistad que queria entablar con él el Adelantado, á cuyos oidos habia llegado noticia de su mucha bondad; y para que se recibiese mejor la propuesta, les dió muchos rescates que era la retórica mas eficaz para persuadirlos: juntamente les dió órden que se informasen de las particularidades de la tierra, y procurasen adquirir noticia de las provincias ulteriores.

Caminaron por caminos inundados de agua sin poder hallar persona de quien poder tomar lengua, lo que no dejaba de darles cuidado, hasta que cerca de las tierras de los xarayés, se dejaron ver treinta indios de esta nacion que venian en busca de nuestros mensajeros á quienes recibieron con mucho regocijo, y entregaron un regalo de comida muy abundante, que dijeron les enviaba su Señor, por haber sabido que iban á sus pueblos, y que eran ministros del capitan de la gente que seguia la razon y se hacia con su afabilidad amar, como temer por su valor.

A la entrada de su pueblo principal, les salieron á recibir mas de quinientos indios sin armas que

les pudiesen dar cuidado; antes muy galanes, con los vistosos plumajes de colores varios que era todo su adorno. Fueron conducidos á la casa del señor de los xarayés, á quien hallaron sentado en una red de finísimo algodon que era su majestuoso trono, cortejado de trescientos vasallos que asistian en pié con grande reverencia, y con aquellos adornos de plumas á que se reducia toda su ostentacion.

Admitiólos con señales de toda estimacion, y dióles la bienvenida con afabilidad. Oyó atento su embajada á que respondió agradecia mucho la honra de quererle admitir á su amistad, y que procuraria cultivar con tan buenas obras, que no se echase menos ningun género de fineza; que le rogaba encarecidamente no dejase de llegar á su pueblo, donde tenia prevenido alojamiento para su gente, y seria regalado cuando alcanzase su posibilidad, porque estaba en grandes deseos de conocer á tan honrados huéspedes, y solo dejaba de ir por hallarse impedido; pero que para suplir por su persona enviaba uno de sus mas principales vasallos que le cumplimentase; y por si acaso no pudiesen llegar á su pueblo, les sirviese de guia en lo interior del pais de que él únicamente era práctico; porque ninguno otro de sus vasallos, habia tenido la curiosidad, ni osadia de registrar la tierra por aquel rumbo.

Con esta respuesta, en que dió á conocer su buena razon y urbanidad, despidió á los mensajeros

acompañados del suyo, despues de haberlos hecho regalar con esmero, y al cabo de ocho dias, estuvieron de vuelta y dieron razon de todo al Adelantado que recibió con toda gratitud al mensajero xarayé asi por el oficio que traia como por el fin á que venia despachado. En esos ocho dias se habia incorporado toda la armada, porque llegó Gonzalo de Mendoza con los bajeles de su comando, y dió noticia cómo los guarapos, cansados de ser fieles habian con su natural inconstancia violado la fé de la amistad que con ellos se contrajo, y debajo de seguro, sin haber precedido ocasion la mas leve de queja, habian acometido de mano armada al bergantin que mandaba el capitan Agustin del Campo, quien defendió valerosamente, le abordasen con muerte de cinco castellanos que mataron peleando, y de Juan de Bolaños que pereció ahogado por querer salvarse.

Estos mismos guarapos acudieron tambien á alterar los ánimos pacíficos de los naturales de la provincia de los Reyes, persuadiéndoles quebrantasen la fé prometida, sobre que les dieron á entender no eran los españoles tan valerosos, como erradamente ellos imajinaban, ni irresistibles las armas de fuego que manejaban; pero no pudo su perfidia hacer por entonces operacion en los ánimos de aquella gente. Determinóse Alvar Nuñez á proseguir la marcha por tierra, para que apercibió trescientos españoles, pertrechados de bastantes municiones y todos los indios amigos, escepto doscien-

tos que con cien españoles dejó en guarda de la armada, la cual encomendó al capitan Juan Romero, como escribe Herrera (1), aunque el autor de la Argentina dice hizo el Adelantado esta confianza de su primo Pedro de Estopiñan Cabeza de Baca, y pudo ser que ambos quedasen.

Cinco dias caminó Alvar Nuñez y su gente hácia el rumbo del poniente llevando siempre algunos esploradores por delante, que previniesen los riesgos que se podian ofrecer en tierra desconocida donde fuera descuido muy reprensible la seguridad. La fatiga fué grande, por que las sendas eran estrechísimas, y las muchas malezas las tenian ciegas, y de ordinario daban en espesos bosques por donde era forzoso abrir camino á fuerza de brazos, y donde el sol heria con doblada fuerza, por tener la espesura embarazado el curso del ambiente. Sirviόles de recreo, un rio cristalino, en que se hallaron al quinto dia y en sus márgenes se alojaron para lograr el descanso de que necesitaban aunque la persecucion de los mosquitos, que en enjambres turbaban el reposo nocturno, les hizo menos agradable la estacion.

Con todo, mas les aflijió la turbacion que reconocieron en el indio xarayé que les servia de guia, que por falta de tino ó lleno de pavor, dijo desconocia las sendas, por la maleza que habia crecido desde que la última vez corrió aquellos parajes; pero unos diez indios amigos que llegaron en seguimien-

(1) Herr. dec. 7. lib. 6. cap. 17.

to del Adelantado, le dieron noticia, que no léjos de allí, vivia un indio práctico de aquellos caminos. Envió al punto por él y traido á su presencia, dijo que distarian diez y seis jornadas de unas grandes poblaciones que eran á su parecer las que buscaban, y ofrecióse á guiarlos, aunque espusiese su vida á riesgo de morir á manos de aquella gente.

Consultó Alvar Nuñez con las personas principales qué resolucion tomaria, no tanto porque se hallase dispuesto á retroceder, cuanto porque quisiera que fuese empeño comun de todos el proseguir; pero halló á los consultores de diferente sentir, porque ponderaron de escesivo el trabajo de abrir el camino á brazos en tiempo que ya se dejaba sentir la falta de bastimentos por la poca prevencion que hizo á causa de dar crédito al primer guia que aseguró hallarian tierra poblada al quinto dia. La incertidumbre de la relacion del segundo indio de cuya verdad hacia dudar el ejemplo reciente del primero, siendo factible estuviese la tierra poblada mucho mas distante de lo que el certificaba; los ardores intolerables del sol, que en aquel pais por aquel tiempo no calienta sino abrasa; y cayendo sobre el contínuo trabajo y falta de alivio amenazaba la ruina de todos, de que ya se veian pronósticos en algunos que adolecian; por todo lo cual concluyó de comun acuerdo la Junta, era no solo conveniente, sino necesario volver al puerto de los Reyes donde resolverian lo que debian ejecutar, y harian provision de bastimentos, y sobre esta res-

puesta, le hicieron varios requirimientos para que no la desatendiese.

Replicó con todo eso Alvar Nuñez, deshaciendo las razones propuestas, y les alentaba con otras á proseguir la empresa, é insistia tanto mas confiado, cuanto sabia que entre los soldados habia muchos de su dictámen; pero halló siempre tan porfiada resistencia en los que componian la Junta que hubo de ceder á su parecer, y acomodarse al tiempo, porque temió prudente no usasen alguna violencia, y le obligasen por fuerza á hacer lo que pretendian con desaire de su autoridad, cuando volviendo de grado mantenia entera su reputacion, y le quedaba todavia lugar á su parecer para conseguir sus designios.

La resolucion fué prudentísima, atentas las circunstancias referidas que, no es acertado emprender las facciones, contra el dictámen comun de los que han de ser inmediatos instrumentos para conseguirla, pero de ella dependió el fustrarse el fin de toda la jornada, pues á haberse seguido el primer parecer del Adelantado, se hubieran descubierto naciones opulentas de cuyo comercio hubieran resultado grandes conveniencias á la provincia del Rio de la Plata, como se puede colejir por los indicios que diremos, vió el capitan Francisco de Rivera, á quien antes de volverse despachó el Adelantado con seis castellanos, algunos indios y la guia á que descubriesen la tierra poblada que tenia principio desde un paraje conocido por el nombre de *Tapuá* entre aquellas gentes.

Vuelto el Adelantado al puerto de los Reyes, halló que habian tomado las cosas diferente semblante, porque los paisanos dejándose persuadir de las razones de los guarapos, que antes habian despreciado, hicieron con ellos alianza, resueltos á matar á los castellanos é indios que guardaban los bergantines de que tambien pretendian apoderarse. No habian tenido tiempo para ejecutar sus designios, pero se habia reconocido bien la mudanza de sus ánimos en la carestia de vituallas, cuya falta se dejaba sentir y en otras demostraciones de poca sinceridad.

Como vieron volver de repente al gobernador, á quien imajinaban muy distante empeñado en su jornada, reconocieron se les imposibilitaba su traicion, y para borrar toda sospecha, salieron algunos caciques principales á recibirle, alegando algunas frívolas escusas de no haber continuado las asistencias á la gente de los bergantines. Parecióle á Alvar Nuñez, seria aqui perjudicial el disimulo, y resolvióse hablarles con toda claridad diciéndoles que le era manifiesta su traicion, y sabia bien la alianza que tenian celebrada con los guarapos, enemigos de los españoles, por cuyo delito habian incurrido en pena de muerte, en cuya ejecucion conocerian cuánto les convenia la paz que quisieron romper alevosamente.

Tambien quisieron algunos capitanes españoles, que de hecho se ejecutara en estos la dicha pena y le aconsejaban los ahorcase para que su muerte

pusiese temor en los de su nacion, y á las demás causase horror de semejante culpa. Pero el Adelantado, que los miraba como á embajadores de su nacion, repelió este consejo resuelto á guardarles el derecho de seguridad que es sacrosanto entre todas las naciones del orbe: con todo eso, vino en hacer el ademan de querer vengar en ellos la alevosía con todo el rigor merecido, previniendo que algunos capitanes le rogasen por el perdon al tiempo que le viesen mas indignado.

Ejecutóse todo con la viveza que si se obrase de verdad, y templando el Adelantado por la autoridad de los ruegos, la indignacion con que daba la órden de su muerte, les concedió el perdon por aquella vez, encareciendo la hazaña de su mansedumbre, y previniéndoles con toda aseveracion que al sentir el menor rumor de nueva infidelidad, les haria la guerra á sangre y fuego, sin perdonar á edad ni sexo; pero que si mantenian constantes la fé prometida, quedaria borrada la memoria de su intentada alevosía, y serian atendidos con todas las finezas de verdaderos amigos. Cautivan las voluntades las demostraciones de la clemencia, cuando se mira mas clara la razon y mas posible el rigor; y esta pudo tanto en los ánimos de aquella gente, que no sabian cómo agradecerla y les obligó luego á renunciar á la amistad de los guarapos, y romper su confederacion: lo que ya desenojado, les agradeció el Adelantado con palabras de mucho agrado y con dones de grande estima entre ellos.

Iban ya faltando allí los bastimentos, por ser mucha la gente que los consumia, y fué preciso enviar á buscarlos en tierra de los arrianicosies distantes nueve leguas al sur; diligencia que se encargó al capitan Gonzalo de Mendoza, que partió con ciento veinte castellanos y sesenta indios bien armados, pero con órden estrecha que no usasen ninguna violencia, si les diesen los víveres de grado por su justo precio, bien que si se resistian á proveerlos, se les dió licencia para valerse del derecho de la necesidad y tomarlos por fuerza, pues en tal caso, les podian hacer guerra. Al mismo efecto, y con las mismas órdenes, partió rio arriba en dos bergantines el capitan Hernando de Rivera á la tierra de los xarayes.

Habiendo caminado Gonzalo de Mendoza, como siete leguas, dieron en un pueblo, que no se tuvo á buena señal hallarle desierto, no solo de moradores sino de sus alhajas y mantenimientos con indicios de fuga prevenida y cuidadosa. Alojóse en aquella noche con toda prevencion y vijilancia de centinelas avanzados, á que necesitaban las circunstancias para que los demas pudieran reposar con sosiego. El dia siguiente prosiguió la marcha, llevando la gente en grande órden, sin hallar persona de quien informarse, con estar el camino muy hollado, y esta soledad al paso que se les hacia sospechosa, aumentaba su cuidado.

A media legua reconocieron grande número de indios, que sube el autor de la Argentina á cuatro

ó cinco mil, y no parece increible si es verdad que su poblacion contaba mas de ocho mil hogares, como el mismo refiere. Eran grandes las voces con que procuraban detener á los españoles, y en lo bien armados que estaban, y en el aliento con que marchaban en ordenanza, se reconoció venian con resolucion de disputarles el paso. Alentó brevemente Gonzalo de Mendoza á los suyos, y dióles órden que ninguno se moviese, hasta que los contrarios acometiesen, por ser aquel un género de guerra, que solo vinculaba á la provocacion su justicia, la cual deseando tener de su parte, envió dos mensasajeros que les requiriesen con la paz, asegurándoles venian como amigos sin ánimo de cometer hostilidad, forzados solo de la necesidad de bastimentos, que sabian tener ellos en abundancia, y los querian por el justo precio que ellos les pusiesen.

Respondieron que no querian paces con los estranjeros, y que les habian de consumir si se adelantaban. Eran solo bravatas para causarles espanto deseosos de no estrecharse en batalla con los españoles, quienes sabian les escedian tanto en el valor, cuanto ellos les eran superiores en el número. Dió entonces órden Gonzalo de Mendoza, de que saliese su gente á encontrarlos para sacar por fuerza lo que no podia la razon, porque se resistian firmes los bárbaros á concederles el paso y los víveres; y puestos los nuestros á distancia proporcionada, al alcance de los arcabuces, dispararon algunos que derribando á dos enemigos, é hiriendo

otros, los demas se pusieron en precipitada fuga dejándo despejado el campo, y se retiraron á los bosques, porque su intento no fué empeñarse en la batalla, sino dar tiempo con aquella resistencia, á que se retiráran sus hijos y mujeres, señal evidente de que aunque temian á los españoles, estaban muy agenos de querer alianza ó paces con ellos.

No quiso Gonzalo de Mendoza, seguir al alcance porque no se ensangrentase la victoria, y por dar lugar á los bárbaros para que se aconsejasen del temor á abrazar la paz; pero marchó con mucho órden á la poblacion, en que halló libre la entrada. Mandó reconocer las casas, que se hallaron desiertas de moradores, pero bien provistas de maiz, gallinas, conejillos domésticos y otros bastimentos, de que sin hacer daño en los edificios, tomaron los soldados cuanto hubieron menester para abastecer toda la armada, como adquirido con el derecho de la necesidad.

Volvieron á convidar con la paz á los bárbaros que andaban derramados por los bosques vecinos, rogándoles que se viniesen á poblar en sus casas porque olvidados de la próxima resistencia, les aseguraban que los querian por amigos. No se dejaron mover los ánimos bárbaros de aquella gente con esta propuesta, antes respondieron que para vengar su agravio habian despachado á solicitar la alianza de los guarapos y de los guatos, para que unidas las fuerzas les ayudasen á destruirlos. Causó mayor irritacion que cuidado en el ánimo de los

españoles esta amenaza insolente, por lo que desahuciado de poderlos reducir por bien, dió Gonzalo de Mendoza permiso á los suyos para que despojasen el pueblo de todas las alhajas, que se reducian á mantas bien finas de algodon variadas con diversos colores, pieles de tigres y nutrias y cosas semejantes, de que volvieron cargados en busca de la armada sin esperimentar oposicion en el camino.

Pero no es razon de decir la cosa mas rara que hicieron en este pueblo. Al discurrir por él reconociendo las casas, dieron en la plaza principal con un circulo de fuertes troncos que rematando en figura piramidal, se cerraba su punta con ciertas empleitas de hojas de palma. Registraron curiosos por las junturas, recelando si se habia refugiado alli alguna gente, y vieron con grande asombro, una monstruosa serpiente, cuya vista llenaba de pavor y hacia erizar los cabellos de cuantos la miraban. Era muy corpulenta, pero con desigualdad, porque por el medio abultaba tanto su mole como el cuerpo de un novillo, que se disminuia proporcionalmente hácia las estremidades; la cabeza en figura casi cuadrada, con boca disforme, que con ser tan grande le faltaba capacidad, para encubrir cuatro grandes colmillos que sobresalian mas de una cuarta.

Para aumentar su monstruosidad no correspondian los ojos á la grandeza de la fiera; porque eran sobremanera pequeños, mas tan encendidos, que

parecian centellas de fuego, supliendo con el ardor vivísimo que ostentaban lo que faltaba al tamaño. Tenia veinte y cinco piés de largo, cubierta de piel, que siendo durísima, era muy atezada escepto la cola que se distinguia con colores tan varios como vivos, lo que asentaba sobre escamas del tamaño de platos, en que á trechos se veian formados perfectamente unos ojos tan rubicundos que le añadian ferocidad.

A la primera vista, no hubo quien no se llenase de pavor, pero recobrados del susto, la hicieron terrero de balas y flechas, que abrieron muchas bocas en el cuerpo del monstruo, por donde arrojó gran cópia de sangre, y azotándose con furia hacia estremecer los mas corpulentos troncos del palenque que le servia de clausura, y aun parecia comunicar su violentísimo movimiento á la tierra circunvecina, dando al mismo tiempo espantosos silbos, que horrorizaban los animosos corazones de los mismos que tuvieron alientos para darle las heridas de que eran efecto.

Averiguóse, entre los naturales comarcanos, era muy venerada dicha serpiente entre aquellos bárbaros, y aun tenia su devocion inficionadas otras provincias mas apartadas que frecuentaban aquella poblacion en contínuas peregrinaciones para oir las respuestas que les daba Satanás por aquel monstruo, digno hospicio de tal huesped, que acertó esta vez en escoger para hacerse visible, el cuerpo mas parecido á la fealdad mas espantosa del espíritu

que desde él daba sus oráculos. Para mantener la vida perjudicial de esta fiera, movian entre sí frecuentes guerras para poder hacer cautivos, que ofrecer á su voracidad, pues solo gustaba de carne humana en cantidad proporcionada á su grandeza prodigiosa; crueldad en que manifestaba su rencor el enemigo del humano linaje, y que la ejecutaban aquellos bárbaros sin remordimiento de la naturaleza, convertida la inhumanidad en devocion.

Sobre los despojos que trajeron consigo estos soldados de Gonzalo de Mendoza, levantaron los oficiales reales una máquina que acabó de frustrar el fin de esta costosa espedicion; porque olvidados de que venian en aquel ejército, poco menos que prisioneros y suspensos de sus empleos, se atrevieron confiados en el séquito de muchos amigos, á hacer varios requirimientos al Adelantado, para que de todo sacase el quinto para S. M., y sobre eso se propasaban á hacer algunas amenazas cuya ejecucion reservaban para tiempo oportuno. Empezáronse á desazonar por esta causa los soldados que tuvieron parte en la presa, y con ellos otros amigos suyos; y se sintió tal turbacion en la mayor parte de la gente, que llegaron á términos de romper el freno de la obediencia, levantando la voz y diciendo públicamente sin reserva, que no querian proseguir una empresa, que llevando espuestas sus vidas á infinitos peligros, les habia de ser casi inútil, pues cuando en cosas tan rateras se reparaba, para sacarles el quinto, mucho mayor seria el agravio si

llegasen á la tierra opulenta que buscaban; con que en vez de remunerar sus trabajos, se veian pagados con vejaciones y agravios.

El fin de los oficiales reales en esta importuna demanda, parece fué malquistar por este camino al Adelantado con toda la gente, porque les parecia le habian de reducir por temor á ejecutar aquel arbitrio de que no se podian esperar sino las murmuraciones y quejas que se empezaron á sentir, porque como el punto de haberes reales se mira con tanta delicadeza y escrúpulo para las residencias de los que gobiernan, les pareció no se habia de atrever á contradecir la esaccion de aquel tributo.

En este aprieto halló la prudencia del Adelantado un espediente que le sacó airoso del aprieto, sin descubrir á la gente ya alterada, ni dejar visos á sus émulos de que pareciese defraudaba los reales derechos; porque despues de mandar con resolucion á los oficiales de la Real hacienda desistiesen de semejantes representaciones, que ya no les pertenecian por estar suspensos de sus empleos, hizo demostracion de que no era la voluntad de S. M. gravar á sus vasallos con esaccion del quinto en géneros de tan poca monta; pero si con todo eso el César determinase lo contrario, cedia en sus reales manos desde entonces, por evitar las molestias de los soldados, los cuatro mil ducados que le daba cada año de salario, diputándolos para esta compensacion. Con este medio cesó el desabrimiento de

los soldados, se acallaron los quejosos y se frustró el designio de los oficiales reales, que por entonces represaron su ódio con señales de satisfechos, para soltarle despues con mayor ímpetu, como presto veremos.

En estas cosas se llegó al fin del año de 1543, y al principio del siguiente volvió de su jornada el capitan Francisco de Rivera, acompañado de solos los seis castellanos, aunque heridos, y tres indios, porque los otros ocho horrorizados con solo la aprension de los peligros que restaban, le desampararon á la ida desde la mitad del camino. Daban ya, pues, por perdidos los españoles á la armada de Rivera y á sus compañeros; con que su vuelta causó igual regocijo en todos, que si los vieran rescatados de un duro cautiverio.

Refirió pues, que desde el rio donde se apartó del Adelantado, caminó sin parar hácia el rumbo del traponiente veinte y un dias contínuos con tanto trabajo, que era forzoso abrir alguna estrecha senda á fuerza de brazos, de que iban rendidos, y habia dia que solo avanzaban una legua, pero todos aquellos bosques hallaban poblados de caza, como venados puercos, y dantas, que mataban los indios con sus flechas; miel muy sabrosa en los troncos de los árboles, y variedad de frutas silvestres que les ministraban alimento en abundancia.

A los veinte y un dias, atravesaron un rio caudaloso, desde donde se descubrieron camino muy trillado y huellas frescas de nuestra gente, las cua-

les siguiendo dieron en unas grandes hazas de maiz, donde fueron descubiertos por un indio que traia abiertos el labio inferior y las orejas, de las que colgaban unos pendientes de oro, labrados con bastante curiosidad, como en aquel ingerido un barbote de plata de igual artificio. Tomó este indio por la mano á Francisco de Rivera, y por señas, porque faltaba intérprete, le convidó á hospedarse en su casa, donde le condujo muy alegre.

Andaban muy solícitos en el hospedaje unos esclavos que servian á aquel bárbaro, con los cuales se entendieron los tres indios que acompañaban á Rivera, y en la corta conversacion que pudieron tener, supieron eran aquellos bárbaros de nacion tarapecosies, sus tierras muy fértiles, la riqueza de oro y plata sobrada para su barbaridad, y bastante para encender la codicia en deseos de conquistar el pais á costa de cualquier trabajo. Dieron tambien noticia que á tres jornadas de distancia vivian los indios payzumies, con quienes tenian comercio ciertos cristianos, y aun algunos estaban entre ellos de asiento. El pueblo seria como de cuatrocientos hogares, segun pudieron hacer juicio, y las casas de madera bien labrada con los techos cubiertos de paja, y entre otras cosas que vieron fueron patos y gallinas de Castilla que criaban para su regalo, aunque su mantenimiento ordinario era salvagina que cazaban con mucha destreza.

Al tiempo que les servian mas oficiosos los dichos esclavos, repararon los huéspedes que indios é in-

dias despojaban con gran solicitud de todos los muebles sus casas, y los retiraban á los bosques, y que de grandes tinajas donde guardaban el maiz sacaron cantidad de planchas, brazaletes y otras alhajas de plata para el mismo efecto; fueron tambien y vinieron algunos mensajeros, que con señales de sobresalto hablaron con mucho recato al oido al dueño de la casa que los habia hospedado.

Pusieron estos indicios á Rivera en grande confusion; y viendo que su huesped tomaba tambien las armas, se acabó de persuadir maquinaban los tarapecosies alguna traicion contra sus vidas, y haciendo señas á sus compañeros que le siguieron, cortó la conversacion y se despidió, diciendo iba á llamar otros cristianos que venian en su seguimiento. Apenas llegaban al fin del pueblo, cuando descubrieron mas de trescientos indios, los cuales, aunque la fuga de los nuestros fué apresurada, los cargaron hasta hacerlos ganar un bosque donde entraron todos heridos.

Consistió en esta retirada la salud de los castellanos; porque creyendo sin duda los tarapecosies que era ardid el meterlos por el bosque, para empeñarlos en el alcance á dar en alguna celada de los que dijeron iban á buscar los fugitivos, no osaron pasar adelante; antes bien, retrocedieron desordenados á su pueblo, quizá para ponerle en estado de defensa, ó para acelerar el transporte de sus riquezas: con lo cual dieron tiempo á Rivera y sus compañeros para retirarse por el mismo camino al

puerto de los Reyes, que distaria segun su computo setenta leguas, y las anduvieron con la celeridad y presteza de quien huye un grande riesgo.

Aunque sintió el Adelantado la desgracia, se llenó su corazon de esperanzas grandes con esta noticia, dando por cumplida su felicidad y por bien pagados los trabajos padecidos en aquel descubrimiento. Valióse de sus amigos y confidentes para examinar qué efectos habian causado aquellas nuevas en los ánimos del vulgo de sus soldados, y si los hallaria en disposicion de que se empeñasen en fenecer aquel descubrimiento, rogándoles procurasen influir en todos los mismos deseos que él fomentaba en su pecho para que se lograsen sus fatigas con un fin dichoso de aquella jornada.

No produjo la relacion de Rivera el efecto que deseaba Alvar Nuñez, por que empezando á adolecer de fiebres mucha parte de su gente, se desanimaron los mas de tal manera que solo pensaban en dar vuelta á la Asuncion, diciendo que si Alvar Nuñez trataba de proseguir aquella empresa le dejarian que se perdiese solo, pues ellos no estaban tal mal consigo mismos, que se quisiesen perder por capricho ageno; que aunque no se le podia negar alguna razon en desear concluir de una vez el descubrimiento á cuyo fin estaban próximos con esperanzas de próximos sucesos; pero que tambien se les debia conceder á ellos que era temeridad aquel intento en circunstancias que las inundaciones del rio habian de ocupar todo el

camino sin cesar en cuatro meses, y ellos padecian grande debilidad con las fiebres causadas por las mismas crecientes que habian inficionado la pureza de las aguas; que en tal estado ya no podian dejar de clamar por volverse á la Asuncion para reparar la salud, con la mudanza de los aires y mayor comodidad; y que entonces se podria tomar la empresa de nuevo en mejor sazon y con mayor fundamento.

No se cayó de ánimo Alvar Nuñez con esta repugnancia, y todavia esperó traerlos á su dictámen hablándoles públicamente. Hízolo desvaneciendo lo mejor que supo sus razones y mostrándoles no haber razon en que fundar semejante desaliento, particularmente que las dificultades abultan mas miradas desde léjos, y se desvanecen en manos de quien se arresta á superarlas.

Nada pudo conseguir porque, quizá no dejarian sus émulos de atizar secretamente el fuego de la malevolencia y encarecer el riesgo á vista de lo que crecia el número de los dolientes; por lo cual cediendo al tiempo, públicó la vuelta á la Asuncion distribuyendo las órdenes para que se embarcasen los capitanes con sus compañias en los mismos bergantines de su cargo luego que volviese Hernando de Rivera, que habia ido á la tierra de los xarayés por vituallas.

En esta ocasion los indios socorines y xaqueses, reconociendo que las dolencias iban oprimiendo á los castellanos, quisieron lograr la oportuni-

dad que les ofrecia el tiempo para deshacer la potencia estranjera que se hacia formidable á su libertad. Confederáronse con los guacharapos y dieron principio á las hostilidades cautivando cinco soldados, que con algunos guaranies neófitos, se apartaron del Real para pescar. A todos quitaron inhumanamente la vida, y sus carnes sacrificaron á su gula, en un solemne convite con que celebraron esta victoria. Continuaron los robos y asaltos con tan feliz suceso, que mataron á 58 cristianos, fuera de otros que redujeron á miserable esclavitud.

Requirióseles con la paz; pero ellos la rechazaron obstinados, por lo cual se les declaró por enemigos sin poder tomar otra satisfaccion de sus desafueros, asi porque las inundaciones no permitian ejecutar por tierra ninguna operacion militar, como porque la mayor parte de los soldados no estaban para tomar las armas, sinó para atender á la curacion de sus cuerpos.

Llegó al cabo Hernando de Rivera, y disponiendo el Adelantado el embarque, quisieron llevar consigo muchedumbre de indios del pais, pero lo prohibió constante, en virtud de real cédula que ordena no se puedan desnaturalizar de su nativo suelo, y esta entereza loable, le acabó de granjear la aversion comun, como que se opusiese á sus intereses, y sirvió de dar el último empellon á su ruína: que á permitirles toda licencia no hubiera corrído tan deshecha borrasca, porque segun el estrago

de nuestra humana naturaleza, solo place el gobernador que condesciende cobarde con su desarreglamiento; y contra el recto y ajustado, se conjura el poder de los malos para oprimirle con calumnias.

Hecha á la vela la armada, no esponderable el trabajo que se pasó para evitar los insultos de los guacharapos, y otros enemigos sus aliados, porque con toda la seguridad que les ofrecia la indisposicion de nuestra gente, molestaban á nuestras embarcaciones, cuya defensa consistió unicamente en los versos que disparaban los pocos que venian sanos: conque al fin, sin pérdida considerable arribó la armada á la Asuncion el dia 8 de Abril, deshaciendo en doce dias el camino que gastó dos meses á la subida, que eso de bajar, es siempre mas fácil en todas lineas.

Halló Alvar Nuñez en la Asuncion que el capitan Juan de Salazar á quien dejó encargado el gobierno en su ausencia, tenia junto un ejército de veinte mil indios amigos con el número correspondiente de canoas para salir por agua y tierra en busca de los agases, que habian vuelto á infestar el rio con sobresalto de todo el pais sujeto al dominio español; pero los nuevos accidentes que sobrevinieron dentro de la ciudad entre los mismos españoles, hicieron que se frustrase por entonces aquel armamento; que los cuidados domésticos, como mas inmediatos, se llevan todas las atenciones y principalmente si reina la turbulencia, con valedores poderosos que la fomentan.

CAPITULO XII

Amotinan los oficiales reales del Rio de la Plata á la ciudad de la Asuncion contra el adelantado Alvar Nuñez á quien ponen en dura y estrecha prision, hasta despacharle á España, donde es declarado inocente, y elijen por capitan general á Domingo Martinez de Irala, que permite varios insultos para mantenerse en aquel gobierno.

Cuando una vehemente pasion se llega á apoderar de los corazones humanos, los vuelve un mar inquieto de que vive léjos el sosiego, obligando dentro de sí mismo la causa que los promueve hasta prorumpir los efecto lastimosos que manifiestan con horror comun, cuán de temer es una inquietud á que no se pone con el tiempo el freno de la moderacion que la contenga. Tales andaban los ánimos de los oficiales reales en la Asuncion, inquietos y alterados con el ódio que fomentaban tiempo habia contra el Adelantado, y como este no los contuvo con el freno del rigor que hubiera sido preservativo eficaz de su infortunio, les dió lugar para que se acabase de fraguar la deshecha borrasca, cuyos

mas fuertes embates se emplearon en contrastar su fortuna.

No perdian ocasiones los mal contentos de malquistar al Adelantado para ir disponiendo los ánimos á lo que tiempo habia tenian premeditado, por que siendo intolerable á su orgullo y codicia la entereza y rectitud de aquel caballero que los tenia á raya para que no escediesen los límites de sus empleos y aun habia ya quitádose la máscara del disimulo y empezado á hacer la demostracion de suspenderlos, temieron prosiguiese ahora la causa que quedó por concluir con ocasion de la jornada precedente, y de su conclusion recelaban su ruina, por los desórdenes que constarian de los procesos, si ellos no adelantaban su astucia á oprimir al Adelantado, deponiéndole del gobierno ó por tírano ó por indigno del puesto.

Valiéndose pues de su malignidad, interpretaban á mal todas sus acciones aun las mas justas. El retiro que observaba en su casa aquellos dias, sin dejarse ver, por la dolencia que trajo contraida de la jornada, decian que era soberania, arrogancia y desprecio de los vecinos. A la observancia de los reales mandamientos, llamaban tenacidad y adhecion á su própio capricho; á la atencion á mirar por la libertad de los indios, daban nombre de tiranía, con la cual procuraba reducirlos á miseria para triunfar mas á su salvo de todos; y no contentos con dar estos visos á sus acciones se arrojaban á finiir otras que le acabasen odioso, porque decian

que sin reparo escedia de las instrucciones que el Real Consejo le dió, encaminadas al alivio de la provincia, y que estaba resuelto á despojar á todos los vecinos de las encomiendas, y hacerles tales vejaciones que perdiesen las haciendas ó en los litijios, si las quisieran redimir, ó en su própio sufrimiento, si se resolviesen á callar.

Todo esto, lo pintaban con tales coloridos que lo hacian creible, y aun á los mas advertidos hacia recelar fuese factible. De aqui pasaban á mostrar grande irritacion contra tales tiranías y á lastimarse compasivos de los que indefensos las padecian, y como quien no se atrevia á empeñarse por no tener séquito, pero que se hallaban con bastante celo para sacar la cara, si se viesen con algun fundamento, decian á los hombres principales de la república:

¿Es posible que entre españoles que hemos tenido aliento para conquistar tantas naciones, falte espíritu para buscar camino por donde salir de tan violenta opresion? ¿Cómo consentimos que este hombre se tome tanta mano sobre nosotros, que ejercite ya sin freno, su tiranía? Hemos padecido imponderables trabajos en una jornada inútil á que nos condujo su capricho, y cuando nuestra condescendencia le debiera cautivar la voluntad para que se mostrase aficionado á nuestros intereses, le hallamos totalmente opuesto á nuestras conveniencias y arrestado á perdernos. ¿Hasta cuándo ha de durar nuestra tolerancia? Sin duda hemos pasado de

sufridos á insensibles, pues consentimos nuestros ultrajes como si no nos tocaran y nos hallamos al parecer olvidados de nosotros mismos.

¿A qué aguardamos, amigos, que no abrimos los ojos y buscamos el remedio de tanta tiranía? Todos estamos obligados á mirar por el bien de esta república y á nada debemos perdonar por sacarla de esta cruel servidumbre: nosotros la fundamos á costa de nuestra própia sangre, no es justo desampararla en su mayor aprieto. El fin de su fundacion, fué que sirviese de terror á tantos enemigos que la rodean, y fuese la señora que dominase á estas gentes. ¿Y ahora hemos de permitir que rinda la cerviz al yugo afrentoso de un solo hombre tiránico que tira por todos caminos á arruinarla? Hemos sufrido hasta ahora por no manchar nuestra fama con el feo borron de desobedientes al ministro de nuestro príncipe; pero cuando este mismo deslustra con sus enormes operaciones, la imájen de la majestad que representa, sus atrevimientos consentidos por nosotros serán ya acusaciones de nuestra flojedad y desprecios de nuestra paciencia.

Si le dejamos proseguir en sus designios, llegará nuestro daño á ser irremediable y triunfará insolente en nuestra ruina ¿Pues en qué nos detenemos que no miramos por nosotros mismos? ¿Recela alguno que nuestro rey reprobaria nuestra resolucion y quedásemos incursos en la nota de desleales? No podemos esperar esto de la benignidad con que nos atiende, pues dejamos de obedecer á un ti-

rano que abusa de su real confianza, por conservar la razon de nuestra parte, y adelantar sus dominios. Si tenemos á algunos amigos que todavía siguen su partido, ni ellos son tantos que puedan dar temor á los que sacaremos la cara, ni todos lo que lo parecen le tienen tanta voluntad, que por él quisieran perderse, y nos persuadimos que los mas, una vez ejecutada la deposicion de este hombre, se hallarán necesitados á mirar como remedio el séquito de nuestro partido. Nosotros que suponemos tanto en esta república debemos impedir con todo el esfuerzo de nuestros hombros su ruina, y por tantos caballeros tiene el Paraguay que supieran con su valor llenar el lugar de capitan para esta faccion, juntémosnos todos y hagamos comun la causa pues lo es tambien la ofensa.

En esta sustancia hablaban los oficiales reales, á los que veian mas fáciles de traer á su devocion y hallando en muchos bastante disposicion se resolvieron á poner por obra sus premeditados designios, á cuyo fin convocaron una junta de todos los que se habian declarado sus parciales en que se dió la traza de prender al Adelantado disponiendo que toda esta máquina, se recatase de la noticia de algunos que conocian ser de condicion pundonorosa y enemigos de la sinrazon y mucho mas de tan declarada deslealtad. A estos, se resolvió, se les deslumbrase con el pretesto de que yendo los oficiales reales á requerir al Adelantado no intentase quitar á los vecinos que no fueron á la jornada, los re-

partimientos de indios, era forzoso para su resguardo se hallasen juntos, para evitar que no les prendiesen y se les señaló la hora del Ave María para que armados concurriesen en dos casas donde se les daria la órden de lo que debian ejecutar.

El principal motor de todo era el contador Felipe de Cáceres, hombre altivo bullicioso y amigo de novedades, quien principalmente se hallaba mas sentido de Alvar Nuñez por que en cierta consulta por ponerle en razon, le trató mal de palabra, y aun su sobrino Alonso de Riquelme, viendo que dicho Cáceres se desmandaba contra su tio, le dió una puñalada. Ambas injurias tenia muy presentes, y queria vengar en està ocasion, por lo cual se señalaba mas entre todos en promover la prision, y su casa fué donde se juntaron esa noche que era el dia 25 de Abril de 1544, y donde salieron determinados los otros tres oficiales reales, Vanegas, Cabrera y Donantes con la comitiva de don Francisco de Mendoza, Nuflo de Chaves, Jaime Resquin, Juan de Ortega, Alonso de Valenzuela, Andres Hernandez el romo, Hernando Arias de Mansilla, Juan Camargo, Agustin de Campos, Luis Osorio, Martin de Orue, Martin Suarez de Toledo, Juan Salazar de Espinosa, y otros muchos caballeros principales, que unos iban ignorantes del verdadero designio y otros como factores de la faccion, todos bien armados y acompañados de mas de doscientos hombres.

Encamináronse todos á la casa del Gobernador,

cuyas puertas tenian por suyas; porque dos familiares suyos, Antonio de Navarrete y Diego de Mendoza su maestre sala, estaban complicados en este negocio, y tenian dispuesto que Juan ó Pedro de Oñate les diese entrada. No faltó quien se adelantase y diese aviso á Alvar Nuñez, que con haberse purgado ese dia, saltó de la cama, vistióse una cota y empuñando espada y rodela, salia de la sala á tiempo que ya entraban dos hombres armados, apellidando *libertad* y clamando *¡Viva el Rey! y ¡Muera el mal gobierno!*

No se turbó el animoso Adelantado, sino muy sobre sí, les dijo: "Caballeros ¿Qué traicion es esta "que cometen contra su Adelantado?" Respondieron ellos: "No hay aqui traidores, porque todos somos " fieles servidores del Rey, á cuyo servicio convie- " ne que U. S. sea preso y vaya á dar cuenta al " Real Consejo de sus delitos y tiranías." Replicó el Adelantado cerrándose con su rodela y espada: "Antes moriré hecho pedazos, que dar lugar á semejante alevosa." Acabaron entonces de perderle el respecto y cerrando con él á estocadas le requerian que se rindiese si no queria morir á sus manos; pero el Adelantado se defendia diestramente de las espadas hasta que apuntándole Jaime Resquin con una ballesta le amenazó, que le atravesaria, si no se le entregaba.

Dueño de sí, aun en tamaño peligro, le dió de mano con semblante sereno añadiendo: " Retírense Vms. que yo me doy preso", y echando la vista por

todos los presentes, puso los ojos en Don Francisco de Mendoza, caballero de la calidad que dijimos, á quien llamó, y muy léjos de la turbacion, le entregó con mucho despejo y urbanidad la espada, y le dijo: "A Vmd. señor don Francisco entrego mis armas, hagan ahora de mí los demas, lo que les dictare su pasion." Asiéronle entonces con mucha descortesia, y sacando dos pares de grillos que llevaban prevenidos, se los echaron, tolerando el paciente aquella ignominia con tal grandeza de ánimo, que ni se le oyó una voz para la queja, ni se asomó al semblante el mas leve indicio de impaciencia.

¡Caso atroz y abominable! ¿Atraverse los vasallos á poner las manos, y tratar con tal indecencia al ministro de su rey, que representaba su real persona y portarse con él, como pudieran con el mas enorme delincuente! Pero parece se ha perdido el horror en aquella provincia á semejantes indignidades; pues con descaro las han repetido con varios gobernadores y ensayádose desde estos principios para el último esceso que habrá tres meses, perpetraron quitando la vida el dia 15 de Setiembre de 1733 á su gobernador don Manuel Agustin de Ruloba y Calderon, fidelísimo ministro de S. M. que sacrificó su vida en servicio de nuestro católico monarca, por defender su real jurisdiccion, que querian usurpar los rebeldes que hoy tienen tiranizada toda la gobernacion del Paraguay.

A nuestro adelantado Alvar Nuñez despues de preso, sacaron en una silla de manos, para condu-

cirle á las casas de Garcia Venegas, donde le trataron con tal humanidad, que su albergue, fué una oscura mazmorra con cincuenta soldados de guarda que se supone serian los mas confidentes de los amotinados, y en cuya vijilancia pudieron descansar sin zozobra su ánimo inquieto y bullicioso. Al sacar preso de su casa al Adelantado muchos caballeros que no se habian mezclado en la disposicion de este atentado y solo asistieron por evitar algun desman, ó que pudiese provocar la licencia de los sediciosos, se sintieron altamente de que les hubiesen hecho el agravio de presumir de su pundonor, era capaz de apadrinar una alevosía, y tomando las armas pretendieron sacarle de las manos de los guardas y ponerle en libertad: pelearon con denuedo correspondiente á sus obligaciones, conociéndose en el valor con que obraban, la calidad de los que manejaban las armas y el grande asunto en que se empeñaban de restituir á costa de su sangre al Adelantado en su gobierno, porque no se dijese en ningun tiempo, habian echado en el esplendor de su fama, el feo borron de traidores.

Clamaban al mismo tiempo, que ellos no habian concurrido á fomentar la prision de quien gobernaba en nombre de su rey, sino á servir de embarazo á cualquier sin razon que á la sombra de su autoridad quisiesen cometer. Pudieron durar poco en la resistencia porque oprimidos de la multitud se vieron forzados á ceder, conociendo que la pérdida de sus vidas, cuando era tan poderoso el partido

contrario, solo serviria á empeorar el estado de la república; y retirándose á sus casas, clamaban los rebeldes á los guardas procurasen guardar á el preso porque cualquier descuido en la vijilancia, costaria á todos las vidas, si se veia libre aquella sangrienta fiera, y emplearia su saña en acabarlos á todos.

Para mirar mejor por su seguridad prendieron á todas las personas que les parecian sospechosas, por relacion ó de amistad ó de parentesco con el Adelantado, como fueron, Pedro de Estopiñan, Alonso Riquelme, Rui Diaz Melgarejo, Francisco de Vergara, Diego de Abreu, y á los Ministros de Justicia á los cuales despojaron de sus varas y soltaron los presos que estaban aherrojados en la cárcel; que no era bien visto, hubiese presos por delitos donde estos se cometian con impunidad. Apoderáronse de todas las escrituras y despachos reales y particularmente de los procesos que se iban formando sobre los escesos de los mismos oficiales de la Real Hacienda, los cuales aprehendidos, dieron la casa á saco y usurparon en todo la real jurisdiccion arrogándose todo el gobierno para ejecutar cuanto se les antojaba.

Dió mucha confianza á los sediciosos ver aprovados sus desatinos por el comisario fray Bernardo de Armenta y por fray Alonso de Lebron, que aplaudian su resolucion, y aun el licenciado Centenera quiere que ellos fuesen los autores principales que movieron esta conjuracion contra la cabe-

za del pobre Adelantado. Al dia siguiente á la prision convocaron á todo el pueblo á las puertas de la casa de Domingo Martinez de Irala, y se dió publicamente razon de los motivos que habian obligado á prender al gobernador, que se redujeron á sus tiranías las cuales se ponderaron mucho para irritar los ánimos y se echó bando con voz de pregonero prohibiendo que ninguno, pena de la vida, fuese osado á andar clamando *libertad, libertad,* como habia sucedido aquella noche.

Dejaron de oirse por algunos dias aquellas voces que no hacian buen eco en los ánimos alterados é inquietos de los agresores dé esta maldad, porque si alguno se desmandaba pagaba por lo menos con su hacienda que se le confiscaba irremediablemente, si no podian haber á las manos su persona. Pasaron luego á elejir gobernador y favoreció la mayor parte de los votos al maese de campo Domingo Martinez de Irala á quien el autor de la Argentina manuscrita supone ausente de la ciudad en todas estas alteraciones é ignorante de todo lo obrado y tan enfermo que noticiado de su eleccion se escusó de admitir el cargo diciendo: « Que hallándose próximo para partir de esta vida á dar cuenta á su criador, no estaba en disposicion de divertir el ánimo á otros cuidados temporales que le abstrajesen del principal que era el de su alma. Que nombrasen otro de tantos caballeros como habia á la sazon en el Paraguay que llenarian mejor aquel lugar que quien habia ya

recibido el último sacramento de la Iglesia (1).

Introduce aqui muy solícitos á Alonso de Cabrera, Juan de Salazar, Nuflo de Chaves y Gonzalo de Mendoza, en persuadirle á que aceptase su eleccion, y que al cabo vencido de sus ruegos y autoridad, admitió el nombramiento aquel mismo dia, sacándole en una silla á la plaza pública donde fué solemnemente recibido por capitan general, habiendo antes hecho juramento sobre los Evangelios de mantener en paz y justicia en nombre del Rey, asi á los españoles como á los naturales de la provincia, hasta que S. M. dispusiese otra cosa con noticia de los procesos formados contra Alvar Nuñez, cuya persona se habia de despachar al Real Consejo.

Por el contrario, Antonio de Herrera, escribe que Irala *ayudó mucho á esta sedicion*, y que le nombraron por teniente de gobernador, *porque les parecia que siendo hombre de poca calidad, haria lo que ellos quisiesen.* (2) El licenciado Centenera conviene con Herrera, diciendo fué finjida la enfermedad, segun averiguó él mismo, para salirse á fuera de la pena que merecia tal insulto; pero que él dispuso lo que se ejecutó, y quedó triunfante de aquella prision.

No todo se ha de apurar en la Historia; pero parece que Rui Diaz entró con poco fundamento en la relacion de este caso si no le queremos hacer

(1) Rui Diaz Gusman en la Arg. m. lib. 2. cap. 4.
(2) Herrera. dec. 7. lib. 9. cap. 12.

apasionado por defender el crédito de su abuelo materno que era Irala; porque á la verdad, viste este paso de circunstancias increibles, porque quién no tropieza luego con la inverosimilitud de que habiendo recibido ya la estremauncion le quisiesen acelerar la vida, sacándole ese dia á la plaza, pues para nada era necesaria esa supertisiosa ceremonia ni es de creer de quien se hallaba tan á los últimos hubiese condescendido por ningunos riesgos á embarazarse en negocio de tanta turbacion, si no es que le finjamos tan poseido de la ambicion que pospusiese las atenciones de cristiano al deseo de morir gobernando entre tanta turbulencia.

Fuera de que el mismo autor dice sintió sumamente Irala, la prision del Adelantado y fué forzoso prevenirle no se alterase, porque todo se habia obrado por dictamen de la comunidad: pues cómo era creible que en hombre por esta parte sospechoso, hubiesen puesto los ojos de comun acuerdo los rebeldes? con que se descubre escribió con sobrado descuido este suceso ó influyó con demasía en su pluma, la razon del parentezco.

La misma eleccion manifiesta que Irala no estuvo tan ignorante del caso como lo introduce su nieto, porque no es creible quisiesen poner los sediciosos el baston en manos que no las tuviesen bien aseguradas en su devocion, ó de quien no tuviesen muchas prendas metidas en aquel atentado para no quedar con la espina de que deshiciese lo hecho ó á lo menos informase al Rey contra aquella violencia.

Por tanto me inclino mucho á creer que Irala tuvo parte en la conjuracion; pero que tuvo tambien astucia y sagacidad para hacerse afuera en lo público, por no enredarse en las resultas; y que ni estuvo tan doliente como se quiere hacer creer, ni encubrió tanto su ambicion, que quedase libre de las sospechas de haber concurrido con bastante actividad á la prision.

Sea como fuére, es indubitable que Irala aceptó el gobierno y mejorando de su achaque con el nuevo empleo, resolvieron se repitiese la jornada del rio Paraguay *para buscar alguna plata y oro que enviar al Rey, por que les perdonase el delito que habian cometido.* Son palabras formales de Herrera que declaran bien, cómo disipados los primeros nublados de la pasion, les iba ya alumbrando nueva luz para conocer su desacierto. No asistió la gente á empeñarse en esta trabajosa empresa, antes tuvieron aliento los parciales de Alvar Nuñez, para alzar el grito y pedir publicamente se le pusiera en libertad.

Eran muy debiles esas voces por la inferioridad del número para que se dejasen escuchar del nuevo gobernador y justicias que estaban apoderados de todo, y contentos con el renombre de *leales* que escojieron por distintivo honroso de su proceder, se vieron forzados á abandonar la ciudad rebelde para empezar las pruebas de su triste fortuna que tuvieron principio en el despojo de sus bienes y solo con la fuga pudieron librar sus personas de los severos

castigos que ejecutaban en los que seguian el partido del Rey, llegando á términos la insolencia que los leales eran reputados por hombres viles, infames y abatidos. Costóles á muchos de los fieles la vida su entereza, y á los que no la perdieron, el andar vagos por los bosques y selvas, cual si fueran facinerosos, como lo cantó, en esta octava el licenciado Centenera, hablando del gobierno de Irala.

A muchos ahorcó de los leales
Diciendo que la tierra perturbaban;
A tal punto se vino, que los tales
En los montes y bosques habitaban;
Los que eran causadores de estos males
Lo bueno de la tierra se gozaban;
Los otros hambreaban suspirando
Y á Dios justa venganza demandando.

Los que mas se señalaron y dieron mas pruebas de la firmeza de su fé y devocion al partido real, fueron Diego de Abreu y Rui Diaz Melgarejo, caballeros sevillanos; y este último se vió en el último aprieto, casi con el dogal al cuello, pero su fortuna le deparó un amigo que lo puso en salvo, y uniéndose con Abreu, esforzó á los perseguidos leales tan constante, que aunque Irala casó una hija con su hermano Francisco de Vergara, abominó siempre de aquel parentesco y le miró con horror, llamando á Irala públicamente traidor. A la sombra de ambos caballeros, iba tomando cuerpo el bando

de los leales, y aumentándose los recelos del contrario, cuyos individuos todos andaban tan armados, como si en guerra abierta amenazara á la ciudad, un ejército formidable.

Irala despues como sagaz, teniendo á menos cordura esceder en la confianza, que suele adormecer el cuidado, para provocar el peligro se quiso asegurar en tan grande turbulencia, nombrando á los soldados de su mayor confianza, para que con un cabo asistiesen cerca de su persona en un cuerpo de guardia, y disimulaba con los oficiales reales, para que por sí mismos atendiesen á la seguridad de sus personas. Ellos que andaban inquietísimos, no omitian diligencia, siendo cuotidianos los escrutinios que hacian de las casas cercanas á las suyas, para que ninguno lograse emboscarse en ellas; y aun poco satisfechos de estas prevenciones, fortificaron todas las calles contiguas; que la conciencia de su delito en nada les permitia hallar seguridad.

Todo eran sospechas y desconfianzas: sobraba ver un corrillo de soldados para tocar al arma, y entrar al aposento y mazmorra del Adelantado á amenazarle con la muerte si alguno intentaba su libertad. Las indignidades que se usaron con su persona, fueron propias de quienes habian pospuesto á su pasion todos los buenos respetos: jamás le permitieron cosa de consuelo en diez meses que duró la prision; apenas se le daba lo preciso para su sustento; á ninguno se le dió licencia para que le visitase; aun la comunicacion por escrito

con la dependencia de que le registrasen sus cartas se le negó, ni pudo escribir mas que una vez con suma reserva; pero lo que admiraba sobre toda esta inhumanidad, era ver la serenidad majestuosa de su semblante, portándose con tal agrado, como si á la cárcel no hubiera venido sino por propia eleccion.

Temió no obstante perder la vida si sus parciales se inquietasen, y compelido de este temor no mal fundado, vino en firmar un mandamiento en que ordenaba á todos los de su séquito obedeciesen al nuevo Gobernador, y no intentasen novedad alguna. Poca fuerza les hacia esta órden que se conocia evidentemente era inspirada de alguna violencia, y del temor de perder la vida; pero con todo eso no se atrevieron á publicarle los mismos interesados, por no irritar mas los ánimos que por este camino pretendian sosegar, y dar mayor noticia de su atrevimiento. Estaban tan léjos de obedecer á dicho mandamiento los parciales de Alvar Nuñez, que antes bien al mismo tiempo, setenta de ellos, aconsejados de su propio valor y lealtad, se confederaron para hacer la memorable hazaña de ponerle en libertad y restituirle al gobierno, sacándole de la opresion tiránica en que le tenia la faccion dominante; pero ponderaron varias dificultades que ocurrian, sobre las cuales quisieron consultar secretamente al mismo Adelantado, á cuya persona inmediatamente tocaban.

A este fin, ganaron con dádivas y promesas el

ánimo de una india que le introducia todas las noches la cena; y por su medio le escribieron que tenian premeditada su libertad, pero que deseaban tener primero su licencia, porque con ella emprenderian la faccion gustosos, aunque les costase las vidas, y principalmente reparaban en que de arrojarse armados á la cárcel ó casa donde estaba aprisionado, se esponia á manifiesto riesgo su misma vida que pretendian poner en salvo; porque si eran sentidos antes de ejecutar sus intentos, tendrian lugar de coserle á puñaladas Garcia Venegas, Andrés Hernandez el romo y Hernando de Sosa que estaban arrestados á esta sangrienta ejecucion, si algunos se arrojaban á sacar la cara por él, y solicitar su soltura; que si tragaba este peligro y se queria aventurar á este trance, les diese licencia de obrar y probar fortuna, dejando algun ejercicio á la confianza en Dios que favorecia sus designios por la justicia de la causa que defendian.

El Adelantado adolecia á la sazon gravemente, y les respondió negándoles la licencia, porque el peligro de su vida era inevitable, y solo serviria su osadia de acelerarle la muerte, de que apenas le libraba el agrado que mostraba á sus émulos, y la insensibilidad con que se portaba en tamañas injurias. Y por fin de la respuesta, les daba á entender cuánto debian recelar que los indios, si se llegaban á enterar que en la ciudad habia discordia, se aprovechasen de la ocasion para destruir ambos partidos, y sacudir el yugo forastero, que toleraban vio-

lentos y miraban con horror. Por lo cual, les rogaba encarecidamente desistiesen de su intento que era temeridad, en que les empeñaba el afecto de su persona, y no podria surtir otro efecto que el de empeorar las materias con su muerte. En este sentir concluyó su respuesta, la cual quitó de las manos las armas á sus amigos y deudos.

Llegó en ese tiempo á descaro la licencia con que se vivia; la codicia sin freno oprimia á los miserables indios, por cuyos pueblos saliendo la gente militar armada, les robaban públicamente sus haciendas, por lo cual aquellos desvalidos se retiraban á los bosques, donde solamente hallaban asilo contra tales vejaciones. Las justicias se habian hecho tan del bando de la injusticia, que 50 ó 60 caballeros se pasaron fugitivos al Brasil, por asegurarse de sus tiranías; á otros, que con menos fortuna en la fuga, intentaron salir de la misma opresion, echaron en duras prisiones y despojaron de sus haciendas. A los indios se les permitió continuar el vicio de comer carne humana de sus enemigos, bestialidad de cuyo horror se les habia ya antes persuadido.

Y porque la inquietud de la gente no cesaba, se encrueleció con mayor rigor la inhumanidad de los tiranos, sin perdonar aun las personas exentas; pues tuvieron osadia para cometer el sacrilegio de prender á Rodrigo de Herrera, Antonio de la Escalera y Luis de Miranda, clérigos, porque celosos se opusieron contra tanto desórden. Amanecieron una mañana en los cantones de la ciudad, unos letreros

que decian: *Por tu ley, y por tu Rey morirás.* Aviváronse con ellos los recelos de los desleales, y obraron tan eficaces las sospechas, que sobraron para prender y atormentar con increible rigor, azotar y ahorcar á muchos inocentes, sin otras pruebas que el antojo y malevolencia de los oficiales reales; y á Pedro de Molina, regidor de la ciudad y natural de la de Guadix, le sirvió de poca defensa su graduacion para no ser afrentado públicamente, porque hizo cierto requirimiento en nombre de S. M., y recibió por merced que le dejasen con vida.

Las quejas que provocaban tamaños escesos, hallaban tapiados los oidos de Irala, negándose al remedio con la imposibilidad, y aun pretestando su cobarde ó afectada negligencia con la necesidad de tener grata á la milicia para las ocasiones, y no desazonar á los oficiales reales que podrian causar mas peligrosas alteraciones, si se les intentaba poner freno. Evasion indigna de un gobernador cristiano, y prueba clara de que tenia secreta colucion con los autores de tantos males, y de que fué gran parte en la prision del Adelantado. En suma, los oficiales reales procedian poseidos de la ambicion, paliando lo enorme de sus operaciones con el título aparente del servicio del Rey y bien comun; que nunca los rebeldes han querido malquistar con ruin nombre sus tiranías, y de ordinario procuran dorar sus yerros con títulos especiosos.

Pero todo les parecia menos mientras no veian fuera de la provincia al Adelantado, léjos de donde

les pudiese dar recelos: con que se puso calor en la fábrica del bergantin que le habia de conducir á Castilla. Embarcáronle por fin secretamente una noche, llevándole con suficiente escolta que le asegurase, y acordaron fuesen con él los dos oficiales reales Alonso de Cabrera, veedor, y García Vanegas, tesorero; para que con los autos obrados diesen cuenta al Real Consejo de los motivos que justificaban aquella resolucion, en que no deja dudar todo lo referido, abultarian mucho la calumnia, el ódio y la pasion, para dar cuerpo de delito aun á las acciones mas justas del infeliz Adelantado. Quiso tambien Irala le acompañase Lope de Ugarte, que fué uno de sus mas señalados enemigos y gran promotor de esta sedicion, y á quien le despachaba por su agente para negociar en la corte.

Apenas puso el Adelantado el pié en la carabela, cuando haciendo testigos á los circunstantes, esclamó en voz alta y dijo dejaba por su lugar teniente en nombre del Rey al capitan Juan de Salazar Espinosa. Acabóse entonces de quitar la máscara García Vanegas y publicarse por traidor, con la accion de ponerle un puñal á los pechos, haciendo entre varias amenazas juramento á Dios que si tomaba en la boca el nombre del Rey, le quitaria luego la vida. El golpe improviso de aquella voz del Adelantado, le quitó la advertencia para sacar de los lábios la traicion que abrigaba en su pecho; que es difícil en lances repentinos contener los afectos dentro de las cárceles del disimulo.

Hízose el bergantin á la vela, y Salazar convocó secretamente á los leales para que le reconociesen por teniente general en virtud del nombramiento del Adelantado. Tenia ya juntos en su casa mas de 100 soldados, cuando se descubrió su intencion que contraminó la dilijencia de Irala, porque juntando con la presteza que pedia el caso á los principales conjurados, puso sitio á la casa de Salazar, y le requirió no turbase con su intempestiva pretension la paz de la república, cuando la ocurrencia de las cosas y el mismo estado en que se hallaba la ciudad, pedian que se evitase toda disencion y se uniesen las fuerzas de todos para perfeccionar la conquista anteponiendo el bien comun á sus fines particulares.

Los soldados que mantenia Salazar, no se inclinaron á oir esta proposicion, y respondió que no estaba en su mano dejar de obedecer al Adelantado que era ministro lejítimo de su Rey, y que no le faltarian manos para defender su derecho cuando no les bastase la razon. Irritado Irala con la libertad de esta respuesta mandó asestar cuatro piezas de artilleria contra la casa de Salazar y empezandola á batir, abrió brevemente una grande brecha por donde entraron los soldados de Irala sin resistencia, porque los de Salazar lo desampararon ignominiosamente, otros se hallaron llenos de turbacion, y los que mas se quisieron esforzar á la defensa, se hallaron embarazados con la multitud de los vencedores, con que en breve oprimidos se hallaron

obligados á rendirse, y Salazar que imajinó empuñar el baston, salió de su casa con un par de grillos para que viese mas léjos su libertad. Acompañáronle en su desgracia Rui Diaz Melgarejo, Alonso de Riquelme y Pedro de Estopiñan Cabeza de Vaca, al cual con Salazar despachó presos Irala en otro bergantin á cargo de Nuflo de Chaves, para que dando alcance al Adelantado pasasen tambien á dar cuenta de sus personas en el Consejo.

Quedó Irala recibiendo parabienes de su victoria y los presos navegando para España; pero al desembocar en el Océano los recibió una tempestad que combatió furiosamente el bergantin. Conjurados los cuatro elementos, cada uno parece tiraba á ostentar contra el triste navichuelo: el viento de la guerra queria lograr la victoria soplando con increible furia; los relámpagos rompiendo el aire, publicaban con las voces de los truenos que el fuego habia de prevalecer en el combate; la tierra cercana del cabo de Santa Maria, esperaba triunfar de los despojos de la batalla; el mar los atacaba violentamente y llegaba á apoderarse de todo con el impulso é inundacion violenta de las aguas. No podia resistir el vaso á tan feroz contraste porque era casi insuperable la pujanza de los enemigos; el socorro de los brazos para desaguar las bombas era inutil porque prevalecia la inundacion con los nuevos embates que cada vez crecian; y con la lluvia deshecha que arrojaban las nubes doblando el poder al mar, para que mas facilmente le sepultase

en sus olas, pero cuando abria senos para tragarlos: al mismo punto levantaba al bergantin hasta el cielo como si quisiese fuese mas ruidoso el naufrajio si le precipitaba desde mayor altura.

En la aplicacion de contender con tantos, y tan poderosos enemigos pasaban los miserables navegantes de un peligro á otro peligro y de un cuidado á otro cuidado, porque durando cuatro dias sin imterrupcion la borrasca, de noche temian sin consuelo la última hora y al amanecer el dia, en que esperaban mejorar de partido se ocultaba el sol con las densas nubes que confundian su luz, y dejando solo la precisa para ver con funesta claridad su peligro, en todo lo demas pudiera parecer reinaban las sombras de la noche. Solo se escuchaban entre tanto estruendo, clamores que rompian el aire y votos que querian llegar al cielo; que nunca Dios es mas buscado que cuando es mas temido: pero con todo la tempestad iba en aumento y el peligro se ostentaba mas próximo, hasta que penetrando por entre tanta confusion la luz del arrepentimiento á los obstinados corazones de los oficiales reales se acabaron de rendir públicamente sus culpas que se persuadieron ser las que con mayor ímpetu conmovian la borrasca.

Postráronse humildes á los piés del Adelantado quitáronle los grillos besáronle los piés y pusieronle en libertad confesando su inocencia y los juramentos falsos á que habian inducido á muchos para calumniarle, con otros enormes pecados de que

por esta razon habian sido cómplices de todo lo cual le pidieron perdon con encarecidas espresiones y con ofertas al parecer muy sinceras de que haciéndoles juramento de echar en olvido sus agravios le volverian al Paraguay y favorecerian con todo el empeño que le habian perseguido para que se repusiese en su gobierno. ¡Oh, lo que puede Dios, cuando esgrime el azote de su justicia y cuán facilmente trueca los mas obstinados corazones!

Parece se habia fraguado tan porfiada borrasca para conseguir estas demostraciones favorables á la inocencia de Alvar Nuñez, porque en breve se fué serenando el aire, sosegó el mar su furia y gozaron de tranquila bonanza con el consuelo de los ánimos que solo sabe concebir quien corrió igual fortuna. Venian ya en retroceder hácia el Paraguay con el designio de la reposicion de Alvar Nuñez; pero se opuso á esta resolucion Pedro de Estopiñan, diciendo, que aunque creia de la prudencia de su primo, seguiria el camino de la moderacion si volvia á empuñar el baston; pero fuera de ser esto muy contingente era tambien muy factible, se irritase contra los actores de su deposicion y se alterasen con mayor peligro los humores mal correji dos de aquella provincia que encendiese la fiebre maligna de alguna guerra civil en que todos se abrasasen y consumiesen reciprocamente. Que para evitar este daño les requeria en nombre de S. M. prosiguiesen la jornada hasta llegar á los piés de S. M. que daria la justicia á quien la tuviese y podria

oviar todos los inconvenientes con superior providencia.

Prevaleció este dictámen y prosiguieron su navegacion en que les fué preciso arribar á las islas de los Azores por ir muy maltratado el bergantin. Estaban ya olvidados los oficiales reales de las promesas que hicieron en la tormenta, y volvieron á revivir en sus ánimos las pasiones antiguas como sucede muy de ordinario á los malos que á vista de los peligros vuelven en sí, para olvidarse mas de sí cuando se ven libres de ellos. Desconfiaban sin duda tener buen despacho en la justificacion de su monarca, si llegaba á oir la justicia de Alvar Nuñez, y buscaron pretesto para evitar sin nota de ellos, que llegase á su presencia.

El medio fué persuadir á Manuel de Cortereal, capitan mayor de la isla Tercera, prendiese al Adelantado porque al pasar con su armada por Cabo Verde para el Rio de la Plata, saqueó aquellas islas. Fuera ser el delito supuesto, dió que pensar aquella acusacion al capitan portugués, persuadiéndose se ocultaba en ella algun gran motivo, pues sin él, no le parecia creible que castellanos fuesen tan celosos de los derechos de Portugal, que acusasen á uno de su misma nacion por haberlos violado: observó tanto los ánimos y hallándolos llenos de pasion contra el pobre caballero, conoció lo interior de su propuesta, é inclinado de su própia generosidad en favorecer al perseguido, despreció la delacion diciendo; no creia su Rey, que caballero castellano

de las obligaciones del Adelantado hubiese cometido tal atentado en los dominios portugueses en tiempo que observaban la mas sincera correspondencia, ambas coronas.

Desvaneció esta respuesta los designios de los oficiales reales y hubieron desairados embarcarse en otro navio para España donde llegaron á tiempo que murió el obispo de Cuenca don Sebastian Ramirez de Fuenleal, presidente del Real Consejo de Indias, que instruido de los sucesos é insolencias que los oficiales de la Real Hacienda cometian en las Indias, solia decir que esta destemplanza, originada de la codicia y ambicion, no se podia correjir con la tarda operacion de los remedios suaves que dejaban cobrar mayor fuerza al humor pecante, sino con evacuaciones copiosas de la sangre de los delincuentes, y se sabe que por las noticias habidas por la via del Brasil de lo obrado en la Asuncion, estaba resuelto á prácticar ese dictámen en las personas de Cabrera y Venegas para terror y escarmiento de los demas.

Adelantáronse ambos á informar al Real Consejo cuanto les dictó su pasion y el deseo de justificarse; pero llegando Alvar Nuñez se dejó atender tanto su justicia, que dando su causa por perdida Cabrera y Venegas desaparecieron de la corte con varios pretestos: con todo aunque su fuga los puso libres de las manos de la justicia humana no pudieron evadir el rigor de la divina que les fué á los alcances; por que García Venegas murió de improviso y

Alonso de Cabrera enloqueció de pesar y loco mató á su própia mujer, y á Lope de Ugarte, nunca permitió S. M. volviese al Rio de la Plata, aunque para conseguir la licencia se valió de poderosas intercesiones.

Siguió el Fiscal del Consejo la causa contra el Adelantado y aunque en vista fué sentenciado en privacion de oficio y desterrado á Oran con seis lanzas á su costa, empero en revista le absolvió el Real Consejo declarándole inocente de cuanto se le imputaba; bien que por via de buen gobierno se tomó el espediente de que no volviese al Rio de la Plata por no resucitar con su presencia la memoria de sus ofensas y de los pasados escándalos; y se le señaló renta vitalicia de dos mil ducados cada año sobre las aduanas de Sevilla, donde falleció con quietud y honra, siendo prior de aquel convento. Estopiñan y Salazar siguieron en la sentencia la fortuna dichosa del Adelantado declarados por fieles servidores de S.M. y el segundo volvió á la Asuncion años despues á gozar de su pingüe encomienda de indios, trayendo á su cargo una armada y honrado con el hábito de Santiago.

Pero la ausencia del Emperador á quien la causa pública de Europa tenia fuera de España, embarazaba la pronta espedicion de los negocios de las indias y la celeridad necesaria para aplicar remedio á los males; por lo cual fué forzosa la tardanza de las demas dependencias del Rio de la Plata, dejando que los rebeldes gozasen de su aparente quietud

y aun poniendo las cosas en estado que los sediciosos quedaron sin castigo aunque por mucho tiempo le temieron; que á habérsele dado correspondiente á su deslealtad, hubiera sido preservativo de muchos males que se han llorado en aquella inquieta república y aun hasta el tiempo presente tienen en bastante ejercicio las lágrimas asi de los celosos como de los que son blanco de las estorciones.

CAPITULO XIII

Por la division que reinaba entre los conquistadores del Rio de la Plata se rebelan de nuevo los indios á quienes vence y sujeta el general Domingo Martinez de Irala. Entra este á descubrir por tierra de los mbayas hasta los confines del Perú. Castiga á los paranás. Pacifica por medio de Nuflo de Chaves á los tupis; reparte encomiendas de Indios contra las órdenanzas reales. Permite grande licencia á los soldados, y otras trazas de que se valia para asegurarse en el Gobierno.

Hállase desacreditado el ocio entre todos cuantos bien sienten, porque como raiz infecta solo produce frutos de maldad; y aun la escuela de la esperiencia enseña ser origen de todos los males; pero en tierras espuestas á inquietudes al paso que entorpece los ánimos para todo lo bueno aviva los genios bulliciosos para idear novedades perjudiciales al reposo público. Estaba bien persuadido de esta verdad Domingo Martinez de Irala quien aunque permitia toda licencia, especialmente á los poderosos por no malquistar su gobierno con el sobrecrito de rigor, con todo, como deseaba mantener el imperio, procuró desterrar de su república la ociosidad que pudiera dar fomento á alguna nueva

máquina con que tirasen á arrancarle el baston de las manos.

Para esto, despues de repartir los bienes del Adelantado entre los que podian favorecer su partido, determinó emplear la gente en alguna faccion que divirtiese los ánimos, y juntamente le sirviese de mérito para obtener la confirmacion en el Gobierno. Publicó queria hacer nuevo descubrimiento y fué esta piedra de escándalo en que se quebró su amistad con los oficiales reales Pedro Durantes y Felipe de Cáceres, porque mal acostumbrados á meter la mano en todos los negocios de gobierno, llevaron mal que Irala se quisiese portar tan despótico, que sin haberles dado parte tomase aquella resolucion. Contradijéronla con ardor, pretestando como inconveniente insuperable, que abandonase la ciudad hasta que el Rey nombrase gobernador; y llegaron á términos de hacerle varios requirimientos sobre el caso; de que se originó entre Irala y los oficiales tanta desunion, que de amigos vinieron á recíprocas enemistades.

Este rompimiento amenazó al principio mayores disturbios; y se llegaron á esperimentar en breve porque se siguió division escandalosa, siguiendo unos un partido, y otros otro, segun las relaciones y los afectos de cada uno. Era la ciudad de la Asuncion en este conflicto, un campo funesto en que batallaban desapoderados el furor y la insolencia que son tan cruelmente poderosos en semejantes discornias civiles: el ódio de unos y otros era implacable;

el deseo de la venganza tan sin freno, que varias veces tuvieron las armas empuñadas, para llegar á las manos: pasábase la vida entre tanta inquietud, que Ulrico Fabro, testigo de vista, escribe, llegó á persuadirse, que desatadas las fúrias infernales, ejercía despóticamente su tiranía sobre aquella gente el mismo Satanás. (1) ¡Estupenda espresion para concebir lo que pasaba!

Los indios aunque bárbaros, infirieron de discordia tan universal, que imperio dividido entre sí no prometia mucha duracion; y queriendo ayudar con un fuerte impulso á apresurar su ruina, para verse libres de la opresion que miraban como yugo intolerable, se conjuraron para espulsar de su país á los castellanos. A la verdad tenian sobrado motivo para estar agraviados, porque la licencia de vida que permitia Irala, abria puerta para la perdicion y lamentable ruina de los vecinos pueblos, que oprimidos de la crueldad y codicia de los soldados, llorando, siendo amigos, lastimosas hostilidades; por que saliendo á ellos cuando les dictaba su antojo, les robaban cuanto querian, destruian sus labranzas ultrajaban á sus mujeres, y hacian tales estorciones que aun la pluma tiene rubor de escribirlas.

Así que, irritados y ofendidos de estos agravios, se valieron de la division de los españoles para desahogar su ira represada, y lograr á su satisfaccion su venganza contra tan pesados señores. Pagaron algunos españoles mas licenciosos en los principios

(1) Ulrico Fabro, in sua Relat, cap. 22.

de la rebelion su osadía, porque entrando á los pueblos alzados, ignorantes de su mudanza, se estrenó en ellos el furor sangriento de los bárbaros, sin querer usar con ninguno, de la piedad que tenian desmerecida aunque con instancia la imploraban. Iba cada dia tomando mayor cuerpo la rebelion de los indios, porque no contentándose con mantenerse rebeldes dentro de sus pueblos, salian á infestar la tierra y convocaban gentes para pasar de tolerados á agresores, con designio de sitiar á la ciudad para arruinarla.

Desconfiaron los Españoles, poder apartarlos de su error por el camino de la blandura, porque ya insolentes despreciaban el perdon que se les ofreció si se reducian á la antigua amistad y obediencia, con que puestos en sumo peligro de perderse los españoles, abrieron los ojos muy á costa suya, para conocer cuánto les importaba la union de cuya quiebra fatal veian tan lastimosas resultas. Cesaron pues pasiones particulares, ó se suspendieron por algun tiempo, y mancomunados todos, atendieron vigilantes á su seguridad propia; procuraron mantener en su devocion, algunas generaciones de indios mas distantes, que no habian tenido tiempo para entrar en la conspiracion, haciéndoles varias ofertas, si uniesen sus armas con las españolas para castigar aquella sedicion.

Abrazaron estos amigos los ventajosos partidos, y en número de mil, se entraron de socorro en la Asuncion, y despues se aumentó este número con

otros quinientos que todos venian bien armados, y con grandes deseos de señalarse en esta ocasion contra los guaraníes y agaces, que eran principalmente los mas rebeldes. Tuvieron estos osadía para formar ejército, y querer medir sus armas con las españolas, que tantas veces sintieron con lamentable estrago sus victorias. Juntaron un cuerpo de quince mil hombres, tres leguas de la Asuncion, con designio de venir sobre ella, en recibiendo otras tropas de refuerzo que esperaban. Tuvo aviso de todo Irala por sus espías, y se resolvió á buscar al enemigo en campo descubierto, antes que se engrosase, porque los indios no atribuyesen á falta de valor el encierro en la ciudad, que era inconveniente digno de precaverse en una guerra donde se peleaba mas con la opinion que con la fuerza.

Ordenó luego su gente, que eran mil indios ausiliares y trescientos cincuenta españoles á quienes puso en marcha, sin detenerse á animarlos, porque á los españoles se les conoció en los semblantes el deseo de pelear, y los indios iban tan llenos de brio que tuvo mayor trabajo la razon en contenerlos. Bien tarde llegaron los nuestros á ponerse á media legua de distancia de los enemigos, que se descubrian en campaña rasa donde se dejaba bien advertir el bullicio de su natural inquietud. No quiso Irala se presentase batalla á aquella hora, porque el cansancio y la noche no nos quitasen de la mano la victoria; y esta advertencia, confiados en su número superior, interpretaron los bárbaros á cobardía,

juzgando, persuadidos de su arrogancia y de nuestro reporte, que nos detenia su poder, y que habian de vencer sin pelear y triunfar sin batalla.

Pasóse aquella noche con suma vigilancia, como aconsejaba tanta cercanía al enemigo, y á las seis de la mañana siguiente se volvió á poner nuestro ejército en marcha cuando se vió que el enemigo se acercaba al nuestro mas presuroso que ordenado. Mandó Irala tocar á embestir con aquellos instrumentos y voces que inventó el furor marcial para influir en la obediencia y en la ira, y el enemigo, se ostentó tambien muy animoso con grande orgullo y algazara, haciendo resonar los aires con los gritos y las voces de sus instrumentos bélicos. Recibió el enemigo á los nuestros con bastante valor; mas no les retardó el paso con toda la resistencia de sus numerosas tropas, ni con la llúvia espesa de flechas y dardos arrojadizos con que les procuró ofender.

Con todo, aunque á la primera carga de las bocas de fuego conocieron ellos el estrago de los suyos, se mantuvieron á pié firme sin señal de turbacion; á la segunda retrocedieron con bastante ordenanza no dejando de pelear, ni nuestra gente de ir ganando terreno que perdia el enemigo, pero sin perder la formacion de ejército que el contrario tambien conservaba. No se perdia tiro de nuestros arcabuces pero los bárbaros olvidando contra su estilo su propio daño, se rehacian y valian de sus armas valerosamente, hiriendo algunos de nuestros soldados y matando á dos ó tres cuyas muertes, sin desani-

mar á nuestros españoles ó á nuestros ausiliares, infundieron increible aliento á los bárbaros. Abrieron de repente en dos alas para ocupar por todas partes la campaña, y oprimir á los nuestros cerrando el círculo que formaron á lo largo. Fuéronlo estrechando con tal resolucion que fué forzoso á los españoles hacer cuatro frentes, en que la union y buen órden, suplió por la desigualdad del número.

Era grande el estrago que hacian las bocas de fuego, y mayor la obstinacion con que se resistian los indios, hasta que rompiendo Irala con otros á caballo, por un lado se llenaron de tanto pavor que deshicieron el círculo y se rehicieron con increible diligencia en sus escuadrones primeros, aunque en su turbacion y desórden se reconoció claramente que ya obraba mucho la disminucion de su gente en los corazones.

Embistiéronles entonces los españoles con sus espadas y lanzas, y fué con tal ardor, que rompieron los escuadrones enemigos abriendo cada uno de los españoles camino tan largo, cuanto le media la estension de la lanza ó de la espada. Los indios nuestros ausiliares con este ejemplo, cargaban muy denodados con sus dardos, hasta que viendo los enemigos que ni las armas ni la multitud de los suyos bastaban á detener el ímpetu con que eran avanzados y rotos, concibieron tamaño miedo, que abandonando los puestos y las armas se pusieron en precipitada fuga, siendo tal su confusion y desórden, que se atropellaban y herian unos y otros, hacién-

dose el mismo daño que recelaban, y tal su espanto que ni aun en el centro de los bosques se daban por seguros. Mas de tres horas sustentó el enemigo su resistencia en dudosa batalla; pero aquel tiempo, que su valor supo mantenerse firme, lo emplearon los nuestros con felicidad en su ruina, pues se logró matarles mas de dos mil fuera de muchos heridos, sin faltar de los nuestros mas que indios y algunos que salieron heridos.

No se siguió el alcance por estar nuestra gente fatigada; con que se dió tiempo á que los fugitivos saliesen de los bosques y se introdujesen en uno de sus pueblos cuatro leguas distante, que tenian muy fortificados con aquellas sus estacadas que dijimos, y con fosas en que fijas estacas muy puntiagudas harian inevitable estrago en los que cayesen ignorantes del riesgo. Pusiéronle sitio y en tres dias no le pudieron entrar en repetidos asaltos, por el valor con que resistian los defensores. Al cuarto, haciendo unas adargas de cueros de anta que son durísimos, armaron con ellas á los indios, á quienes haciendo valientes el ejemplo de los españoles, y la irritacion de ver tan porfiada resistencia, asaltaron intrépidos al lado de los españoles con tal denuedo, que aunque hicieron rostro por mas de tres horas, al cabo tuvieron lugar de echar por tierra en tres distintos sitios parte de la estacada, por cuyas brechas se introdujo con nuestra gente el estrago de los enemigos, porque gran muchedumbre se pasó á cuchillo, por no querer rendirse, bien que la mayor parte

pudo escapar y retirarse al pueblo de Carieba, distante siete leguas, y en este hallaron los nuestros abundancia de bastimentos que ayudaron á reparar la fatiga.

Alojáronse allí aquella noche, y al dia siguiente fueron siguiendo la huella del enemigo: no le pudieron descubrir en todo aquel dia, hasta que al siguiente divisaron la grande poblacion de Carieba, en que estaba la mayor fuerza y mejores esperanzas del enemigo, porque la fortificacion era superior á cuantas hasta allí vieron; los aprestos de armas y bastimentos mas cuantiosos; el sitio mas cómodo para la defensa, porque un bosque vecino les infundia alientos para combatir sin temor con la seguridad de poder salvar sus vidas en él, si fuese forzosa la fuga. A las demás trazas de fosos y estacadas, habian añadido unas trampas que de nuevo inventaron, capaces de coger veinte y treinta hombres si diesen con ellas como parecia inevitable, porque las tenian armadas por los cuatro frentes en zanjas profundas, fingiendo el plano con una cubierta de la misma tierra, fundada sobre apoyos frágiles, que caerian al mas leve impulso y quedarian presos los que engañados por allí pasasen.

A los dos dias que plantó el sitio nuestra gente á esta poblacion, llegó nuevo socorro á nuestro campo, porque habiéndose vuelto muchos heridos á la Asuncion, salieron de allá otros doscientos españoles y quinientos indios ausiliares, con que el número de aquellos subió á cuatro cientos cincuenta y el

cientos. Tenia Irala sus emboscadas repartidas por la selva para que cogiesen algun indio que le informase por dónde se podria avanzar sin peligro, porque suponiendo serian á lo menos iguales aquí los reparos que en los otros pueblos, no habia tenido quien le descubriese donde estaba el peligro.

Frustróse su designio, porque los indios observaron gran recato, sin alargarse ninguno fuera de las estacadas. Revolvia en su imaginacion Irala la noche del dia cuarto, el modo que tendria para apoderarse del pueblo, cuando se le presentó un cacique principal que sin ser sentido de los centinelas se habia entrado á nuestro real: este le rogó que perdonase aquel pueblo, y le diese palabra de no consumirle con el fuego; que debajo de ese seguro, él le enseñaria camino por donde pudiese introducirse sin riesgo, que fué por dos sendas del bosque; y para facilitar la empresa, se ofreció á pegar fuego en la parte mas remota de aquel sitio, á donde acudiria su gente á apagarle, y daria lugar á que ocupase la poblacion. Siempre es arriesgado fiarse de un traidor; que quien no guarda fidelidad á los suyos, á quienes está obligado, no se estraña que engañe á los contrarios; pero con todo, Irala se fió en la ocasion del cacique y le salió bien la confianza.

Puso número suficiente de ausiliares yaperues al frente del bosque; y acometiendo al ver la señal pactada de las llamas, entró sin riesgo y á su salvo ejecutaron los vencedores españoles grande estrago

en los turbados indios, de los cuales muchos pudieron escapar á buscar refugio en el vecino bosque; pero llevándoles su destino á manos de los yaperues, fueron la menor parte los que lograron la suerte de no dejar en ellas las cabezas, y poder dar aviso á la chusma de niños y mujeres, que tenian retirados en un bosque, distante cuatro leguas, con los cuales se pusieron en salvo en el pueblo de Hieruquizabá.

Distaba este mas de cincuenta leguas de tierra despoblada, y faltando las vituallas, fué forzoso dejar de seguir el alcance para atender á la curacion de algunos heridos, en que se gastaron catorce dias, despues de los cuales se restituyeron triunfantes á la Asuncion, y dieron gracias rendidas á nuestro Señor de los felices sucesos, que sin ausilio del cielo, no podian esperar de sus fuerzas segun la multitud de enemigos que vencieron.

En otros catorce dias que se detuvo Irala en la Asuncion hizo provision de vituallas, aprestó nueve bergantines y doscientas canoas en que se embarcaron mil doscientos yaperues y cuatrocientos españoles, con ánimo de ir por rio á acabar de sujetar ó destruir á los rebeldes que se retiraron al pueblo de Hieruquizabá, donde les habia dado grata acojida el cacique alli mas poderoso llamado Taberé, diferente de otro del mismo nombre mencionado en otra parte, el cual con presunciones de soberano, los habia recibido bajo de su proteccion. En el camino se incorporaron con los españoles, mil guara-

níes, vasallos de aquel cacique que entregó á los españoles el pueblo de Carieba, debajo de cuya conducta se ofrecieron á militar: desacierto grande fiar trozo de gente poco segura de quien habia sido fementido con los suyos, aunque la fidelidad que ahora observó, enmendó aquel yerro; pero es constante que reprueba la prudencia, semejantes confianzas, aunque tal vez casualmente no se sigan los efectos que deben temerse de sujetos de esta calidad.

A dos millas de distancia de Hieruquizabá, despachó Irala un mensaje á los guaraníes rebeldes ofreciéndoles buen pasaje, si con sus hijos y mujeres se restituian á sus pueblos, y daban de nuevo palabra de ser mas fieles á los españoles; pero si protervos no admitian esta gracia con tiempo, les amenazó habia de consumirlos. Sacó la cara á dar la respuesta por ellos su protector, Taberé, quien dijo, ni conocia al capitan Irala, ni á los españoles; que viniesen ellos á su pueblo si tenian algun negocio que tratar tocante á aquella gente que estaba á la sombra de su amparo, pero que tuviese entendido bastaba él solo con los suyos para darles á todos la muerte ó arrojarlos del país.Esta respuesta irritante y descortés, irritó los ánimos de Irala y los suyos y les acabó de llenar de saña la vista de los mensajeros mismos, á quienes inhumanamente pérfido habia contra el derecho de las gentes azotado cruelísimamente, amenazándoles que si luego no se volvian perfeccionaria la crueldad sacrificando las vidas á su venganza.

Ordenó pues Irala sus gentes en cuatro escuadrones, y arrojóse á pasar un rio tan ancho como el Danubio, pero de poca profundidad que se dejaba vadear, para acometer á los rebeldes, que se veian formados de la otra banda con mas orgullo que disciplina. Al haber entrado por el rio los nuestros les cargaron tan desaforadamente los bárbaros, que los hubieran oprimido con la lluvia de dardos y flechas; pero respondiéndoseles animosamente de nuestra parte con los arcabuces y cuatro piezas de artillería, se les contuvo el ímpetu é hizo lugar para pasar la artillería y hacer pié de la otra banda del rio nuestra gente. Faltóles ánimo á los bárbaros para esperar á los españoles, y despejaron luego la campaña para retirarse á la fortaleza de su pueblo que distaba menos de legua.

Dióles brevemente órden Irala, de que perdonasen las vidas á niños y mujeres y todos los adultos que por la edad ú otra causa no pudiesen tomar las armas, y encaminándose al pueblo hizo señal de avanzar, lo que se ejecutó con tal ardor y resolucion que á pocas horas quedó aquel pueblo de Hieruquizabá por los españoles, con tal estrago de los rebeldes, que solo los yaperues enarbolaron mas de mil cabezas, segun su bárbara costumbre de degollar á sus enemigos vencidos, y se apresaron todas las familias. Pudieron escapar salvos Taberé y muchos de los suyos, los cuales depuesto el orgullo con tanto escarmiento se inclinaron á la paz, y despacharon mensajeros á pedir perdon de sus delitos

y á ofrecerse fieles vasallos del rey de Castilla. Admitiólos benigno el general Irala, y les mandó dijesen á Taberé se presentase personalmente y esperimentaria su clemencia, si se permitia á la discrecion ó á la piedad de los vencedores.

Hallábase en tan miserable estado, que aunque receloso, hubo de abrazar este partido: vino á la presencia de Irala, acompañado de los suyos todos desarmados, trayendo en el silencio y en los semblantes, reconocida la confusion de su delito: humilláronse delante de Irala, que los alentó para que se atreviesen á hablar, y condescendiendo sin dificultad con sus súplicas les restituyó libres sus familias y admitió su nueva profesion de vasallaje; todo lo cual estimaron tanto, como poco esperado de su barbaridad, que saliendo de su presencia, empezaron las voces y los saltos á celebrar el contento. Mantuviéronse ellos firmes en su fidelidad por muchos años, y con su reconocimiento, se dió por esta parte fin á la guerra que duró hasta el año de 1545.

Con los felices sucesos de esta espedicion, se acabó Irala de granjear la aficion de la mayor parte de los españoles, y reforzó tanto su partido, que vuelto á la Asuncion, insistió sin recelo de oposicion, en su empeño de hacer descubrimiento por el Rio Paraguay arriba, engañado de las esperanzas de hallar provincias opulentas que remediasen la pobreza de los conquistadores. Envió por delante á Nuflo de Chaves acompañado del racionero Lezcano y de cuarenta españoles con muchedumbre de indios á

descubrir la tierra de los mbayas, resuelto á seguirlos con el mayor número de gente que pudiese, y de llevarse todas las armas y municiones, sin dejar mas que las muy precisas para defensa de la ciudad, para obligar por este medio, á que fuese mayor el número de los soldados que le acompañase. Traza verdaderamente inícua, dejar espuesta la ciudad á las hostilidades de los bárbaros por seguir su capricho.

Los oficiales reales aunque tuvieron valor para oponerse á esta disposicion, cedieron al fin por verle tan poderoso temiendo no sacar otro fruto de su porfia que el ultraje de sus personas. Salió pues Irala con doscientos cincuenta soldados y grande multitud de indios amigos, conquienes habiendo corrido mas de cien leguas por el rio, se entró por la tierra de los mbayas dejando sesenta españoles en guarda de los bergantines, y llegó hasta avistar los confines del Perú; pero por disensiones que sobrevinieron de continuo entre aquella gente poco disciplinada no se atrevió á pasar adelante, y sin conseguir fruto alguno de sus fatigas retrocedió al puerto donde esperaban los bergantines en que se volvió á la Asuncion.

Desde aqui resolvió pasar al Paraná por tener la jente en operacion, pero permitiéndoles todo género de licencia contra los miserables naturales á quienes dieron grande escándalo con sus escesivas vejaciones; entre las cuales se refiere la de haber quitado la vida en la horca á doce indias ancianas,

sin otro delito que presumir eran estas las que aconsejaban á los indios se profesasen enemigos del español. Vuelto de esta jornada prohibió con gravísimas penas que ninguno osase salir á las casas de los indios de la comarca; pero no bastó este remedio para embarazar que la tierra no padeciese gravísimo detrimento; por que aunque unos de sus criados pagó con la vida la contravencion de ese bando, con todo los soldados le violaban á su antojo sin ponerles Irala freno como debiera, gobernado de su diabólica política y desordenadísima ambicion que le ataban las manos para el castigo de los militares, para mantenerlos en su devocion, y conservarse en su empleo de capitan general.

Viendo tamaños desordenes el capitan Camargo procurador de los conquistadores, se dejó persuadir de su buen celo era conveniente requerir á Irala repartiese la tierra en encomiendas, conque á un mismo tiempo quedarian premiados los méritos de los conquistadores y defendidos los indios para que mirándolos cada encomendero como cosa própia, atenderia mejor á su conservacion y enseñanza y los libraria de vejaciones. Miró este riquirimiento justificado como ultraje de su autoridad en que idolatraba como ambicioso, y pareciósle no dejarle sin escarmiento. Conocióse por los efectos habia sido grande su sentimiento por esta súplica que hizo, inducido de la obligacion de su cargo porque lo mandó prender y sustanciada su causa en cuatro dias con los delitos bien ó mal probados que le imputó

su deseo de venganza, le hizo dar garrote en la cárcel con otro soldado su amigo sin darle tiempo para asegurar su salvacion con la confesion sacramental, impiedad própia de un gentil, que no acierta á concebirse de un ánimo católico si no está poseido de fúrias.

Escandalizáronse de este hecho aun sus mismos parciales á quienes procuró sosegar con dar á entender queria hacer el repartimiento de la tierra, y como era dilijencia precisa empadronar antes los pueblos, señaló prontamente comisarios, á quienes aunque en sus instrucciones encargaba la brevedad; pero como habian sido á su eleccion, les pudo fiar secretamente una contra órden, de que fuesen poco á poco en los padrones, y alargasen las dilijencias cuanto pudiesen, bien con tal artificio que se consiguiese la tardanza sin que pareciese dilacion. Era su fin, dejar por este camino olvidar aquellos deseos ó almenos entibiar los ánimos y conseguido á su parecer, porque gastando los comisarios tres meses en la obra para que sobrara uno le pareció al cabo se hallaba la gente quieta y no vino en hacer el repartimiento, sirviendo solamente los padrones para saber mejor las casas de los indios que se habian de robar.

Y para tener ocupados los que pudiesen alterar la república con deseo de novedades que trajesen en sozobra su seguridad se salió con ellos á treinta leguas de la Asuncion dejando por su teniente contra la voluntad de todos, al contador Felipe de Cáceres

y desarmando primero á los que tenia por mas sospechosos; pero no lo consiguió porque previendo su designio se salieron fujitivos en busca de Diego de Abreu cabeza de los leales que aseguraba en los bosques su vida y su fidelidad con admiráble constancia resuelto á no ceder á las dificultades presentes por conservar el crédito de leal vasallo de su monarca en cuya real providēncia afianzó su alivio.

Pacificados los indios á que salió Irala se adelantó con ciento veinte castellanos y tres mil naturales de varias naciones á sujetar los mbayas, gente feróz: dió en sus poblaciones, pero temiendo que algunos españoles se le pasasen al Perú que no distaba muchas jornadas, se entró de propósito por un camino tan trabajoso que la salida de él le costó la vida á muchos de sus soldados oprimidos de las fatigas, del hambre, del frio y de otras incomodidades.

Vuelto á la Asuncion llegó una carabela de aviso el año de 1546 en que recibió varias provisiones reales de S. M. en una de las cuales prohibia no se intentasen nuevos descubrimientos entre los indios sinó que cesase del todo en el estado que se hallase hasta llegar nuevo gobernador. Mostróse muy celoso de dar cumplimiento á estos despachos que mandó luego publicar á voz de pregonero y puso grande diligencia en impedir que ninguno pudiese dar parte al Real Consejo de lo que pasaba en aquella conquista suprimiendo cuantas cartas se escribian; para que tenia asalariadas personas de su

confianza que registrasen cuantas personas salian: tanto era ya el poder y dominio que se habia arrogado y tan sujetos tenia un hombre tiránico é intruso á los que fueron tan mal sufridos con su gobernador propietario prudente y circunspecto.

No solo los indios, pero ni los mismos españoles vivian seguros de los insultos atroces que cometian los amigos de Irala; tenian osadia para entrar con varios pretestos á las casas y robar lo que mas les agradaba, tan insolentes, que si encontraban resistencia cruzaban la cara á cuchilladas á los que se ponian en defensa: traian aflijidos á los que se portaban menos osados, y molestaban con las mayores violencias á los que presumian opuestos á sus dictámenes, procediendo tan despóticos como si fueran dueños absolutos de las haciendas, de las honras y de las vidas. Todo eso lo disimulaba Irala sin castigo, y con padecer los pobres vecinos tan intolerable yugo á todos faltó el valor para procurar sacudirle y lo que causa mayor admiracion es que parece se les apuró el discurso para no aceptar con alguna traza por donde encaminar informes de estas tiranías al Emperador ó fuese por la via del Brasil ó por la carabela que trajo las reales provisiones; de manera que Irala logró llegasen las noticias al Real Consejo por sola su mano pintando con tales colores sus operaciones que inclinaron al César á concederle en propiedad el gobierno del Rio de la Plata, como diremos.

Ahora pues este año de 1546 en que recibió las

reales provisiones procuró despachar luego la carabela con testimonios de la esaccion con que se habian ejecutado, los que encomendó al rejidor Pedro de Molina confidente suyo con poderes del procurador de la Provincia para que informase á S. M. de su estado y con otros particulares suyos para solicitarle la confirmacion del gobierno que era el fin principal, aunque secreto, de su jornada á la corte. Porque nadie pudiese escribir en esta ocasion á Castilla dispuso acompañase á la carabela hasta muchas lèguas de la Asuncion el capitan Nuflo de Chaves con treinta soldados de su confianza publicando en la ciudad salia á poner freno á las insolencias de los indios tupiés del Brasil que orgullosos infestaban á los guaranies sus confinantes, vasallos de la corona de Castilla.

Luego que Chaves se apartó de la carabela revolvió hácia el Brasil y con poca dilijencia se hizo temer de los túpies á quienes redujo á concordia con los guaranies;y porque en lo futuro cesasen las diferencias aclaró las jurisdiciones poniendo linderos en los confines para que cada nacion conociese su territorio: que esta suele ser la mas ordinaria materia sobre que ostigan los bárbaros ambiciosos de poseer mas tierra los que viven tan olvidados del cielo. Hízose la division y demarcacion de términos con acuerdo de ambas naciones y por ese camino se atajaron las contiendas que nunca se decidian sin efusion recíproca de sangre; pero no quiso Nuflo de Chaves dejase de serle util y fructuosa esta diligen-

cia, porque fuera de portarse muy riguroso con aquellas gentes, se dice cautivó muchas mujeres y niños que llevó por sus esclavos á la Asuncion, sobre que Irala no hizo la menor demostracion por ser persona de cuenta aunque era violacion formal de la última cédula de S. M.

«Visto por las provisiones y despachos que habia « recibido (son palabras formales del cronista Herrera que quiero poner á la letra) que no se trataba « de ir gobernador por el Rey, acordó de repartir la « tierra y encomendó indios á portugueses, franceses, levantínos y otros, contra las ordenanzas Reales con que acabó de afirmar su imperio; y para « mas asentar la tiranía (porque algunos murmuraban del repartimiento) echó bando que nadie tratase mal del repartimiento so pena de cien mil maravedies y cien azotes á quien no los pudiese pagar; y con todo eso mandó, so graves penas, que « los soldados no fuesen á sus repartimientos, por « lo cual no salia nadie de la ciudad y se introdujo « en costumbre que los indios sirviesen á los cristianos, y dándoles sus hijas ó hermanas iban á sus « casas por via de parentesco y los servian porque « los cristianos tenian muchos hijos; pero apretó en « esto con desabrimiento general de cristianos é « indios con otro bando en que mandó que nadie « tratase ni recibiese nada de indio que no fuese de « su própio repartimiento, con que vino á quitar totalmente el comercio, amistad y trato de aquellas « gentes, porque los castellanos estaban emparenta-

« dos (como ha dicho) unos en los repartimientos de « los otros.

« Todo esto hacia Domingo Martinez de Irala, « confiado en que habia de estar mucho tiempo en « aquella tierra, en que no se engañó, porque no ha- « biendo en ella metales, no se queria hacer gasto « enviando armadas sino dar por asiento aquella « gobernacion, la cual pocos apetecian por la misma « causa. Para mas asegurarse en el gobierno (en- « tre otras cosas) astutamente suplicó al Rey que « le mandase tomar residencia; porque sabia que « no saliendo ni escribiendo nadie no se podia tener « relacion de su manera de proceder. Allende que... « decia á los clérigos y á todos, que los vecinos no « trabajasen en escribir al Rey, porque los del Con- « sejo tenian los rincones de sus estudios llenos « *de tales cartas sin abrirlas.*" Hasta aqui Herrera cuyo contesto manifiesta las trazas de que se valia el astuto Irala para establecer la perpetuidad de su gobierno como lo consiguió permitiendo Dios que sus secretos juicios le valiesen sus fraudes y no tuviesen efecto los nombramientos de otros gobernadores que fuesen provistos para el Rio de la Plata.

Lo que valió siempre mucho para evitar sediciones, fué tener desterrado el ócio de la república, trayendo siempre ocupada la gente en nuevas empresas, por lo cual, aunque estaba prohibido por el Emperador hacer nuevas entradas á los indios, buscó pretestos para cohonestar su resolucion de su-

jetar á los iriguanes, gente belicosa y arrestada; ponderando la necesidad de castigarlos, por las nuevas alteraciones que entre ellos habia habido. Fió esta faccion del valor de Nuflo de Chaves, á quien dió doscientos cincuenta castellanos, con suficiente número de indios amigos: fué mal recibido de aquella gente guerrera y se vió en varios reencuentros á peligro de ser derrotado; pero favoreciéndole al fin la fortuna los venció, y redujo á que le entregasen los principales caciques que trajo consigo á la Asuncion, donde prometieron ser fieles vasallos del Rey de España y mantenerse pacíficos en su obediencia: con cuya promesa les dió libertad para restituirse á su pais nativo, que fué demostracion de singular piedad para el rigor con que, en aquel tiempo, era tratada la libertad de los indios miserables.

CAPITULO XIV

Nueva jornada del general Domingo Martinez de Irala hasta los términos del Perú, desde se ofrece con su ejército al presidente La Gasca para sosegar los tumultos ocasionados con el alzamiento de Gonzalo Pizarro. Niégale su gente la obediencia por no querer dar vuelta al Paraguay, donde en su ausencia es degollado su teniente D. Francisco de Mendoza, y elegido Diego de Abreu por Gobernador. Reelijen de nuevo en su empleo á Irala quien vuelve á la Asuncion y echa de ella á Abreu.

Siempre activo el general Irala, discurria nuevas empresas en que emplear su gente para traerla divertida de consejos poco sanos, que suele inspirar la ociosidad principalmente en jente militar y bulliciosa. Ocurrióle pues, el año de 1547, que pues la tierra descubierta por el Adelantado Alvar Nuñez prometia tanta opulencia por fruto de su conquista, seria bien proseguir y concluir aquel descubrimiento, en que fuera de interesar muchas riquezas, adelantaria su crédito y abriria camino para la comunicacion con el Perú.

Convocó toda la gente y representándoles las conveniencias que de aquellas jornadas le resultarian, dijo que solo deseaba le acompañasen los que vo-

luntariamente se ofreciesen á ella, porque no queria soldados sin voluntad, que á cada hora se anduviesen quejando de los trabajos que forzosamente se habian de ofrecer, pues esta es gente inútil, de quien no se puede fiar faccion de importancia, antes solo sirven de desalentar á los animosos: que no podia negar les esperaban muchos trabajos en aquel viage, pero todos se los harian suaves las conveniencias con que se terminaria, que quien tuviese ánimo y gusto se declarase, pero tuviesen entendido que llevaria mal, le saliesen á lo mejor con quejas, que solo sirven de embarazo; mirasen bien lo que resolvian, porque ahora podian, sin descrédito própio dejar de seguirle, y aun sin disgusto de él, cuando era su ánimo no llevar á ninguno forzado, pero una vez empeñados, ninguno intentaria la vuelta sin riesgo de quedar reputado por cobarde.

Los mas se ofrecieron, si no todos con igual gusto á lo menos ninguno involuntario; y de estos escojió Irala trescientos cincuenta, con quienes se juntaron dos mil guaranies segun Ulrico Fabro, (1) aunque Ruy Diaz de Guzman asegura pasaron de tres mil, los cuales se embarcaron en mas de doscientas canoas y siete bergantines, como tambien ciento treinta caballos que se esperaba serian de grande provecho para la feliz consecucion de aquel descubrimiento. Entre la gente principal escogió por capitanes á Gonzalo de Mendoza, Miguel de Rutia, Nuflo de Chaves, Agustin de Campos, Felipe

(1) Ulrio Fab. in sua Descrip. cap. 24.

de Cáceres, Juan de Ortega, Rui Garcia de Mosquera y Juan de Oñate; y el gobierno de la ciudad, dejó encomendado á D. Francisco de Mendoza allanando primero con suavidad las dificultades que sobre este nombramiento pusieron algunos vecinos con pretesto de que Irala, como lugarteniente, no tenia facultad ni poder para señalar sustituto que gobernase, sino que todo el gobierno se devolvia por su ausencia á los alcaldes ordinarios.

Partió pues este ejército de la Asuncion á fines de este año de 1547 y á los nueve dias aportó á la nacion de los naperues, que le recibieron de paz: pasó de aqui al monte de San Fernando y se encaminó al pais fertilísimo de los mbayas, quienes salieron de su pueblo principal á cortejar á Irala muy obsequiosos, rogando se dignase de hospedarse aquella noche entre ellos, y ofreciéndole gustosos, cuanto bueno producia la tierra para desahogo de su afecto. Admitió Irala agradecido la oferta, y sobre la cena, le sirvieron cuatro coronas de plata y seis planchas del mismo metal, que fué el postre que mejor le sentó; á los soldados agasajaron con abundancia y fueron tales todas las demostraciones que convidaban á la seguridad, pero era todo artificio para adormecer su cuidado y descuidar su vigilancia.

No obstante la esperiencia hizo avisado á Irala para que no se fiase totalmente de aquellas apariencias de amistad, y dispuso aquella noche los centinelas con el mismo órden que si estuviese entre

declarados enemigos, quitándoles la estrañeza á los mbayas, con decirles que aquella era costumbre indispensable de nuestra milicia. Valióle la vida esta prevencion; porque al amanecer se descubrió un ejército numeroso de esta gente, que pretendia oprimirlos dentro del pueblo; pero como hallaron á los españoles sobre aviso, porque á esa hora estaban todos ya despiertos con las armas en la mano, se les desvaneció su designio, y aun pagaron muchos su alevosía porque saliendo á ellos con buen órden, se vieron acometidos con tanto valor que fueron pasados á cuchillo mas de mil que no tuvieron lugar de retirarse.

Siguieron los nuestros á los fugitivos hasta otro pueblo mayor que hallaron totalmente desierto, pero muy abastecido de vituallas. Paró allí nuestra gente para descansar, y al dia siguiente, escogiendo Irala ciento cincuenta españoles y mil quinientos indios amigos, prosiguió la marcha que duró tres dias, hasta dar en una selva donde se habia refugiado muchedumbre de mbayas con sus hijos y mujeres. Salieron al opósito los varones al campo vecino, y alargaron la resistencia con el último esfuerzo de la desesperacion, como quien peleaba por las prendas mas queridas; pero al cabo se declaró por los nuestros la victoria, porque despues de haber sido muchos muertos, cedieron no solamente la campaña, sino desampararon el bosque, donde se hicieron mas de tres mil prisioneros, y no hubiera escapado alguno de la muerte ó de la prision, á no haber sobre-

venido la noche, á cuya sombra pudieron algunos salvar la libertad con la fuga.

Repartió los prisioneros Irala entre todos los españoles, y dió la vuelta al real donde pasó ocho dias para reparar las fuerzas de su gente, convidado de la fertilidad amena del país. Pasaron luego al pueblo de los chamuás y al de los thothonas, que eran ó esclavos ó vasallos de los mbayas, y ellos fueron mas dichosos que sus señores, porque aunque abandonaron sus casas abastecidas de víveres, no perdieron su libertad, por haber ganado con tiempo el asilo de los bosques. En el pueblo de Peithon fueron mas animosos sus moradores, porque no le desampararon; y aun tuvo valor su cacique para salir acompañado de muchos de sus vasallos, á instar á Irala sobre que se detuviese sin pasar adelante; pero despreciando sus instancias, entró nuestro ejército á alojarse en dicha poblacion.

La pobreza sin duda, debió de hacer confiados para no retirarse, porque no hallaron cosa que encendiese la codicia, y solo la falta de agua, hacia intolerable la estacion. Por lo cual retrocedieron brevemente á buscar los navíos al monte de San Fernando, hallando en unas poblaciones grata acojida y muchos agasajos; en otras resisténcia porfiada, principalmente en los simanos, que fiados en la fortificacion de ciertas cambroneras, con que tenian cercado su pueblo, se atrevieron á negarles la entrada, pero sin otra opugnacion que aplicarle fuego, perdieron cuanto tenian y fueron derrotados.

Vueltos pues á embarcarse, pasaron por agua hasta las islas de los orejones. y de allí cuanto permitió el rio, hasta los pueblos de los xarayés y parabacanés, que son las gentes mas políticas que se reconocieron entre estos indios. Desde aquí despachó el general Irala á los capitanes Rivera y Monroy á descubrir: á las sesenta leguas, dieron en las bocas de dos rios, que venian á juntarse en un cuerpo, y entrando por la de la parte oriental, se repartia su cauce en tantos brazos, que negaba paso aún á las embarcaciones menores: retrocediendo, embocaron por la del norte, y á los dos dias de camino hallaron la misma dificultad. Con que habiendo hasta aquel lugar navegado desde la Asuncion mas de cuatrocientas leguas, determinó el general entrar por tierra hácia el poniente, en demanda de las ricas provincias del Perú, dejando encomendados los navíos, balsas y canoas á los xarayés, cuya fidelidad tenia esperimentada.

Tomaron por guías algunos xarayés hasta la nacion de los siberis; y de aqui otros para llegar á los peysenos, que tomando prontamente las armas les quisieron disputar el paso; mas al advertir el estruendo de los arcabuces se retiraron con tanto desórden que aun las armas soltaban como embarazo de su fuga. Hiciéronse algunos prisioneros, por cuya confesion se supo que tres españoles de la entrada de Juan de Oyolas, se habian mantenido entre esta gente, hasta cuatro dias antes de llegar Irala, pues siguiendo al alcance los hubieron á las manos

en un bosque, donde hicieron grande estrago por su obstinacion en resistirse.

Este suceso estuvo tan léjos de acobardar á los valientes maygenos sus confinantes, que irritó mas sus ánimos para la resistencia; negándose á oir palabras de paz, con que les convidó, imaginando era efecto mas del temor que de la razon, y fiados en la situacion de su principal pueblo, en un elevado monte cuya subida era fragosísima por la espesura impenetrable de árboles espinosos, que no daban entrada sino por senda muy estrecha que les parecia fácil de defender. Respondieron pues llenos de jactancia, que se volviesen los estranjeros por donde habian venido, porque estaban resueltos á dejarse matar, antes que concederles el paso, y que si intentaban alguna violencia, verian bien á costa suya que era muy diferente pelear con los maygenos que con las naciones cobardes que no habian sabido disputarles la entrada hasta su pais.

Mas irritado por el desprecio envuelto en la amenaza, que cuidadoso por la resistencia, dispuso Irala que se acometiese al pueblo, dividiendo su gente por dos partes; pero acudieron pronto los bárbaros á la defensa, é hicieron pedazos con sus dardos á doce españoles y algunos guaraníes. Estas muertes encendieron el coraje de nuestra gente, y cargaron sobre los defensores con tal denuedo que se hicieron sin otra pérdida dueños de la poblacion. Halláronla desierta, porque al sentirse ya vencidos, salieron por una senda oculta y se libraron de la muerte ó

de la prision; pero á los tres dias, quinientos guaraníes se salieron secretamente del alojamiento sin dar parte al general Irala, y siguiendo la huella de los fugitivos, dieron con ellos á las tres leguas de distancia: trabaron batalla que fué muy reñida, hicieron horrible destrozo en los maygenes, matando mas de mil; pero como les faltaba el abrigo de los españoles, les salió muy cara la victoria porque perdieron trescientos hombres.

Viéndolos tan disminuidos, se rehicieron los maygenes, y volviendo en mayor número, los sitiaron dentro de una selva, sin poder pasar adelante, ni retroceder sin manifiesto peligro. Tuvieron suerte de que dos guaraníes, burlando la vigilancia de los sitiadores, llegasen al real de los españoles, y sabiendo por Irala el aprieto en que se hallaban, aunque no merecia su poca obediencia se les socorriese para que con su ejemplo escarmentaran los demas y conociesen cuánto interesaba en observar la disciplina militar; con todo, disimuló y poniéndose en marcha con ciento cincuenta españoles, mil guaraníes y todos los caballos que traia, partió á toda diligencia al socorro, dejando el resto de la gente en defensa de su real, por si acaso revolviesen sobre él los enemigos.

Llegó este socorro tan á tiempo que ya los guaraníes, andaban forcejando con la última necesidad. Ibanse encaminando hácia ellos los españoles con mucho órden, y con tal determinacion, que atemorizados los maygenes del repentino socorro que no

esperaban, les abrieron la entrada, huyendo á diversas partes, sin dar lugar para que los rompiesen ni comodidad para seguirlos, porque se fueron deshaciendo en varias tropas, por lo cual se volvieron todos al real sin entrar en mayor empeño. Prosiguieron la marcha declinando hácia el sur, porque las guías enderezaron hácia aquel rumbo. En trece dias no hallaron gente hasta dar con la nacion de los carcocíes, á cuyas poblaciones despachó Irala por delante cincuenta castellanos y quinientos guaraníes que registrasen el pais y previniesen alojamiento para el ejército.

Descubrieron estos esploradores tal muchedumbre de gentes en la primera poblacion, que jamás vieron junto mayor número en toda esta jornada, de cuya novedad dieron pronto aviso á Irala para que se acelerase la marcha, porque supieron haberse convocado todos los caciques de la comarca para acabar con ellos. Dió el mensajero esta noticia á Irala, con señales de asombro, igual al que tenia preocupados á los esploradores que se daban por perdidos; entró en algun cuidado y apresuró la marcha para incorporarse con ellos y aunque caminaba con dificultad por la calidad del terreno, estuvo á las tres de la mañana en donde pedia la necesidad.

Vieron al amanecer los carcosies engrosado nuestro ejército, y recelando le siguiese otro número mayor, maduraron de dictámen y los recibieron de paz, y toda aquella gente acudió con grande puntualidad al obsequio de Irala y de sus capitanes: á los

soldados é indios amigos asistieron con vituallas é hicieron mucho agasajo, queriendo disimular el temor con la confianza y familiaridad del trato, aunque como poco avisados, no tardaron mucho en manifestarle; haciendo instancias se les diese palabra de no ofender á sus hijos y mujeres. Prometióselo Irala, porque dado caso, hubiesen desmerecido sus primeros designios esta piedad, pero recompensaron despues con las demostraciones generosas, cuando pudieron haber ofendido con sus intentos.

Fuera de proveerles, liberal y abundantemente de todo género de vituallas, ofrecieron guias de su nacion que los fuesen encaminando hácia los pueblos donde se tenia noticia haber muchos minerales. Declinaron de norte á poniente en busca de los tamacoas, sambocosis y sivicosis, pero faltándoles á las guias, ó el ánimo ó la fidelidad, le desampararon á los tres dias: no desmayó nuestra gente aunque muy fatigada, y prosiguiendo su viaje por el mismo rumbo, se hallaron á pocos dias sobre el gran rio Guapay, que es uno de los brazos principales que con su copioso caudal enriquece al Marañon de quien es tributario. Por su profundidad y anchura, fué necesario pararse á cortar madera, para formar ciertas balsas en qué pasarle, como se logró, dejando nadar los caballos; pero se ahogaron cuatro españoles, cuya pérdida se ponderó por infelicidad de este pasaje.

Vencida esta dificultad, llegaron despues de algunas jornadas á ciertos pueblos, situados á las

faldas de las serranías del Perú. A media legua de distancia, le salieron á recibir sus moradores, con singulares demostraciones de regocijo; pero llenó de admiracion á nuestra gente verse saludar en lenguaje castellano. Preguntóles Irala qué jente eran, y quién gobernaba aquellos pueblos. Respondieron ellos muy urbanos, que eran indios del Perú cuyo, señor era el señor capitan de los españoles; pero que pertenecian á las encomiendas del capitan Peranzules, fundador de la ciudad de la Plata ó Chuquisaca en el Perú. Diéronles individual relacion de las inquietudes y revoluciones que habian pasado en aquel imperio por la tiranía de Gonzalo Pizarro, que habia purgado ya su atrevimiento con la cabeza, aunque todavia los ánimos de muchos no estaban del todo sosegados, y se reconocia en su descontento, el deseo de novedades.

Con esta noticia determinó Irala no pasar adelante, por hallar ya la tierra ocupada de los conquistadores peruanos; pero pareciéndole buena ocasion de adelantar sus méritos, para grangearse la confirmacion del Rio de la Plata, por el cual siempre aspiraba, despachó cuatro mensajeros que en su nombre ofreciesen todo aquel ejército al licenciado Pedro de la Gasca, gobernador del Perú, para el servicio de S. M. en el sosiego de las alteraciones no bien apagadas.

Agustin de Zárate escribe que Irala pasó personalmente á hacer este ofrecimiento al presidente Gasca, (1) pero le contradicen uniformes los demas

(1) Agustin Zárate, en la hist. del Perú libro 7 cap. 8.

autores que tocan esta accion, como son Centenera, (1) Rui Diaz de Guzman, (2) el cronista Herrera (3) y Ulrico Fabro, (4) que acompañó á Irala en esta espedicion. "Fuera de que, como bien dice Herrera, " teniendo Irala la gobernacion del Rio de la Plata, " aunque tiránicamente, no se puede presumir que la " habia de dejar, y tambien el ejército, por entrar en " tierra, que como juzgó muy bien estaba poseida " por otros, ni apartarse del gobierno que usurpaba " con tanto artificio."

Los mensajeros pues que destinó para el presidente, fueron Nuflo de Chaves, Miguel de Rutia, Pedro de Oñate y Rui Garcia de Mosquera; personas principales de su comitiva, y de quienes podia tener confianza, que fuera de satisfacer al encargo con que iban, no desatenderian sus propios negocios. Parece que por noticias habidas de las naciones por donde hicieron esta jornada los soldados del Paraguay, se sabia de antemano en el Perú su venida, porque antes de salir los mensajeros mencionados, le llegaron á Irala cartas del presidente Gasca, en que le ordenaba en nombre de S. M. que donde quiera que le alcanzasen parase, sin pasar adelante hasta nueva órden suya, imponiéndole la pena de la vida si traspasaba esta órden; porque temió prudentemente que si en tiempo que no estaban apagadas las alteraciones del imperio peruano

(1) Centenera en la Arg. Canto 5 oct. 47. fól. 40.
(2) Rui Diaz en la Arg. m. s. lib 2. cap. 7,
(3) Herrera dec. 8. lib. 5. cap, 1,
(4) Ulrico Fabro, in sua descrip. cap. 28.

entraba esta gente señalada por sus iniquidades de que tenia bastantes noticias, revolverian los humores y darian mucho que hacer, si se unian con los culpados en el alzamiento de Pizarro, ó con otros descontentos, como hubiera sucedido, si hubieran entrado al Perú, dice Ulrico; (1) pero el que supone esta malicia, debió medir por sí própio á sus conmilitones, creyendo harian lo que á él no le hubiera causado mucho horror: pero en un futuro contingente no es razon afirmar con tanta seguridad, con ofensa de la lealtad, lo que tambien pudiera haber sucedido al contrario.

Recató Irala la noticia de esta órden al vulgo de los soldados, y comunicándola solo á sus mas confidentes, parecióle no desistir de despachar á los cuatro capitanes, de los cuales, adoleciendo en Potosí, Miguel de Rutia y Rui Garcia de Mosquera, los otros llegaron á Lima á la presencia del Presidente, á quien dieron relacion de su jornada, é informaron individualmente del estado de la provincia del Rio de la Plata, oyéndolos el Presidente con alegre semblante, agradeciendo con grandes espresiones, la fidelidad con que toda aquella gente se le ofrecia á defender el partido del Rey y prometiendo daria aviso á S. M. para que se dignase remunerarlos con prémios correspondientes á tan grande y oportuno servicio.

Escribió luego á Irala una carta llena de favores aplaudiendo la generoso lealtad ocn que se habia

(6) Ulrico Fabro, in sua descrip. cap. 28

ofrecido á servir al Rey con toda su gente, dándole á entender quedaba muy enterado de su valor y buen régimen que habia observado en aquella espedicion; y añadiendo todas aquellas espresiones honoríficas y esperanzas que le parecieron á su gran cordura y destreza en manejar los ánimos, necesarias para contentar su génio ambicioso: y porque no quedase todo en palabras dió órden que de la Real Hacienda se le asistiese con una buena ayuda de costa de la cual merced, Irala no comunicó parte alguna ni aun la noticia á su gente; sinó solo la órden que por medio de Nuflo de Chaves le despachó al mismo tiempo de que no se moviese de aquellos pueblos hácia el Perú ni hiciese vejacion alguna á sus moradores.

Tuvo aquí noticia Irala de que el Presidente, aunque por sus cartas se le mostraba aficionado, trataba con todo eso de despachar gobernador al Rio de la Plata, y por que su gente si lo llegaba á saber no le negase la obediencia despachó, un confidente suyo á saber lo que habia en el caso con órden secreta de que hiciese por donde se descaminasen los despachos si era cierta aquella resolucion. Ejecutó tan á satisfaccion de Irala el encargo, que encontrando al mensajero en despoblado trabó con el conversacion en que penetró entre otros secretos, que traia á Chuquizaca la provision del Presidente en que nombraba por gobernador del Paraguay al famoso capitan Diego Centeno; y dándole de puñaladas le quitó los pliegos y se certificó del nombramiento de gobernador propietario.

Con esta noticia que suprimió diligentemente Irala porque no se trasluciese á su gente, trató de retirarse de las fronteras del Perú á los pueblos de los indios llamados cercosis, quienes recelosos de recibir de los castellanos algunas vejaciones abandonaron sus casas y se refujiaron á los bosques. Despachóles sus mensajeros que les certificasen se les haria buen pasaje si se restituian á sus pueblos; pero ellos atribuyendo esta oferta á miedo de los castellanos, convirtieron subitamente su temor en arrogancia y respondieron que ellos eran los que debian salirse luego por bien, porque cual quiera dilacion les seria muy costosa, pues si de grado no les dejaban libres sus casas, vendrian sobre ellos con todo su poder á arrojarlos por fuerza y no darian á ninguno cuartel en castigo de su atrevimiento: que los mas cobardes si se reconocen temidos de sus enemigos prorumpen en mayores insolencias no sabiendo guardar medio en sus afectos, ó perdidos de ánimo con el temor própio ú orgullosos por estremo con el ageno.

Encendió en ira á los castellanos esta descomedida respuesta de los bárbaros y aunque despreciaron la amenaza no les pareció justo dejar sin escarmiento la descortés osadía por lo que podia importar para el crédito, porque si no se hacia demostracion no lo mirarian como afecto de la humanidad discreta, sinó como recelo de su potencia superior. Algunos entre los nuestros quisieron templar el ardor con que se disponian á la venganza,

recelando que los bárbaros talasen ó perdiesen las mieses si reconocian el designio de opugnarlos; pero no obrando esta consideracion en el ánimo valeroso de Irala y desvaneciéndola con la confianza de que la brevedad del castigo no daria lugar á aquella hostilidad, se puso prontamente en camino con seiscientos hombres á buscar á los cercosis.

Estos esperaban formados en batalla á la falda de dos altos cerros por los cuales se habian estendido fiados en su grande número que les parecia suficiente á atropellar nuestro ejército mucho menor, aunque superior en las armas, en la destreza y en el valor. Acometieron los castellanos con ánimo tan intrépido y seguro de la victoria, como si no hubiese desproporcion entre seiscientos que eran ellos y algunos millares con que esperaba el enemigo; y no les engañó su confianza porque aunque los cercosis recibieron sin turbacion la primera descarga y dispararon sus flechas con algun daño nuestro, pero al segundo choque se declararon por vencidos por que cedieron el puesto tirando á buscar refugio en una selva cercana, bien que con tal desorden que mas de mil fueron pasados á cuchillo en la retirada ó perdieron la libertad siendo hechos prisioneros.

Quedaron muy atemorizados los cercosis fujitivos, pues en dos meses que se detuvo en sus pueblos Irala no se atrevieron á darle la menor molestía y dejaron á nuestra gente gozar de quietud y de abundancia de víveres. La causa de tan prolija de-

mora fué querer Irala esperar á Nuflo de Chaves y sus compañeros y no venir en conceder á su gente que pasase al Perú como ellos deseaban asi por la órden que tenian del presidente Gasca como porque no estaba bien á sus particulares intereses, que donde estos se atraviesan se facilita la obediencia de los que gobiernan en las Indias, aunque para lo demas atropellan libremente por la voluntad del príncipe.

Representáronle por fin los suyos que pues no queria entrar al Perú y habia esperado tiempo suficiente á los mensajeros, diese la vuelta al Paraguay; pero ni aun en eso quiso venir con el pretesto de la palabra que les dió de esperarlos; por lo cual la mayor parte se resolvió á negarle la obediencia elijiendo por capitan á Gonzalo de Mendoza para que los gobernase hasta dar vuelta á la Asuncion. Resistióse Gonzalo de Mendoza á admitir el cargo con mayor modestia de la que estaban hechas á ver estas conquistas de las Indias donde era desenfrenada la ambicion; pero le compelieron por fuerza á aceptarle y se pusieron en camino. Siguióles Irala contra su voluntad por quedar con pocas fuerzas para resistir á tantas naciones, pero hubo tal division entre la gente que tuvieron que marchar en varias tropas sin ser poderoso Gonzalo de Mendoza ó por falta de autoridad en sí ó por sobra de malicia en los suyos á concordarlos; por lo cual irritadas las naciones con los agravios que recibian les dieron repetidos asaltos y cojiéndolos desunidos

lograron su despique en muchas muertes de los españoles é indios de su comitiva.

Al cabo llegaron al paraje donde dejaron los bergantines habiendo gastado mas de año y medio desde que salieron de la Asuncion y cautivado mas de doce mil indios que fué la principal riqueza que sacaron de esta jornada, pues sin reparar en la injusticia de la guerra los repartieron por esclavos tocando á muchos á cincuenta y mas piezas. El desorden que guardaron en la vuelta debajo de la conducta de Gonzalo de Mendoza les hizo á todos apetecer el gobierno de Irala, á quien pidiendo perdon de su desobediencia suplicaron de nuevo se sirviese reasumir el baston asi para reparar los daños que temian de su division como para remediar los escándalos que en su ausencia habian sucedido en la Asuncion, de que tuvieron individual noticia en aquel paraje de los xarayés por algunos españoles que habian subido á dar aviso de todo al gobernador Irala.

El caso fué que como Irala tardó tanto en el viaje del Perú sin tener noticia de él, se persuadieron en la Asuncion con buena ó mala fé que habia perecido á manos de los bárbaros y de aqui pasaron los amigos y parciales del teniente don Francisco de Mendoza (que serian quizá los que mas promovieron la voz de que habia muerto Irala) á persuadirle hiciese que juntos los conquistadores, procediesen á nueva eleccion de gobernador, la que sin duda recaeria en su persona en que sobre su gran-

de nobleza concurrian los própios méritos que le hacian dignísimo de aquel cargo, y de esa manera no quedaria inferior á ninguno, porque era cierto que siendo él elegido, comò no dudaban, y despachando prontamente por su confirmacion al Consejo la obtendria facilmente por tener en España deudos en la primera calidad del Reino que atenderian á sus conveniencias.

Engaña siempre mucho la lisonja á quien no es muy advertido y está pagado de sí própio, pero suele ser de ordinario canto de Sirena que conduce al naufrajio á los que carecen de la cautela del sagaz Ulises, como sucedió aqui á este buen caballero, porque halagado de las voces lisongeras solicitó con grande empeño se efectuase dicha eleccion sobre que habló á los regidores propietarios, como fueron, el capitan Garcia Rodriguez de Vergara, el factor Pedro Dorantes, los capitanes Juan de Aguilera, Martin de Hermosilla y otras personas principales en quienes su propuesta halló uniforme repulsa; pues todos de comun acuerdo le respondieron no habia lugar á aquella eleccion en cuanto no constase con certidumbre era muerto el general Irala cuyo teniente él era y como tal era obedecido y respetado, y siendo factible que si se hacia la eleccion no saliese como le pintaba su confianza, le pasaron como amigos á persuadir se mantuviese en nombre de Irala con el gobierno que no esponerse á la contingencia de recibir el desaire de ser pospuesto á otro de inferiores méritos y calidad

pues no podia hallarse tan asegurado de su eleccion donde habian de ser tantos y tan diversos los votos como las caras.

Insistió don Francisco en su intento deshaciendo con otras razones al parecer eficaces las que le alegaban y finjiendo tal seguridad de tener favorables los votos de la mayor parte que no dudaba ni admitia contingencia de su eleccion: asi ciega el amor própio á los ambiciosos. Los capitulares entonces le protestaron no consentirian se procediese á nueva eleccion sino hacia renuncia jurídica del cargo de teniente general; condicion que abrazó sin repugnancia don Francisco como quien no traia inquieto el ánimo con la incertidumbre de ser ó no elejido; antes vivia certificado de que segun tenia dispuesto sus cosas aventuraba poco en esta resolucion. Junto pues el cabildo, á que presidió como teniente de gobernador, propuso las razones que habia para que segun el previlejio concedido por la Magestad Césarea á aquella provincia se nombrase gobernador por los conquistadores en defecto del general Irala por cuya muerte que suponia cierta, conocia haber espirado su jurisdicion y asi ponia en sus manos el baston para que con mayor libertad elijiesen la persona mas benemérita que le debia empuñar para bien universal de aquella conquista. Hecho esto se levantó y besando el baston con mucha reverencia lo puso sobre la mesa y se salió de la sala del ayuntamiento.

Entonces los alcaldes y regidores decretaron se

diese público pregon, para que cierto dia, se congregasen á campana tañida en la iglesia parroquial, todos los conquistadores del Rio de la Plata á elegir persona que en nombre de S. M. gobernase aquella provincia, como se ejecutó el dia señalado, concurriendo fuera de los alcaldes, regidores, y dos oficiales reales, y el presidente Fonseca capellan del Rey, mas de seiscientos españoles, entre quienes sobresalian el citado D. Francisco de Mendoza y los capitanes Francisco Ruiz Galan, Garcia Rodriguez, Diego de Abreu, Rui Diaz Melgarejo, Francisco de Vergara, su hermano Alonso Riquelme de Guzman y Diego de Barba, caballero del hábito de San Juan.

Oida misa, hicieron juramento en manos del capellan de S. M. de que darian sus votos á la persona que delante de Dios juzgasen mas digna del empleo de gobernador, y echando sus cédulas en una urna las sacaron y leyeron los capitulares, y conferidas, se halló concurrir la pluralidad de votos en la persona del capitan Diego de Abreu, caballero de grande calidad, natural de Sevilla; el cual, despues del juramento acostumbrado, fué recibido pacíficamente al cargo de gobernador y capitan general.

El sentimiento y rubor con que quedaria D. Francisco de Mendoza por aquel desaire, supérfluo es espresarlo, cuando se percibe bien por las circunstancias precedentes. Aconsejóse con su ánimo irritado, ciego consejero que inspira siempre las peores re-

soluciones, consultó sus amigos y sus aficionados, que no estaban mas serenos para dar consejo conveniente, y de comun acuerdo, asentaron entre sí que la eleccion habia sido nula por varias razones, que para consideradas, antes de hacer D. Francisco la renuncia, hubieran sido muy buenas; pero estando el caso en estado muy distinto, eran totalmente despreciables.

En esta suposicion, tomó la temeraria resolucion de restituirse á su empleo de teniente, y prender á Diego de Abreu, para lo cual convidó lagente de su faccion; pero previniendo su designio la diligencia de Abreu, que era superior, asi por el número mayor de sus parciales, como por la justicia de su causa, cercó la casa de D. Francisco y dando asalto con buen órden por todas partes, la entraron por fuerza y le prendieron con algunas personas á quienes detuvo el peso de sus obligaciones para no desampararle, porque los demas huyeron feamente, luego que vieron venir la gente del partido contrario. Siguióse brevemente la causa por via de justicia; y constando la notoriedad del hecho, fué sentenciado á degollar en público cadalso, cuya sentencia le fué luego notificada, y sin embargo de la apelacion que interpuso para ante S. M. se mandó ejecutar.

No omitió diligencia D. Francisco para evitar su muerte; y entre otras ofreció dos hijas solteras que tenia, para que casasen la una con el dicho gobernador Abreu, y la otra con Rui Diaz Melgarejo su pa-

riente; pero ellos le respondieron no era tiempo de pensar en otra cosa que en componer los negocios de su alma: por lo cual desengañado de que no le restaba camino de evadir con vida trató de ajustar las cosas de su conciencia y disponerse para la muerte como cristiano.

Casóse con una noble señora, llamada Doña Maria de Angulo, y con ese matrimonio legitimó cuatro hijos que de ella tuvo: armóse con los santos sacramentos de la iglesia, y visitándole su hijo mayor don Diego de Mendoza, para recibir la última bendicion de su padre, entre los tiernos abrazos que se dieron bañados en lágrimas, le aconsejó, que teniendo presente siempre aquel espectáculo, fuese vasallo fidelísimo de su Rey, para que no se viese en semejante trance, y feneciese sus dias con muerte mas honrosa; pero le aprovechó poco el último consejo de su padre, pues años despues, el de 1575, por haber usurpado tiránicamente el gobierno de Santa Cruz de la Sierra, le hizo cortar la cabeza en Potosí, el famoso virey D. Francisco de Toledo.

Despues de lo referido, sacaron de la cárcel á don Francisco de Mendoza, rodeado de arcabuceros hasta el cadalso, que se levantó en frente de las casas del gobernador Diego de Abreu: causó su vista grande sentimiento y lágrimas en los circunstantes viendo en tan miserable y triste fortuna á un caballero de condicion amable, de tanta calidad y que pocos dias antes gobernaba aquella república con aceptacion universal. Habló muy entero desde aquel

funesto teatro á los presentes diciendo: que por altísimos juicios de Dios venia á pagar en aquel trance, no la traicion de que estuvo muy ageno siempre su ánimo generoso, aunque engañado, sino un delito que en otro tiempo cometió, porque en tal dia como aquel, quitó en España la vida á su legítima consorte, y á un capellan compadre suyo, con todos sus criados por levísimos indicios y falsas sospechas de que los dos manchaban su honor con ilícita comunicacion. Que la soga de este crímen sacrílego, le habia traido arrastrando á aquel suplicio, permitiendo el Señor que le purgase como esperaba de su misericordia, muriendo afrentosamente en el mismo dia que le perpetró, y por mano de otro compadre suyo, como lo era el ministro quo le habia de cortar la cabeza.

Encomendóse á Dios con mucho fervor, é inclinando la noble cerviz al cuchillo, se la segó de los hombros el verdugo, con llanto comun de los presentes. Rigurosa ejecucion si se miran los términos de la justicia humana; pero piadosa si se atiende á la divina, pues pagó el estrago que ejecutó en tantos inocentes con una muerte merecida, y por medio de un fin tan penoso consiguió, como cree nuestra piedad, la felicidad eterna.

Quedó Diego de Abreu muy ufano como dueño del campo, y triunfante de su competidor, aunque le duró poco el gusto, como veremos. Aprestó prontamente una carabela en que despachó al capitan Alonso de Riquelme, Francisco de Vergara y otras

personas de su satisfaccion, para que negociasen en la córte, se le diese la confirmacion del gobierno: dió tambien órden que Hernando de Rivera los acompañase en un bergantin hasta la boca del Rio de la Plata, y en conserva navegaron con prosperidad hasta el golfo de Buenos Aires; pero habiéndose despedido y entrando la carabela por el canal del inglés (nombre que le dió el naufragio de una nao de aquella nacion) aunque ni se reconocia entonces alteracion en las aguas, ni anuncio de tormenta, se levantó de repente un furioso viento que estrelló la carabela en un oculto escollo, y la hizo pedazos, pero sin perecer persona alguna, porque les sirvió de asilo el batel y algunas tablas del bajel perdido: amainó la tormenta, y con el mastil y dichas tablas formaron una balsa, en que pudieron acercarse á la costa, á buscar conmiseracion en la tierra tantas veces ingrata á la implacable ansia con que la solicitan los náufragos.

Fué aquí igual su peligro, porque los bárbaros charruas conspiraron en su ruina; pero haciendo algunos reparos con la mayor presteza posible se defendieron de sus inoportunos asaltos, hasta escapar salvos de sus manos y llegar casualmente á una caleta, donde encontraron venturosamente el bergantin que se habia en ella guarecido de la fúria de la borrasca. Embarcáronse en él, y dieron la vuelta á la Asuncion, de donde no tuvo tiempo Abreu para repetir el despacho de otro navío á Castilla, porque habiéndose sabido entre la gente

que pasó con Irala, la muerte de D. Francisco de Mendoza, y sido de nuevo electo por ellos, el mismo Irala por gobernador, trató de apresurar su viaje para la Asuncion, lo que no le fué difícil, por hallar á punto cuantos vasos y aprestos dejó encomendados á la fidelidad de los xarayes, quienes le dieron cuenta de todo con la puntualidad que pudiera la nacion mas fiel y política.

Impelido del deseo de restablecerse y asegurarse en el gobierno del Rio de la Plata, hacia Irala que volasen las embarciones, con que pudo, vencidos todos los embarazos, conducirle su diligencia en breve á la Asuncion; donde Abreu, desde que se supo la vuelta de Irala, empezó á ser mirado como intruso, pero no obstante no perdió el ánimo, y se resolvió á mantenerse en el gobierno con el ausilio de algunos parciales, contra la opinion de Irala y los suyos, á quienes llamaba siempre traidores, honrándose su partido con el glorioso renombre de los leales.

Requirióle Irala que desistiera del gobierno de la provincia, pues solo le obtenia por haber supuesto su muerte para la legitimidad de su eleccion; mas estuvo tan lejos de hacer caso de su requirimiento, que le negó la entrada en la ciudad, lo que hubiera conseguido, si hubiera en los suyos, ó mas sinceridad ó menos cobardia. Viéndose Irala repulsado, puso sitio á la ciudad, como si conquistara una plaza enemiga, para abrirse por fuerza las puertas que le cerrabá la resolucion de su competidor, y como

abrió primero brecha en los mas de los sitiados, ó el temor ó la deslealtad, tuvo necesidad de pocas máquinas para apoderarse de todo, porque los mas de los sitiados se pasaron al campo de Irala, lo cual, visto por Abreu, receló tambien de los que quedaban y llamando á consejo á cincuenta de sus mas confidentes, resolvieron salirse disimuladamente, por la parte que menos guardaban los sitiadores para no ser entregados á Irala, que ejecutaria sin duda en sus personas alguna sangrienta venganza.

Como lo discurrieron asi lo ejecutaron con bastante fortuna, pues pudieron sin ser sentidos refujiarse á los bosques, y la ciudad, se entregó luego á Irala, que fué proclamado de nuevo por gobernado, sin contradiccion alguna, y no gozó de sosiego total en los dos años siguientes, porque Abreu se mantenia armado, dando no poca molestia á los parciales de Irala, á quienes traian los llamados *leales* en contínuo sobresalto, sin parar en un lugar sino discurriendo vagos por todas partes á donde llevaban consigo el terror y asombro, porque procedian como quien se aconsejaba con la última desesperacion.

Dos años duraron estas hostilidades de Abreu y los suyos, y perdiendo Irala las esperanzas de reducirlos por fuerza, pues todos sus diligencias se le frustraron, quiso probar si le podia por bien traer á su amistad. Envió personas que hallasen á Diego de Abreu, y con dos parientes suyos, que eran Alonso Riquelme y Francisco Ortiz de Vergara, casó á

sus dos hijas Da. Ursula y Da. Isabel de Irala, pero ni por ese camino se pudo ablandar el ánimo de Abreu; porque los casamientos miró como afrenta de su lealtad, y á las pláticas de concordia, se negó con la esperanza en que siempre vivió, de que el Emperador habia de despachar ministro que premiase su constancia y castigase á Irala como traidor que se habia usurpado tiránicamente el gobierno de la provincia, por tantos años. Donde de ordinario se mantenia Abreu, era en las tierras de Ibitiruzú, donde hoy está fundada la Villa Rica del Espíritu Santo, porque en sus naturales halló grata acogida y en la aspereza de la tierra, comodidad para fortalecerse y asegurar su defensa.

CAPITULO XV

Mantiénese Domingo Martinez de Irala en el gobierno del Rio de la Plata por muerte de dos gobernadores nombrados para dicha provincia. Es muerto Diego de Abreu, cabeza de los leales y desbaratado su partido. Fundan los castellanos la ciudad de San Francisco; pero forzados del hambre la despueblan al año y se retiran á la ciudad de la Asuncion.

Hubiera Diego de Abreu, caudillo de los leales del Rio de la Plata, conseguido el logro de sus esperanzas de que viniese en nombre del Rey algun ministro, si la fortuna constante, esta vez contra su costumbre, no se hubiera al parecer declarado parcial del general Irala, pues con ser intruso en el gobierno le favoreció de manera que mantuvo en su ejercicio, hasta que al fin obtuvo ser confirmado por el emperador Don Cárlos en aquel empleo, no obstante que estuvieron señalados otros gobernadores. Por que primeramente enterado el presidente don Pedro de la Gasca de los desórdenes que cometian en la gobernacion del Rio de la Plata, quiso darles pronto remedio señalando tal gobernador que

se pudiese fiar de su conducta y prudencia toda la reformacion de los abusos, sin causar nuevos alborotos.

Para esto, puso los ojos en el famoso capitan Diego Centeno que le pareció el mas adecuado para aquel empleo que requeria persona de toda confianza y de grandes partes, las que sin duda concurrian en este caballero, porque su lealtad estaba calificada en la constancia con que se opuso á la rebelion de Pizarro; su prudencia era grande, su celo del servicio del Rey inferior á ninguno, señalado con el valor; liberal, magnífico y adornado de todas las otras cualidades que le granjearon la aficion comun desde que don Pedro de Alvarado entró á la conquista del Perú, donde se le dió repartimiento de indios en prémio de sus notorios servicios en la provincia de los Charcas, cuya situacion ayudaba no poco para facilitar el comercio que deseaba entablar el presidente de las provincias del Perú con las del Paraguay y Rio de la Plata, para tener por esta inmediacion mas sujetas á las personas que en ellas viviesen, y libres de los disturbios domésticos que tantas veces pusieron á riesgo manifiesto estas conquistas.

Dióle pues el Presidente á Diego Centeno, título de gobernador de las provincias del Rio de la Plata señalándole por términos y límites de su gobernacion segun escribe el cronista Herrera (1) " toda la tier-" ra que se contiene del este á oeste, desde los con-

(1) Herr. dec. 8. lib. 5. cap, 2.

" fines del Cuzco y de los Charcas hasta los térmi-
" nos del Brasil, entre los dos paralelos que el uno
" corresponde al trópico de Capricornio que por
" otro nombre llaman *Antartico*, que dista 23 g.
" y 33 ms. de la equinoccial hácia la parte del sur;
" y el paralelo que hácia la misma dista de la equi-
" noccial 14 gs. procediendo de norte á sud dere-
" cho meridiano: conque se fundase fuera de estos
" límites algun pueblo ó pueblos, creyendo poblar
" dentro de su gobernacion le tuviese debajo de ella
" hasta que otra cosa se proveyese." Hasta aqui, son palabras formales del cronista citado por cuyo contesto consta cuán ampliada quedó esta gobernacion con un territorio que pudiera ser por sí solo un imperio.

Para que el gobierno de Centeno fuese mas útil y provechoso, le dió el Presidente una instruccion, cuyo primero y principal encargo miraba á lo que siempre fué el blanco de nuestros Reyes Católicos en las conquistas de las Indias, la propagacion del Evangelio, mandándole procurase con todo su poder y especialmente con el buen tratamiento, aficionar á los naturales á la religion cristiana y atraerlos al conocimiento de nuestra santa Fé, y para esto no embarazase á los predicadores dejando ejercitar en toda paz su ministerio apóstolico, tratándolos con toda reverencia, y consultándoles en los puntos concernientes á la conquista para asegurar el acierto de sus resoluciones.

Que se portase con toda la posible suavidad, evi-

tando ejecuciones de rigor, cuando no forzase la necesidad, porque esta moderacion aquietaria los ánimos alterados y amigos de novedades que era el achaque mas ordinario de que se adolecia en estas provincias. Que segun fuese pacificando las naciones bárbaras, poblase en ellas, repartiese y encomendase los naturales segun las ordenanzas Reales porque las poblaciones eran freno del orgullo de las gentes y si solo se iba hollando la tierra se seguia gran deservicio de ambas majestades porque los indios se consumian ó se ausentaban por evitar vejaciones y los que se libraban de estas dos suertes quedaban tan ostigados que facilmente se movian contra los españoles y estos viéndose sin prémio desamparaban las conquistas.

Que en primer lugar atendiese á que los encomendaderos fuesen personas beneméritas y de conciencia con que se afianzaba el buen tratamiento de los indios, medio principal para que se moviesen á abrazar la fé católica y á que ayudaba el disponer fuesen moderados los tributos tasándolos en todo caso con el parecer de personas eclesiásticas, piadosas y desinteresadas; por que parecia mal que siendo pobre la gente, se les impusiese carga insoportable; que la gente que por esta vez se le permitia sacar del Perú para el Rio de la Plata la llevase con tanta disciplina que no causasen daño en el pais; y fuesen de tal calidad que no se hubiesen mezclado en las alteraciones de Gonzalo Pizarro, por que estas solo servirian de alterar los humores mal dispuestos de aquella gobernacion.

Los efectos saludables de esta prudente instruccion y las esperanzas que se concebian del gobierno de Diego Centeno, todas se malograron con su intempestiva muerte,que le pronosticaron los indios de su encomienda (1); porque como antes de recibir el título de gobernador del Rio de la Plata, viviese justamente quejoso del repartimiento de encomiendas que hizo el presidente Gasca que se olvidó mas de quien sin duda escedió á todos en los méritos, determinó pasar á Castilla á representar sus servicios al Emperador, y antes á peticion de sus amigos quiso ir á Chuquizaca lo cual sabido por los indios de su encomienda le rogaron encarecidamente no pasase á dicha ciudad porque le costaria la vida.

Despreció Centeno el pronóstico como supersticioso, ni bastó á acobardar su grande ánimo el verle confirmado por los indios de los Charcas que afirmaban le esperaba la muerte en Chuquizaca: el suceso declaró breve el fundamento de aquellos rumores porque aunque recibido con aplauso y regocijo, con todo á los cuatro dias en un banquete á que le convidó un vecino principal le dieron un bocado de ponzoña tan disimulada que sin los efectos violentos que suele causar el tósigo le quitó la vida en tres dias, el mismo año de 1548. Su muerte desgraciada fué llorada en todos los reinos del Perú, y la debiera sentir mas la provincia del Rio de la Plata por haber perdido en este caballero un goberna-

(1) Garcilaso. parte 2.ª lib. 6. cap. 6.

nador en que afianzaba las esperanzas de su quietud y otras grandes conveniencias.

Hallóle muerto el nombramiento de gobernador; pero no obstante la gente que le habia de acompañar no desistió de su jornada y la hicieron en compañia de Nuflo de Chaves y los otros tres mensajeros que despachó Irala con el cual entraron al Paraguay el capitan Pedro de Segura noble guipuzcoano que habia militado con buenos créditos en Italia y en las Indias; Francisco Corton, Pedro Sotelo, Alonso Martin de Trugillo, todos cuatro hidalgos notorios y con ellos hasta cuarenta soldados.

Introdujeron en esta ocasion el primer ganado ovejuno y de cabrio, que se vió en aquella provincia y tuvieron en el mismo viaje el prémio de este beneficio que lo hicieron con un caso gracioso que les sucedió, porque animados los indios con el corto número de los españoles determinaron vengar en ellos los agravios que recibieron de Irala y se juntaron mas de tres mil, los cuales yendo siguiéndoles á lo largo se arrestaron una noche á dar asalto á su real. El peligro de los españoles era manifiesto, la defensa muy débil contra tanta multitud, y lo peor que estaban agenos de los designios de los bárbaros. Acercáronse estos al real sobre el seguro de que no eran sentidos, mas animosos, cuanto imaginaban á los españoles mas descuidados como pasaba en la realidad; pero oyendo el ruido que hacian los machos de cabrio, creyeron que nuestra gente estaba puesta en armas, y como aquella in-

quietud duró toda la noche no osaron dar el asalto y retirándose se libraron los nuestros de la muerte que hubiera sido casi inevitable por haberse entregado al sueño sin recelo hasta los mismos centinelas.

No obstante, no dejaron de tener algunos reencuentros con los bárbaros que llevaron siempre la peor parte, y al cabo llegaron sin pérdida de ninguno á la Asuncion, donde fueron recibidos con grande regocijo por Irala, que sabiendo la muerte de Diego Centeno á quien habia provisto por gobernador el Presidente, se dió por mas seguro en su gobierno; pero no le hubiera durado mucho si hubiera á lo menos surtido efecto la disposicion del Emperador, porque aunque mas se esforzó Irala á impedir no llegasen á la corte noticias de su proceder, al fin se supo estaba apoderado de todo; y para deponerle y castigarle se admitió la oferta de Juan de Sanabria, caballero rico natural de Medellin, quien porque se le hiciese merced de la gobernacion y capitania general del Rio de la Plata hizo en 22 de Junio de 1547 asiento con el Emperador.

Obligóse lo primero á que conduciria á sus espensas cien familias para poblar en dicha provincia, fuera de doscientos cincuenta soldados que prosiguiesen la conquista. Lo segundo que fundaria dos pueblos uno en el rio de San Francisco junto á la isla de Santa Catalina, y otro á la entrada del Rio de la Plata en la parte mas cómoda segun resolviesen personas prácticas de esta navegacion, cuyo

parecer debia oir sobre el caso. Lo tercero; que llevaria todas las semillas necesarias y las repartiria graciosamente para el cultivo de la tierra.

Lo cuarto, conduciria el vestuario y los géneros necesarios como ropa, hierro, acero, rescates para socorro de los conquistadores á quienes lo fiaria con tal que se mancomunasen de diez en diez á pagárselo á los precios que llevaba tasados por el Consejo. Lo quinto, que daria buque en sus naos para que pasasen oficiales de todas las artes mecánicas con las herramientas é instrumentos de sus oficios, sin llevar por el flete mas de ocho ducados por cada persona y seis por cada niño, concediéndoles á cada uno lugar para una caja.

Lo sesto, que habia de llevar á su costa ocho religiosos franciscanos para que promoviesen el culto divino y entendiesen en la conversion de los indios; y este fué el capítulo mas encomendado por S. M. mandando que de su Real Hacienda se les diesen ornamentos muy cumplidos fuera del matalotage necesario y el aceite para las lámparas y vino para celebrar el santo sacrificio, todo en tal cantidad que fuese suficiente para seis años: que siempre hicieron mas fuerza en su piedad austriaca los aumentos de la religion que ruido en su cuidado los intereses temporales que gastaba con generosidad própia de monarca, en cuanto pertenecia al culto divino. Lo séptimo; que para efectuar todo lo dicho aprestaria á su costa cinco navios con bastimentos suficientes no solo para la navegacion sino

para ocho meses despues de arribar al Rio de la Plata, y llevaria tambien cuatro bergantines deshechos que se pudiesen armar luego que llegasen al primer puerto de aquella provincia.

Debajo de estas condiciones se le confirió á Juan de Sanabria la merced de adelantado del Rio de la Plata, dándole licencia para poblar y hacer nuevos descubrimientos en los cuales obtuviese la tenencía de las fortalezas que fundase y el alguacilazgo mayor de las poblaciones con los acostumbrados salarios, y concediósele facultad para repartir caballerias de tierras á los vecinos. Mandó en esta ocasion el Emperador que en el pueblo donde residiese el Adelantado no hubiese mas de doce regidores y que los alguaciales no percibiesen por los derechos de las esacciones arriba de cinco por ciento.

Ajustados en esta forma los negocios de Juan de Sanabria se partió este de la Córte á Sevilla á dar calor en el apresto de las naves y lo demas necesario para la jornada. En ese tiempo llegó á noticia del emperador don Carlos que el rey de Portugal despachaba copioso número de portugueses á fundar nuevas colonias en el Brasil, como de hecho salió de Lisboa el dia 1.° de Febrero de 1549 el gobernador Tomé de Sosa con mas de mil hombres para ese fin, por lo cual mandó S. M. Imperial se le advirtiese esta novedad al adelantado Sanabria para que apresurase su viaje é impidiese que los lusitanos no ocupasen palmo de tierra que perteneo-

ciese á la demarcacion de Castilla y por consiguiente á su gobierno que parte términos por el oriente con el Brasil; pero cuando con mayor empeño solicitaba su jornada hubo de hacer la de la eternidad sepultando con su muerte las esperanzas que se habian concebido de poner órden en las inquietudes del Rio de la Plata.

Con todo eso mandó el Emperador por provision de 12 de Marzo de 1549, se le advirtiese á su hijo Diego de Sanabria, que si queria continuar el asiento ajustado con su padre se le confirmarian las mismas mercedes. Aunque lo aceptó, no pudo aprestar mas de dos navios con otro que por su cuenta armó el capitan Becerra con ánimo de hacer la misma jornada; pero ofreciéndosele al adelantado Diego de Sanabria ciertos litigios en la corte, le fué forzoso ir á seguirlos personalmente, y en el ínterin, encomendó al capitan Juan de Salazar Espinosa que volvia al Rio de la Plata provisto tesorero general de dicha provincia, atendiese al apresto de cuanto fuese necesario para el viaje.

Como se dilatase el Adelantado en la córte, dió órden que á cargo del mismo tesorero, persona muy práctica de aquella navegacion y benemérita, partiesen los dos navios y el del capitan Becerra porque él los seguiria luego que se desembarazase de los pleitos referidos en otro tercer navio, como lo ejecutó dos años despues; pero con tan poca fortuna que erraron los pilotos el rumbo, y la fuerza de una tormenta al querer montar el cabo de San

Agustin, arrojó la nave á Cartajena de donde volvió á Castilla y nunca mas pensó el Adelantado en venir al Rio de la Plata, no obstante que llegó segunda vez al Perú, donde murió en Potosí.

En las dos naves, pues, que conducia Salazar, se embarcó doña Mencia Calderon, señora principal de Sevilla, viuda del adelantado Juan de Sanabria por seguir á su hijo el adelantado Diego de Sanabria; asi mismo pasaron varios caballeros é hidalgos notorios entre los cuales fueron don Cristóbal de Saavedra natural de Sevilla, hijo del correo mayor de aquella ciudad, don Hernando de Trejo, caballero principal de Trujillo; los hijos y mujer del capitan Becerra y otros que en el puerto de San Lucar se hicieron á la vela á principios del año de 1552 y despues de arribar á Canarias, navegaron prósperamente hasta el Brasil en cuya costa tocaron en el puerto de San Vicente, de donde vinieron á la isla de Santa Catalina y despues á la laguna de los Patos, en cuya barra zozobró el navio del capitan Becerra, perdiendo cuanto llevaba y solo se salvó la gente que cayó en manos de los naturales del pais y estos los cautivaron sin poder ser socorridos.

En los otros dos navios se encendieron algunas discordias entre el piloto mayor y el capitan comandante Juan de Salazar, y prevaleciendo el partido del primero, depusieron de su cargo á Salazar y nombraron por cabeza y superior al capitan don Hernando de Trejo. Con esta novedad se disgustó

parte de la gente y en compañia de Salazar se pasó á San Vicente del Brasil, donde dando noticias del riesgo que corrian las vidas de la gente que naufragó en el navio desgraciado de Becerra, por estar los indios de los Patos en guerra, se movió á tanta compasion el ánimo piadoso del V. P. Leonardo Nuñez, varon apostólico de nuestra Compañia de Jesus que prontamente emprendió el viaje de cien leguas que hay desde San Vicente á la tierra de los Patos, por libertar aquellos miserables castellanos.

Era tan venerada entre las naciones de aquella costa, la autoridad del celoso P. Nuñez que con su presencia se amansaron luego los bárbaros, agradecidos de que hubiese ido á visitarlos y en correspondencia de este favor que imaginaban les hacia le entregaron en sus manos todos los castellanos caútivos, con los cuales se volvió alegre y triunfante á San Vicente donde se mantuvieron casi dos años; pero al fin mal hallados los mas con los portugueses se determinaron, con sus mujeres y familias, á proseguir su viaje hasta el Paraguay embarcándose en canoas hasta la misma laguna de los Patos para desde allí encaminarse por tierra á la Asuncion; pero recelando alguna hostilidad de los bárbaros tupies intermedios, rogaron instantáneamente al V. P. Manuel de Nobrega, provincial de la compañia en el Brasil, despachase con ellos al santo hermano Pedro Correa, que dominaba en todas aquellas gentes por la admirable elocuencia con que manejaba su idioma para que aplacase sus ánimos y les consiguiese buen pasaje.

Fué con los castellanos el venerable hermano Pedro Correa que se iba por estos pasos acercando á la corona del martirio, y llegando al puerto de la Cananea donde principalmente se temian las hostilidades de los tupies, les empezó á predicar con tal gracia y elocuencia que cautivó el ánimo de todos, y haciendo oficio de angel de paz prometieron no hacer la menor vejacion á los castellanos sinó darles paso franco como lo cumplieron puntualmente; con que despedido el santo hermano Correa se partió á los carijós que le quitaron la vida en defensa de la castidad, y los castellanos siguieron su viaje con toda felicidad hasta la Asuncion por las mismas huellas que dejó la gente que se quedó á cargo del capitan Trejo.

Este, porque de su arribada á aquella costa resultase algun servicio al Emperador, fué de parecer se fundase alli una poblacion. Con esta determinacion recogió todos los soldados que pudo, y dió principio al entrar el año de 1553 á un pueblo en el puerto de San Francisco, que es espacioso y seguro situado entre la Cananea y la isla de Santa Catalina; por cuya razon honró tambien á la nueva colonia con el nombre glorioso del Patriarca Seráfico. Fuése continuando la fábrica de edificios con la asistencia y grande actividad de Hernando de Trejo, quien en ese tiempo, casó con Doña María de Sanabria, hija del adelantado Juan de Sanabria, y de este matrimonio, nació en aquel pueblo el ilustrísimo señor don fray Hernando de Trejo y Sanabria,

honor grande de la órden Seráfica, en su famosa provincia de los doce apóstoles del Perú que gobernó; siendo el primer criollo que obtuvo la dignidad de provincial, por sus esclarecidos méritos de virtud y literatura y despues dignísimo obispo de Tucuman, cuya diócesis gobernó santísimamente.

Dió aviso el capitan Trejo al Emperador del lugar que se habia fundado, y S. M. conocidas las calidades del sitio, se dió por bien servido, considerando era una escala muy conveniente para la conquista de aquella tierra, para la comunicacion con el Paraguay y reino del Perú, y para embarazar que los portugueses no se introdujesen en los límites de la demarcacion de Castilla, á que siempre, desde aquellos principios, se les conoció propension. Con todo eso, fué muy breve la duracion de este pueblo; porque como los fundadores, eran gente bisoña, y sin esperiencia de las Indias, se dieron tan poca maña en hacer provision de bastimentos, que con ser el pais muy abundante de caza y pesca, vinieron al año siguiente de 1554 á estraña necesidad.

Quien mas la sentia, eran las mujeres españolas, en las cuales, como mas delicadas, hacian mas impresion los trabajos, y fueron tan contínuas sus importunaciones, que por librarse de ellas se movió el capitan Trejo á desamparar aquel puesto y la fundacion principiada, y retirarse á la Asuncion. Que ruegos de mujeres han sido en todos tiempos bateria tan fuerte que han rendido á los mas cons-

tantes varones. Conformándose fácilmente los demas con el parecer de su capitan, resolvieron se embarcasen las mujeres en canoas y balsas con suficiente escolta, y subiesen por el rio Itaburú, y el resto marchase por tierra, con órden de juntar su alojamiento todas las noches en un mismo sitio con los que navegaban por el rio, despachando antes los dos navios por el Rio de la Plata al Paraguay.

Así, caminaron muchas jornadas, siguiendo la derrota que llevó Cabeza de Vaca, pero no con la misma felicidad, porque separándose del cuerpo de los demas unos treinta y dos soldados, á buscar por los bosques alguna comida, se alejaron tanto, que perdiendo el tino, no acertaron á incorporarse con los compañeros, y estos los hallaron difuntos, á los piés de los árboles y palmas, á donde parece se acercaban en busca de algun alimento.

Mas cautos con esta desgracia, trataron los demas de caminar muy unidos, hasta subir por las serranías á los dilatados campos de su cumbre, cuyos naturales, los recibieron con demostraciones de regocijo: llegaron al Iguazú y á la Tibajiba, donde se concedieron muchos dias al descanso de las escesivas fatigas, á que convidaba la fertilidad amena del pais y agasajo de los paisanos, cuyo principal cacique Surabané, les proveyó de vituallas con abundancia generosa y les dió guías hasta el rio Ubay, donde hicieron otra larga mansion en un pueblo de guaraníes, que llamaron en adelante *el asiento de la iglesia*, porque don Hernando de Tre-

jo fabricó aqui una casa de oracion, en que se juntaban los indios de la comarca á oir de boca de los religiosos la divina palabra y ser instruidos en los misterios de la fé.

Bajando en balsas y canoas por el Ubay á cierto pueblo de indios llamado Aguaraó, fué en él, aun mas prolija la demora de esta gente, porque el sitio les pareció muy acomodado para fundar un pueblo de españoles; en que convinieron todos, con tal que lo aprobase el general Irala, á quien dieron aviso de su designio; pero siendo negativa la respuesta, marcharon hácia la Asuncion, donde aunque los recibió Irala con grandes señales de alegria, hizo con todo eso grave cargo al capitan Trejo por haber abandonado el puerto y poblacion de San Francisco y no satisfaciendo su descargo, le mandó prender y tuvo privado de todo empleo, hasta que sobre el caso hubo resulta de la corte, y fué dado por libre.

Hallábase á la sazon Irala, dueño absoluto de todo, sin ninguna contradiccion, porque habia consumido ya á los que le quisieron contradecir, y tuvieron ánimo para hacerle resistencia y maquinarle la muerte. Porque como Nuflo de Chaves, que era su gran confidente, hubiese contraido matrimonio con Doña Elvira de Mendoza, hija de Don Francisco de Mendoza, el que degolló Diego de Abreu, empezó Chaves, quizá instigado de su suegra Doña Maria de Augulo, á hacer instancias pidiendo la muerte de Don Diego, y siguiéndose la causa salieron en busca de Abreu y sus parciales, á perseguirlos como á perturbadores de la paz pública.

En cuanto estos se ocupaban en esta diligencia, se descubrió en la ciudad la conjuracion que tenian armada algunas personas contra la vida de Irala, con designio de quitarle la vida á puñaladas, y aclamar libertad, muerto el tirano. Eran las cabezas principales Miguel de Rutia, y el sarjento Juan Delgado, los cuales fueron mañosamente presos, y usando de clemencia con los demás cómplices, que eran principalmente de los que nuevamente entraron del Perú, fueron ambos sentenciados á muerte, que se ejecutó dándoles públicamente garrote, con que se logró atemorizar á los demas culpados, escarmentando en cabeza agena, para no intentar novedades semejantes.

Los que salieron en seguimiento de Abreu, prendieron tambien á Juan Bravo y á un cierto Renjifo, y sustanciada la causa en breves términos, al estilo militar, se les dió lugar para cumplir con las obligaciones de cristianos, y fueron luego colgados de la horca; bien que otros que se cogieron despues, se contentó Irala con ponerlos en estrecha prision, ó por ser menos culpados en la realidad, ó por huir la nota de cruel, si se ensangrentaba contra tantos españoles.

Algunos hombres principales que seguian á Abreu y hacian el cuerpo de los leales, viendo el riesgo manifiesto que corrian sus vidas, por el teson con que eran perseguidos, trataron de acomodarse con el tiempo, y acordaron reconocer por gobernador á Irala, quien los recibió con gran benignidad, disimu-

lando todo lo pasado. Solo Diego de Abreu con algunos de sus deudos y amigos, llevaban su opinion adelante, y se libraron de las asechanzas que les armaba Irala por todas partes; pero dejando en la ciudad, en una ausencia larga que hizo á los mbayas, por su teniente al contador Felipe de Cáceres, este se empeñó con todo esfuerzo en prender á Abreu y sus parciales, para lo cual saliendo algunos soldados bien armados á cargo del capitan Erasso, dieron casualmente en la espesura de un bosque en una choza cubierta de palmas, donde acertó á estar Abreu, que se habia refujiado en ella para curarse del mal de ojos que padecia.

Registró de noche por un resquicio el capitan Erasso, y vióle vigilante en medio de cuatro españoles sus compañeros ocupados del sueño. Asestó una traidora saeta con tan buen pulso á Abreu, que le atravesó el costado, de que luego cayó difunto, siendo mas digna de lágrimas su muerte que la que dió á don Francisco de Mendoza, cuanto aquella tuvo de acelerada lo que esta de prevenida. Los compañeros fueron presos, y el partido de los leales quedó totalmente arruinado, aunque eso no bastó para que Rui Diaz Melgarejo, no se atreviese con ánimo intrépido, á reprobar públicamente lo hecho, tomando por cuenta de su lealtad, aquella causa.

Costóle su animosidad muy cara, porque el teniente Cáceres lo puso en estrecha prision, de que se siguió no pequeña turbacion en la república, porque Francisco Ortiz de Vergara hermano del preso, sa-

lió á su defensa, y con sus amigos alteraba la ciudad, que por esta razon se iba dividiendo en bandos con peligro de la ruina de todos. Irala que marchaba á la jornada, trabajosísima de los mbayas, noticioso se volvió á la ciudad, corriendo la posta para atajar con su presencia y autoridad aquella peligrosa discordia; y la primera dilijencia fué despachar con escolta á Melgarejo al real de los soldados que quedó á cargo de Alonso Riquelme, quien le dió lugar para que con otro soldado llamado Flores, se pasase al Brasil, atravesando por los pueblos de los guaraníes (que les hicieron buen pasaje) á los de los tupies.

Estos los prendieron á ambos, y atados con fuertes cordeles, los reservaron, destinados para solemnizar con sus carnes dos banquetes. El primero se celebró matando á Flores por mejor tratado, y aguardando Melgarejo se haria con él otro tanto al dia siguiente, aquella noche, favorecido de una india compasiva que le tenia en guarda, se soltó de la prision y llegó felizmente á San Vicente donde á pócos meses, se casó con doña Elvira de Contreras, hija del capitan Becerra, el que perdió su navío en la armada de Sanabria; pero la novia, que era dama de estremada hermosura, vivia prendada de cierto castellano llamado Juan Carrillo; y aunque por complacer á su padre, casó con Melgarejo, no olvidó la aficion de su primer pretendiente, y cogidos en adulterio los mató á ambos Ruiz Diaz en venganza de su afrenta; por lo cual le fué forzoso poner tierra. En

medio para librarse de las justicias del Brasil, y determinó volverse á la Asuncion, aceptando la oferta que pocos dias antes le habia hecho el general Irala enviándole un buen socorro de ropa y rescates para el camino, significándole cuánto habia sentido sus trabajos entre los bárbaros tupíes, y ofreciéndole su amistad con toda sinceridad.

Obligado, pues, Melgarejo del nuevo trabajo, á fiarse de quien receló siempre contrario, quisieron seguirle el resto de los castellanos que se mantenia en San Vicente desde que se retiraron del puerto de San Francisco, con el tesorero del Rio de la Plata Juan Salazar de Espinosa, quien tambien se animó á hacer esta jornada y con ellos varios lusitanos entre quienes sobresalian dos hidalgos llamados Scipcion de Goes y Vicente de Goes, hijos de Luis Goes, caballero principal en el reino de Portugal. Adelantóse algunas jornadas Melgarejo, y diéronle alcance los de su comitiva en el rio Añembí, y esta gente fué la primera que introdujo el ganado vacuno á la provincia del Paraguay, trayendo los hermanos Goes, siete vacas y un toro, de cuyo corto principio, se procreó despues en ambas provincias del Paraguay y Rio de la Plata, la innumerable multitud de este ganado que poblaba sus campañas, y hasta pocos años ha parecia ineshausta, aunque al presente, está disminuida por el desórden con que cada uno á su arbitrio cogia ó mataba las vacas que se le antojaban.

Era en aquel tiempo tan apreciada cada cabeza,

como lo son siempre las cosas raras y nuevas, de manera que, porque á cierto portugués llamado Gaete, se le señaló una vacapor recompensa del trabajo que tuvo en conducirlas por caminos fragosos y asperísimos, se reputó por salario tan escesivo, que quedó en proverbio por todas estas provincias, para ponderar el subido precio de algunas mercancías, decir: "*son mas caras que las vacas de Gaete.*"

En el Añembí, se embarcaron castellanos y portugueses, en balsas y canoas y bajaron hasta el Paraná, por donde navegando felizmente, les salieron á recibir en la ribera muchos guaraníes, é ibirayaes con demostraciones de regocijo. Habian estos asistido al catecismo, que esplicaban por intérpretes, en el asiento de la iglesia los misioneros franciscanos que acompañaban á Hernando de Trejo y quedaron tan aficionados á la doctrina del evangelio, que ahora salieron á hacer instancias sobre que se les diesen maestros, mas de doscientos bárbaros de ambas naciones que ardian en deseos de alistarse en las banderas de Cristo.

No pudieron condescender con sus ruegos los castellanos; pero como venian poseidos de asombro por las maravillas que habian visto obrar á los jesuitas en la conversion de los brasiles, les aconsejaron que pasasen á San Vicente, ciertos de que no se negaria el celo de aquellos varones apostólicos á peticion tan justa y de que se dedicarian gustosos á su enseñanza. Habian estos bárbaros esperado por algun tiempo, que pasase á predicar el evanje-

lio entre ellos, el venerable padre Manuel de Nobrega, provincial del Brasil, quien hasta entonces no habia podido emprender aquella mision, por embarazos precisos que sirvieron de pihuelas á los lijeros pasos con que discurria anunciando la ley del Cristo por todas partes.

Y aunque esa razon pudiera disminuir el crédito de la aseveracion de los castellanos, fueron tambien discurridas las razones que estos les dieron, para escusar la tardanza del padre Provincial, tantas las alabanzas que les dieron del celo de los jesuitas y tan ardientes sus própios deseos de hacerse cristianos, que, atropellando por todas las dificultades, emprendieron alegres el camino desconocido hácia la villa de San Vicente, distante casi doscientas leguas; pero cayendo en manos de los tupinaquís, bárbaros feroces y superiores en número, unos fueron presos, para sacrificarlos á su gula inhumana, y los mas murieron á sus manos con tanta certidumbre de que la crueldad de sus enemigos no les podria privar de la bienaventuranza en cuya posesion entrarian bautizados en su misma sangre, que al recibir la muerte, les decian á los tupinaquís: "bien " podeis á vuestro antojo hacer menudos pedazos " estos miembros caducos, pero no podreis retardar " á nuestras almas para que en este mismo dia no " vuelen al cielo, á recibir de mano de nuestro Cria" dor la corona de gloria."

Este fruto se logró, á lo que podemos entender de esta jornada de los castellanos, quienes encami-

nándose por tierra desde el Paraná, llegaron felizmente á la Asuncion, donde sin acordarse de las ocasiones y diferencias precedentes fueron recibidos Salazar y Melgarejo, con demostraciones de benevolencia por el general Irala, quien poco antes habia vuelto de la espedicion infausta, que por esa razon, llamaron *la mala entrada.*

Habia salido á esta jornada con cuatrocientos españoles y mas de cuatro mil indios amigos, seiscientos caballos y gran cópia de bastimentos, y habiendo navegado hasta el puerto de los Reyes, saltaron en tierra, y discurriendo por varias naciones de los llanos, en que fueron recibidos y tratados de modos diferentes, pasaron hasta la cordillera del Perú, de donde declinaron hácia el sur, hasta dar en los indios frentones, que conocieron pertenecer á la gobernacion que entonces llamaban de Diego de Rojas y es hoy, la provincia del Tucuman.

Por tanto, pues, frustradas sus esperanzas de hallar tierras ricas de metales en el distrito de su gobierno, cuando registradas por todas partes no habian podido descubrir señales de tal riqueza, trataron de dar la vuelta; resolucion que obligó á acelerar, asi la cópia inmensa de aguas que inundaba aquellas campañas, como la alevosia de mil quinientos guaraníes, que sabiendo distaban pocas jornadas los chiriguanos sus parientes, se amotinaron y negando la obediencia á Irala, se fueron en busca de ellos, como otra tropa de esta nacion lo habia ejecutado con igual perfidia en la entrada del año de

1548; que no es maravilla fuesen infieles al español los que todavia lo eran de Dios; ni hay que fiar de bárbaros inconstantes, inclinados por su génio á novedades, mientras carecen de la luz de la fé que les enseña sus obligaciones.

Cuando, pues, quisieron retroceder era tarde, porque hallaron hechos mares los campos, así por las vertientes de las serranias del Perú, como por la inundacion espantosa de los rios: perdiéronse todos los caballos, perecieron otros mil quinientos indios amigos, y todos los de otras naciones que habian apresado, padeciendo los españoles tan escesivos trabajos, que muchos acabaron la vida consumidos del frio y de la necesidad, y los demas, tuvieron á estraordinaria fortuna poder llegar vivos á la Asuncion, aunque muy estropeados. Era esto á principios del año de 1555; pero no es justo pasar tan adelante aunque nos haya traido hasta aqui insensiblemente la conexion de los sucesos, sin dar noticia de las poblaciones, que por este tiempo ya se habian fundado, como en el libro tercero iremos viendo.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

INDICE

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO I.

CAPITULO II.

CAPITULO III.

CAPITULO IV.

CAPITULO V.

CAPITULO VI.

CAPITULO VII.

CAPITULO VIII.

CAPITULO IX.

CAPITULO X.

CAPITULO XI.

CAPITULO XII.

CAPITULO XIII.

CAPITULO XIV.

CAPITULO XV.

